HOTEL EXILIO

JANE ROGOYSKA



El Hotel Lutetia, de refugio literario
a centro de poder alemán en París

salamandra
miradas

HOTEL EXILIO

JANE ROGOYSKA

El Hotel Lutetia, de refugio literario a centro de poder alemán en París

Traducción del inglés de Álvaro Marcos

salamandra
miradas

Prólogo

«Un hotel no es un actor en un drama», explica el antiguo conserje en la elegante biblioteca revestida de cuero del Hotel Lutetia de París. «Es simplemente el escenario donde los dramas se representan. Nosotros, el personal, somos invisibles, como los tramoyistas que trabajan entre bastidores para que la función transcurra sin contratiempos. No interferimos. No hablamos de los triunfos ni de las calamidades de nuestros huéspedes. Lo que presenciemos no puede ser compartido porque la reputación de un gran hotel se basa, por encima de todo, en la discreción. De modo que, si vienes en busca de historias, tendrás que encontrarlas fuera del hotel, porque aquí no tenemos nada que ofrecer», dice.

Un hotel es como una estación de tren a cámara lenta: un lugar para personas que están de paso. Una parada temporal en un viaje hacia alguna otra parte. Una imitación de un hogar, que ofrece consuelo sin amor. Y, a veces, también un lugar en el que refugiarse para ocultar una vida secreta.

Un hotel es un territorio neutral donde pueden encontrarse amigos y enemigos. No juzga a sus clientes mientras se comporten con la discreción debida y paguen sus cuentas. Aquí pueden reunirse políticos exiliados para debatir a fondo el proyecto de un futuro que nunca llegará. Pueden reservar el Salón Presidencial para

conferencias, donde los delegados pugnarán por controlar una agenda que jamás se llevará a cabo. Pueden tomar café y discutir entre ellos todo el tiempo que deseen, siempre que paguen el alquiler del salón, bajo la atenta mirada de los discretos empleados y los espías enemigos.

Pero un hotel, como un país, también puede ser invadido y ocupado, obligado a servir a fines que nada tienen que ver con el lujo o los negocios. El personal debe actuar con la misma profesionalidad, ya sirva a artistas, a empresarios, a aristócratas excéntricos o a soldados enemigos. James Joyce o el almirante Canaris: ¿acaso importa quién pida una copa de vino?

Y, sin embargo, en ese caso se genera una sensación de contaminación, pues, cuando se sirve al enemigo, por más que sea a regañadientes, se incurre en una claudicación moral. Después, cuando el hotel vuelve a ocuparse, pero esta vez con las víctimas de los antiguos conquistadores, surge la oportunidad de que el edificio y su personal se purifiquen.

Épuration: un término poderoso e imbuido de una connotación profundamente católica. La «purificación de los pecados» contrasta con la ideología de «purificación racial» que ha creado este horror.

En el Hotel Lutetia, la purificación adopta dos formas. Está la purificación moral, que consiste en servir a quienes han sido torturados y están hambrientos, y en permitirles saborear un lujo por lo general reservado tan sólo a los ricos. Y está la purificación física, aplicada a esas mismas víctimas —que llegan al hotel cubiertas de piojos y vestidas con harapientos pijamas de rayas—, recibidas con una rociada de DDT, la retirada inmediata de sus andrajos y una ducha caliente y reparadora.

La palabra inglesa *hotel* procede del francés *hôtel*, que significaba «mansión», «palacio», «casa grande», y que a su vez deriva del francés antiguo *ostel* / *hostel*, «lugar donde se recibe a huéspedes»: una casa, un hogar, un albergue, una posada, un refugio. *Hostel* procede a su vez del latín medieval *hospitale*, «posada», «casa grande». Las palabras «hospital» y «hotel» comparten, por tanto, la misma raíz: el término latino *hospes*, que significaba tanto «huésped» como «anfitrión».

Así que un hotel y un hospital no están tan lejos el uno del otro.

El Hotel Lutetia es una institución parisina, el único «gran» hotel de la muy bohemia *rive gauche*, la margen izquierda de la ciudad. Situado en el sexto *arrondissement*, elegantemente emplazado entre el Barrio Latino y el Campo de Marte, el Lutetia está cerca del Senado, de la elitista École Normale Supérieure, del Jardín de Luxemburgo y de los famosos cafés del boulevard Saint-Germain. Desde su apertura en 1910, el establecimiento ha sido un lugar de encuentro de artistas, intelectuales, músicos y políticos. André Gide almorzaba aquí, James Joyce vivió en una de sus habitaciones y Picasso y Matisse eran huéspedes habituales. Pero la historia del Lutetia tiene también un reverso oscuro.

Ésta no es la historia de un famoso hotel parisino. Es la historia de tres grupos de personas vinculados a una ciudad concreta y a un hotel concreto; vinculados entre sí y a la lóbrega ideología que determina el curso de sus vidas. Los integrantes de dichos grupos están conectados —lo quiera o no cada uno de ellos— por la raza, la nacionalidad, el idioma y por su condición de forasteros. Todos viven

en el exilio, cada uno a su manera. Están desplazados, desubicados; sus vidas se han visto interrumpidas. Son seres temporales que viven con una maleta y cuyo drama se representa en diferentes habitaciones de hotel. El Lutetia es el prisma a través del cual contemplamos sus vidas.

Nuestra relación con el hotel se establece en tres fases. En la primera, cumple su función habitual de alojar a los huéspedes en sus habitaciones y salones de banquetes, brindándoles servicio, comida, bebida y, a veces también, una cama para pasar la noche o un estrado desde el que hablar. Cruzamos el umbral del establecimiento como huéspedes temporales, un grupo más entre tantos, de forma anónima y sin ser advertidos, salvo por los espías nazis apostados en el vestíbulo o al acecho en el bar, atentos a cualquier oportunidad de escuchar a escondidas cuando concluye la reunión. En la segunda fase tomamos posesión del edificio y transformamos su función, lo modificamos física y simbólicamente, por dentro y por fuera. No nos pertenece; lo hemos usurpado y hemos impuesto nuestra voluntad a su personal. En la tercera, el hotel se convierte en un refugio, un lugar de curación: una suerte de hospital.

Primera parte

Antes (1933-1939)

No todo el mundo vive su vida como una casa que le pertenece y que puede ir decorando con el mobiliario cada vez más rico de los recuerdos. Hay quienes viven en hoteles, en muchos diferentes. Personas tras las que los años se cierran como las puertas de un hotel, de modo que lo único que queda es una pizca de coraje y ningún remordimiento.[1]

ERICH MARIA REMARQUE, *Arco de Triunfo*

Huida

Una fría noche de primavera de 1933, Gisela Freund llega a la estación de Fráncfort.[2] Un puñado de viajeros se apresura bajo la lluvia para tomar el expreso a París, que está a punto de partir. Mientras se dirige hacia el tren, Gisela oye pisadas de botas sobre los adoquines mojados. Se vuelve y alcanza a distinguir las siluetas de dos hombres vestidos con uniforme de las SS. El corazón se le acelera violentamente. ¿Y si la descubren?

Tiene veinticuatro años, lleva una falda sencilla y una chaqueta de ante marrón. En la mano porta una pequeña maleta. De su cuello cuelga una cámara Leica que su padre le regaló cuando aprobó los exámenes de bachillerato.

Al entrar en un compartimento de tercera, Gisela se encuentra a otro pasajero: un hombre de mediana edad que viaja sentado junto a la ventana, con el sombrero echado sobre los ojos. Parece dormitar. Tras cerrar la puerta con tanto sigilo como es capaz, Gisela coloca su maleta en la rejilla y se sienta frente a él, aferrada a su cámara. Mira el reloj: el tren está a punto de salir.

El silencio parece estirar el tiempo. Y entonces llegan hasta ella los sonidos que estaba temiendo: pasos pesados, voces, puertas que se abren y se cierran. El hombre que está sentado frente a ella ahora parece observarla con atención.

La puerta del compartimento se abre y un oficial de las SS entra portando consigo una ráfaga del gélido aire nocturno. El oficial

extiende la mano.

—Papeles.

Apenas mira el pasaporte que le tiende el hombre. Se vuelve hacia Gisela, toma su pasaporte y comienza a hojearlo con detenimiento.

—¿Estudiante? ¿Adónde va?

—De vuelta a París para continuar mis estudios. —Se fuerza a adoptar un tono neutro, anodino—. Volveré dentro de tres meses.

El policía continúa hojeando el documento con sus grandes manos, dubitativo. De pronto, la mira.

—¿Es usted judía?

—¿Conoce usted a alguna judía que se llame Gisela?

«Lo dije casi a gritos, imitando la voz autoritaria de mi padre, a quien, con su gran bigote y su aire marcial, a menudo tomaban por un oficial de alto rango. Devolviéndole la mirada, clavé mis ojos en los del soldado nazi. No era mucho mayor que yo. Sorprendido, me devolvió el pasaporte, juntó los talones y alzó la mano derecha: "*Heil Hitler!*", dijo. La puerta se cerró tras él y sus pasos se alejaron.»

Unos instantes después, el tren se pone en marcha. Gisela se hunde en el asiento y se sume en sus pensamientos.

Aquella mañana se había topado con un conocido que trabajaba para el ayuntamiento. Había sido él quien le había aconsejado que se marchara.

El grupo de estudiantes al que Gisela pertenecía imprimía una revista que distribuían de forma clandestina en la universidad. En ella criticaban al nuevo régimen y, en el último número, habían publicado los nombres de los profesores expulsados y descrito la

suerte que había corrido la única otra chica del grupo, su compañera Anne, detenida por la Gestapo mientras repartía el periódico estudiantil: días después, devolvieron su cuerpo a sus padres en un ataúd.

«Sin duda, se había negado a dar nuestros nombres, porque nadie vino a por nosotros. Yo imaginaba con horror las torturas que hubo de sufrir. Admiraba su coraje y me preguntaba si yo habría tenido fuerzas para resistir de haber estado en su lugar.»

Gisela, fotógrafa entusiasta, había tomado una serie de impactantes fotografías de sus compañeros después de que los nazis los apalearan. El cabecilla del grupo, un estudiante llamado Karl, le dijo que tenía que pensar en irse.

—Tus fotos deberían verse en el extranjero —la instó—. La gente tiene que saber lo que está pasando aquí.

De modo que aquí está ahora: viajando en un tren nocturno rumbo a París, con las fotografías ocultas bajo la ropa. En la cámara hay un segundo carrete, sin terminar. ¿Y si la abren? En un ataque de pánico, corre al aseo del tren, saca la película, la tira por el retrete y guarda la Leica vacía en la maleta. Intenta dormir.

Fuera, todo es oscuridad. En las ventanas, las gotas de lluvia resbalan una tras otra, desvaneciéndose como las lágrimas que desearía poder derramar.

«¿De qué servía nuestra resistencia? Ellos tenían todos los medios para aplastarnos. De pronto me sentí agotada y desanimada. Hacía frío en el tren. A través de mis párpados entrecerrados percibía la mirada del hombre que tenía enfrente, silenciosa e impenetrable.»

Preludio del desastre

Por toda Europa se repite este mismo viaje: miles de hombres y mujeres subiéndose a duras penas a trenes que se dirigen a Viena, a Praga, a Ámsterdam o a París; aferrados a una maleta, cada uno de ellos interpretando un papel desesperado, una actuación destinada a convencer a quienes pudieran estar observándolos de que son simples pasajeros, de que viajan para visitar a una tía anciana, para tomarse unas vacaciones muy necesarias, o por negocios. Manos temblorosas que encienden cigarrillos, miradas furtivas que se clavan en la ventanilla cuando el silbato anuncia la salida. Los conocidos apartan la vista, fingen no reconocer a sus compañeros de viaje.

El escritor Heinrich Mann,[3] hermano mayor del por entonces más célebre Thomas, es una figura muy visible de la oposición antinazi. La cuenta atrás para su partida comienza a principios de febrero de 1933 con un llamamiento público, firmado por él —junto con Albert Einstein y la artista Käthe Kollwitz, entre otros muchos— en el que se insta a socialistas y comunistas a formar un frente común contra los nazis. Poco después, Mann es expulsado de la Academia de las Artes y su piso berlinés queda bajo vigilancia.

El 19 de febrero, Mann asiste a un concierto y luego a una cena cuyo anfitrión ya ha hecho las maletas y ha reservado la furgoneta de mudanzas para el día siguiente. Al marcharse de la fiesta, el embajador francés estrecha la mano del venerable autor.

«Si tiene que cruzar la Pariser Platz», murmura, «sepa que mi puerta está siempre abierta».

Ahora, ha llegado el momento. Sólo se lleva consigo lo que necesita para trabajar. Como su compañera, Nelly Kroeger, no corre un peligro inmediato, deciden que ella se quede para cerrar el piso y saldar cuentas. Habían firmado hacía poco el alquiler de un nuevo apartamento y Heinrich se sorprende de su propia falta de previsión.

El 20 de febrero, Nelly compra un billete a Fráncfort para el día siguiente y factura una maleta pequeña. La mañana de la partida, Mann se viste con su habitual atención al detalle —pajarita, sombrero, guantes, bufanda— y se dirige a la estación portando un paraguas y un maletín. Nelly y él se despiden con la mayor naturalidad posible —«¡Adiós, cariño! ¡Que tengas un viaje estupendo!»—, como si Mann partiera a dar una de sus conferencias. Nelly lo despide con la mano desde el andén y se queda sola.

Dos días más tarde, Heinrich Mann cruza el Rin hacia Estrasburgo. Esa misma jornada, la policía se presenta en su piso de la Fasanenstrasse. Registran el apartamento, lo saquean y se jactan de que el famoso autor ha sido arrestado. Por suerte, los amigos de Mann ya han retirado su escritorio, su silla, sus libros y otros muchos objetos. El resto lo reclamará el casero como compensación por el alquiler impagado.

Mann continúa viaje hasta Tolón, donde lo recibe un amigo. La idea de exiliarse en el sur de Francia no es tan terrible para un autor que acaba de embarcarse en una novela histórica sobre el monarca francés del siglo XVI Enrique IV. Mann habla un francés fluido y está empapado de la historia y la cultura del país. Si su sufrida compañera se las apaña para solventar los temas financieros en

Alemania, él, al menos, no tendrá que preocuparse demasiado por las cuestiones prácticas de la supervivencia.

Pobre Nelly: no está preparada para enfrentarse a lo que su queridísimo Heinrich ha dejado atrás. Tras su marcha, ella pasa semanas peleando para sacar dinero de un banco que sólo lo reconoce a él como titular de la cuenta. Heinrich apenas escribe y, mientras tanto, Nelly lidia con las visitas de la Gestapo, de las que logra salir airosa únicamente porque su hermano se ha alistado recientemente en las SS.

¿Cómo definir el comienzo de un cataclismo? Quizá así: una serie de pequeños cambios graduales que van infiltrándose en la existencia de ciudadanos complacientes y ocupados en unas vidas tan cómodas que no admiten posibilidad alguna de cambio y, al mismo tiempo, tan saturadas con los dramas personales que a todos nos distraen, que impiden percatarse de algo peor. Durante mucho tiempo, las preocupaciones cotidianas que quitaban el sueño a los ciudadanos alemanes se vieron acompañadas por el zumbido constante de una fuerza que avanzaba: botas marchando por las calles de Berlín, camisas pardas irrumpiendo en los bares para imponer su ley. Hombres que nunca han tenido poder están ahora al mando: chicos orgullosos y decididos a vengarse de quienes los habían avasallado durante tanto tiempo. Pero ya no. Ahora, los hombres pequeños se hacen grandes; su uniforme les confiere poder. Las batallas callejeras que durante tanto tiempo han atormentado las ciudades alemanas han terminado. Los camisas pardas se yerguen victoriosos sobre los «rojos», derrotados. Éste es su momento: un tiempo de

fuerza viril, de estridente reivindicación de los auténticos valores alemanes, simples e incontaminados por los virus del internacionalismo, el liberalismo y la influencia extranjera. Un empresario al que un rival más exitoso le ha estado arrebatando la clientela durante años experimenta ahora la satisfacción de ver cómo se hunde el negocio de su competidor; médicos mediocres, estancados en los rangos intermedios de la jerarquía sanitaria, aprovechan la ocasión para ascender no por talento, sino por «pureza racial». Ya no se permite tampoco que los intelectuales liberales llenen de literatura degenerada las cabezas de niños y niñas. Ahora se puede arrojar a un judío de un tren en marcha y nadie hará nada.

En perspectiva, resulta difícil comprender el estado de inercia y parálisis en que vivían gran cantidad de alemanes en 1933. Incapaces de predecir el futuro, los seres humanos tendemos a aferrarnos a lo que sentimos como los pilares más sólidos de nuestra existencia: nuestro hogar, nuestro trabajo, nuestras rutinas, la escuela de nuestros hijos, nuestro club, nuestro parque favorito. Muchos alemanes apoyaron el nuevo régimen o se adaptaron a él. Reprimieron las reservas que les generaba su violencia y su mendacidad, o se tragaron sus mentiras hasta que tuvieron que enfrentarse a pruebas demasiado contundentes como para ser ignoradas. Sin embargo, cuando la presión crece, termina por alcanzar un punto en que se hace incontenible. Por más que la explosión pille a todo el mundo por sorpresa, en retrospectiva, parece inevitable. La historia nos dice que tuvieron que verlo venir. Y algunos dirán que, en efecto, lo vieron venir. Pues la señal, para quien quisiera leerla, llevaba mucho tiempo escrita en la pared.

Así que hay que preguntarse: ¿qué hace falta para convencer a un ciudadano alemán, que hasta entonces vivía cómodamente, de que la situación es tan acuciante que tiene que dejar todo lo que conoce y todo lo que ama por un futuro incierto en un país extranjero en el que, casi con toda seguridad, no será bienvenido?

En la cuerda floja

La novelista Anna Seghers[4] está trabajando en el piso familiar, en el arbolado barrio berlinés de Charlottenburg, cuando la policía se presenta allí para interrogarla. Su marido húngaro, László Radványi, está en Suiza; a su hija Ruth la han enviado a casa de sus abuelos, en Maguncia, para evitar que su hermano mayor, Peter, de siete años, que guarda cama, le contagie la escarlatina. El piso está en silencio; el niño duerme. Anna tiene tiempo de repasar los acontecimientos de los últimos días: estamos en febrero de 1933 y todos los periódicos de Berlín llevan en portada la noticia del nombramiento de Hitler como canciller.

Los golpes en la puerta rompen el silencio, pero no la sorprenden. El policía, que vacila en el umbral, ve ante sí a una mujer menuda y atractiva, de cabello espeso, recogido en un pesado moño a la altura de la nuca. Su mirada vivaz tiene algo de inquietante. El agente se dispone a entrar para interrogarla cuando ella le explica, con cortesía, que en la casa hay un niño enfermo. El policía duda. Es escarlatina, añade Anna. El agente es un hombre de familia, también tiene hijos. Balbuceando una excusa, se retira de manera apresurada y Anna se salva por el momento, para gran decepción de su vecina,

madre de un camisa parda, que no ha quitado ojo a la escena a través de la mirilla, con la esperanza de ver cómo se llevaban esposada a esa joven que frecuenta compañías tan peligrosas.

Anna cree que aún no ha llegado la hora de entrar en pánico. La situación política empeora, pero la vida normal todavía parece posible, incluso deseable. El médico de familia le dice que Peter necesita tiempo para recuperarse y le recomienda una casa de convalecencia infantil en la Selva Negra. En febrero, en la Selva Negra habrá nieve, aire puro y comida sustanciosa. László sigue en Suiza. ¿Por qué no? He ahí la oportunidad de tomarse un descanso de la escritura, algo poco habitual, y de pasar un tiempo con su hijo lejos de Berlín. Así que se van de casa y toman un tren hacia el sur. Durante el trayecto, Anna le dice a Peter que se quedará con él unos días. ¡Qué alegría para el pequeño, poder tener a su madre sólo para él!

Nada más llegar, Anna lleva a Peter a una pista de hielo cercana para enseñarle a patinar. La escena invernal es mágica: los altos abetos que se elevan sobre ellos, el cielo, de un azul cerúleo, y la tierra cubierta de nieve. Los patinadores se deslizan sobre el hielo, mientras las cuchillas de los patines susurran al ritmo de la música que brota de un altavoz; ¿probablemente un vals de Strauss? El frío resulta estimulante; las mejillas de Peter están sonrosadas. Si la convalecencia consiste en esto, lo de ponerse enfermo a lo mejor no es tan terrible.

¿Cuánto dura ese raro momento, compartido por madre e hijo, hasta que un boletín urgente interrumpe el programa musical? Por el bien de Peter, cabe esperar que pudieran disfrutar al menos durante

una hora, antes de que el locutor empezara a transmitir la devastadora noticia.

Las vacaciones concluyen antes siquiera de haber empezado. A toda prisa, Anna deja a Peter de nuevo en el sanatorio, explicándole que debe regresar urgentemente a Berlín. Lo deja allí con la promesa de volver a buscarlo en cuanto pueda y parte en el tren nocturno.

Incendio

Hacia las nueve de la noche del 27 de febrero de 1933, apenas tres semanas después del nombramiento de Adolf Hitler como canciller de Alemania, un transeúnte que camina cerca del Reichstag oye un ruido de vidrios rotos. Al mirar hacia el edificio desierto, ve llamas que iluminan el interior. Se alzan con ferocidad y atraviesan la cúpula acristalada, liberando grandes penachos de humo negro que ascienden muy alto en el cielo. Tras las columnas clásicas de la entrada principal, un muro anaranjado alumbra las ventanas. Los bomberos y la policía llegan apresuradamente, seguidos de cerca por los políticos: el ministro del Interior prusiano y presidente del Reichstag, Hermann Göring, se precipita hacia el lugar, ansioso por aprovechar esta oportunidad, que parece caída del cielo. Si no es un incendio accidental, entonces es un incendio provocado. Y si es provocado, alguien tiene la culpa. Y Göring sabe muy bien quién.

Pronto se congrega una multitud para ver cómo los bomberos luchan por controlar el fuego. Los espectadores contemplan con una mezcla de horror y fascinación cómo arde el gran edificio

neobarroco, símbolo de su democracia. Construido a finales del siglo XIX, al poco de la unificación alemana, el Reichstag había sido la sede del poder imperial y, después, del democrático. Durante los últimos veinte años, un carrusel incesante de gobiernos de coalición se ha reunido allí para intentar mantener con vida la joven República de Weimar. Sobre la entrada principal está la famosa inscripción: *Dem Deutschen Volke* —«Al pueblo alemán»—. Aunque los bomberos logran al fin dominar las llamas, ya es tarde para salvar el salón de plenos y la cúpula.

Un joven es detenido en el lugar; jadeante y sudoroso, blande una antorcha encendida en una mano. Entró en el edificio a las 21.00 h, y a las 21.25 h ya está bajo custodia policial. Marinus van der Lubbe es un albañil en paro, anarquista y ex comunista, cuya vista quedó gravemente dañada en un accidente laboral años atrás. Van der Lubbe admite sin reservas su delito y dice a la policía que vino a Berlín para protestar contra el sistema capitalista mundial que oprime a los trabajadores. En los días previos ha intentado, sin éxito, prender fuego a otros tres edificios berlineses. También afirma, de manera categórica, que actuó solo.

Göring llama por teléfono de inmediato a Hitler, quien se encuentra cenando con Joseph Goebbels, para informar al Führer de que el Reichstag arde a causa de un complot comunista. Se dice que Hitler, estupefacto por su buena suerte, comentó: «Ya son míos.» Desde hace tiempo sueña con provocar a los comunistas para que cometan un acto tan violento que le permita aplastarlos de una vez por todas, mientras el pueblo le aclama como el único hombre capaz de devolver el orden a la convulsa Alemania. Su sueño se hace realidad.

Hitler y Goebbels se apresuran hacia el lugar de los hechos «a 95 kilómetros por hora».[5] Tras «trepar por encima de las mangueras» para llegar al gran vestíbulo del Reichstag, los recibe Göring, quien declara: «Éste es el comienzo del levantamiento comunista. Se disponen a atacar. ¡No podemos perder ni un minuto!» Un colaborador de Göring, Rudolf Diels —más tarde el primer jefe de la Gestapo—, observa a los tres hombres que están frente a él: los rostros enrojecidos por el reflejo de las llamas, brillantes y sudorosos por el calor. Hitler empieza a gritar «completamente fuera de control, como nunca lo había visto: "Ahora no puede haber piedad. Aniquilaremos a quien se interponga en nuestro camino. El pueblo alemán no tolerará indulgencias. Todo funcionario comunista será fusilado dondequiera que lo encontremos. Los diputados comunistas deben ser ahorcados esta misma noche. Hay que detener a todo el que esté aliado con los comunistas. ¡Tampoco vamos a perdonar a los socialdemócratas ni a los miembros del Reichsbanner!"».

No son palabras vacías. Hacia el final de la noche del 27 al 28 de febrero de 1933, casi cuatro mil funcionarios del KPD (Partido Comunista de Alemania) han sido detenidos, junto con una selección aleatoria de intelectuales, abogados y médicos que los nazis detestan en particular, entre ellos Erich Mühsam, Egon Erwin Kisch y Carl von Ossietzky. La versión oficial de los hechos ya se ha pulido: el incendio del Reichstag señala el inicio de una supuesto alzamiento comunista, el primero de una serie de «actos de terrorismo» planeados contra el Estado alemán y su pueblo, con el propósito de desencadenar una guerra civil.

A medida que la noticia se propaga por Berlín, las implicaciones comienzan a abrirse paso en la mente de quienes más temen al nuevo régimen.

A la fuga

En cuanto llega a Berlín, Anna Seghers se dirige directamente a su apartamento para hacer una maleta con algunas pertenencias, pero su fanática vecina sigue al acecho y llama a la policía. Esta vez, la mujer ve recompensada su vigilancia: la policía llega y, tras registrar el piso, detienen a Anna. En comisaría, la interrogan sobre sus actividades políticas, sus vínculos comunistas y las ideas radicales de su marido húngaro, László Radványi, quien imparte clases en la Universidad Obrera de Berlín. Tras varias horas de interrogatorio, al fin consigue convencer a los agentes de que, al estar casada con un húngaro y tener ciudadanía húngara, no tienen derecho a retenerla. Por suerte, trata con la policía ordinaria y no con la SA.(1) Aceptan dejarla marchar con la condición de que permanezca en su domicilio por si necesitan volver a llamarla. Anna no es ingenua: en cuanto regresa, agarra algunos objetos personales y escapa de noche por el jardín trasero. Tras unos días escondida en casa de unos amigos, se dirige a Zúrich, donde se reúne con su esposo László. La prioridad inmediata y más urgente es encontrar un lugar seguro y, después, ir a recoger a los niños. Pero ¿adónde ir? ¿Y cómo llegar allí sin que los atrapen?

Un lugar solitario

Gustav Regler es periodista, así que, como es natural, cuando oye por la radio la noticia del incendio del Reichstag, se pone en marcha de inmediato hacia allí.[6] Es por la mañana; los camiones de bomberos ya se han ido, los políticos ya han pronunciado sus discursos. Un pequeño grupo de personas permanece de pie contemplando la cúpula, de la que todavía sale humo. Un hombre lee en voz alta el periódico matinal. Según la versión oficial, un búlgaro prendió fuego al edificio, han atrapado a un holandés y han detenido a un diputado alemán. O quizá —piensa Regler— una paloma mensajera dejó caer una antorcha encendida sobre el tejado... o un murciélago... ¡o un gavilán judío!

A medida que Berlín se sume en el caos, Regler deambula por las calles, inmerso en una búsqueda inútil de la ciudad que una vez conoció y que tanto amó. Parece que una ola de histeria se ha apoderado del pueblo alemán. Cuando visita a un conocido —un médico con el que siempre ha tenido una excelente relación—, lo encuentra borracho, proclamando que los comunistas tienen la culpa de todo. El hombre se abalanza sobre Regler —que es miembro del KPD— e intenta estrangularlo con su cinturón de cuero. Más tarde, Regler se topa con un colega escritor, que lo disuade de entrar en un café cercano:

—No irás a entrar ahí, ¿verdad? ¡Peinan el local tres veces al día!

Regler se mofa de la exageración, pero su amigo lo conduce por la Tauentzienstrasse, informándole de que, esa misma mañana, la nueva policía ha rodeado y sitiado el bloque de pisos de la Fehrbelliner Platz donde vive. Han arrestado a decenas de amigos

suyos y el propio apartamento de Regler ha sido saqueado, junto con otros.

«¡Mis libros!, exclamé, más perturbado por eso que por cualquier otra cosa.»

La ciudad, antes llena de camaradas, es ahora un lugar solitario. Tras pasar una noche en vela refugiado en el desván de un amigo, a la mañana siguiente Regler se apresura a la estación, donde tiempo atrás había tenido la precaución de dejar un baúl en una taquilla, por si acaso. Recoge el baúl y se dirige al pueblo natal de su novia, Marie Louise, en el campo, con la esperanza de hallar allí un respiro frente a tanta locura. En vez de eso, uno de los vecinos en el pueblo —hasta entonces cordial— lo denuncia de inmediato a la policía. Se le han acabado las opciones dentro de Alemania. Ha llegado la hora de marcharse del país. Toma el primer tren disponible hacia su ciudad natal, Merzig, en el Sarre, que por entonces aún era independiente del Reich.

Regler llega a casa de su padre en mitad de la noche. Tiene treinta y cinco años y aún es ágil. Salta la verja del jardín y aporrea la ventana del despacho, donde todavía hay luz.

> No parecía en absoluto sorprendido de verme, y había algo maravillosamente reconfortante en su calma. Volvió a sentarse a su escritorio.
>
> —Me quedan diez minutos de trabajo —dijo, y me miró con firmeza.

No debo parecer asustado, pensé, y fijé la vista en los objetos familiares que reposaban sobre la mesa para serenarme. Señaló una llave que yacía junto al tintero metálico.

—Ve a por una o dos botellas y ponlas a enfriar.

Cuando alzamos las copas por primera vez, dijo:

—Tú lo sobrevivirás.

Por la mañana, Regler le explica a su padre que ha concebido un plan para intentar desenmascarar las mentiras sobre el incendio del Reichstag: si logra obtener los planos originales del edificio en la Biblioteca Nacional de Estrasburgo, podrá demostrar que no fueron los comunistas los responsables del fuego, sino los propios nazis, que aprovecharon su conocimiento de primera mano de la distribución del interior del edificio para permitir la entrada de los incendiarios. Pide consejo a su padre: ¿debería seguir adelante?

—Quieres intentar demostrar que fueron ellos quienes prendieron fuego al Reichstag. Puede sonar estúpido y fútil. Pero nada es en vano cuando ayuda a desenmascarar a los grandes mentirosos y embaucadores. No debemos rendirnos nunca, aunque sólo seamos el dedo que tapona un único agujero de la presa.

—Entonces, ¿debo ir a Estrasburgo?

—Desde luego, si es ahí donde puedes encontrar los planos del Reichstag que respalden tu teoría.

—Pero eso significa irse al exilio —dije.

Mi padre sonrió.

—Tengo cincuenta y cinco años. He vivido en el exilio toda mi vida.

Advertencias

Los poderes que el nuevo canciller alemán se arroga tras el incendio del Reichstag no dejan lugar a dudas. Hitler convence al anciano presidente Hindenburg de que el peligro para el orden público es tan grave que, por la seguridad del pueblo alemán, debe invocarse el artículo 48 de la Constitución de Weimar. El decreto —firmado por Hindenburg y con efecto inmediato— concede amplias potestades al Estado y revoca todas las libertades civiles. Ya no es posible que quienes se han opuesto al régimen nazi, o cuyo trabajo está en su punto de mira, se engañen pensando que podrán permanecer en Alemania. No. La señal está escrita en las llamas del Reichstag, una advertencia rotunda que no admite ambigüedad: ¡HAZ LAS MALETAS Y LÁRGATE YA!

Y así comienza un movimiento, un hilo de agua que se convertirá en arroyo y después en un río: un flujo de seres humanos cada vez más desesperados, cruzando fronteras y buscando refugio en el primer puerto seguro en el que les dejen entrar.

Quienes corren un peligro más inmediato son las figuras destacadas de la República de Weimar que no han ocultado su desprecio por el nacionalsocialismo y por su fanático líder. Su prominencia los sitúa en oposición abierta y directa al nuevo régimen. A finales de marzo, los dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán, el SPD (ahora conocido como SOPADE,

Partido Socialdemócrata Alemán en el Exilio), se hallan exiliados en Praga, y casi todas las figuras principales del KPD han abandonado Alemania. Su líder, Ernst Thälmann, permanece en régimen de aislamiento, y perecerá más tarde en el campo de concentración de Buchenwald. Las actividades editoriales del gran propagandista comunista Willi Münzenberg —apodado el «zar rojo» o, en ocasiones también, el «millonario rojo» por su lujoso estilo de vida— han sido suprimidas, y su personal, detenido. El propio Münzenberg ha logrado escapar con su compañera, Babette Gross, y su fiel chófer, Emil Berger. Juntos emprenden una huida de película desde Fráncfort hasta Saarbrücken en el enorme Lincoln negro de Münzenberg, vehículo que abandonan para pasar clandestinamente a Francia, amparados en la noche.

No sólo se persigue a los activistas políticos, sino también a escritores, filósofos, científicos, periodistas, artistas, actores, directores... quienquiera que no haya ocultado su desprecio por Hitler y por sus fanáticos del paso de la oca: críticos y polemistas, creadores de arte «degenerado», defensores de modelos alternativos de acción social y política. Muchos de los que barajan la posibilidad de huir se enfrentan además a un riesgo añadido: son judíos.

La lista de quienes fueron expulsados de la Alemania nazi en aquellos primeros días podría ser la de los participantes en un congreso universitario especialmente distinguido. Entre ellos hay nombres familiares y otros olvidados, estrellas del firmamento intelectual y político de Weimar: Bertolt Brecht, Lion Feuchtwanger, Heinrich Mann, Thomas Mann, Golo Mann, Walter Benjamin, Alfred Kerr, Anna Seghers, Alfred Döblin, Bodo Uhse, Gustav Regler,

Hannah Arendt, Walter Fabian, Ernst Erich Noth, Ludwig Marcuse, Annette Kolb, René Schickele, Hermann Kesten, Alfred Kantorowicz... También austríacos, como Joseph Roth, Manès Sperber, Franz Werfel, Alma Mahler-Werfel o Stefan Zweig.

Para quienes siguen dudando, basta la noticia de la detención del poeta pacifista, anarquista, escritor y artista satírico Erich Mühsam, mientras intentaba escapar durante la noche del 27 al 28 de febrero de 1933.

Las elecciones federales del 5 de marzo permiten a los nazis formar gobierno —por los pelos— en coalición con el Partido Nacional del Pueblo Alemán (DNVP). El 16 de marzo llegan a París los primeros refugiados procedentes de Alemania. El 22 de marzo los nazis abren el primer campo de concentración en Dachau. Al día siguiente, el Reichstag aprueba la Ley Habilitante, que otorga el poder legislativo exclusivo a Hitler y a sus ministros, eludiendo al presidente y al Reichstag. En cuestión de meses, los nazis prohíben todos los demás partidos políticos. Se siguen también, una tras otra, medidas antisemitas que excluyen a los judíos de la vida pública.

A esto han llegado las cosas.

Planos

En Estrasburgo, Gustav Regler descubre que, aunque los planos del Reichstag —que datan de la época de Guillermo II— en efecto se conservan en la Biblioteca Nacional, no están a disposición del público. Haciéndose pasar por un investigador de arquitectura que está documentándose para un libro, Regler pide al fotógrafo de la

biblioteca que haga reproducciones de decenas de dibujos arquitectónicos no relacionados con lo que en realidad busca. Con el tiempo, convencido de que Regler es un investigador auténtico y ablandado por la oferta de una generosa propina, el bibliotecario accede a que el periodista obtenga copias de los planos originales del Reichstag. Llegados a ese punto, Regler se queda sin fondos. Una amiga le ofrece su teléfono para llamar a Willi Münzenberg, que se halla en París. Regler sólo conoce al Zar Rojo de oídas, por su reputación, pero su amiga insiste en que Willi es el hombre con el que tiene que contactar.

Münzenberg comprende al instante la importancia de lo que Regler le propone. Desde que llegó a Francia, a principios de marzo de 1933, el Zar Rojo ha establecido contacto con el Partido Comunista Francés, ha obtenido asilo político para él y Babette y se ha instalado en la primera de las muchas direcciones parisinas que ocupará: el número 19 del Quai Voltaire, en el séptimo *arrondissement* («distrito»), justo al lado del Sena. Münzenberg explica que, lejos de renunciar a sus empresas editoriales, planea dedicar su tiempo en el exilio a promover una campaña para alertar al mundo del terror nazi. Lo primero que quiere hacer es publicar un «Libro pardo» que desenmascare el incendio del Reichstag como una maniobra propagandística. Desde ese mismo momento, Regler puede considerarse contratado como colaborador.

«No te preocupes por el dinero», le dice. «¡Tú sólo tráeme esas fotografías!»[7]

El dinero llega al día siguiente. Regler paga al fotógrafo de la biblioteca y se apresura a tomar el primer tren a París.

«No examiné las fotografías hasta que estuve en el tren y me encerré en el lavabo. Eran exactamente lo que queríamos. El plano de las bodegas del Reichstag mostraba el pasadizo que conducía a la residencia presidencial, donde Göring estaba ahora instalado. ¡Habíamos encontrado la entrada secreta utilizada por los incendiarios!»

Una piña y un *pfennig*

Cuando Anna Seghers y László Radványi pueden mandar por fin a buscar a sus hijos, se encuentran alojados temporalmente en Estrasburgo, en casa de un amigo, Franz, donde hacen una parada antes de continuar viaje hacia París. La madre de Anna, Hedwig, va a buscar a Peter, quien ha permanecido en la casa de convalecencia mucho tiempo después de que se le pasara la enfermedad. El niño ha sido bastante feliz allí, mientras disfrutaba del aire puro y de la libertad del entorno rural, pero, por primera vez en su corta vida, ha oído pronunciar la palabra «judío» de labios de un compañero de habitación con una entonación peculiar. Hedwig acompaña a Peter y Ruth a Estrasburgo, donde tiene lugar la entrega. Los niños se arrojan en brazos de sus padres, emocionados de poder reunirse de nuevo con «Tschibi» y «Rodi», los apodos de Anna y László. Hedwig Reiling agita la mano para despedirse de su hija y de sus dos queridos nietos, antes de cruzar de nuevo el río para emprender un melancólico viaje de regreso a Maguncia. Anna nunca volverá a verlos.

Tras acostar a los niños, habla en voz baja con Franz mientras ordena su ropa.[8] Al vaciar los bolsillos del pantalón de su hijo, encuentra en la palma de su mano unas cuantos restos de hierba seca, un *pfennig*, un billete de transporte y una piña. Ahí está media Alemania —piensa—, en el bolsillo de un niño.

Una estancia temporal

> Sólo es una excursión, el tiempo de dejar que pase la tormenta, tres o cuatro meses como mucho: para entonces habremos acabado con los nazis. [...] Con una maleta pequeña en la mano, me fui de casa.
>
> ALFRED DÖBLIN[9]

Cuando la gente se ve obligada a huir de su hogar, por lo general no se va muy lejos; al menos, no al principio. Se desplazan a países vecinos, lugares desde los que pueden mantener el contacto con casa con cierta facilidad y no es difícil hacer el viaje de regreso.

Muchos de los refugiados antinazis que huyeron en la primera oleada lo hicieron a Checoslovaquia, Holanda, Suiza y Bélgica. Un puñado viajó hacia el norte —Bertolt Brecht recibió una invitación para alojarse en una pequeña isla de Dinamarca y permaneció allí hasta la guerra—, pero la mayoría optó por escapar a Francia, ese baluarte de *liberté*, *égalité* y *fraternité*, el país que en el siglo XIX acogió a los patriotas polacos que huían de la opresión imperial rusa

y que, en el xx, dio cobijo a los aristócratas rusos que escapaban de la revolución bolchevique.

Un reducido número de artistas consagrados, aquellos que disponían de medios para sobrevivir por su cuenta, no viajó a París, sino al sur, a la Costa Azul. Heinrich Mann se instaló en Niza, mientras que otros, como el novelista superventas Lion Feuchtwanger, pusieron rumbo a la agradable localidad costera de Sanary-sur-Mer, cerca de Tolón, una colonia de artistas donde Aldous Huxley había escrito poco antes su gran novela distópica *Un mundo feliz*. Allí formaron una pequeña comunidad alemana y continuaron con su vida intelectual, cómodamente instalados en amplias villas que alquilaban a precio de saldo, disfrutando de los placeres asequibles que proporcionaban el excelente marisco y el buen vino locales, tomando el aperitivo junto al mar y organizando fiestas en las que se pavoneaban entre ellos y competían por la primacía intelectual. Aquél no era su hogar, pero si uno tiene que exiliarse, el sur de Francia no es mal sitio para hacerlo.

La mayoría de los refugiados, sin embargo, no disfrutaba de un saldo bancario estable, sostenido por las ventas internacionales de libros. La capital francesa, eso sí, ofrecía al menos más posibilidades para encontrar trabajo, a lo que había que añadir el consuelo que brindaban su hermosa arquitectura y su vibrante vida intelectual. Muchos alemanes ya conocían la ciudad, sus tesoros culturales, sus museos y cafés, su atmósfera y su luz. París, pensaban, quizá fuera la única ciudad de Europa que podía rivalizar con Berlín.

En la frontera, los actores cada vez afinan más sus interpretaciones: un ejercicio stanislavskiano consistente en fingir una «relajada despreocupación» mientras se entregan los pasaportes a los agentes fronterizos y se abren las maletas ante los aduaneros. Los sombreros se calan hasta cubrir los ojos; los libros se estudian con atención intensa; se relee una y otra vez la misma línea. Sólo cuando el revisor francés abre la puerta para pedir los billetes, con un tono bienhumorado y cotidiano, se oye al fin una exhalación de alivio colectivo. Todo el mundo empieza a hablar en voz alta, confesando sus miedos y sufrimientos desde que Hitler llegó al poder. Luego, a medida que se acercan no ya al pasado, sino al futuro, comienzan a especular: ¿cuánto va a durar esto?

Al fin y al cabo, ¿cuántas coaliciones se han hecho y deshecho en los últimos años en la República de Weimar? ¿Cuántas elecciones se han convocado? Von Papen duró seis meses; Von Schleicher, sólo ocho semanas. ¿Por qué tendría que durar más el Gobierno de Hitler? Los nazis han hecho al electorado alemán muchas promesas que no podrán cumplir. Desde luego, no podrán controlar la economía. Se deduce que esto no puede ser más que un episodio breve en la historia de Alemania. La locura pasará, el pueblo alemán recobrará el juicio, las voces racionales del gabinete terminarán por imponerse y pondrán freno a Hitler.

¿Unos meses, tal vez? ¿Quizá un año a lo sumo?

Hasta entonces, los recién llegados se prometen a sí mismos que aprovecharán esta breve pausa, antes de que se reanude la normalidad. Al fin y al cabo, muchos se dirigen a lugares que ya han visitado como turistas o estudiantes, o como ilustres conferenciantes invitados a congresos. Ante ellos se abre, sin duda, la perspectiva de

unas semanas felices durante las que podrán explorar los encantos que ofrece una de las grandes ciudades de Europa.

Y así comienzan su emigración, con un ánimo vacacional: el miedo que los había oprimido de forma constante va disipándose poco a poco y las esperanzas ascienden como nubes de vapor, impulsadas por una ráfaga de optimismo. Tal vez, después de todo, un exilio temporal no sea tan malo.

Cruzar la frontera

En la frontera francesa, un aduanero entra en el compartimento acompañado por un agente de la Gestapo, vestido de paisano, y por un hombre de las SS.[10] Registran la maleta de Gisela, encuentran su cámara y le ordenan abrirla. El agente de paisano la examina cuidadosamente y se la devuelve. ¿Va a registrarla a ella? No. Se marcha, seguido por los otros dos.

Cuando el tren arranca, Gisela ve por la ventana a un hombre y una mujer a quienes la policía se lleva aparte. Su compañero de compartimento, ahora muy despierto, la observa. Se ha quitado el sombrero y sus ojos miran a la joven con compasión desde un rostro arrugado.

«Ya no hay por qué tener miedo.» Le sonríe. «La frontera ha quedado atrás.»

La respuesta de ella es defensiva: «No tengo miedo, ¿por qué iba a tener miedo?»

Y, al mismo tiempo, piensa: «¿Volveré a ver a mis amigos alguna vez?»

Esa noche, su grupo debía reunirse a la puerta del cine del barrio. ¿Era posible que alguien los hubiera denunciado? Si tal era el caso, ¿quién era el traidor? La sola idea resultaba inconcebible.

«Y yo, sentada en un tren que me llevaba hacia un destino desconocido. ¿Cómo iba a sobrevivir en París? ¿Qué dirían mis padres cuando se enteraran de mi marcha? No entenderían nada de mi decisión. Despreciaban a los nazis, pero, como tantas otras familias burguesas que vivían vidas tranquilas y protegidas, no podían imaginar que el nuevo régimen fuera a afectar a su propio destino.»

Al amanecer, el tren atraviesa los barrios de las afueras de París. Son las seis de la mañana cuando Gisela Freund llega a la Gare de l'Est. Pocos días después se entera de que todos sus camaradas estudiantes han sido detenidos.

¡Bienvenidos a Francia!

A los primeros refugiados en llegar a Francia los recibió una oleada de generosidad por parte de quienes admiraban su oposición a Hitler.[11] Incluso el Gobierno francés tomó medidas para facilitar su llegada: en abril de 1933 se autorizó a los agentes fronterizos a admitir en territorio francés a refugiados alemanes que viajaban sin pasaporte. Se instruyó también a los cónsules franceses en Alemania para que «examinaran con la mayor liberalidad y amplitud de miras» cualquier solicitud de visado presentada por judíos portadores de pasaportes alemanes. Con todo, y pese a las cálidas palabras de bienvenida, el Gobierno de centroizquierda encabezado por Édouard

Daladier no tenía incentivos políticos para animar a los refugiados a asentarse. Facilitar la vida a los recién llegados no cosechaba buenos resultados entre el electorado francés, y la prensa de derechas no tardó en arremeter contra esos extranjeros, esos alemanes, esos judíos que amenazaban con quitar puestos de trabajo a los franceses. Publicaciones extremistas como *L'Action Française* o *L'Ami du Peuple* denunciaban una invasión «judeomasónica» y «una avalancha de alemanes judeo-socialistas»; medios generalistas como *Le Temps* hablaban en términos críticos de escenas «verdaderamente bíblicas» acaecidas en la Gare de l'Est, aludiendo al «éxodo» desde Alemania; mientras que *Le Figaro* se quejaba de los inmigrantes que trasladaban sus disputas a las calles de Francia y ponían en peligro la seguridad de los ciudadanos franceses.

En consecuencia, el Gobierno francés optó por contemporizar, combinando una apertura retórica con una hostilidad práctica: en teoría, los refugiados alemanes eran bienvenidos; en la práctica, los obstáculos que tenían que superar para sobrevivir eran numerosos y complejos, y se volvieron aún más difíciles conforme pasaba el tiempo y los refugiados seguían llegando.

Muchos de los que huyeron a Francia o no tenían pasaporte o —por las prisas— no comprobaron su vigencia. Quienes viajaron con papeles perfectamente en regla pronto descubrieron que, una vez caducado su pasaporte, el Gobierno nazi se negaba a renovarlo. Bajo el nuevo régimen, cualquier ciudadano alemán que no demostrara lealtad al Estado, o que se negara a regresar a Alemania cuando se le ordenaba hacerlo, podía ser despojado de su nacionalidad. Dado que se sabía que la Gestapo detenía a los emigrados que volvían y los enviaba a campos de concentración,

pocos estaban dispuestos a regresar, lo que convirtió a miles de antiguos ciudadanos alemanes, de hecho, en apátridas.

Lo que el Gobierno francés quiere, fomenta y espera es que la estancia de los refugiados alemanes sea sólo temporal, un sentir que comparten los propios exiliados. Todo el mundo desea que la situación sea una fase pasajera y no un estado de cosas permanente. Mientras tanto, sin embargo, hay que comer.

Cifras

Sólo en 1933, huyeron de Alemania entre 60.000 y 65.000 personas. [12]

De ellas, Francia acogió en torno a 25.000, de las cuales el 85 % eran judías.

Casi el 90 % de los ciudadanos alemanes que llegaron a Francia eran varones, la mayoría menores de cuarenta años.

Del 11 % que eran mujeres, sólo el 3 % estaban casadas.

Aunque el número de refugiados procedentes de Alemania era relativamente pequeño, Francia ya contaba con una población extranjera que rondaba los tres millones en 1931 (el 7 % de su población total), resultado de haber reclutado a miles de trabajadores extranjeros en la década de 1920 para compensar las vidas perdidas en la Gran Guerra.

París, *rive gauche*

Todas las ciudades albergan en su interior una serie de minicomunidades: barrios similares a pueblos, con una identidad propia. París está dividida en *arrondissements* o *quartiers*, cada uno con su sabor particular. A finales del siglo XIX, para cualquier artista o soñador con aspiraciones, el lugar en el que había que estar era Montmartre, ese barrio vertiginoso de callejones estrechos y empinados escalones dominado por las grandes curvas blancas de la iglesia del Sacré-Cœur. Plantarse allí permite contemplar París desde las alturas y disfrutar de la grandiosa escala de la ciudad: el contraste entre el trazo serpenteante del Sena y las elegantes líneas de los bulevares de Haussmann, que hacen del centro de París algo tan inmediatamente fotogénico. Es aquí a donde llega la quinceañera Eva Tichauer en su primera noche en París.

La familia Tichauer tiene suerte: como refugiados políticos han recibido visados que les permiten permanecer legalmente en Francia.[13] Theodor Tichauer es un abogado y destacado socialdemócrata. Su esposa Erna trabaja con él, llevando el despacho, y ambos son masones, otro grupo social en el punto de mira de Hitler. Eva es la hija mayor; su hermano menor, Felix, tiene los pulmones delicados. Cuando en abril de 1933 el Gobierno nazi emitió un decreto que expulsaba a los judíos del funcionariado, la primera reacción de los padres de Eva fue salir de Berlín lo antes posible, de inmediato. Iban ya camino de la estación cuando los alcanzó la tía de Eva, que había salido tras ellos, y quien recordó a Theodor que era un veterano condecorado, poseedor de la Cruz de Hierro. «No sois comunistas. Las cosas se calmarán», insistió. Y se

quedaron. Pero cuando, un par de meses después, y en mitad de las crecientes restricciones a la participación de las personas judías en la vida pública, tanto Theodor como Erna fueron inhabilitados para ejercer la abogacía, decidieron ignorar a la tía optimista y abandonar Alemania sin más demora.

Cuando llegan a la Gare de l'Est el 27 de julio, la familia se encuentra con una amiga, Greta, que los lleva a un hotel de la rue du Delta donde les ha reservado una habitación. Antes incluso de que puedan deshacer las maletas, Greta les dice que quiere llevarlos a ver algo. Es tarde, casi medianoche, pero ella insiste. No está lejos, dice. Un paseo de quince minutos como mucho.

Greta conduce a la familia calle arriba, pasan junto a un parque y enfilan unos escalones estrechos. Suben, suben y suben: los escalones parecen interminables. Felix empieza a jadear, pero Greta sigue avanzando con entusiasmo, sin volverse. Cuando por fin salen a la amplia terraza, la familia contempla primero las curvas blanquecinas, color hueso, del Sacré-Cœur elevándose ante ellos. Sí, sí, muy bonito, pero ¿por qué...? Greta señala con aire triunfal en la otra dirección. Ah, ¡ahora lo entienden! ¡Dios mío, mira eso!

Porque ahí está París al completo, desplegada a sus pies en todo su esplendor y elegancia. Eva queda hechizada. Esa imagen se convierte en el primer recuerdo de su nueva existencia: la visión deslumbrante de la capital a medianoche, con un anuncio luminoso de Citroën brillando en la Torre Eiffel. Un símbolo de su futuro.

«Me quedé tan deslumbrada... Muchas veces he intentado rehacer el camino y encontrar de nuevo esa emoción, pero nunca pude

recuperarla.»

En el siglo XX, los artistas bohemios habían abandonado Montmartre y se habían mudado, como siempre hacen, en busca de alojamiento y talleres más baratos, dejando a los turistas boquiabiertos ante lo que ellos habían dejado atrás. En las décadas de 1920 y 1930, el lugar donde había que estar en París si uno era pobre, extranjero, intelectual, con inclinaciones artísticas o una combinación de todo ello, era la margen izquierda del Sena, la *rive gauche*: el Barrio Latino y Montparnasse. La margen izquierda constituye también el corazón intelectual de París, abarrotado de estudiantes —aquí están también la Sorbona, Sciences Po, la École Normale Supérieure—, y el centro de la toma de decisiones políticas. Aunque el presidente resida en el Palacio del Elíseo, emplazado en la *rive droite*, el Senado y la Asamblea Nacional están al otro lado del río, al igual que el Hôtel Matignon, la residencia oficial del primer ministro francés.

Es a esta zona adonde llega la mayoría de los refugiados alemanes, cargando con sus maletas y lo poco que han logrado salvar a toda prisa: decenas de personas agotadas, con rostros cenicientos, que bajan al andén de la Gare de l'Est como si fueran invitados que no están seguros de haber acabado en la fiesta adecuada, con la ropa adecuada o a la hora adecuada. Quienes tienen contactos —amigos, familia, conocidos que llegaron antes— pueden contar con que los reciban en la estación con una sonrisa y, sobre todo, con una dirección: alguna indicación de dónde pueden deshacer la maleta e instalarse de manera provisional. Pero la mayoría llega a París sin el consuelo que ofrece la compañía y pronto

aprenden a la fuerza el significado de ese verbo francés crucial, *se débrouiller*: tienen que «apañárselas», «arreglárselas», salir adelante *tout seul*, «solos».

Hôtel garni

Como la mayoría de los exiliados andan desesperadamente escasos de dinero, pocos pueden permitirse alquilar un apartamento. Así que tienen que buscarse una habitación, por lo general en un establecimiento venido a menos, sin estrellas*,* un *hôtel garni*: un hotel que ofrece habitaciones amuebladas para estancias semipermanentes. Es allí donde han de deshacer las maletas y sentarse en una cama vetusta para calibrar bien la realidad de lo sucedido. Las comodidades y la familiaridad del hogar se han esfumado; como se han esfumado el trabajo, el dinero, la reputación, la propia lengua y los amigos. En su lugar, sólo hay esta habitación de hotel, estas cuatro paredes.

El escritor y psicólogo austríaco Manès Sperber, de veintiocho años, quien huyó de Berlín después de que los nazis lo encarcelaran por sus actividades comunistas, vive durante un tiempo en una habitación del Hôtel des Sports, en el número 69 de la rue Cardinal Lemoine, en el quinto *arrondissement*, un lugar lleno de estudiantes y situado a la vuelta de la esquina de las ruinas de un antiguo anfiteatro romano:

> Todo en ella era de una modesta fealdad: una cama, una mesilla, tres sillas, un sillón viejo, un armario que no

cerraba bien y un espejo oblongo que, de manera maliciosa, hacía que cualquiera que se mirara en él pareciese más feo de lo que era. El papel pintado reproducía con una viveza intrusiva la exuberancia de la vegetación tropical. Su aspecto despertaba incluso en el ocupante más pacífico un deseo urgente de acribillar aquellas paredes con una ametralladora. Aun así, nadie lo hizo, porque no se puede matar la fealdad.[14]

Tiempo de exilio

Yo estaba ahora en París, rue Montaigne, pero sobre todo en Alemania.

LUDWIG MARCUSE[15]

Vivir en el exilio es tanto un estado mental como una realidad física. Aun así, las cuestiones prácticas lo son todo: disponer de medios para comprar comida y pagar el alquiler, tener derecho a trabajar o conseguir la documentación adecuada. Sin papeles no hay trabajo, ni comida que poner en la mesa. Sin papeles no se tiene identidad.

Los intelectuales de Weimar, que no lograron impedir el ascenso del fascismo en su país, se ven obligados a ajustar cuentas consigo mismos durante la humillación del exilio. Incapaces de ganarse la vida, arrojados a un sistema burocrático incomprensible, muchos alemanes exiliados quedan a merced de una variedad de comités de ayuda bienintencionados y mal financiados. Aunque los más famosos

pueden recabar apoyo, protección y dinero en cualquier parte —¿qué país se negaría a acoger a Albert Einstein o a Thomas Mann?—, la mayoría están condenados a vivir padeciendo cada día una soledad, un anonimato y una degradación crecientes. Hombres que hasta hace poco eran intelectuales, profesores, científicos o editores, ahora deben hacer cola en mostradores para obtener cupones de alimentos, ayudas en efectivo, información, consejos. Deben presentarse, una y otra vez, en la Prefectura de Policía y suplicar a un funcionario aburrido que les selle los papeles. Su ropa se aja; los zapatos se les gastan. En enero de 1934, la Ligue des droits de l'Homme, que recoge ropa para refugiados alemanes, cita el caso de un escritor conocido que lleva semanas sin poder salir porque su único traje está hecho jirones. «Pensad», concluye el llamamiento, «en quienes el año pasado tenían un hogar confortable y hoy están padeciendo la peor miseria en el exilio».[16]

Pasa el tiempo, el tiempo del exilio: a la vez demasiado largo y demasiado corto. El sol sale y se pone sobre esta ciudad hermosa mientras los exiliados recorren las calles de París, *flâneurs* forzosos, con demasiado tiempo que rellenar entre las citas en la Prefectura de Policía o las visitas a los comités de ayuda. Nadie los necesita, así que deambulan, intentando convencerse de que están disfrutando de la belleza de la arquitectura parisina. Visitan iglesias, galerías y otros lugares que ofrecen gratis el consuelo del arte; acuden a sesiones baratas de tarde en el cine del barrio; pasean por las orillas del Sena o toman el sol en los parques.

Sobre todo, matan las horas en los cafés del boulevard de Montparnasse: el Dôme, la Coupole, el Select, o el menos conocido Capoulade, en la esquina del boulevard Saint-Michel, muy frecuentado por miembros del SAPD.(2) En la terraza de un café, un emigrado (por lo general suele tratarse de un varón) puede sentirse en casa. Puede pasarse horas apurando un único café, sin que el camarero lo moleste, recreando la vida de cafés que dejó atrás en Berlín. Algunos se sientan solos, evitando a sus compañeros de infortunio; otros se sientan juntos, rumiando sin fin los acontecimientos de casa, buscando indicios que presagien el inminente derrumbe del régimen. El café es un salón sustitutivo, un lugar donde se intercambian noticias y se afilan argumentos, una bolsa de trabajo informal donde se anuncian las últimas novedades sobre posibles empleos: auxiliar de morgue, mecanógrafo, contable, botones de hotel, recadero. Es también un foro democrático, un espacio público. En el sótano del Mephisto se reúne el Sindicato de Escritores Alemanes en el exilio; Leopold Schwarzchild discute sobre su periódico *Das Neue Tage-Buch* con sus editores en el Weber; la editorial de Willi Münzenberg, Éditions du Carrefour, está en el boulevard Saint-Germain, y a Anna Seghers se la suele ver trabajando en uno de los cafés que se asoman a la calle. Seghers tiene suerte: vive fuera del centro, en un apartamento tranquilo cerca de un bosque donde sus hijos pueden ir al colegio y llevar una vida normal. A veces trabaja a máquina en el piso; a veces fuera, en el jardín; pero en ocasiones le gusta escaparse a la ciudad y tomar el tren de cercanías desde Meudon hasta Montparnasse. Le gusta el bullicio de un café concurrido, siempre que las conversaciones no

tengan nada que ver con ella. Le sirve como una especie de cortaviento: un muro de ruido que le permite pensar.

En sus largos paseos por la ciudad, cuando atraviesan el Jardín de Luxemburgo y se detienen a admirar los barquitos que los niños hacen navegar en el estanque, o a mirar una partida de ajedrez al aire libre, a los exiliados les resulta difícil no recordar todo lo que han dejado atrás. La belleza de París trae consigo una sensación de melancolía, porque no forman parte de esa vida atareada que contemplan. No son sus hijos los que juegan junto al agua, ni es su partida de ajedrez. Son forasteros que miran desde fuera, separados por la lengua, la cultura y la pobreza.

Y siempre, a su alrededor, el resentimiento del país de acogida: la aversión a los extranjeros en una ciudad repleta de inmigrantes. Hablar alemán en las calles francesas en 1933 es provocar antipatía, desprecio, hostilidad. *Ah, les sales Boches*... «sucios *boches*». La última guerra está aún fresca en la memoria de los franceses. Y dominar el francés no es algo al alcance de todos. De modo que surge la pregunta existencial: ¿quién soy? Si la lengua alemana se la han apropiado matones y monstruos, ¿en qué lengua han de escribir, hablar, pensar los exiliados?

Tras un mal comienzo en un *lycée* local, donde acosan a Peter llamándolo *sale Boche*, Anna encuentra, a un par de calles de su apartamento en Bellevue-Meudon, un colegio recién inaugurado que sigue un plan de estudios moderno y liberal. Tanto Peter como Ruth no tardan en adaptarse y en hablar francés con fluidez. En algún momento de los años siguientes, Peter pasará a ser «Pierre» (no

sabemos exactamente cuándo). Ésa es la ventaja de la juventud: la capacidad de adaptarse y asimilarse, de dejar atrás la antigua identidad y forjar una nueva. El francés de Anna es bueno, pero tiene acento y se nota que es extranjera; el acento húngaro de László es aún más marcado. Cuando la familia sale junta, los niños se niegan a hablar alemán en público. Pierre se avergüenza: «Hay que recordar el ambiente de la época», diría más tarde. «Los franceses odiaban a los *boches* desde 1914, incluso desde 1870. Y, claro, Hitler no ayudó. Oficialmente, yo era un húngaro nacido en Berlín. En clase solía decir que había nacido "en Charlottenburg", porque me di cuenta del terror que inspiraba la palabra "Berlín".»[17]

Hotel Lutetia

En sus vagabundeos, los exiliados pueden terminar acercándose indecisos al Sena, pasando por la iglesia de Saint-Sulpice y entrando en el boulevard Saint-Germain. O tomar otra ruta, otro día, por la rue du Cherche-Midi, pasando junto a la cárcel y luego subiendo por el boulevard Raspail hasta el cruce de Sèvres-Babylone. Allí hay un hotel que destaca: un gran transatlántico, un lugar muy alejado de los establecimientos ruinosos en los que se ven obligados a hacer su hogar.

Hôtel Lutetia
El confort perfecto
Buena cocina
Excelente bodega

Precios razonables

El Hotel Lutetia es único. Los otros hoteles de categoría similar —el Crillon, el George V, el Ritz, el Meurice— están todos en la margen derecha, muchos de ellos ocupan edificios históricos que en otro tiempo pertenecieron a aristócratas. El Lutetia simboliza algo ligeramente distinto: un lujo accesible, con una clientela procedente sobre todo de la burguesía provincial francesa. Inaugurado en 1910, se concibió como pieza complementaria de Le Bon Marché, los primeros grandes almacenes de la ciudad, un templo del comercio fundado por Aristide y Marguerite Boucicaut en la década de 1850 y que introdujo un novedoso concepto: vender cientos de artículos distintos a precios fijos bajo un mismo techo.[18] Los Boucicaut empezaron a pequeña escala: primero compraron una tiendecita en la esquina de la rue de Sèvres con la rue du Bac y luego la fueron ampliando hasta que, en 1869, decidieron construir unos grandiosos almacenes nuevos, diseñados expresamente para ese fin. Cuando por fin terminaron las obras de Le Bon Marché, en 1905, los Boucicaut ya no vivían, pero Marguerite había legado su inmensa fortuna a los empleados y, en 1907, un grupo de directivos de la tienda miró al otro lado de la placita que hoy lleva el nombre de sus benefactores y vio una oportunidad: la Gare d'Orsay, construida para la Exposición Universal de París de 1900, traía a París a miles de visitantes y los dejaba directamente en la margen izquierda del río. ¿Por qué no crear un hotel donde esos futuros clientes pudieran alojarse mientras visitaban la ciudad?

Los directivos hicieron gala de una fastuosa ambición: el hotel se engalanó con lámparas de araña de cristal, mosaicos, frescos y

suelos de parquet. Había dormitorios insonorizados con puertas acolchadas en cuero, teléfonos conectados con el *maître d'hôtel* y timbres para llamar al ayuda de cámara o a la camarera. De las doscientas habitaciones, noventa incluían un cuarto de baño con agua corriente caliente y fría. Había restaurante, sala de lectura, sala de fumadores, sala de billar y un bar americano en el sótano. Se construyó una tetería con entrada independiente en el cruce de Sèvres-Babylone, con pastelería y heladería, ideada al detalle para que los clientes de Le Bon Marché pudieran descansar tras un duro día de compras. En 1912 se añadió una ampliación del hotel a lo largo del boulevard Raspail, con diez grandes salones construidos para dar cabida al creciente número de banquetes, bailes y otras celebraciones que acogía el establecimiento.

En lo estilístico, con su fachada ondulante y sus marquesinas en forma de concha, el Lutetia es un puente entre el *art nouveau* y el *art déco*. De las ventanas sobresalen motivos de vides colgantes, cuyas uvas maduras tratan de alcanzar las figuras de varios querubines que se aferran a la fachada, estirando con avidez sus manitas regordetas. El nombre del hotel remite a los orígenes de la ciudad, conocida en tiempos como Lutecia y habitada en un inicio por la tribu gala de los parisios, más tarde conquistada por los romanos. En las calles de la margen izquierda, cerca del hotel, aún hoy es posible hallar numerosas huellas de la ocupación romana. El hotel adoptó no sólo el nombre de la ciudad, sino su escudo, en el que figuran un barco y el lema *Fluctuat nec mergitur*: «Batida por las olas, pero no hundida.» El tema marítimo del edificio entronca con la moda de los viajes transatlánticos de inicios del siglo XX: el interior del hotel, todo él en madera oscura y con herrajes de latón,

se diseñó para evocar un gran trasatlántico; y la proa del edificio se proyecta desde la esquina del boulevard Raspail con la rue de Sèvres para ofrecer un mirador sobre el cruce, con Le Bon Marché tentadoramente visible al otro lado de la plaza.

Al pasar por la entrada con marquesina del boulevard Raspail, el *flâneur* forzoso quizá alcance a ver a un conserje uniformado llamando a un taxi, o el coche del hotel deteniéndose para dejar a una clienta recién llegada de la estación. Un vuelo de abrigo de piel, un tobillo elegante... *Por aquí, por favor, qué alegría volver a verla*. Qué tentación, cruzar esas puertas. Al fin y al cabo, los hoteles están abiertos a todo el mundo, igual que los grandes almacenes. ¿Por qué no?

Desde el principio, el núcleo de la clientela del Lutetia fue sobre todo francés: una mezcla de hombres de negocios de provincias y artistas, políticos, pensadores y escritores procedentes de las áreas colindantes a la capital. A los intelectuales franceses les gusta reunirse en este lugar para hablar de sus últimas obras. Un joven oficial francés llamado Charles de Gaulle pasó aquí la noche con su esposa, Yvonne, camino de su luna de miel en Italia. Ernest Hemingway frecuentaba el bar del sótano en los años veinte. James Joyce —residente en París durante casi veinte años— sigue siendo un asiduo.

Banquetes y bailes forman parte de la reputación del hotel: es aquí donde las familias parisinas celebran bautizos, cumpleaños, aniversarios y bodas. Hay conferencias impartidas por dignatarios eminentes, reuniones de visitantes internacionales, concursos de baile y festejos anuales dedicados a la solidaridad social y cívica: el Baile de los Guanteros; un banquete del grupo esperantista parisino;

el baile anual de la Sociedad de Ingenieros del Instituto Superior de Electricidad; el baile del grupo parisino de antiguos alumnos de la Escuela Nacional de Relojería, Instrumentos de Precisión y Aparatos Eléctricos de Cluses (comienza a las diez en punto de la noche); reuniones de los ciegos de guerra y sus familias... y así sucesivamente.

Entonces, ¿por qué no entrar? No es que un gran hotel supusiera una novedad para los intelectuales liberales de la Alemania de Weimar. En Berlín, muchos bebían en el bar del Eden o el del Adlon, codeándose con estrellas de cine y huéspedes internacionales. Se alojaban en hoteles elegantes durante las vacaciones en el extranjero o cuando asistían a congresos como invitados de honor.

Para el gran escritor austríaco y «patriota de hotel» Joseph Roth, llegar a un hotel era una forma de volver a casa.[19] Le encantaban cosas que a otros les desagradaban: el carácter impersonal de la habitación, el papel pintado barato, el lavabo impecable, los grifos relucientes, el listín telefónico. Cuando abandonó Berlín la noche del 30 de enero de 1933 —no se demoró: se fue en cuanto Hitler fue nombrado canciller («No te hagas ilusiones», escribió a su amigo Stefan Zweig. «Reina el infierno»)—, regresó a un hotel familiar de París, el Foyot, en el sexto *arrondissement*, en el límite norte del Jardín de Luxemburgo. Allí permaneció hasta que el establecimiento fue demolido en 1937; después se refugió en el Hôtel de la Poste, justo enfrente, donde durante una temporada vivió también el escritor húngaro Arthur Koestler; así como Gustav Regler, con su novia, Marie-Louise. Roth pasaba la mayor parte del tiempo sentado

a una mesa del Café le Tournon, escribiendo sin parar, hablando con amigos y colegas sobre los viejos tiempos (el café era popular entre los emigrados austríacos), pero, sobre todo, ahogándose en alcohol, proeza que finalmente culminó en mayo de 1939.

Sólo ahora, sumidos en la pobreza y las penurias del exilio, estos alemanes que no son ni turistas ni residentes pierden el coraje que brinda saber que llevas dinero en el bolsillo y que puedes hablar la lengua en la que te saludará el conserje. La pobreza es algo nuevo para esta primera oleada de refugiados, pues son las estrellas del firmamento intelectual, artístico y político de Weimar. Ser consciente del estado de los zapatos, del abrigo raído, del sombrero o la camisa constituye una humillación hasta entonces desconocida. Saber que el acento puede recibirse con hostilidad, que los intentos de hablar francés se acogen con una impaciencia apenas disimulada, también son sensaciones nuevas. Para entrar en un hotel elegante sin invitación hace falta cierta seguridad en uno mismo; no ayuda estar distraído por el hambre, preguntándose si el botones puede oír cómo te rugen las tripas.

Así que, por ahora, el Hotel Lutetia no es más que un nombre, un edificio ante el que un exiliado puede pasar camino de un café barato: un recordatorio grandioso de tiempos mejores. Quizá se encuentre con alguno de sus colegas franceses; André Gide, por ejemplo, que sale a la calle con un libro en la mano. Cada día, el escritor camina desde su casa en la rue Vaneau, en el séptimo *arrondissement*, hasta la redacción de la revista literaria *La Nouvelle Revue Française*, en la rue Sébastien-Bottin, y suele detenerse en el

Lutetia de camino. Unas palabras intercambiadas frente a la entrada del hotel: un escritor alemán hambriento a un lado de la barrera invisible; un francés bien alimentado y bienintencionado al otro.

La mayoría de los exiliados no cruzará ese umbral hasta el año 1935.

Domingos en familia

La rutina dominical de la familia Radványi consiste en almorzar juntos temprano y luego Anna y László dan un largo paseo a solas, por lo general en dirección al Ermitage de Villebon, donde toman café o té en un lugar agradable junto a un gran cedro. Es su oportunidad para pasar un rato juntos hablando de su trabajo, de sus hijos, de sus preocupaciones. Mientras Anna escribe, László da clases, organizando y dirigiendo el «Colegio Libre Alemán» bajo el seudónimo de Johann-Lorenz Schmidt. El colegio reúne a científicos alemanes antifascistas y organiza cursos sobre temas de ciencias sociales y naturales para estudiantes alemanes que viven en París. Hacia las cuatro de la tarde suelen aparecer amigos por el piso de Bellevue. Si los padres aún no han regresado del paseo, los hijos se encargan de entretener a los invitados.

Para muchos de sus amigos, la casa de los Radványi representa una especie de refugio, una evasión momentánea de sus vidas parisinas. Estar en Bellevue permite sentarse en un apartamento tranquilo, amueblado con buen gusto, en un barrio residencial arbolado; comer comida fresca cocinada por Anna; disfrutar de la conversación, de la presencia de los niños, de la música, de un

jardín donde pueden jugar a la petanca. Permite fingir —sólo por una tarde— que la vida sigue siendo como antes: cómoda, fácil, agradable, apacible. Manès Sperber era un visitante habitual: «La vuelta a la ciudad, a una habitación que normalmente no se arreglaba en domingo y que entonces parecía aún más miserable, se aplazaba todo lo posible.»[20]

Gisela/Gisèle

Gisela Freund llega a París con una maleta y su Leica y sin un céntimo en el bolsillo. A diferencia de sus compatriotas de más edad, no le inquieta demasiado su situación precaria: tiene veinticuatro años y por fin se siente libre de la opresión que la ha ido asfixiando poco a poco en Alemania. Para ella, Francia ofrece posibilidades. Es joven; no le interesa el pasado, sino el futuro, su futuro. En algún momento de los años venideros, Gisela se convertirá en Gisèle. No está muy claro cuándo se produce el cambio, pero revela su intención: no quiere que la consideren extranjera. Contribuye a ello el hecho de que habla un francés excelente.

El primer hogar de Gisèle en París es un hotelito de estudiantes en la rue Saint-Julien-le-Pauvre, en el quinto *arrondissement*, junto al Sena.[21] Las calles aledañas rebosan estudiantes, obreros, perros y gatos callejeros. El aire está cargado con el olor a grasa de una freiduría cercana. En la esquina de la rue Lagrange y la rue du Fouarre hay un pequeño café-bar donde los vagabundos pueden pasar la noche cuando hace demasiado frío bajo los puentes. Duermen incorporados, apoyados en una cuerda que el dueño les

cobra veinte céntimos por usar. La habitación de Gisèle es indistinguible de otros cientos de habitaciones del Barrio Latino, gastadas por generaciones de estudiantes. Un papel verdoso decorado con tulipanes rojos desvaídos cubre las paredes. Una cama de hierro, una mesa y un viejo sillón completan el mobiliario. La fotógrafa en ciernes usa el baño como cuarto oscuro: coloca las cubetas sobre una tabla, encima del lavabo, y la ampliadora sobre el bidé. El barrio está degradado, y su habitación, desastrada, pero ¡ay, las vistas! Desde la ventana se ve Notre-Dame.

Con una confianza en sí misma y una determinación que la definirán toda la vida, Gisèle se pone manos a la obra para garantizar su subsistencia: necesita perfeccionar su francés, completar su tesis doctoral y encontrar algún trabajo para pagar las facturas. El primer paso es matricularse en la Sorbona, llevarse los libros a la biblioteca de Sainte-Geneviève e intentar estudiar, pero el ruido de los estudiantes que entran y salen sin cesar le impide concentrarse. En busca de silencio, Gisèle descubre la Bibliothèque nationale, en la rue de Richelieu, al otro lado del Sena, en el corazón del distrito más pequeño de París, el segundo *arrondissement*, conocido como la Bourse porque es allí donde se encuentra la Bolsa.

Las bibliotecas son lugares democráticos: aquí, bajo la gran cúpula de cristal, sumidos en la atmósfera familiar que brinda el polvoriento silencio, los intelectuales exiliados pueden sentarse sin que nadie los moleste durante horas y convencerse a sí mismos de que siguen siendo productivos en este templo sereno, donde los libros no se queman, sino que se conservan para la posteridad. La biblioteca es

también el lugar donde los exiliados pueden olvidar lo que han dejado atrás: sus propias bibliotecas, tan queridas, sus archivos y su trabajo.

Es a la Bibliothèque nationale adonde acude a escribir el escritor exiliado de origen húngaro Arthur Koestler durante un período en que él y su nueva esposa, Dorothy, comparten una habitación diminuta en el Hôtel de la Paix, un establecimiento destartalado en la Île Saint-Louis, con una fontanería horripilante y una hermosa vista del Sena. Y es aquí, entre estanterías y fichas, donde Gisèle avista a uno de los eruditos más singulares y excéntricos de Alemania, esa criatura extraña y tímida: Walter Benjamin.

El *flâneur*

Walter Benjamin ama París; ha amado París desde la primera vez que quedó hechizado por sus cafés y sus pasajes, por sus anchos bulevares flanqueados de edificios. París es la ciudad donde más en casa se ha sentido siempre: la ciudad de los *flâneurs* —paseantes urbanos, ociosos, mirones—, un concepto nacido en la Francia del siglo XIX e introducido al público alemán por el íntimo amigo de Benjamin, Franz Hessel, con quien Benjamin —en los buenos tiempos— tradujo a Proust. Y París es el tema del monumental proyecto inacabado de Benjamin, el *Libro de los pasajes*, que lo absorbe y lo obsesiona mientras el viejo mundo se desintegra a su alrededor.

En realidad, el París que tanto cautiva a Benjamin no es la ciudad que habita hoy, donde —tras huir de Alemania— vive en la penuria,

en hoteles baratos, sobreviviendo gracias a los pagos esporádicos que su colega Max Horkheimer le envía por los artículos publicados en la revista del Instituto de Investigación Social, con sede inicial en Fráncfort, después en Ginebra y, ahora, en Nueva York. Más adelante, Benjamin encuentra una habitación en la rue Dombasle, en el decimoquinto *arrondissement*, que subarrienda a un amigo. Durante un tiempo, Arthur Koestler vive en el mismo edificio.

Benjamin es un extraño entre extraños: un hombre a la vez adelantado a su tiempo y devorado por el pasado. No halla consuelo en las multitudes de exiliados; prefiere, en cambio, la compañía de los libros en su amada Bibliothèque, donde, antes de la catástrofe, pasó tantas horas felices. Es allí donde ahora busca refugio de la lucha interminable por la supervivencia, caminando cada día para sentarse en la sala de lectura. Escribe sin parar sobre cualquier cosa que despierte su curiosidad; su letra diminuta trepa por los márgenes de papeles, postales y libros. En la Bibliothèque nationale termina *París, capital del siglo* XIX y *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, que más tarde —mucho más tarde, mucho después de su muerte— se convertirán en textos fundamentales de la teoría cultural.

Cuando Gisèle ve a Benjamin en la biblioteca, no duda en saludarlo. Lo conoce de vista de sus años de estudiante en Fráncfort, donde asistió a clases en el Instituto de Investigación Social y tuvo como profesores a Max Horkheimer y a Theodor Adorno. Benjamin y ella pronto comienzan a verse con regularidad. Forman una pareja improbable: ella, joven, atractiva, segura de sí misma; él, fornido, serio, tímido en extremo, con el espeso cabello ya encanecido y unas gafas de búho. Ella se mueve con soltura en

cualquier ambiente; él es rígido y torpe y lo envuelve un aura de formalidad germana algo anticuada. Pero conectan, y en poco tiempo se hacen muy buenos amigos.

A veces pasean por los corredores, o cruzan la rue de Richelieu para sentarse en un banco de la plaza Louvois, donde Benjamin fuma en pipa mientras hablan de política o de literatura contemporánea. A menudo salen juntos de la biblioteca a la hora del cierre y cruzan las Tullerías y el muelle que hay junto al Sena, donde Benjamin siempre se detiene ante los puestos de libros. Dos veces por semana se reúnen para jugar al ajedrez en el primer piso de un café del boulevard Saint-Germain, donde piden un único café negro que les dura toda la partida. Resulta que Benjamin tiene mal perder. Freund ha empezado a hacer retratos de sus conocidos. Le roba una fotografía a Benjamin en su hábitat natural.

Studio Stein

Empezar desde abajo es algo natural para la gente joven; vivir con poco es más sencillo para quienes vienen de llevar una vida de estudiante. Además de que poseen ese ingrediente adicional, indefinible, que acompaña a la juventud, llámese optimismo, esperanza ciega o ingenuidad. Sea lo que sea, permite que personas como Gisèle Freund y otra pareja de exiliados alemanes, Fred y Lilo Stein, se abran camino a codazos en una profesión que —por suerte — está en pañales: el fotoperiodismo.

Como Gisèle Freund, Fred Stein tiene veinticuatro años cuando huye de Alemania recién casado con su esposa Lilo, con el pretexto

de irse de luna de miel.[22] En Dresde, a Fred lo obligaron a abandonar la carrera, a tan sólo tres semanas de obtener la titulación en Derecho, por «falta de fiabilidad racial y nacional», y después a huir del país por su actividad política como miembro del SAPD. Sabe que ejercer la abogacía en Francia no es una opción, pero —como Gisèle— cuenta con una gran ventaja frente a sus compatriotas ya consagrados: no tiene una larga carrera que dejar atrás y de la que lamentarse.

Sin conocimientos técnicos ni más herramientas que una pequeña cámara Leica que se compraron como regalo de boda y una ampliadora modesta que adquieren en París, Fred y Lilo anuncian con audacia la apertura de su «Studio Stein». Colocan un par de fotografías en el escaparate exterior del edificio y empiezan a buscar clientes: rastrean los periódicos y los anuncios locales en busca de bodas y otros eventos, se presentan en el salón del barrio, donde montan su «estudio» en un rincón con un cartel hecho a mano, reparten retratos de muestra gratuitos y esperan a que lleguen clientes. Vuelven a casa de madrugada, rendidos, pero con algo de dinero en el bolsillo. Aunque Fred había imaginado que haría carrera en el ámbito de la ley, encuentra por accidente en la fotografía su verdadera vocación. Implica una existencia precaria, pero que lo deleita y lo colma.

Aunque todavía no se conocen, a lo largo de los años siguientes, los caminos de Fred Stein y Gisèle Freund se cruzarán de tanto en tanto, a medida que ambos descubren su talento para el retrato. Pero mientras que Gisèle se siente atraída por el mundo literario francés, a Fred, su pasado como activista político lo mantiene anclado en la comunidad de emigrados alemanes. Si Gisèle retrata a

las estrellas emergentes del firmamento literario galo, Fred documenta —gratis, por supuesto— a las principales «personalidades» intelectuales del exilio alemán que encuentra en las reuniones de las diversas organizaciones que surgen en París a partir de 1933: Heinrich Mann, Anna Seghers, Alfred Kantorowicz, Lion Feuchtwanger, Gustav Regler y decenas más. Fred los retrata a todos.

Trabajo

Sí, para los jóvenes es mucho más fácil. Pese a tener toda la documentación en regla, los padres de Eva Tichauer se desviven por conseguir un empleo.[23] Como Fred Stein, Theodor descubre pronto que para que un extranjero ejerza la abogacía en la Francia de los años treinta ha de cumplir una serie de condiciones que se antojan imposibles: hace falta dinero y papeles, títulos recientes, influencia, contactos. Pese a toda su experiencia como letrado en Alemania, Theodor no tiene nada de eso. De modo que hace lo que puede: prueba suerte con una serie de trabajos manuales para los que carece del menor talento, y proyectos comerciales que fracasan al poco de empezar. Es un intelectual, un hombre que se formó durante años para ser competente en una profesión concreta. Es incapaz de adaptarse. Erna, que habla varios idiomas, se las arregla para conseguir algunos trabajillos sueltos como traductora.

Decididos a que su hija de quince años se integre allí donde ellos no logran hacerlo, Theodor y Erna deciden colocar a Eva como *au pair* en una familia francófona mientras va al colegio, para que

aprenda bien el idioma y pueda completar su educación en Francia. Ella quiere estudiar Medicina, una ambición que sus padres aprueban plenamente. A Eva le cuesta separarse de su familia, pero la decisión resulta premonitoria: su educación francesa le salvará la vida más adelante.

Mientras escritores célebres como Heinrich Mann, Lion Feuchtwanger y Anna Seghers sobreviven gracias a los ingresos que reciben del extranjero, las opciones para la mayoría de los escritores y periodistas entre los exiliados alemanes son escasas. Las publicaciones de emigrados pagan poco; su tirada es mínima. Algunos pueden colaborar con la prensa francesa, pero muchos no dominan la lengua lo suficiente y, desde luego, no pueden permitirse pagar a un traductor. Y así, escritores cuyo sustento se basaba en su dominio del alemán se encuentran ahora sin voz: su incapacidad para hablar francés los hace «inempleables». Algunos se hunden en el silencio por pura desesperación, incapaces de escribir. Otros ceden a la oscuridad: se suicidan en habitaciones de hotel o beben hasta dar con sus huesos en la tumba antes de tiempo. Otros siguen escribiendo, ya sea en alemán o en un mal francés, sobre la pérdida de su patria, sobre su fracaso político. Escriben y escriben. Incluso hay un nombre para esa producción: *Exilliteratur*, la «literatura del exilio». Garabatean en sus habitaciones de hotel, redactando novelas y ensayos que nadie leerá, en una lengua que ya no les pertenece, incapaces de dar el salto a otra que nunca podrán dominar del todo. A sus espaldas, el espectro que no cesa de

acosarlos en todo momento no es el de la desesperación intelectual, sino el del hambre y la indigencia.

El poeta, crítico y novelista Hans Sahl escribe:

> En mi hotel repiquetean las máquinas de escribir. Escritores trabajando. Están intentando «darle sentido al tiempo». En el primer piso está R., que escribe una obra sobre la persecución de los cristianos bajo Nerón. En el segundo, el poeta S. intenta arrancarle a su existencia hambrienta unas ardientes estrofas por la libertad. D. y T. viven en una habitación con una cama doble y trabajan juntos en un artículo teórico sobre el papel del trabajo femenino en la época de Marx y Engels. W. ya no puede escribir y se conforma con redactar cartas a un pariente en América, que luego rompe, pidiéndole que comprenda su situación y le envíe dinero para la travesía. En el tercer piso, justo al lado del grifo, está el doctor Blanc, que sufre por su desdichado amor a una sociedad sin clases y trabaja noche y día en una apología del Partido Comunista, en la que intenta demostrar que los chismes vertidos contra él son totalmente infundados.[24]

Coñac con el estómago vacío

El invierno lo empeora todo. El hambre persigue a los exiliados allá donde vayan: una necesidad de comer que roe por dentro y que nunca se satisface del todo. Y, sin embargo, entre los bienintencionados intelectuales franceses que expresan su apoyo y firman una petición tras otra no acaba de comprenderse la absoluta miseria en la que viven tantos de sus colegas alemanes.

Un día, mientras tirita en su habitación de hotel sin calefacción, Manès Sperber recibe una invitación de André Malraux para que pase a verlo después de comer y conozca a André Gide. En ese momento, Gide y Malraux son los dos polos de atracción de la vida literaria parisina para los emigrados: Malraux, joven y carismático, está en la cima de su fama y profundamente consternado por lo que ocurre en Alemania. Su apartamento de la rue du Bac es un lugar de reunión habitual para los exiliados. André Gide es un gigante de la literatura que ayuda con generosidad a los refugiados.

Impaciente, Sperber llega pronto al piso de Malraux y encuentra a los tres franceses —Malraux, Gide y Paul Nizan— todavía comiendo. Malraux le pregunta a Sperber si le apetece un coñac. Con la esperanza de que le haga entrar en calor, Sperber acepta encantado y se bebe el vaso de un trago; luego se sienta en un sofá junto a Gide, que enseguida entabla conversación. Es la primera reunión privada de Sperber con el famoso autor francés, a quien su figura alta, los hombros caídos, el pelo cortado al ras y los penetrantes ojos grises dan un aire de monje. Gide habla despacio, sopesando cada palabra como si estuviera exponiendo un caso ante un tribunal. La conversación —sobre los diarios privados del pintor Eugène Delacroix— dista mucho de ser apasionante.

> Bueno, pues sucedió. Di un respingo y advertí que Gide, con cierta impaciencia, repetía (probablemente por segunda o tercera vez) una pregunta que nada tenía que ver con el pintor. Me di cuenta de que me había quedado dormido, arrullado por el calor y por el coñac que me había bebido con el estómago vacío. Contesté deprisa, divertido y abochornado a la vez. En aquellos días era inconcebible que alguien pudiera dormirse en compañía de André Gide. [...] Me costó borrar de los labios esa sonrisa estúpida y avergonzada, porque comprendí con demasiada claridad que aquel incidente mínimo, apenas perceptible, era paradigmático de la situación de un intelectual emigrado, y también de la de una persona empobrecida a quien, cuanto más urgentemente necesita que la inviten a comer, menos la invitan.[25]

En las reuniones del Sindicato de Escritores Alemanes en el exilio, que se congrega los lunes por la noche en el Café Mephisto, en el boulevard Saint-Germain, escritores franceses solidarios se unen a sus pares alemanes. Rodeada de figuras consagradas como Gide, André Malraux o Louis Aragon, Anna Seghers suele ser la única mujer presente, más joven que el resto y menos conocida. Le prestan poca atención, aunque es miembro de la junta directiva. Anna observa cómo a menudo, tras las reuniones, los escritores franceses se van a un buen restaurante a cenar, al parecer ajenos a la situación de sus colegas alemanes, que se quedan atrás, contando

cuidadosamente sus francos para ver si pueden permitirse pedir un menú a precio fijo.

Fuego en las entrañas

Hay una cosa que mantiene en pie a los exiliados: una pasión que los empuja y los ayuda a olvidarse de su estómago vacío. El fuego que se niega a apagarse es el deseo urgente de alertar al mundo de los peligros del fascismo, de advertir a los demás para que no fracasen como ellos. Hay dos hombres en Francia que trabajan sin descanso para insuflar vida al cuerpo moribundo de la política de Weimar. Son tan distintos entre sí como Gisèle Freund y Walter Benjamin: uno, un escritor anciano, aficionado al buen vino y la buena mesa, que vive en el sur de Francia; el otro, un proletario achaparrado cuyos poderosos hombros dan la impresión de que chocar con él sería como «colisionar con una apisonadora»: una fuerza de la naturaleza tan irresistible como un río desbordado, un hombre que arrastra a todos tras de sí.

Serán ellos quienes, con el tiempo, conduzcan a los exiliados alemanes a cruzar hacia el interior el umbral del Hotel Lutetia.

El Zar Rojo

Cuando Gustav Regler llega a París en la primavera de 1933, lo primero que hace es presentarse, planos en mano, en la oficina del famoso propagandista y ex diputado comunista Willi Münzenberg.

Acceder al apartamento de la rue du Faubourg Saint-Honoré no es fácil: en Alemania han puesto precio a la cabeza de Münzenberg, y a sus empleados se les ha ordenado que no dejen pasar a nadie a quien no conozcan personalmente. Desde su llegada a París, Willi y Babette están bajo vigilancia de la policía francesa, tanto como medida de precaución como de protección (ya en julio de 1933, la policía francesa registra la existencia de un plan nazi para secuestrar a Münzenberg).[26] Münzenberg está acostumbrado a ser cauto: se asegura de que los preparativos de su nueva empresa no se lleven a cabo en su propio piso y, en lugar de ello, alquila un apartamento en el elegante octavo *arrondissement* para usarlo como oficina.

Mientras Regler explica su misión al joven receloso que le abre la puerta —añadiendo que, según cree, es de hecho un empleado de Münzenberg—, llega el propio Willi y todo queda aclarado. Regler recibe una cálida bienvenida y lo presentan al equipo. El círculo íntimo de Münzenberg lo componen cinco personas que escaparon con él a Francia: Babette Gross, Otto Katz y los «Tres Mosqueteros», que son los secretarios Hans Schulz y Jopp Fuellenberg, y el chófer Emil Berger.[27] Dentro, el salón está lleno de libros y periódicos, y el aire, cargado de humo. La atmósfera es enérgica, casi febril. Puede que Regler aún no lo sepa, pero ha llegado al epicentro de la actividad antifascista alemana en Francia, un núcleo de actividad constante que guarda un profundo contraste con la apatía que aflige a tantos de sus compatriotas exiliados. Entre el personal, hay caras que Regler conoce bien: el periodista Kurt Kesten, el escritor y crítico Alfred Kantorowicz y Arthur Koestler, con su extraña cara de nutria y el sempiterno cigarrillo colgándole de los labios. En el corazón de

esa operación se yergue un hombre cuya energía se transmite como una corriente eléctrica a todos los que lo rodean.

Willi Münzenberg es un *outsider* excepcional dentro de los ambientes comunistas, controlados con mano férrea. A través de las amplias actividades del Fondo de Ayuda Internacional de los Trabajadores (IAH por sus siglas en alemán), con sede en Berlín —y apodado «fondo Münzenberg»—, que abarca periódicos, revistas, asociaciones, comités, producciones cinematográficas y teatrales, Willi ha logrado llegar a un público internacional con el que la prensa oficial del Partido sólo puede soñar. Su don singular como propagandista —su genio, incluso— radica en su capacidad para persuadir a los «compañeros de viaje» —simpatizantes liberales, intelectuales progresistas y figuras públicas— para que presten su nombre a alguna de sus organizaciones, a menudo sin darse cuenta de que están proporcionando una tapadera para una empresa financiada por la Komintern.(3) Su éxito le otorga una libertad extraordinaria: Münzenberg responde directamente ante la organización de Moscú, en lugar de hacerlo ante los partidos comunistas locales, lo que despierta los celos de los piadosos dirigentes del KPD alemán, y en particular de Walter Ulbricht y Wilhelm Pieck, que lo detestan con toda el alma. Su temprana amistad con Lenin contribuye a reforzar su poder y su aura de intocable.

El estilo de trabajo de Münzenberg es frenético, áspero e implacable. En sus visitas diarias al apartamento, irrumpe en la habitación «con la despreocupación de un tanque reventando una pared» para dar órdenes a una velocidad endiablada:

> «Escribe a Feuchtwanger», le dictaba a su secretario, el alto, cojo y discreto Hans Schulz, de quien se decía que trabajaba hasta las tres o las cuatro de la madrugada para dar forma a las ideas que brotaban sin cesar del fértil cerebro de Willi. «Dile que hemos recibido artículos y tal. Pídele que nos haga un folleto, diez mil ejemplares para meterlos de contrabando en Alemania, defendiendo el legado cultural y tal, la tradición de Goethe y tal, lo demás que lo resuelva él, besos y abrazos.»[28]

Y, sin embargo, sus jóvenes colaboradores —apodados los *Münzenberg-Leute* («la gente de Münzenberg»)— están entregados a su carisma.

Babette es el opuesto físico de Willi: alta, patricia, nacida en una acomodada familia de clase media, cuyos valores burgueses ella y su hermana Grete han rechazado de plano. Su primer matrimonio, con el escritor Fritz Gross, terminó cuando Fritz cometió la insensatez de presentársela a Münzenberg. Ella y Fritz tienen un hijo, Peter, que permanece en Alemania con los padres de Fritz. Babette y Willi nunca se han molestado en celebrar algo tan burgués como una boda, pero lo comparten todo —vida, trabajo, compromiso— y se consideran casados. Babette, que habla un francés fluido, se ocupa de las finanzas de las empresas editoriales de Willi y gestiona todos sus contactos franceses. También es el único miembro del círculo —aparte de Emil— que sabe conducir el Ford verde, de fabricación francesa, que han comprado para sustituir al Lincoln negro.

Regler llega justo cuando los preparativos del nuevo proyecto de Münzenberg alcanzan su punto álgido.

El «contrajuicio»

Poco después de que detuvieran a Marinus van der Lubbe por provocar el incendio del Reichstag, los nazis decidieron que era inconcebible que hubiese actuado solo y arrestaron de inmediato a tres comunistas búlgaros que casualmente estaban en Berlín en ese momento, entre ellos Georgi Dimitrov, quien no mucho más tarde se convertiría en jefe de la Komintern. Luego detuvieron al presidente del Partido Comunista Alemán en el Reichstag, Ernst Torgler, y acusaron a los cuatro hombres de ser los cerebros del incendio.

Antes de que los nazis puedan siquiera iniciar el juicio, Willi Münzenberg se les adelanta organizando en Londres un «contrajuicio» ficticio y publicando *El libro pardo del incendio del Reichstag y el terror hitleriano*. Elaborada con una rapidez asombrosa por el equipo parisino de Münzenberg, la publicación pretende provocar una explosión de gran alcance: el *Libro pardo* contiene numerosos testimonios de la brutalidad nazi, respaldados con fotografías, además de noventa páginas de documentación destinadas a probar que un equipo de incendiarios patrocinados por los nazis entró en el Reichstag por un túnel secreto desde la residencia oficial de Göring, prendió fuego al edificio y luego se puso a salvo regresando por el mismo túnel, para convertir al desdichado Van der Lubbe en chivo expiatorio. Toda la operación —argumenta el libro— la concibieron los nazis con el fin de crear un acontecimiento espectacular que originara el suficiente impacto como para justificar la eliminación de sus adversarios políticos.

El «contrajuicio» del Reichstag se celebra en la sala de reuniones del Colegio de Abogados de Inglaterra y Gales, en Londres, en

septiembre de 1933, con asistencia de la prensa internacional en pleno. Münzenberg, que ha hecho varios viajes a la capital británica para organizar el acto, logra convencer a sir Stafford Cripps para que lo presida, junto con H. G. Wells y la conocida diputada laborista «Red» Ellen Wilkinson. Durante cinco días, comparecen treinta expertos y testigos. El veredicto, dictado el 20 de septiembre y publicado en quince idiomas, concluye que no existe conexión entre el KPD y el incendio del Reichstag y que, con toda probabilidad, el fuego fue provocado a instancias de los líderes nazis.

Para cuando empieza el juicio real, la propaganda de Münzenberg ha convencido con tal eficacia al público de la inocencia de los cuatro comunistas acusados, que el tribunal de Leipzig, presionado por la opinión pública internacional, los declara inocentes. Van der Lubbe, que había confesado el delito, no puede salvarse y lo condenan a muerte.

Como señalaría más tarde Arthur Koestler, en realidad, nadie en la extraordinaria empresa de Münzenberg tenía la menor idea de cuáles habían sido las circunstancias concretas del incendio. «Tuvimos que apoyarnos en conjeturas, en faroles y en un conocimiento intuitivo de los métodos y las mentes de nuestros adversarios en la conspiración totalitaria.»[29] Si el mundo creía que la pantomima que se representaba ante sus ojos era una lucha entre la verdad y la falsedad, la realidad era algo más turbia: ambos bandos mentían, y ambos temían que el otro supiera más de lo que realmente sabía. Para Koestler —por entonces un escritor en ciernes y un miembro activo del Partido Comunista—, la experiencia del juicio y el contrajuicio supuso una lección valiosa sobre la naturaleza de la política: «Que en el terreno de la propaganda la media verdad

era un arma superior a la verdad, y que estar a la defensiva implica ser derrotado. Me enseñó sobre todo que, en este terreno, una democracia está siempre en desventaja frente a un adversario totalitario.»

Durante los cuatro años siguientes de su exilio parisino, Münzenberg creará y financiará, en nombre de la Komintern, una vertiginosa constelación de comités, convenciones, ligas y congresos. El Zar Rojo aprovecha su primera oportunidad apenas un par de meses después de llegar a París, cuando el 10 de mayo de 1933 los nazis comienzan a quemar libros en ceremonias solemnes: cada ejemplar es denunciado con un *Feuerspruch* —un «discurso de fuego»— pronunciado al son de la música marcial tocada por una banda de las SA. Münzenberg moviliza de inmediato a decenas de figuras internacionales en torno a un frente llamado Comité Mundial de Socorro a las Víctimas del Fascismo Alemán, para protestar contra la supresión de la libertad intelectual en Alemania. Después vendrán el Comité contra la Guerra Imperialista y el Fascismo; el Congreso Obrero Antifascista; el Congreso de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo; el Hogar para Niños Refugiados; la Biblioteca Alemana de la Libertad; el Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura; el Comité de Ayuda de Guerra a la España Republicana; el Comité de Investigación sobre Presuntas Violaciones del Acuerdo de No Intervención en España, y así sucesivamente. El objetivo de estas organizaciones es siempre el mismo: hacer publicidad y recaudar fondos para la causa antifascista, persuadiendo a intelectuales prominentes para que actúen como su rostro visible.

El compañero de Münzenberg en muchas de estas iniciativas es un hombre para quien desempeñar el agotador y a menudo incómodo papel de representante del movimiento antifascista en el exilio constituye su solemne deber hacia el pueblo alemán: el escritor Heinrich Mann.

Mann

Heinrich Mann escribe sin parar —cartas, discursos, artículos—, en casa o en cafés, en hoteles, bistrós y salas de espera de estaciones de tren. Pero, sobre todo, trabaja en su novela histórica sobre el rey francés Enrique IV. En su mesa habitual del Café Monnot, en Niza, el camarero lo conoce como monsieur Henri.[30] Su compañera, Nelly, lo mecanografía todo, lee los periódicos, escucha la radio. Reciben invitados, comen y beben bien, disfrutan del cálido clima mediterráneo (no así de los mosquitos). Nelly deja las ventanas abiertas para que los pájaros entren y salgan, y les pone comida. Por lo visto, no perturban al escritor mientras trabaja.

A los sesenta y tres años, Heinrich Mann es uno de los exiliados de mayor edad y uno de los primeros a quienes se despoja de la ciudadanía alemana. No tiene papeles, así que no puede viajar al extranjero, pero su trabajo en Francia lo mantiene ocupado sin descanso y se empeña en hacer el largo viaje en tren de Niza a París cuando hay reuniones a las que asistir. Durante esas estancias se aloja a veces en el Hôtel du Louvre y, más tarde, en el Lutetia. A diferencia de su hermano Thomas —exiliado en Suiza y reticente a hacer declaraciones políticas explícitas—, Heinrich Mann ha aceptado

convertirse en el rostro público de una serie de organizaciones opositoras en el exilio: en octubre de 1933 es elegido presidente honorario del Schutzverband Deutscher Schriftsteller, el Sindicato de Escritores Alemanes en el exilio; en abril de 1934 acepta la presidencia de la sección alemana en el exilio de la asociación internacional de escritores PEN. El 10 de mayo de 1934, primer aniversario de la orgía de quema de libros que barrió la Alemania nazi, Mann está en París inaugurando una nueva iniciativa de Willi Münzenberg: la Deutsche Freiheitsbibliothek, la Biblioteca Alemana de la Libertad. Situada en un rincón de Montparnasse, en el 65 del boulevard Arago, la biblioteca reúne en unas pocas salas más de veinte mil libros y panfletos prohibidos por Hitler, gran parte de ellos material acumulado durante la preparación del *Libro pardo*. Su director es Alfred Kantorowicz.

Durante meses, Heinrich Mann acude disciplinadamente a todas estas manifestaciones de signo antifascista, pero en el fondo se siente frustrado: ¿de qué sirven tantas iniciativas loables si no se hace nada concreto para derrotar a Hitler? Debería producirse algún tipo de acción. Mann mira a la izquierda francesa y ve en ella señales de algo que desea con todas sus fuerzas que sus colegas alemanes imiten: cooperación. En los últimos meses, la sociedad gala se ha visto sacudida por acontecimientos que han empujado a comunistas y socialistas a trabajar juntos.

Stavisky

Pese a su aislamiento, los exiliados no viven al margen de la efervescencia política del período, sino junto a ella, presenciando la lucha entre derecha e izquierda que convulsiona Europa y participando en ella. En febrero de 1934, estalla la violencia en París cuando grupos de extrema derecha salen a la calle para protestar contra el Gobierno tras el «asunto Stavisky», un escándalo financiero que implica a un judío nacido en Ucrania, Alexandre Stavisky, y que salpica a las más altas esferas del poder.

En la atmósfera febril que sigue a los disturbios, muchos inmigrantes sufren ataques verbales. En ciertas secciones de la prensa se lanzan campañas ferozmente antisemitas que subrayan que Stavisky es un judío extranjero. Las ligas protofascistas y sus partidarios aprovechan como pretexto la corrupción gubernamental, no sólo para fomentar un clima de xenofobia, sino para presionar a la serie de gobiernos efímeros que se suceden en los meses siguientes y forzarlos a adoptar políticas duras contra los inmigrantes. Cuando un revolucionario búlgaro asesina al rey Alejandro de Yugoslavia y al ministro francés de Asuntos Exteriores, Louis Barthou, durante una visita oficial a Marsella en octubre de 1934, se desata una nueva oleada de xenofobia. El Gobierno introduce entonces una legislación que deniega el permiso de residencia a los extranjeros si carecen de permiso de trabajo.[31] Quienquiera que no disponga de permiso de residencia puede ser expulsado. A partir de ahora, Francia únicamente debe servir como país de tránsito.

Los políticos de izquierdas intervienen en el Parlamento en defensa de los inmigrantes; el líder socialista Léon Blum alza la voz y hace alusión particular a los exiliados alemanes: «Entre los hombres

que abandonan su país antes que unirse a un gobierno que oprime su pensamiento», le dice al ministro del Interior, «los más dignos, los más heroicos, aquellos a quienes debería prodigarse la hospitalidad más benévola, son precisamente los que han cruzado la frontera solos, desnudos, sin recursos». En su respuesta, el ministro del Interior, Marcel Régnier, habla de elementos indeseables «que no sólo atestan nuestras ciudades y campos, sino que compiten con los trabajadores franceses, agravando el paro».

Pero de lo malo puede surgir algo bueno: en respuesta a los disturbios, los sindicatos organizan una huelga general y manifestaciones masivas contra lo que consideran un intento de golpe fascista. Un grupo de destacados intelectuales franceses —entre ellos, Louis Aragon, Henri Barbusse, Paul Éluard, André Gide y André Malraux— forma un Comité de Vigilancia.

En toda Europa crece entre los políticos de izquierdas la convicción de que ha llegado el momento de alzarse por encima de sus diferencias para formar un frente unido contra la amenaza creciente del fascismo. Contra las esperanzas de los exiliados que han huido de Alemania, el régimen de Hitler no se ha derrumbado. Al contrario: se fortalece y se envalentona con cada mes que pasa. Cuando, en junio de 1934, cientos de miembros de las SA mueren asesinados a manos de las SS por orden de Hitler, los exiliados lo celebran, creyendo que la llamada «Noche de los Cuchillos Largos» anuncia la desintegración inminente del régimen nazi. Nada más lejos de la realidad. A comienzos de agosto, Gustav Regler está en la imprenta, corrigiendo las pruebas de un artículo que vaticina la caída del nuevo

Reich, cuando oye la noticia de que, tras la muerte del anciano presidente Hindenburg, Hitler ha emitido un decreto por el que los cargos de presidente y canciller quedan unificados. Desde entonces será conocido como el Führer de Alemania, su líder supremo. A todos los miembros de las fuerzas armadas se les exigirá jurar lealtad a su persona.

No, el régimen nazi no ha caído. Al contrario: Hitler ha consolidado su poder con tal rapidez y eficacia que los ciudadanos que lo eligieron canciller de Alemania apenas tienen tiempo para darse cuenta de que ahora es su dictador.

Para Heinrich Mann, resulta evidente: fue la fragmentación de la oposición a Hitler lo que permitió el triunfo nazi. ¿Cuándo van a captar el mensaje los *apparátchiks* del partido, a enterrar sus diferencias y a trabajar juntos por el bien común?

¿O esa idea es sólo una quimera?

Mientras tanto, los inmigrantes alemanes siguen llegando a Francia a un ritmo de cientos, a veces miles, al mes. Ya no se trata de los intelectuales prominentes y líderes políticos que huyeron en la primera oleada, sino de individuos y familias cada vez más desesperados: la mayoría son judíos, muchos sin medio alguno de subsistencia. Cuando, en enero de 1935, se pide a los habitantes de la cuenca minera del Sarre que decidan en referéndum si desean seguir bajo la administración de la Sociedad de Naciones, pasar a formar parte de Francia o reunificarse con Alemania, los electores votan de manera rotunda a favor de incorporarse al Reich.(4) Al día siguiente, varios miles de nuevos refugiados, tanto sarrenses como

alemanes, llegan a Francia huyendo de la persecución nazi. La inmensa mayoría está en la miseria.

Con cada oleada sucesiva de emigrantes, la demografía cambia y, en consonancia, la bienvenida francesa se enfría. Bajo las nuevas leyes, los inmigrantes se ven derivados de una oficina a otra, atrapados en un círculo vicioso: no hay documento de identidad sin trabajo; no hay trabajo sin documento de identidad. Tarde o temprano, todo el mundo acaba cometiendo una infracción, lo sepa o no. Primero llega el papel azul: *refoulement* (devolución). Después el rosa: expulsión.

En la cena anual de la British Legion, celebrada en el Hotel Lutetia en noviembre de 1934, los invitados reunidos prorrumpen en una entusiasta interpretación de una canción infantil tradicional:[32]

Cuantos más estemos juntos,
juntos, juntos,
cuantos más estemos juntos,
más felices seremos,
porque tus amigos son mis amigos
y mis amigos son tus amigos;
así que cuantos más estemos juntos,
más felices seremos.

Adrienne

Gisèle Freund por fin ha terminado su tesis doctoral, pero no puede permitirse imprimirla, como exigen las normas de la Sorbona, lo que significa que tiene que aplazar la defensa.[33] Una fría mañana de marzo de 1935, pasea por la rue de l'Odéon cuando un gato, dormido en un sillón Luis XV en el escaparate de una tienda de antigüedades, le llama la atención. Un poco más adelante se fija en una librería, pintada de gris. Sobre la puerta hay un rótulo:

LA MAISON DES AMIS DES LIVRES

BIBLIOTECA DE PRÉSTAMO

LIBRERÍA

A. MONNIER

Fuera hay una cajita llena de libros a la venta. Se detiene a rebuscar. Al encontrar un volumen cuyo título y precio le gustan, Gisèle entra en la tienda. En el centro del espacio hay una mesa larga donde varios clientes hojean las últimas novedades. De las paredes, entre las estanterías atestadas de libros, cuelgan retratos de escritores. Sentada en una mesa de trabajo frente a la entrada, hay una mujer bajita y regordeta de unos cuarenta años, con el pelo castaño cortado al ras. Lleva un chaleco gris sobre un jersey de lana y una falda campesina larga y plisada. Detrás de ella, en un rincón, hay una pequeña estufa negra. La mujer levanta la cabeza y le dedica a Gisèle una sonrisa alentadora. Sus ojos, de un marrón verdoso, reflejan una inteligencia aguda; todo su ser irradia un aire de serenidad absoluta. Es la dueña: Adrienne Monnier, poeta, escritora, feminista y editora, casi una leyenda en los círculos literarios parisinos.

La Maison des Amis des Livres de Monnier no es sólo una librería, sino también una biblioteca de préstamo, una editorial y un espacio de exposiciones. Desde los años veinte, ella y Sylvia Beach —que regenta, justo enfrente, la igualmente célebre librería de libros en inglés Shakespeare & Company— han creado dos centros literarios gemelos donde cualquiera que aspire a ser alguien en la vanguardia francesa o anglófona hallará una cálida bienvenida y una editora valiente. James Joyce, T. S. Eliot, André Breton, Samuel Beckett, Paul Éluard, André Gide... todos pasan por aquí, atraídos por la acogida, la generosa hospitalidad de Monnier (cocinera entusiasta) y la certeza de que aquí hay dos mujeres sin miedo a publicar obras que otros editores han rechazado. Fue Sylvia Beach quien trajo al mundo el *Ulises* de James Joyce; y Adrienne Monnier, quien publicó la traducción francesa.

Adrienne y Gisèle entablan conversación. Adrienne no tarda en descubrir que la joven es una estudiante y una exiliada antinazi que sabe muy poco de literatura francesa, pero habla un francés excelente y un inglés fluido. Adrienne la anima a suscribirse a la biblioteca de préstamo, promete orientarla en sus lecturas y se ofrece a cruzar la calle para presentarle a Sylvia. Gisèle se convierte enseguida en visitante habitual de la rue de l'Odéon, y acude a menudo acompañada por Walter Benjamin, a quien Monnier aprecia y admira mucho. Adrienne se convierte en la mentora de Gisèle, en su protectora y, durante un tiempo, también en su pareja, abriendo los horizontes de la joven fotógrafa al introducirla en los círculos literarios franceses. Uno de los primeros retratos de Gisèle es de André Malraux, quien poco después la invita a cubrir el Primer

Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, previsto para junio.

La nueva vida de Gisèle por fin empieza a tomar forma cuando, a regañadientes, hace una visita al consulado alemán porque su pasaporte ha caducado. En vez de sellarlo, el funcionario lo rompe.

—Usted ya no es ciudadana alemana —le dice.

La Internacional

En París se respira una energía nueva, una sensación de posibilidad, incluso de esperanza: la de que las fuerzas oscuras del fascismo puedan ser contenidas mediante el esfuerzo combinado de una oposición unida. Cuando Willi Münzenberg decide organizar el primer Congreso en Defensa de la Cultura, celebrado en junio de 1935, logra convencer a doscientos escritores de treinta y siete países para que asistan: un auténtico quién es quién del pensamiento liberal y de izquierdas en el que está representado un amplio abanico de posturas políticas y sociales. Los participantes se reúnen en el enorme salón de actos de la Mutualité, en el decimoquinto *arrondissement*, para escuchar a Heinrich Mann pronunciar el discurso inaugural. El público que, apiñado y sudoroso, abarrota el auditorio recibe sus palabras con una ovación entusiasta. Entre los asistentes se cuentan Henri Barbusse, André Malraux, Louis Aragon, Iliá Ehrenburg, Mijaíl Koltsov, Borís Pasternak o Bertolt Brecht; además de E. M. Forster y Aldous Huxley en representación del

Reino Unido. Walter Benjamin se mantiene en los márgenes de esta reunión ilustre. No lo han invitado a intervenir, pero asiste a las conferencias y debates, sobre todo por el placer de pasar tiempo con su amigo Brecht, que ha acudido desde Dinamarca.

El gran triunfo del congreso se produce cuando André Gide proclama públicamente su adhesión al comunismo, pronunciando un discurso que causa sensación: uno de los intelectuales más destacados de Europa se compromete sin ambages con la causa comunista.[34] Louis Aragon, henchido de orgullo por el éxito de aquella conversión (de la que se atribuye el mérito), está entre los muchos admiradores que rodean a Gide. Aún más dramática es la aparición de un activista antinazi enmascarado que ha logrado escapar de Alemania para pronunciar su discurso, corriendo un gran riesgo personal. Porta consigo pruebas de que existe una literatura clandestina en Alemania, lo que mantiene viva la esperanza de que «una oposición auténtica a los nazis es posible».

El público está ebrio de entusiasmo. Quienes documentan esa excitación son Gisèle Freund y Fred Stein. Alzando sus cámaras con discreción, captan los rostros de los oradores. Freund observa a «Henri Barbusse, con los rasgos ya devastados por la enfermedad; Aldous Huxley, medio ciego tras sus gruesas gafas; Bertolt Brecht, con su sonrisa tímida y la cabeza rapada como la de un preso; Iliá Ehrenburg, con su melena de león; Heinrich Mann, que parece un burgués tranquilo».[35]

Anna Seghers pronuncia un discurso sentido. Lion Feuchtwanger, que ha subido desde Sanary-sur-Mer, se entusiasma cuando el periodista soviético Mijaíl Koltsov le ofrece hacer una visita oficial a Moscú. Gustav Regler, entretanto, se deja arrastrar a tal punto por la

embriagadora atmósfera que, cuando le llega el turno de dirigirse al público, olvida el discurso preparado con esmero y, en su lugar, saca del bolsillo dos octavillas antinazis y las agita en el aire, desafiando al agente de la Gestapo —convencido de que está sentado en algún lugar entre el público— a que suba a examinarlas.

—Quiero dirigir unas palabras a esa figura espectral de la policía secreta que nos sigue como la sombra sigue al sol. Quiero decirle esto: ¡Habéis matado a Mühsam! ¡Tenéis preso a Ossietzky! ¡Pero no podréis silenciar nuestra voz! ¡Jamás apagaréis nuestro amor por el pueblo, ni la llama de nuestra pasión por la verdad!

Para asombro de Regler, en ese momento, toda la asamblea se pone en pie y, al unísono, los presentes comienzan a cantar. El poeta comunista Johannes R. Becher hace que Regler abandone el escenario.

—¿Estás loco?

—¿No oyes lo que están cantando? —pregunté, con la voz temblando de emoción.

—¡Precisamente! —me dijo, obligado gritar para hacerse oír sobre el poderoso coro que ya se alzaba—. ¡*La Internacional*! ¡Lo has echado todo a perder, nos has delatado! Este congreso ya no puede fingir neutralidad. ¡Dios santo! ¡Te van a expulsar del Partido!

Regler no alcanza a comprender el sentido de la advertencia. Mira a Gide, a Barbusse y a todos los demás en la tribuna, que se han levantado y se suman al canto.

—Se oirá al otro lado del Rin —dije, sin aliento.

—Eres un saboteador —respondió Becher.

Cuatro días después, en la reunión de su célula del Partido Comunista, Regler recibe una reprimenda del representante del

Partido, que informa al escritor de que no le corresponde a ningún camarada individual decidir cuándo debe o no cantarse *La Internacional*. «Las revoluciones no están obligadas a ser espontáneas», declara el responsable del Partido.

A continuación, el representante le recuerda a Regler que el Partido se encuentra en una fase clandestina y que romper la tapadera es contrarrevolucionario. La canción es como todo lo demás: un medio para un fin.

Alfred Kantorowicz, amigo íntimo de Regler, miembro de su célula comunista y autor de unos diarios implacablemente amargos, observa la tendencia de sus colegas escritores —«aficionados a llamar la atención»— a robar protagonismo.[36] Sus camaradas del Partido, por su parte, son «charlatanes, intrigantes, chismosos, revolucionarios de oficina» que dedican (exactamente) el 60 % de su energía a alimentar su propia importancia, el 35 % a manchar la reputación ajena y sólo el 5 % a poner sus ideas en práctica. Sobre Anna Seghers, añade que es «peculiar», aunque lo impresiona, pese a la evidente antipatía que ella siente hacia él. Kantorowicz concluye afirmando que los personajes de Seghers son bidimensionales y que nunca será una gran escritora por falta de humanidad.

Aldous Huxley regresa a Sanary-sur-Mer disgustado por el carácter abiertamente comunista del acto: «Yo esperaba debates serios y técnicos, pero en realidad aquello no fue más que una serie de mítines públicos organizados por los escritores comunistas franceses para su propia glorificación y, por parte de los rusos, como

herramienta de propaganda soviética.»[37] Hasta ahí la fase clandestina.

El congreso no es el único espectáculo de la ciudad: se celebran manifestaciones multitudinarias que recorren París y que culminan el Día de la Bastilla, el 14 de julio, con una concentración masiva para conmemorar el nacimiento oficial del Frente Popular francés. Medio millón de hombres, mujeres y niños marchan brazo con brazo desde la place de la Bastille hasta la Porte de Vincennes. Llevan banderas y pancartas, carteles que declaran su compromiso con la paz y la lucha contra el fascismo. Con los puños en alto, cantan *La Marsellesa* y *La Internacional*. Gritan «¡Pan y trabajo!», «¡La unidad vencerá!» y «¡Frente Popular!». ¡Qué momento de esperanza para los exiliados alemanes, presenciar este instante simbólico de la historia francesa! Seguro que no todo está perdido.

Ese mismo día, una marcha rival organizada por el derechista Frente Nacional se dirige hacia la Tumba del Soldado Desconocido, ondeando las banderas de la Croix-de-Feu. Aunque ambos grupos no llegan a encontrarse ni a chocar, como tantas veces ha sucedido en los últimos años con multitudes rivales, una breve nota publicada en un periódico francés revela una jugosa información: apenas unos días antes de ese acontecimiento, cerca de un centenar de jóvenes alemanes, ataviados con camisas pardas y esvásticas y mochilas al hombro, llegaron en autobús, escoltados por un coche de policía, y se detuvieron delante del Lycée Michelet, en el barrio residencial parisino de Vanves.[38] Los jóvenes formaron para pasar revista, saludaron a su jefe con el brazo en alto y luego se instalaron en el

colegio. Ese mismo día llegó en autocares otro grupo de alemanes que se alojaron en el Hotel Lutetia. El periódico no comenta su atuendo, pero no podía tratarse de exiliados, porque los exiliados no viajan en masa y, desde luego, no pueden permitirse los precios del mejor hotel de la margen izquierda. Se suceden noticias similares del avistamiento de grandes grupos de alemanes en distintas zonas de barrios parisinos de las afueras. El autor del artículo plantea la pregunta obvia: ¿hay relación entre la llegada de esos extranjeros y las manifestaciones previstas para el 14 de julio? ¿O son simplemente grupos de inocentes turistas alemanes que han venido a admirar París en verano?

Heinrich Mann regresa al sur de Francia, y Nelly y él se mudan a un apartamento en el balneario costero de Bandol, donde pasarán unas semanas de vacaciones. Mann está agotado: además de sus actividades políticas, acaba de terminar el primer volumen de su novela histórica, *Enrique IV*. Pero el peso del liderazgo recae con fuerza sobre sus hombros y ni siquiera mientras está de vacaciones logra descansar del todo: desde Bandol escribe a Willi Münzenberg para decirle que no tienen tiempo que perder en sus planes para derrocar a los nazis. La izquierda francesa se está uniendo para combatir el fascismo. Algo tenemos que hacer nosotros, los exiliados alemanes: algo más que discursos bonitos.

Débrouillez-vous

Gisèle Freund llega al piso de Adrienne Monnier, en el número 18 de la rue de l'Odéon, presa del pánico.[39] Tras perder la ciudadanía alemana, ha recibido una orden de expulsión y le han dado cuarenta y ocho horas para hacer las maletas. Adrienne, siempre serena, le ofrece de inmediato que se quede con ella hasta que todo se aclare. Sylvia —con quien comparte el piso— está en Estados Unidos, y vivir en un hogar francés la protegerá. No hace falta decir nada más. Gisèle acepta y se muda ese mismo día.

En la Prefectura de Policía, la sala de espera ya está abarrotada de hombres, mujeres y niños. En el aire flota un olor acre a sudor y tabaco. Los agentes de policía franceses intentan organizar y contener a los extranjeros, ansiosos y desesperados: «Tenga, aquí tiene su ticket. Espere su turno. La llamarán por su número.» Hasta las tres de la tarde no llaman a Gisèle para hablar con un empleado de aspecto exhausto. Ella le explica el problema: no tiene pasaporte y ahora ha recibido esta orden de abandonar el país, por razones desconocidas. ¿Puede él arrojar alguna luz sobre el asunto? El empleado mira impasible a la joven y se encoge de hombros con gesto galo: «No es asunto mío por qué quieren que se vaya, señorita.» Luego le concede una semana de prórroga y, con la brusca admonición *débrouillez-vous*, «apáñeselas», llama al siguiente.

Miles de refugiados están en la misma situación. Son los «indeseables» de Francia. Cada día, antiguos ciudadanos alemanes, angustiados, contactan con algunos de los diversos comités creados para ofrecer ayuda. «He recibido una orden de expulsión, sin que se mencionen los motivos; tengo diez días. Pero no he cometido ninguna falta y mis papeles están en regla. ¿Qué hago ahora?

¿Adónde voy?»[40] Siguen incontables visitas a la Prefectura, un gigantesco edificio verde y sucio situado en la Île de la Cité, donde se enfrentan no sólo a una lengua desconocida sino a una falta total de comprensión de su situación por parte de los agentes.

—¿Es usted comunista? —pregunta un inspector al crítico teatral Maximilian Scheer.

—Soy crítico teatral.

—Entonces, ¿por qué se fue de Alemania?

—Porque allí no persiguen sólo a los comunistas, señor.[41]

Es una pesadilla absurda, agravada por el hecho de que las cosas no están mejor en otras partes: ningún país quiere a estos refugiados. De hecho, compiten entre sí en regulaciones y restricciones que los haga menos atractivos como destino para la masa desesperada de seres humanos en busca de esa cosa intangible llamada hogar.

Walter Benjamin escribe a Max Horkheimer:

> Mi situación es tan difícil como puede serlo cualquier situación financiera que no implique deudas. [...] He reducido enormemente mis gastos cotidianos en comparación con abril, cuando regresé a París. En consecuencia, ahora vivo como pensionista con algunos emigrados. Además, he conseguido permiso para almorzar en un restaurante que tiene un acuerdo especial con intelectuales franceses. Sin embargo, en primer lugar, este permiso es temporal y, en segundo, sólo puedo hacer uso de él los días en que no estoy en la biblioteca, porque el

> restaurante queda muy lejos de allí. Mencionaré sólo de pasada que debería renovar mi *carte d'identité*, pero no tengo los cien francos que la gestión requiere. Como supone una cuota de cincuenta francos, tampoco he podido afiliarme todavía a la Presse Étrangère, a lo que se me instó por razones administrativas. Lo paradójico de esta situación es que, probablemente, mi trabajo nunca ha estado más cerca de tener utilidad pública de lo que lo está ahora mismo.[2]

El Frente Popular

En julio de 1935, la sensación de urgencia que viene empujando a los partidos de izquierdas europeos a cooperar llega por fin a Moscú, donde Georgi Dimitrov hace un anuncio formal en el VII Congreso de la Internacional Comunista para oficializar lo que ya está ocurriendo sobre el terreno, invitando a los comunistas de toda Europa a abrazar a sus antiguos enemigos y a formar un «Frente Popular contra el fascismo y la guerra». Qué lástima que hayan tardado tanto: en Alemania, el voto combinado de los comunistas y los socialdemócratas habría bastado para mantener a Hitler fuera del poder.

Mientras se encarga a los dirigentes del KPD Walter Ulbricht y Wilhelm Pieck que abran negociaciones formales con el Ejecutivo exiliado del Partido Socialdemócrata Alemán (SOPADE) en Praga, la misión de Willi Münzenberg consiste en reunir en París a las comunidades políticas exiliadas: comunistas y socialdemócratas, el

Partido Socialista Obrero de Alemania (SAPD) y otros opositores prominentes de Hitler. La idea, en suma, es seguir el camino abierto por los franceses y allanar el terreno para un Frente Popular Alemán.

Frustrados por la inacción de los políticos, un grupo de intelectuales —entre ellos Heinrich Mann— ya había creado el mes anterior un círculo informal conocido como el «Comité Provisional para la Preparación de un Frente Popular Alemán».[43] Sus miembros han estado reuniéndose en el Hôtel des Sociétés Savantes, en la rue Serpente, cerca de la estación de metro de Odéon, inscribiéndose allí como un club de escritores y académicos bajo el nombre de «Sociedad Literaria». El primer paso de Münzenberg es convencer a este grupo para que su sume a su nuevo comité, más grande y mejor, aunque todavía sin nombre. El siguiente es encontrar un lugar adecuado para su nueva gran empresa. No un café donde una docena de personas se apiñen alrededor de una mesa para gritarse unas a otras, sino un escenario a la altura de un proyecto político de esa ambición: un lugar donde puedan reunirse numerosos delegados. ¿Y qué mejor emplazamiento, por tanto, que un hotel? No un establecimiento modesto como el Hôtel des Sociétés Savantes, que hace pensar en científicos y académicos rancios, sino un marco grandioso en el que puedan reunirse como un auténtico gobierno en el exilio. Y qué hotel podría ser más apropiado que el único establecimiento de lujo situado en la margen izquierda, popular entre intelectuales, artistas y políticos por igual: esa institución parisina tan glamurosa y querida, el Hotel Lutetia. Llamado por algunos la «Suiza de París» por su disposición a acoger a grupos políticos diversos, el Lutetia es un territorio neutral donde cualquiera puede reunirse. El discreto

personal del hotel no tendrá problema en acoger un congreso de activistas políticos alemanes exiliados.

Éste es el momento en que pasamos del exterior al interior.

¿A quién encarga Willi hacer la reserva? No será él quien la haga: no habla francés. ¿A su secretario, Hans Schulz, quizá? ¿O a Babette? Cabe imaginar la petición cortés, formulada en el mostrador: «¿Tienen alguna sala libre para acoger una reunión de varias decenas de invitados? ¿Quizá podríamos ver los salones disponibles? Aún no sabemos cuántos asistirán ni con qué frecuencia, pero puedo dejar el depósito ahora mismo (cortesía de la Internacional, ya que lo pregunta).» El Salón Presidencial es el más grande y el más exótico. Aforo: al menos doscientas cincuenta personas.

«¿Necesitarán refrigerios, *monsieur/madame*?»

No podemos responder a esa pregunta, porque nadie registra jamás qué comen y beben los activistas políticos en sus reuniones. Sólo cabe pensar que ofrecer comida sería una estupenda manera de garantizar la asistencia entusiasta de un grupo de exiliados muertos de hambre.

El Comité Lutetia

La reunión inaugural del Comité Lutetia tiene lugar un día templado de finales de septiembre de 1935.[44] Los asistentes entran en fila: dejan atrás el bullicio del boulevard Raspail y atraviesan la puerta

giratoria para adentrarse en el vestíbulo del hotel y contemplar por primera vez, bajo sus pies, un mosaico que representa un barco. Sobre sus cabezas cuelga una lámpara de araña enorme. En un banco junto a la puerta, tres chicos de los recados con guantes blancos aguardan listos para actuar, mientras el jefe de conserjes, Roger Harrault (levita azul, cuello rojo), atiende a un huésped. Muchos de los presentes hoy son los mismos exiliados hambrientos cuya vida transcurre en los cafés del boulevard du Montparnasse. ¿Cuántas veces han pasado por delante del Lutetia en sus paseos por el boulevard Raspail, mirando con anhelo a través del escaparate de la tetería? Hoy, por fin están dentro. «¿Por dónde se llega al Salón Presidencial, por favor?» «Arriba, a la derecha, primera planta.» El personal, impasible, observa el desfile de trajes raídos, rostros grises y zapatos gastados.

Willi Münzenberg mira con satisfacción cómo los delegados entran en el inmenso salón de banquetes. Casi todos los invitados han acudido: hay cuatro representantes del Partido Comunista, veintidós socialdemócratas y otros veinticinco participantes, entre ellos varios intelectuales conocidos, como Heinrich Mann, Georg Bernhard e incluso Leopold Schwarzschild, director de la exitosa revista semanal de emigrados alemanes *Das Neue Tage-Buch* y no precisamente famoso por sus simpatías comunistas. Heinrich Mann ha vuelto a hacer el largo viaje en tren de Niza a París y se aloja en el hotel.

El aire se espesa pronto con el humo y en la atmósfera se mezclan el optimismo y la desconfianza. Münzenberg toma las riendas y propone que Heinrich Mann sea nombrado presidente. La propuesta se adopta por unanimidad y el nuevo cargo se suma al ya abultado repertorio de presidencias desempeñadas por Mann. Se forma un

comité ejecutivo reducido del Lutetia, de diez miembros, cuyo primer objetivo es promover la unidad antifascista entre los dos principales partidos de oposición alemanes, antaño hostiles: el KPD y el SPD, y trabajar en la creación de un Frente Popular Alemán. Mann es su presidente, por supuesto; Münzenberg está a su lado.

Así como antiguamente daban los lujos de la buena vida por sentados, ahora un delegado puede aprovechar una pausa en las sesiones para ir a los lavabos y disfrutar del sencillo placer de lavarse las manos con un jabón perfumado y frotárselas bajo el agua caliente mientras contempla su rostro en el espejo, pensando en cuánto ha cambiado —y no para mejor—, al tiempo que un empleado le ofrece una toalla para secarse. Un pensamiento terrible le cruza por la cabeza: si el empleado no estuviera delante, uno quizá se llevaría la toalla, o se guardaría algún rollo de papel higiénico para su *hôtel garni*, donde tienen que apañarse con pequeños trozos de papel de periódico ensartados en un gancho.

De vuelta hacia la sala llena de humo, quizá se detuviera un instante a encender un cigarrillo y afinar el oído, casi sin querer, para escuchar los familiares sonidos que acompañan el servicio del almuerzo: el tintineo de los platos, el murmullo de las conversaciones, la agradable melodía de un piano, alguien tocando un ragtime. Todo, en todas partes, remite a un pasado que ya no está a su alcance.

Te ruge el estómago. Ya estás acostumbrado a ignorarlo. Los pantalones te bailan, aunque te hayas apretado el cinturón uno o dos agujeros más. El impulso, casi irresistible, de alargar la mano y

agarrar de la panera los panecillos recién hechos cuando el camarero se da la vuelta. El olor tentador del buen café. Pasa una joven atractiva. Ni siquiera te ve. La fragancia de su perfume deja una estela que permanece flotando tras ella.

Por todas partes, esta apariencia de normalidad. De pronto te entran ganas de gritar: «¡Despertad!» Pero quienes viven vidas normales no son capaces de imaginar que su normalidad pueda terminar de golpe, en un solo momento, con un cataclismo: una bomba que cae, una guerra que se declara, un dictador que toma el poder. Todo perdido, en un instante. Otro sonido: alemán, hablado en voz alta, voces que disputan (siempre están discutiendo). El escándalo puede atraer una atención no deseada, incluso instigar la hostilidad de los huéspedes que giran la cabeza, molestos, para localizar la procedencia del ruido. Pero el personal del Lutetia ha perfeccionado su actitud neutral. No juzgan; al menos, no de puertas afuera. Están ahí para hacer cómoda la vida de sus huéspedes, anticiparse a sus necesidades y permanecer invisibles. Situados en los márgenes de la reunión, sosteniendo una bandeja con café listo para servir, ¿cómo van a saber que, en ese mismo hotel, muy pronto estarán tomando nota a otros clientes que también hablarán alemán?

En realidad, los exiliados alemanes causan poca impresión en el Lutetia, por la sencilla razón de que tan sólo son un grupo más de entre los cientos que alquilan una sala de reuniones cada año. Pueden entrar, salir y volver cuando quieran, asistir a sus conferencias, sentarse en el bar si es que pueden permitirse las

consumiciones, comer en el restaurante si es que pueden costeárselo, dormir en las habitaciones si es que... Sí, ya lo sabemos, ya lo sabemos. Aquí hay mucha actividad: banquetes y bailes, ruedas de prensa y festejos anuales. ¿Por qué iba alguien a prestar más atención a una pandilla de políticos alemanes que a los cientos de exiliados rusos bulliciosamente borrachos —víctimas de la revolución bolchevique— que abarrotan el Salón Presidencial durante su baile anual de Año Nuevo? Esto es territorio neutral, al fin y al cabo: ¿a quién le importa qué ideología profesen los huéspedes? En marzo de 1936, Nikolái Bujarin, antiguo jefe de la Internacional Comunista, aparece al frente de una pequeña delegación y se hospeda en el hotel varias semanas. A Bujarin lo sigue a todas partes la policía secreta de Stalin, el NKVD (el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la Unión Soviética). También lo vigila la policía francesa, pero por otros motivos. Cuando reciben un soplo sobre un posible atentado contra el famoso bolchevique a cargo de algún grupo de exiliados rusos zaristas, acordonan el Lutetia durante dos días enteros para proteger a la delegación soviética.

La «gente del Lutetia»

Entre 1935 y 1938, los exiliados alemanes se reúnen varias veces en el Lutetia: a veces es el grupo ejecutivo más pequeño, conocido como el «Círculo Lutetia», a veces el pleno de la conferencia, el «Comité Lutetia». Los nazis los llaman despectivamente «la gente del Lutetia» e intentan espiarlos. Su objetivo es ambicioso: debatir a fondo un plan político y social —tanto su armazón teórico como los

artículos fundamentales de una nueva Constitución alemana— para tenerlo listo y poder aplicarlo el día en que Hitler caiga por fin, cosa que sin duda habrá de ocurrir pronto. Heinrich Mann, para quien el estilo y el respeto por la tradición son muy importantes, se siente especialmente a gusto en el Lutetia y se aloja siempre en una suite, aunque, con tantas reuniones como tiene, cabe preguntarse cuánto tiempo le queda para disfrutar de sus comodidades. Escribe a su hermano Thomas: «Puedes localizarme por carta o telegrama hasta el 25 en París, Hotel Lutetia, Bd. Raspail.»[45]

No es tarea fácil, este *rapprochement* entre viejos enemigos: aunque los socialdemócratas de París se declaran dispuestos a restablecer comunicaciones con los comunistas, sus dirigentes en Praga siguen negándose a cooperar. Lion Feuchtwanger, que está pasando unos días en la capital, logra encajar una reunión del comité entre su apretada agenda de aventuras amorosas.[46] Le parece todo «poco llamativo» y, al día siguiente, después de almorzar con Heinrich Mann, declara que éste está «muy disgustado» por la falta de avances. Tras otra cena con Mann, Willi Münzenberg y Babette Gross («aburrida»), Feuchtwanger decide que no puede soportar más cháchara política solemne y pone una excusa para no acudir a más reuniones.

Mientras tanto, en Alemania, el 15 de septiembre de 1935 Hitler promulga las Leyes de Núremberg —la Ley de Ciudadanía del Reich y la Ley para la Protección de la Sangre Alemana y del Honor Alemán—, que sientan las bases de la persecución oficial de los judíos por motivos raciales. Si el referéndum del Sarre, celebrado a

principios de año, ya había provocado un aumento brusco de la llegada a Francia de inmigrantes alemanes, ahora, el número de refugiados judíos que acuden en busca de asilo comienza a crecer de manera exponencial.

Eva Tichauer sigue viviendo fuera de la casa familiar cuando se entera de que su hermano pequeño, Felix, ha muerto por la afección pulmonar que lo atormentaba desde su nacimiento. Su muerte la deja como hija única de sus padres, su sola esperanza de futuro.

El Frente Popular Alemán

Más de un centenar de personas acuden a la reunión del Comité Lutetia del 2 de febrero de 1936 para marcar la creación oficial del Frente Popular Alemán, una reunión ilustre en la que están representadas todas las facetas de la vida política e intelectual alemana anterior al nazismo. Heinrich Mann preside. Fred Stein fotografía a los asistentes.

La reunión es otro golpe maestro de Münzenberg, pero su mayor reto no consiste en unir a decenas de grupos e individuos diversos, sino en saber manejar el lastre que traen consigo desde Alemania. Antes de 1933, los socialdemócratas eran el más influyente de los dos grandes partidos de oposición. En Francia, el equilibrio de fuerzas ha cambiado: los comunistas superan con creces a los socialdemócratas. Francia cuenta con un Partido Comunista bien organizado, con fuertes vínculos con el KPD, mientras que la dirección

socialdemócrata alemana en el exilio, instalada en Praga, no comparte una estrategia con el Partido Socialista francés y se opone a la política del Frente Popular. Varios miembros del SPD que viven en Francia discrepan de la línea de actuación de sus dirigentes y han formado nuevas agrupaciones políticas sin abandonar formalmente el Partido.

Para complicarlo todo aún más, hay que contar con la presencia de decenas de partidos menores, además de los tres grupos principales. Si a esto se suman los católicos antifascistas y un número notable de «pacifistas y demócratas» sin afiliación, el logro de Münzenberg al reunirlos a todos parece aún más milagroso. Los dirigentes del KPD Walter Ulbricht y Wilhelm Pieck, en cambio, continúan empantanados en sus negociaciones en Praga: ninguna de las partes está dispuesta a superar los resentimientos y desavenencias políticas generados por la doctrina del «fascismo social» liderada por la Internacional Comunista en los años veinte y comienzos de los treinta, que animaba a los comunistas a equiparar la socialdemocracia con el fascismo. El SPD, a su vez, consideraba fascistas a los estalinistas. Ambos partidos estaban tan ocupados en combatirse entre sí, que fracasaron a la hora de impedir que los nazis tomaran el poder. Las noticias que llegan de la reunión celebrada en el elegante hotel parisino, con el salón de banquetes abarrotado por los antifascistas más destacados de la Alemania de Weimar, provocan en Ulbricht y Pieck un violento acceso de celos. Peor aún: entre la multitud se encuentran el antiguo ministro alemán del Interior, Rudolf Breitscheid —inconfundible por su altura y su mata de pelo blanco—, y el ex ministro prusiano del Interior Albert Grzesinski, ambos destacados miembros del SPD que no forman parte

de la SOPADE. Ya circulan rumores en Praga de que Breitscheid y Grzesinski pretenden explotar las diferencias entre las tácticas de Ulbricht y Pieck en Praga y las de Münzenberg en París.

Inmediatamente después de la conferencia se publica una avalancha de borradores de manifiestos, programas y constituciones que, en términos diversos, llaman a la libertad, la igualdad y la unidad del pueblo alemán, aunque ninguno de ellos formulado en términos remotamente aceptables para el Partido Comunista. Walter Ulbricht no está satisfecho. La Komintern ha ordenado al KPD abrazar la política del Frente Popular, pero el primer éxito no es suyo, sino que pertenece a su odiado rival: Münzenberg.

Un espía de la Gestapo que buscara identificar a los actores principales de la política emigrada podría guiarse por la semblanza que Gustav Regler hace de Walter Ulbricht:

> Tenía un rostro rígido por la malicia y, consciente de su propia fealdad, trataba de paliarla con una simbólica barba leninista, crecida alrededor de la barbilla mofletuda: un apéndice peludo que, sin embargo, no restaba a su boca de fauno un ápice de su arrogancia pequeñoburguesa. Sus ojos (el derecho, agudamente observador, y el izquierdo, entrecerrado) se ocultaban tras unas gafas de maestro de escuela. La frente, surcada por las arrugas de un pensamiento estéril, semejaba más alta, aunque no más intelectual, por el retroceso del cabello. Tenía el aspecto de un sacerdote apóstata que visita casas oscuras.[47]

Mentes suspicaces

Nadie sabe cuántos agentes de la Gestapo hay en París. En realidad, da igual, porque su presencia sombría se siente en todas partes, y ése es precisamente el objetivo. Siguen a los activistas exiliados a las reuniones, anotan sus movimientos, fotografían a sus contactos. Su propósito no es sólo averiguar qué hacen los exiliados: quieren sembrar la discordia, dividir la frágil unidad de la comunidad emigrada. Roban pasaportes o dinero, distribuyen octavillas que atacan al país anfitrión para incriminarlos. Y, por supuesto, reclutan colaboracionistas entre los propios emigrados. No es difícil encontrar voluntarios entre los pobres y los desesperados. A cambio de la promesa de un regreso seguro a Alemania, o de la liberación de familiares encarcelados, se puede persuadir a algún desdichado para que se introduzca con malas artes en uno de los grupos de exiliados y que luego los traicione. Y así, a cada recién llegado se le interroga con cuidado: ¿a qué grupo político pertenecías?, ¿a quién conocías?, ¿cómo escapaste de Alemania? En las reuniones del Lutetia, el secretario de Willi Münzenberg, Hans Schulz, vigila con cautela los rostros sospechosos, mientras Emil se sienta discretamente cerca, absorto en apariencia en su periódico, pero con una pistola cargada en el bolsillo, por si acaso.

La novia de Gustav Regler, Marie Louise Vogeler, es ilustradora y orfebre.[48] Es un alma dulce, sin interés por la política, «fresca como la lluvia de verano, ordenada como los campos de cereal, soñadora como los pinares». Dejó Alemania para reunirse con Regler

en el exilio, pero es infeliz. Un día le dice sin más: «Tengo que volver a casa.»

Regler queda destrozado y se culpa de su infelicidad. «¿Con qué derecho la arrastré conmigo a los riesgos e incertidumbres de esta vida de exilio? Cada día que pasaba en París se convertía más en una emigrada, y tal vez más pronto que tarde el camino de regreso quedara cerrado definitivamente.»

La noche siguiente, Marie Louise abandona París. Por precaución, Regler no la acompaña a la estación. Como ella no podrá escribirle directamente, acuerdan que le escriba a través de un amigo. Están juntos desde 1928. No es su primera crisis, pero sí la más grave.

Pasan los días. Regler no recibe noticias de ella; tampoco el amigo que debe recibir las cartas en su nombre. Aunque durante el día Münzenberg lo mantiene trabajando sin respiro, por las noches Regler deambula junto al Sena, ansioso y preocupado. ¿La habrá detenido la Gestapo? ¿Recibirá un mensaje diciendo que no la liberarán a menos que él regrese a Alemania? Marie Louise no es ni política ni judía: debería poder cruzar a Alemania y regresar a casa sin incidentes. Pero la ansiedad lo corroe. Agotada la paciencia, un día está a punto de entrar en la embajada alemana para exigir noticias, pero se contiene a tiempo: sabe que está en la lista de buscados por la Gestapo. Entrar en «territorio» nazi sería exponerse al peligro. Al día siguiente, Regler visita el Louvre, buscando los cuadros favoritos de Marie Louise y torturándose de nuevo con preguntas: ¿por qué está arriesgando el amor de su vida por luchar contra «esos gánsteres de Berlín»? Frente al retrato de Juana de Aragón, de Rafael, toma una decisión: le dirá a Marie Louise que, si vuelve a París, él dejará la política de lado.

Cuando regresa al trabajo, Münzenberg llama a Regler a su despacho para presentarle a un hombre que acaba de escapar de Alemania. El hombre trae noticias de Carl von Ossietzky, el editor encarcelado de la revista liberal *Weltbühne*. Los nazis lo han torturado. Le obligaban a cuadrarse cada vez que pasaba un guardia nazi. Lo forzaron a arrodillarse en el barro; lo golpearon y lo pisotearon, llamándolo «cerdo polaco». El fugitivo también trae detalles sobre la muerte del anarquista Erich Mühsam. «Lo habían ahorcado en secreto en la puerta de una letrina.»

Por supuesto que Regler no puede dejar la política de lado. «Estas cosas eran más grandes que nosotros y que nuestras vidas privadas. Nadie tenía derecho a rendirse.»

Vuelve al trabajo. Entre las muchas tareas pendientes está la de un texto que denuncia los ataques nazis contra los intelectuales en Alemania. Mecanografiado en letra minúscula, el papel se oculta dentro de un sobre de semillas con una vistosa ilustración de una planta de tomate y las palabras: «Tomate – ¡Milagro de los mercados!» El sobre se distribuirá y venderá a aficionados a la horticultura que lo abrirán y encontrarán dentro no sólo semillas e instrucciones para cuidar la planta, sino también una diatriba elocuentemente escrita contra el Tercer Reich, llamando a sembrar otras semillas. Regler y sus camaradas esconden panfletos antinazis en sobres de semillas, y también en folletos de instrucciones, muestras de champú perfumado o globos meteorológicos de apariencia inocente. Textos más largos, como el *Manifiesto comunista*, se reencuadernan en ediciones con la apariencia familiar de clásicos alemanes, como *La doncella de Orleans* de Schiller. Son *Tarnschriften*, «escritos camuflados»: publicaciones que diversos

grupos antinazis producen en la clandestinidad entre 1933 y 1945 como forma de resistencia política, con la intención de informar y de instar a la disidencia dentro de la Alemania nazi. La Gestapo confisca cualquier octavilla que encuentra. En las escuelas alemanas, los maestros advierten a los niños de que vigilen las cartas de sus padres llegadas del extranjero.

Sigue sin haber noticias de Marie Louise. Regler —antaño católico — llega a ir a Notre-Dame para encender una vela por ella. Y entonces ocurre el milagro: al día siguiente, Marie Louise regresa con el pasaporte renovado y contando que, en casa, las cosas no son ni de lejos tan malas como Regler y sus camaradas creen. Ha traído periódicos y revistas, incluido un pasaje de un poeta, Gottfried Benn, que asegura a los exiliados que, si se hubieran quedado en Alemania, el pueblo alemán no los habría tratado mal.

«Sentí un escalofrío y en mi mente brotaron las sospechas más odiosas. Su nuevo pasaporte estaba sobre la mesa, con la fotografía grabada en relieve con una esvástica. ¿Y si la habían dejado volver tan sólo como espía, diciéndole que su familia tendría que responder por su conducta? Tales cosas no eran raras, ni mucho menos. Observé su pelo pulcramente trenzado, su cuello blanco y liso, la blusa tejida a mano; todo en ella parecía impecable e inmaculado, como una habitación con cortinas de Pascua que abre sus ventanas a la primavera. ¿Era capaz de cometer una traición?

»Quizá mañana regresaría de nuevo a casa... Aparté la mirada, pero el pasaporte seguía allí, y ella parecía haberse convertido en una extraña, su propio rostro sellado con la esvástica.»

Instrucciones para la Dolina

Por toda Europa, el movimiento del Frente Popular cobra impulso. El éxito flota en el aire; si tan sólo los alemanes dejaran de pelearse... Heinrich Mann cumple con su deber y en pocas semanas hace varias veces el trayecto París-Niza, un viaje en tren largo y agotador, de muchas horas. En París, va de una reunión a otra, mientras él y Münzenberg tratan sin descanso de apaciguar los frágiles egos y el ensimismado resentimiento de la oposición política alemana. Al menos, en el Lutetia tiene una cama cómoda donde dormir.

En el sur de Francia, los compañeros de exilio de Mann —aquellos artistas que pueden permitirse vivir holgadamente en una agradable colonia junto al mar— pasan el tiempo leyendo fragmentos de sus obras, tomando el té, bebiendo vino y despotricando unos de otros.

Instrucciones para la Dolina es un folleto dirigido a aficionados a la fotografía. Oculto dentro de las páginas de este manual de instrucciones para una cámara plegable de 35 mm hay material producido por, entre otros, Heinrich Mann, que ha escrito un ensayo en nombre del Frente Popular Alemán con el fin de convencer a sus conciudadanos de que, en el exilio, los adversarios políticos de Hitler están unidos y listos para la acción.

El 7 de marzo de 1936, las tropas de Hitler ocupan la Renania desmilitarizada.

Elecciones

Cuando Eva Tichauer vuelve a casa para pasar las vacaciones escolares de 1936, encuentra el piso de sus padres lleno de visitantes.[49] Los franceses acaban de elegir un Gobierno del Frente Popular bajo el liderazgo de Léon Blum, quien —para gran emoción de Eva— se presenta en el piso de la rue Nollet a visitar a sus padres. Tras tantas decepciones, por fin ocurre algo positivo; no sólo para los franceses, sino también para los extranjeros, pues, casi justo después de las elecciones, el nuevo Gobierno anuncia una serie de medidas destinadas a aliviar la situación de los inmigrantes en Francia. La más significativa es un decreto aplicable a todos los refugiados procedentes de Alemania, tanto si han sido despojados de la nacionalidad alemana como si no: se les expedirá un certificado de identidad que permite a su titular viajar por cualquier país firmante de la Convención de Ginebra. Para garantizar que esos certificados se emitan únicamente a refugiados auténticos, el Gobierno francés invita a cuatro alemanes destacados y a cuatro ciudadanos franceses a integrar un comité que actuará como órgano asesor del ministro del Interior. Uno de los emigrados alemanes seleccionados para formar parte de la comisión es Theodor, el padre de Eva Tichauer.[50] El cargo le proporciona un bienvenido respiro tras tres años de intentos fallidos por reciclarse en algo que no es. Theodor Tichauer es abogado e intelectual. Por mucho que lo intente, no puede reinventarse sin más como metalúrgico o vendedor de corbatas.

En ningún otro momento de su exilio los emigrados políticos alemanes se sienten tan en casa en París como durante los primeros

meses del victorioso Gobierno del Frente Popular. Es un tiempo de alegría y de esperanza: hombres, mujeres y niños marchan hacia la place de la Bastille y la place de la Nation. Los obreros se declaran en huelga y ocupan sus fábricas. Personas desconocidas les llevan comida y bebida. Todo el mundo se suma. En España también se ha formado un Gobierno republicano del Frente Popular. Sigue una cascada de concesiones: la semana laboral de cuarenta horas, vacaciones pagadas, negociación colectiva. Anna Seghers lleva a sus hijos a una ruidosa y multitudinaria manifestación en Vincennes.[51] El recuerdo que esa jornada deja en Pierre es el de su alegría, junto con el de una exposición a la que su madre lo lleva después, organizada por algunos de los exiliados alemanes, donde se muestran los primeros campos de concentración nazis.

Trámites

Arropada bajo el ala protectora de Adrienne Monnier, la transformación de Gisèle Freund —de refugiada sin un céntimo en ciudadana francesa— está casi completada cuando contrae un *mariage blanc* con un amigo de Adrienne llamado Pierre Blum. Unos meses después, la provisionalmente rebautizada Gisèle Blum obtiene la ciudadanía francesa. Luego regresa a la Facultad de Letras de la Sorbona para someterse al ritual académico de defender su tesis doctoral ante un tribunal docente. Walter Benjamin se sienta en el anfiteatro para apoyarla y más tarde escribe una reseña elogiosa de su trabajo, un estudio pionero sobre la fotografía en la Francia del siglo XIX. La tesis se acepta formalmente. Adrienne Monnier propone

traducirla al francés y publicarla. Gisèle ya puede presumir de compartir editora con el gran James Joyce.

Con los estudios concluidos y sin obstáculos para trabajar, Gisèle es ahora libre de dedicarse por entero a la fotografía. Empieza a aceptar encargos como colaboradora *freelance* para una nueva revista estadounidense, *Life*, mientras amplía su porfolio de retratos de escritores e intelectuales. Tiene además la inmensa suerte de haber encontrado en Adrienne una mecenas que le ofrece la oportunidad de observar, con el estómago lleno, el incesante desfile de invitados distinguidos que acuden a cenar a su casa y, con el tiempo, de fotografiarlos.

Es en una de esas cenas organizadas por Adrienne donde Gisèle conoce a Joyce.[52] Está tan impresionada por el famoso autor que apenas le dice nada —hablan sobre todo de comida—, pero durante los meses siguientes Gisèle intenta persuadir a Joyce para que le permita fotografiarlo. Él siempre se niega, alegando que no se encuentra bien, o que la vista le molesta, o que tiene demasiado trabajo.

Ese otoño, Sylvia Beach regresa de su viaje al extranjero al piso que comparte con Adrienne y descubre que Gisèle Freund ha ocupado su lugar.[53]

La guerra en España

El optimismo que acompaña la formación del Gobierno del Frente Popular en Francia dura poco. Una nueva crisis sacude Europa en julio de 1936 cuando un grupo de generales sublevados,

encabezados por Francisco Franco, se alza contra el Gobierno republicano elegido en España y estalla la guerra civil.

¡No pasarán! El lema de la España republicana resuena en los cafés de la orilla izquierda. Miles de exiliados alemanes —entre ellos, Gustav Regler y Alfred Kantorowicz— se ofrecen voluntarios para ir a España como combatientes en las Brigadas Internacionales, como periodistas o como sanitarios. Enseguida se forma un batallón alemán, bautizado con el nombre del dirigente del KPD encarcelado, Ernst Thälmann. Para los emigrados alemanes, esta guerra va más allá de la mera simpatía: es algo personal, una oportunidad para combatir por fin el fascismo de frente, tras años de impotencia. Mientras los gobiernos británico y francés se niegan a intervenir por miedo a provocar una guerra más amplia, Hitler y Mussolini violan abiertamente el acuerdo de no intervención —del que también son signatarios— y envían a España no sólo armas, sino también tropas, aviones y pilotos para apoyar a Franco. Cuando la Legión Cóndor ensaya sus mortíferos métodos de bombardeo sobre la población civil española, los exiliados alemanes descubren que combaten no sólo contra el fascismo, sino contra sus propios compatriotas.

En París, Willi Münzenberg se vuelca de lleno con la causa: recauda dinero, canaliza flujos de voluntarios hacia las Brigadas Internacionales a través de los Pirineos, publica panfletos y organiza mítines y reuniones de protesta. En el Hotel Lutetia, Heinrich Mann —demasiado mayor para empuñar las armas— adopta sin cesar resoluciones de solidaridad con España. El 13 de agosto de 1936 se celebra en el hotel una «Conferencia Europea para la Defensa de la República Española». Los intelectuales se afanan firmando aún más peticiones.

Ante la negativa occidental a armar al Gobierno republicano, los partidarios extranjeros de España sólo pueden aplaudir a la Unión Soviética por ser el único país, aparte de México, dispuesto a suministrar armas y tanques al Ejército republicano y a las brigadas internacionales.

Hotel Moskva

Es en este momento tan inoportuno —octubre de 1936, para ser exactos— cuando Willi Münzenberg es convocado a Moscú.[54] El ambiente en la capital rusa está cargado de tensión tras la conclusión del primer proceso-espectáculo, el «Juicio de los Dieciséis», durante el cual dieciséis prominentes y veteranos colaboradores de Lenin han sido acusados de participar en un complot trotskista para asesinar a Stalin y a otros dirigentes del Partido. Torturados antes del juicio, los acusados confiesan, se les declara culpables y no tardan en ser fusilados.

La paranoia flota en el aire. Cientos de comunistas extranjeros, incluidos muchos alemanes que han buscado asilo en la Unión Soviética, se han visto señalados y liquidados en la purga de Stalin. En el Hotel Lux, los funcionarios del KPD caminan de puntillas, intentando adivinar a qué antiguos amigos conviene evitar por miedo a verse comprometidos. Willi y Babette, huéspedes del recién construido Hotel Moskva, no reciben visitas. El hedor fatal de los caídos en desgracia mantiene alejados a los viejos amigos.

A Münzenberg lo interrogan acerca de la falta de seguridad y la laxitud general de sus empresas parisinas. Al principio, no se toma

en serio las preguntas, pero, a medida que avanzan las audiencias, empieza a comprender la gravedad de su situación. Los hombres que antes brindaban protección a sus operaciones heterodoxas han sido apartados y pronto serán detenidos. Las críticas se acumulan. La acusación de que Münzenberg se relaciona con elementos «sospechosos» en París le cala hondo. Y todo el mundo sabe que no soporta a Walter Ulbricht.

Münzenberg tiene suerte de salir del trance con una reprimenda, pero se le ordena permanecer en Moscú para hacerse cargo de la división de agitación y propaganda (*agitprop*) de la Komintern. El peligro es evidente. Ha de emplear todas sus dotes de persuasión para convencer a sus superiores de que, antes de asumir su nuevo puesto, le permitan completar su trabajo en París en favor de la causa republicana española. Aun así, consigue sólo por los pelos que le entreguen el pasaporte y un permiso de salida para volver a Francia.

André Gide regresa de un viaje a la Unión Soviética en otoño para publicar una obra breve, *Regreso de la* URSS, en la que expresa sin rodeos su desilusión con el régimen soviético. En ningún país —declara—, ni siquiera en la Alemania de Hitler, es el pensamiento «menos libre y más temeroso y está más doblegado y avasallado» que en la Unión Soviética.[55] Es un acto valiente por parte de un hombre que hasta ahora había sido el niño mimado de la izquierda intelectual, y lo paga caro. *Pravda* acusa a Gide de ser un desertor hacia el «campo trotskista-fascista». Muchos de sus antiguos amigos

—Louis Aragon y Lion Feuchtwanger entre ellos— se suman a la campaña de difamación, pero Heinrich Mann se niega a participar.

Baja por enfermedad

En cuanto Willi Münzenberg regresa a París, la invitación para que vuelva a Moscú se renueva de inmediato, insistente e implacable.[56] ¿Cuánto tiempo podrá dar largas? Münzenberg siempre ha padecido mala salud, pero cuando se interna en un sanatorio del barrio periférico parisino de Châtenay-Malabry por una «grave afección cardíaca», incluso la policía francesa que sigue sus pasos cree que está fingiendo.

Pasa el invierno instalado en el sanatorio, trabajando en un tratado sobre los métodos propagandísticos de Hitler. Mientras escribe, uno de sus amigos más antiguos y cercanos en el Partido, Karl Radek, es condenado a muerte en Moscú. Poco después, Münzenberg se ve obligado a ceder el mando de sus empresas de propaganda.

Por primera vez en casi veinte años, Willi Münzenberg se encuentra con la agenda desierta y se ve forzado a hacer un balance de sus lealtades y creencias. Ulbricht y Pieck, mientras tanto, se ocupan de difundir rumores sobre su falta de fiabilidad, insinuando —en voz baja— que Willi ya no está de moda en la corte de la Komintern. Aún no se atreven a atacarlo abiertamente, pues puede que, después de todo, todavía vuelva a Moscú. Pero los militantes fieles saben leer los presagios: Münzenberg ha quedado a la deriva. Es muy probable que la única razón por la que Moscú no ha sido

más duro con él sea que todos esos «compañeros de viaje» a los que sólo él consiguió persuadir para apoyar la causa comunista armarían un escándalo si «Willi» desapareciera de repente.

Sólo resta una última tirada de dados.

El principio y el fin

Cerca de trescientos delegados se apiñan en el Salón Presidencial para escuchar el discurso de apertura de Münzenberg, seguido de la intervención de Heinrich Mann, en la mayor reunión hasta la fecha del Frente Popular Alemán, celebrada en el Hotel Lutetia durante dos días, el 10 y el 11 de abril de 1937.[57] El tema es la solidaridad, con la cuestión de la guerra en España ocupando el primer plano de muchas de las discusiones.

En la superficie, el congreso parece un éxito. En realidad, marca al mismo tiempo el punto álgido del Comité Lutetia y el final del Frente Popular Alemán en cualquier sentido significativo. Mientras Münzenberg intenta persuadir con palabras elocuentes a su audiencia de la necesidad de unirse para derrocar a Hitler antes de que sea demasiado tarde, miembros de la delegación comunista y del SAPD casi llegan a las manos en su discusión sobre el destino del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) de España, agrupación marxista antiestalinista. Su violenta represión a manos de comunistas respaldados por Moscú, llevada a cabo con el pretexto de depurar facciones «trotskistas», ha causado una profunda consternación entre muchos partidarios occidentales de la España republicana. Ulbricht, por su parte, intriga contra Münzenberg,

pujando por la primacía del KPD y tratando, en la práctica, de formar su propio Frente Popular personal, bajo estricto control del Partido Comunista.

Tras el congreso, Ulbricht consigue al fin su objetivo: Münzenberg es suspendido en su puesto y sustituido por el propio Ulbricht, que se traslada a París para vigilar a su odiado rival. Sin Münzenberg, los comités del Frente Popular van perdiendo de forma constante tanto su autonomía como sus apoyos más amplios, y, salvo los comunistas más fieles, todos acaban evitándolos. Incluso Heinrich Mann, quien persiste con tesón en la empresa mucho después de que otros la abandonen, advierte que Ulbricht está destruyendo cualquier posibilidad de consenso entre las facciones políticas del exilio.

«Verá», comenta Mann, fatigado, a Alfred Kantorowicz, «yo no puedo sentarme con un hombre que de pronto afirma que la mesa en la que estamos sentados no es una mesa sino un estanque de patos, y que pretende obligarme a darle la razón».[58]

Agotado y desanimado, Mann viaja con Nelly a su lugar alpino favorito, en Briançon, para pasar las vacaciones de verano, donde Willi y Babette se reúnen con ellos. A pesar de todo, Mann y Münzenberg siguen muy unidos, y cada uno admira en el otro las cualidades que complementan las suyas propias: sin la energía extraordinaria de Münzenberg y el poderoso sentido de responsabilidad de Mann hacia el pueblo alemán, toda aquella empresa ni siquiera habría llegado a ponerse en marcha.[59]

Los efectos de los procesos-espectáculo de Moscú y la purga del POUM en España se propagan por todas partes: Manès Sperber vive

su decisión de abandonar el Partido Comunista como una pérdida profunda de la que debe recuperarse como de una depresión; Arthur Koestler siente una liberación al no estar ya atado a las rígidas exigencias del «Partido»; Willi Münzenberg, por su parte, traslada las energías que antes canalizaba en nombre del comunismo para seguir luchando contra el fascismo y se pone de inmediato a organizar otra red de propaganda. Ulbricht y Pieck hacen cuanto pueden por socavarla, denunciándola, pero con escaso éxito.

Fluidez

Eva Tichauer tiene ahora diecinueve años. Habla un francés fluido; su acento casi ha desaparecido. Estudia con ahínco para dedicarse a la medicina, esa profesión «portátil» que tanto tranquiliza a sus padres que haya elegido. El 17 de enero de 1937, la familia es naturalizada. La ciudadanía francesa no cambia en nada las perspectivas de su padre: sin titulaciones francesas sigue sin poder encontrar un empleo digno de tal nombre, pero continúa volcándose en su labor *pro bono* al servicio de los refugiados alemanes. El trabajo como traductora de su madre apenas mantiene a flote a la familia. Como única hija superviviente, Eva siente la presión del amor doliente de sus padres: vivir donde su hermano no pudo hacerlo, prosperar donde sus padres no lo logran. A veces tiene la sensación de ser lo único que evita que sus padres se rindan.

Y quizá tenga razón. Por mucho que lo intenten, la mayoría de los exiliados alemanes ya mayores nunca llegarán a integrarse por completo en Francia. Siempre toparán con esa doble barrera que los

frena: la falta de titulaciones francesas y ese maldito acento que tanto avergüenza a sus hijos.

El querido amigo de Walter Benjamin, Franz Hessel, vive en París desde 1924. Sus dos hijos, Stefan y Ulrich, son ya jóvenes franceses; su alemán se va desdibujando a gran velocidad a medida que se adaptan al país de acogida. Como les sucede a Eva Tichauer y a Pierre y Ruth Radványi, la escolarización francesa ha ido borrando poco a poco en ellos los rastros de su extranjería, dejando tan sólo un núcleo íntimo en el que su breve y pretérita vida alemana sigue existiendo apenas, al tiempo que va desvaneciéndose: preciosa y crucial y, sin embargo, cada vez más difusa. Del mismo modo que Gisela Freund se convierte en Gisèle y Peter Radványi se convierte en Pierre, Stefan Hessel se convertirá un día en Stéphane, un gran francés. De momento, es un alumno brillante que cursa estudios en el prestigioso Lycée Louis-le-Grand, situado en el corazón del quinto *arrondissement*, en la rue Saint-Jacques, frente a la Facultad de Letras de la Sorbona, junto a la Bibliothèque Sainte-Geneviève y el Panteón. Allí también da sus primeros pasos como *lycéen*, bajo la mirada atenta de su orgulloso padre, el pequeño Alexis Léon, de doce años, hijo del sufrido secretario y más querido amigo de James Joyce, Paul Léon, nacido en Rusia y judío.

Exposición Universal

Cuando en mayo se inaugura la Exposición Universal de 1937, las calles situadas entre el Palais de Chaillot y la Torre Eiffel se engalanan con banderas y mensajes de bienvenida. Se respira un

aire de alegre festividad, mientras los pabellones de cada país compiten por exhibir los logros técnicos y artísticos de su nación. Todo París acude a la muestra al menos una vez. Pero ni siquiera aquí puede disiparse del todo la oscura sombra que se cierne sobre Europa. El pabellón soviético se enfrenta al alemán: las enormes figuras de bronce de una joven campesina y un joven obrero que avanzan con paso decidido, empuñando la hoz y el martillo, parecen desafiar al águila plateada posada en lo alto de la gigantesca torre, sostenida por tres pilares, del pabellón de enfrente. Ningún exiliado alemán se atreve a cruzar hacia ese reino ajeno, donde nazis sonrientes reparten caramelos y folletos con esvásticas.

La Exposición tiene especial éxito entre los niños, que deambulan por los pabellones, prueban el chocolate suizo y las salchichas italianas, y se suben y se bajan de los carritos de vivos colores que transportan a los visitantes por los diversos recintos. Anna Seghers lleva a Pierre y a Ruth al pabellón de la España republicana, donde el *Guernica* de Picasso atrae a oleadas de visitantes entusiastas, que se detienen unos segundos a contemplar las fotografías del sufrimiento de España, antes de continuar en busca del siguiente reclamo. Más allá, junto al río, hay una estatua de un hombre desnudo a caballo: es Mussolini como emperador romano, cubierto tan sólo por una capa. Los parisinos hacen bromas a costa del dictador calvo.

Verano, otoño, invierno, primavera. En España, la guerra se prolonga mientras la acosada República va perdiendo terreno poco a poco. Los austríacos aguardan en tensión lo que está por venir. Los

políticos hablan. En el Hotel Lutetia, el primer ministro Camille Chautemps —de nuevo en el poder— pronuncia un discurso durante un banquete en honor de los veteranos y los heridos de guerra. Nadie quiere contemplar siquiera la posibilidad de que otra generación de jóvenes franceses vean sus vidas truncadas por los fusiles y las bombas.

Anschluss

Anna Seghers da un paseo vespertino por la avenida arbolada de Meudon, pensando en conversaciones recientes en las que amigos y conocidos le han preguntado una y otra vez adónde llevarán a los niños si estalla la guerra.[60] Anna vivió bombardeos durante la guerra de 1914-1918, y también más tarde, cuando visitó España. «Pero aquí, en este país, es donde mis hijos han conocido la alegría y la seguridad; ¿no deberían, si hiciera falta, comprender también aquí el dolor y el peligro?» Pasa junto al lechero, que va con su caballo y su carro recién pintado. Ambos se detienen a charlar un momento e intercambian unas palabras de cortesía antes de seguir cada cual en una dirección distinta: el lechero con su reparto, Anna caminando sin más propósito que disfrutar del sosiego de la tarde. Se pregunta si el lechero siente la misma paz intensa que ella en esa tranquila calle de las afueras. Probablemente, no. Quienes están arraigados en un lugar no lo aprecian como hacen quienes sólo lo transitan. Son sólo los que se ven obligados a seguir moviéndose los que comprenden de verdad lo que significa sentarse juntos, en familia, a cenar.

Pierre acude en París a un grupo infantil organizado por algunos antifascistas alemanes. Al principio lo acompaña su madre; más adelante va solo. En cierta ocasión, el grupo asiste a una conferencia a la vuelta de la esquina del Lutetia, en la rue de Rennes. El tema de la conferencia: la amenaza nazi.

El 9 de marzo de 1938, Walter Benjamin escribe al Ministerio de Justicia solicitando la ciudadanía francesa. Ha reunido la documentación necesaria, testimonios de varios escritores franceses en los que declaran, a quien corresponda, que el citado escritor alemán es un intelectual de la valía suficiente para merecer la concesión de ese bien precioso: un pasaporte francés. Benjamin espera. Y mientras espera, trabaja, sumergiéndose en la empresa que lo ocupa desde hace tantos años: su «proyecto de los pasajes». A su alrededor, el mundo vuelve a derrumbarse.

James Joyce también se atrinchera en sus libros, cerrando el paso a los horrores del exterior para alumbrar por fin la obra que lo obsesiona desde hace tantos años. *Finnegans Wake* se publicará de manera simultánea en Estados Unidos y en Inglaterra, en fecha aún por confirmar. Sus amigos y colaboradores más cercanos —Paul Léon, Eugene y Maria Jolas— se reúnen en torno a él, formando un círculo protector, haciendo cambios de última hora, corrigiendo pruebas y respondiendo consultas, unidos en su deseo de que la publicación salga a la luz antes de que sea demasiado tarde.

Gisèle Freund sigue empeñada en fotografiar al gran hombre. Un amigo la anima a escribir a Joyce explicándole la importancia de contar con una buena difusión fotográfica para apoyar la salida de esa obra nueva, la más exigente, y exponiendo sus credenciales como reputada profesional. En los últimos tiempos, la joven ha estado experimentando con película en color, un formato nuevo y caro que acaba de llegar a Francia, en forma de diapositivas que deben proyectarse para poder verse. Gracias a Adrienne, Gisèle ha podido retratar a los escritores franceses que ha ido conocido por mediación de su mentora: Paul Valéry, André Gide, François Mauriac, André Breton, Georges Duhamel, André Maurois. Joyce responde a su carta e invita a Gisèle a organizar una proyección de diapositivas en su casa de la rue Edmond-Valentin. Ella llega y monta nerviosa una pantalla improvisada.

Joyce, cuya vista está gravemente dañada, se sienta tan cerca de la pantalla que casi puede tocar las caras que van pasando ante él. [61] No dice ni una palabra durante toda la proyección; tan sólo suspira de vez en cuando, una exhalación profunda y ansiosa. Sin embargo, cuando Gisèle vuelve a encender las luces, declara de inmediato que está dispuesto a someterse al proceso, con la condición de que no utilice película en color.

Acuerdan que ella pasará unos días con Joyce y producirá una serie de fotografías, un reportaje titulado «James Joyce en París». Joyce tiene ideas muy claras sobre lo que se requiere: algunas tomas de él trabajando con su estrecho colaborador Eugene Jolas, el editor trilingüe —franco-alemán nacido en Estados Unidos— de la revista *Transition*, mientras corrigen las galeradas de su libro; y una serie de fotos en la librería de Sylvia Beach, Shakespeare &

Company, junto con Adrienne Monnier. Los lectores estadounidenses y británicos sabrán que fue Sylvia quien publicó con tanta valentía *Ulises* en 1922; los lectores franceses sabrán que fue Adrienne quien publicó la traducción francesa. La historia se completará con imágenes de Joyce en su casa, rodeado de su familia. Y así nace «Tres días con Joyce», que más tarde Freund publicará íntegramente como obra fotográfica. Joyce se somete con paciencia al proceso y el resultado es una serie de imágenes únicas del escritor en sus últimos años: las gafas gruesas y redondas oscureciendo su mirada, el sombrero echado hacia atrás, un aire de perpetua melancolía en el rostro pensativo, y la rara sonrisa que se cuela en las fotos en las que aparece jugando con su nieto Stephen. Por desgracia para Joyce, la publicación de *Finnegans Wake* se retrasa y el escritor deberá aguardar todavía un año más para ver su salida.

Mientras Joyce está completamente absorbido en el doloroso parto de su obra maestra final; mientras Walter Benjamin se sienta en la Bibliothèque nationale leyendo, investigando, escribiendo y escribiendo... Hitler hace lo que todo el mundo lleva tiempo anticipando, sin terminar de creerse del todo que pueda tratarse de algo real y tangible: anexiona Austria.

En la Prefectura de Policía de París, los refugiados austríacos ven cómo los funcionarios añaden el prefijo «ex» a sus documentos. A partir de ahora eso es lo que son: «ex austríacos».

Ese mismo mes comienza en Moscú el tercer y último proceso-espectáculo, el «Juicio de los Veintiuno». Entre los acusados está Nikolái Bujarin, imputado (entre otras cosas y junto con el resto de los acusados) de conspirar para asesinar a Lenin y a Stalin, envenenar a Maksim Gorki y tramar el derrocamiento de la Unión Soviética. Bujarin, la estrella del banquillo, ha sido torturado; han amenazado a su esposa y a su hijo pequeño. Confiesa, se retracta, vuelve a confesar. No sirve de nada: su destino es la muerte. Separan a su joven esposa de su hijo de pecho y pasa los veinte años siguientes en prisión y en el exilio interior.

«Los últimos juicios masivos han sido un gran éxito», declara Ninotchka —interpretada por Greta Garbo en su primer papel cómico — en la película homónima de Ernst Lubitsch de 1939. «Va a haber menos rusos, pero mejores.»

La quinta planta

En Francia, tras una serie de crisis políticas, se forma un nuevo Gobierno bajo el mando de Édouard Daladier, poco después de lo cual se promulga un decreto que endurece las condiciones de residencia de los extranjeros en Francia.

El decreto exige que todos los inmigrantes estén en posesión de un documento de identidad. Las sanciones para los extranjeros que carezcan de él van desde multas hasta prisión, seguidas de expulsión del territorio francés. Quienes hayan entrado en Francia sin autorización, o quienes hayan eludido una orden de expulsión, se exponen a penas de prisión de entre seis meses y tres años. A los

inmigrantes alemanes y austríacos de los que se sabe que no pueden abandonar el territorio francés podrían someterlos a arresto domiciliario. Los extranjeros con residencia legal ya no podrán viajar sin que sellen su documento de identidad tanto a la salida como a la llegada, incluso dentro del mismo *département* o región administrativa.

El dramaturgo Theo Balk descubre que, al carecer de la documentación adecuada, ahora se le considera «un individuo peligroso para la seguridad pública de Francia»; en suma, un delincuente.[62] La policía lo lleva al Palais de Justice y de allí lo hacen subir a la quinta planta de la Prefectura, donde se une a la multitud de desdichados a quienes han dejado allí, a la espera de trámite. Le dan cinco días de plazo para abandonar Francia.

«No tengo pasaporte. No tengo visado para ir a otro país. Tampoco tengo dinero, no lo suficiente para emprender un viaje largo. [...] Para mí, comienza el tiempo de los aplazamientos. El tiempo de la espera. El tiempo de la quinta planta. En el reverso de mi certificado de deportación, un sello sigue a otro, cada uno de los cuales pospone la ejecución de la deportación tres, cinco, siete o catorce días...»

Cuando Balk regresa a la Prefectura unos días después, lleva consigo un libro, que no lee porque es imposible concentrarse en la sala de espera abarrotada. Cuando el funcionario le devuelve por fin los papeles, falta el sello más importante.

«Sé que no hay nada más que hacer. Tomo mi documento, mi destino pegado con cola en los bordes, sucio y cubierto de sellos, y

deambulo, sin ser consciente de adónde me dirijo, hacia el Luxemburgo, pasando entre gente que sale de aulas y oficinas, que se apresura hacia los cafés o hacia su casa o que hace esas otras cosas que la gente suele hacer a esta hora del día. Yo, una persona que ni siquiera sabe dónde va a pasar la noche.»

El tiempo se agota

En mayo de 1938, Willi Münzenberg recibe otra «invitación» para ir a Moscú durante una quincena a «resolver diversas cuestiones con el NKVD».[63] No es tonto. No irá. Una semana después, informa a la policía francesa de que ha observado a individuos sospechosos merodeando fuera de su casa y siguiéndolo cuando sale. Por primera vez en su vida, Münzenberg —que siempre había despachado ese tipo de amenazas con una actitud de confiada despreocupación— confiesa abiertamente que lo inquieta el peligro que representan «ciertos organismos de represión» al servicio de potencias extranjeras.

Por su parte, Walter Benjamin sigue escribiendo, la cabeza gacha, inmerso en una carrera contra la catástrofe, mientras la primavera se convierte en verano y el verano en otoño, y Hitler vuelve a mover una pieza en el tablero de ajedrez europeo.[64] Y, sin embargo, pese al miedo que lo asfixia, Benjamin siente como un triunfo la conclusión de la segunda parte del ensayo en tres secciones que lleva casi quince años proyectando: el apartado sobre el *flâneur*

titulado «El París del Segundo Imperio en Baudelaire». Se lo envía a Nueva York a Max Horkheimer y Theodor Adorno justo cuando el Acuerdo de Múnich decide el destino de los Sudetes, resolución que sacude a Benjamin hasta lo más hondo. «No sé cuánto tiempo seguirá siendo físicamente posible respirar este aire europeo», escribe.[65]

Vuelve a esperar. Quién sabe qué lo apremia más, si recibir una respuesta a su solicitud de ciudadanía francesa o saber qué piensan Adorno y Horkheimer de su ensayo.

El número de refugiados crece día a día en Europa occidental. Uno a uno, países antes liberales —Francia, Holanda, Suiza— cierran sus puertas a los «extranjeros indeseables» que cruzan sus fronteras. Para el verano, la situación se ha vuelto tan crítica que el presidente Roosevelt convoca una conferencia internacional en Évian-les-Bains. Allí, los representantes de los gobiernos se ponen en pie, uno tras otro, para expresar su buena voluntad hacia esos desgraciados seres humanos. Pero en verdad ninguno quiere acogerlos, y los estadounidenses menos que nadie.

La crisis política que engulle a Francia y la sensación de amenaza creciente procedente del vecino del este empujan a los franceses —al menos a muchos— hacia la indiferencia. El destino de miles de refugiados extranjeros se ha convertido en una preocupación agotadoramente familiar. Todo el mundo está preocupado por lo que les pasará a ellos mismos y a sus familias. Nadie tiene energías para preocuparse por los extranjeros. Poco a poco, la opinión pública se agita y luego se torna hostil. La amenaza de guerra vuelve a la

gente suspicaz. ¿Qué lengua hablan esos supuestos refugiados? Alemán. ¿De dónde viene la amenaza? De Alemania. Bueno, ya sabemos cómo acabó eso la última vez. Esos alemanes dicen estar contra Hitler. ¿Cómo podemos estar seguros? ¿No son, en cierto modo, responsables —por el mero hecho de ser alemanes— de la amenaza que pende sobre Francia y los franceses? La prensa de derechas vierte ese mensaje en los oídos dispuestos a escucharlo.

Y sin embargo, Heinrich Mann y Nelly pasan el verano con los Kantorowicz, que han regresado de España y se han instalado en el sur de Francia.[66] Pasean, hablan, comen en restaurantes baratos junto con los Feuchtwanger, los Marcuse, los Schickele, los Werfel: parejas que toman el sol, que se zambullen en el mar saltando desde las rocas. Nelly es alta y parlanchina. Friedel, en cambio, es pequeña y reservada, pero las dos mujeres se hacen amigas. Kantorowicz se siente fascinado por la relación entre el anciano y distinguido Heinrich Mann y su bella pero a menudo tosca amante, cuyos orígenes —la joven procede de un pueblo pesquero del Báltico — explican en parte su tendencia a emborracharse y a soltar tacos. A finales de julio, Heinrich Mann viaja a París para asistir a una nueva tertulia, el Tercer Congreso Internacional de Escritores. Durante su estancia allí, acude al sesenta cumpleaños de Alfred Döblin en un restaurante parisino, Le Cercle des Nations, donde tanto él como Anna Seghers pronuncian un discurso. También se encuentra presente el hijo de Döblin, Wolfgang, un matemático brillante que acaba de doctorarse en la Sorbona y que, más tarde ese año, se alistará en el Ejército francés.

Ese año, 1938, es un momento de rematar obras, como si la sensación de que el tiempo se agota empujara a los hombres de letras a un logro apremiante. Hacia finales de agosto, Heinrich Mann termina el segundo volumen de *Enrique IV*. Hace una visita discreta a su hermano en Suiza, donde pasean, charlan y beben vermut, leyéndose mutuamente sus escritos como siempre han hecho. Thomas confiesa a Heinrich que ha tomado la decisión de abandonar Europa antes de que sea demasiado tarde.

A mediados de septiembre, Thomas y Katia Mann llegan a París en la primera etapa de su viaje para alejarse de Europa. Se alojan en el Hotel Lutetia, junto con Heinrich, que ha venido a hacer un último y valeroso intento de reanimar el Frente Popular. La causa es, a todas luces, desesperada. Y, aun así, Heinrich Mann encuentra un sentido de propósito en su compromiso. Siente que está cumpliendo su papel en la lucha contra el fascismo.

Las siete agujas

La noche anterior a la última reunión que va a celebrarse en el ya familiar hotel, a Mann le presentan a un apuesto político del SAPD, de veinticinco años, que vive exiliado en Oslo: Willy Brandt.[67] Al escritor, mucho mayor, le suscita interés ese joven de su Lübeck natal, alguien que conoce Berlín y que ha estado en España. Se le saltan las lágrimas al recordar el lugar que una vez llamaron hogar: «Las siete agujas, no volveremos a verlas nunca», se lamenta al recordar las torres de sus iglesias. Brandt encuentra sombría la reunión: los escasos restos del Comité Lutetia, un grupo de cuarenta

o cincuenta partidarios aislados, ya no desean ser conocidos como el «Frente Popular». En realidad, la época de trabajar juntos ha concluido: los últimos que quedan reciben órdenes de Moscú. Brandt tiene la impresión de que se están aprovechando de Mann, de que le hacen leer discursos simplistas escritos para él por *apparátchiks* cuyo afán de control ideológico ha acabado con toda posibilidad de cooperación. Mann es la figura decorativa de esta empresa fallida, pero en realidad no es el único incapaz de abandonar su fe en la Unión Soviética. Puede que esté apartando la mirada de la fea realidad que encarnan los juicios de Moscú e ignorando a sabiendas la brutal verdad del régimen al que se han entregado con tanto entusiasmo, pero ¿cuál es la alternativa? Si gira la cabeza hacia el otro lado sólo verá nazis marchando al paso de la oca, a los bárbaros que le han arrebatado la lengua y el hogar y que ahora están a las puertas de Europa occidental, a punto de traer la guerra. «Intenté en vano fomentar la camaradería política», declara Mann. «Fue más fácil conquistar un nuevo público en países lejanos que conseguir que varias docenas de alemanes lucharan por la defensa de su propia causa.»[68]

A veces se ha ridiculizado a Heinrich Mann como «el Hindenburg del exilio», retratándolo como un anciano senil aferrado a la ortodoxia de la ideología comunista mucho después de que dejara de creer en ella. Pero, durante esos años en Francia, nunca dejó de creer en el poder de las palabras para provocar cambios. Su producción fue fenomenal: cuatrocientas obras en siete años —ensayos, discursos, llamamientos y novelas—. ¡Qué energía en un hombre que ya no estaba en la flor de la vida! Todas esas palabras. Y, sin embargo, ¿qué consiguieron?

El 20 de septiembre de 1938, el Frente Popular Alemán se disuelve oficialmente en el Hotel Lutetia, mucho después de su defunción real. El Comité Lutetia ya no existe. Por toda Europa, los sueños del Frente Popular yacen hechos jirones. Mientras tanto, mientras tanto... los partidarios del apaciguamiento siguen cediendo ante las exigencias insaciables de Hitler.

Los exiliados alemanes contaban con que las democracias occidentales plantarían cara al dictador, pero los gobiernos de esas democracias han hecho lo contrario: se han amilanado y le han dado a Hitler todo lo que pedía, avalando y legalizando sus crímenes, sus anexiones y sus conquistas. Willi Münzenberg ensilla su caballo para una última batalla: cual caballero andante, convoca una retahíla de nuevas organizaciones destinadas a demostrar su intención de unir a las distintas facciones de la izquierda alemana emigrada. También ha emprendido una nueva aventura editorial: una publicación semanal, titulada con optimismo *Die Zukunft* («El futuro»), cuyo equipo está formado por un grupo leal de antiguos miembros de la camarilla *Münzenberg-Leute*, todos ellos ex comunistas desencantados. Pero la revista nunca pasa de un éxito mediocre. El tiempo de las palabras ha quedado atrás.

La espera

Nadie quiere otra guerra. Apenas han transcurrido veinte años desde el final de la última, la que se suponía que iba a acabar con todas las guerras. Quienes fueron jóvenes en las primeras décadas del siglo XX tienen ahora hijos por los que temer. Los campos de batalla de

Europa siguen en carne viva, el olor de la matanza es demasiado reciente. La última vez, Francia perdió cerca de 1,4 millones de hombres, un número bastante superior al de los británicos. Durante los días y noches previos a la firma del Acuerdo de Múnich, los parisinos viven en un estado de ansiedad impotente. «¿Qué hará Hitler?», preguntan. «¿Qué va a pasar?» Durante un tiempo se cubren las farolas y las calles quedan a oscuras, como si se esperara en cualquier momento un ataque aéreo sorpresa. Carros municipales depositan montones de arena ante los edificios, irritando a los conserjes que protestan por la suciedad.[69]

Anna Seghers y su familia están de escapada breve en la Alta Saboya cuando se firma el Acuerdo de Múnich. Para entonces, Pierre y Ruth deben de estar ya acostumbrados a que los acontecimientos políticos interrumpan las vacaciones. La familia regresa a París para estar cerca de sus amigos. Pierre, que tiene doce años y empieza a escuchar con mayor conciencia las conversaciones de sus padres, percibe cómo crece el miedo entre los emigrados. Para ellos está claro —aunque para los franceses todavía no— que la guerra es ya inevitable. Y, aun así, sus padres creen, o quieren creer, que los alemanes se sublevarán contra Hitler. ¿Por qué esperan tanto para actuar? ¡Si hay un momento para rebelarse, ese momento es ahora!

Éste es también el momento en que algunas personas con visión de futuro comienzan el largo proceso para obtener un visado estadounidense.

Walter Benjamin acaba de volver de visitar a Brecht cuando, el 7 de noviembre de 1938, un judío polaco de diecisiete años, Herschel Grynszpan, dispara contra un funcionario de la embajada alemana en París. La respuesta en la Alemania nazi es inmediata y aterradora. Se la conoce como *Kristallnacht*, la «Noche de los cristales rotos». Destrozan las oficinas del padre de Theodor Adorno, que sufre una lesión ocular a consecuencia de los disturbios. Más tarde, Adorno escribe a Benjamin con la noticia, estremecedora, de que sus padres fueron detenidos en Fráncfort durante los pogromos violentos que siguieron.[70] Benjamin encuentra cierto consuelo al saber que su hijo, Stefan, ha logrado llegar a Inglaterra. La madre de Stefan, Dora —ex esposa de Benjamin—, lo seguirá poco después. Pero el escritor teme por su hermano, encarcelado en Berlín.

Una vez más, Benjamin intenta ponerse en contacto con el Ministerio de Justicia acerca de su solicitud de ciudadanía francesa. Sigue sin haber respuesta. Luego llegan más malas noticias en una larga carta de Adorno: el ensayo de Benjamin sobre Baudelaire no ha satisfecho a sus editores en Nueva York. Adorno expone al detalle por qué el texto, lamentablemente, no cumple sus expectativas: por entusiasmado que estuviera por leer el ansiado capítulo, por mucho que admire a Benjamin por haber logrado terminarlo a tiempo, lamenta decir (en nombre de todo el equipo editorial) que el escrito plantea más preguntas que respuestas —«muchos enigmas se plantean de nuevo»— y que el capítulo «representa no tanto un modelo para los "Pasajes" como un preludio de ese proyecto». La réplica de Benjamin, igual de extensa, no puede cambiar el hecho de que, si quiere que se publique, apenas le queda otra opción que aceptar las «mejoras» y revisar su trabajo.

Tras la *Kristallnacht*, el número de refugiados que llegan a Francia alcanza un nivel sin precedentes.[71] A finales de año hay en torno a sesenta mil refugiados judíos de Europa oriental y central, la mayoría de los cuales ha entrado en el país ilegalmente. Esto provoca una gran ofensiva contra los «indeseables».

A comienzos de diciembre, el ministro de Asuntos Exteriores nazi, Joachim von Ribbentrop, visita París y se aloja en el Hotel George V, junto a los Campos Elíseos. Con la vista puesta en las posibles negociaciones con el Reich, el Gobierno francés quiere mostrar que su tolerancia hacia los refugiados contrarios a Hitler es estrictamente limitada y, en previsión de la visita, se detiene a un buen número de inmigrantes. Incluso se convoca a algunos refugiados alemanes a la Prefectura de Policía y se los traslada directamente a una ciudad de provincias donde se los pone bajo arresto domiciliario. En el segundo día de su visita, Von Ribbentrop plantea la posibilidad de una lucha común contra el bolchevismo y se toma la molestia de mencionar la presencia indeseada de numerosos refugiados alemanes en París. Ser alemán en Francia en 1938 es ser sospechoso. Como había señalado Heinrich Mann ya en 1933, para muchos observadores extranjeros el régimen nacionalsocialista, por el mero hecho de seguir existiendo, *era* Alemania. Un exiliado alemán no es, pues, un opositor al Gobierno en el poder, sino alguien que de algún modo ha fracasado o se ha deshonrado. El escritor Hans Marchwitza, bajo arresto domiciliario en Moulins en diciembre de 1938, recordaría más tarde una conversación con una enfermera que no entendía por qué no podía volver a su país si, como afirmaba, no había cometido ninguna falta.[2] «¿Por qué no te quedaste?», le preguntaba, antes

de concluir, sentenciosamente: «Si no causas problemas a los demás, no tienes por qué temer la persecución.»

En Niza, Nelly, la compañera de Heinrich Mann, recurre cada vez más a una mezcla de alcohol y del fármaco Veronal para paliar su ansiedad. Una noche la trasladan en ambulancia a una clínica, puede que por haber combinado accidentalmente demasiado Veronal con alcohol. Aunque lo más probable es que se trate de su primer intento de suicidio.

Durante los años de exilio parisino, Babette Gross —pareja de Willi Münzenberg— no ha visto ni una sola vez a su hijo Peter.[73] Los padres de su ex marido Fritz lo han mantenido a salvo, con la esperanza de que pudiera terminar sus estudios sin tener que seguir a su madre y su padre al exilio. Pero Peter pertenece ahora a una nueva categoría oficial de ser humano: es un *Halb Jude* (categoría 1), un «medio judío», por tener dos abuelos judíos —los que han dedicado los últimos trece años a cuidarlo—. Tras los sucesos de la *Kristallnacht*, sus abuelos concluyen que no pueden permitirse esperar a que acabe sus estudios: Peter debe salir de Alemania ya y reunirse con su padre exiliado en Inglaterra. Como la Gestapo le ha confiscado el pasaporte, a principios de enero de 1939, el joven, de quince años, debe someterse a un interrogatorio para que le devuelvan el documento. Lo interrogan en una oficina de la Gestapo de Potsdam. Quieren saber más sobre las cartas que recibe del extranjero: de dónde vienen y quién las envía. Le muestran fotografías: «¿Reconoces a estas personas?» Ante el silencio del chico, se vuelven más precisos: «Venga, sabemos quiénes son tus

padres. ¿Te escriben? ¿Dónde se esconden?» Peter finge ignorancia. De hecho, puede afirmar sin mentir que no ha tenido noticias de su madre en siete años.

La suerte está de su lado: le devuelven el pasaporte. Llega a Inglaterra en marzo de 1939 para reunirse con su padre.

Joyce en color

Invierno. Barcelona cae. Miles de refugiados republicanos cruzan los Pirineos nevados y cruzan tambaleándose la frontera con Francia, donde son encerrados de inmediato en campos de internamiento.

A principios de marzo de 1939, la revista *Time* se pone en contacto con Gisèle Freund para pedirle un retrato en color de James Joyce con el objetivo de celebrar la publicación de *Finnegans Wake*, que por fin está a punto de hacer su aparición oficial en la escena mundial.[74]

A Freund le da reparo volver a acercarse a Joyce, sobre todo teniendo en cuenta la resistencia del escritor a ser fotografiado en color. Pero una portada de *Time* sería un apoyo publicitario considerable, más aún tratándose de un libro tan difícil como éste. Sylvia Beach da con una solución inusual: sabe que Joyce es profundamente supersticioso, y que el *mariage blanc* de Freund le ha dado un nuevo apellido, Blum, el mismo que el del protagonista del *Ulises*. «Escríbele», la anima Sylvia, «y firma con tu apellido de casada». Joyce acepta la propuesta al instante.

Es el propio Joyce quien abre la puerta de su piso, vestido con una chaqueta de terciopelo rojo para la cena y luciendo anillos en los dedos. Está nervioso; mira con inquietud el equipo fotográfico de Gisèle. Los nervios no tardan en contagiársele a ella también: empieza a tropezar con los cables y se le caen cosas. La atmósfera se tensa. Y entonces —¡ay!—, cuando Joyce avanza a tientas hacia el sillón en el que Gisèle le ha pedido que se siente, se golpea la cabeza contra una de sus lámparas. El escritor suelta un grito agudo y se lleva ambas manos a la frente. Se ha hecho sangre. El gran hombre profiere incluso una palabrota.

Entra Nora para calmarlo. Gisèle examina el corte: «No es más que un arañazo», declara, y presiona unas tijeras de acero frías contra la herida, para evitar que se hinche. Por fin, ya repuesto, Joyce se pone a leer un libro con una lupa. Freund dispara y termina el carrete lo más deprisa posible, tras lo cual promete al escritor que, esta vez de verdad, no volverá a molestarlo.

Sale como alma que lleva el diablo, se mete en un taxi y le dice al conductor que pise el acelerador, cosa que éste hace, saltándose un cruce y chocando con otro coche. Freund, furiosa y alterada, telefonea a Joyce y lo acusa de haber echado alguna maldición irlandesa a sus fotografías, que a buen seguro se han echado a perder. El escritor, lleno de remordimientos, la invita de inmediato a volver al día siguiente.

La segunda vez todo sale bien. La sesión dura sólo unos minutos. Mejor aún: cuando llega al laboratorio, Gisèle descubre que el carrete del día anterior está intacto, de modo que tiene dos series de fotos en color entre las que elegir.

Cuando *Time* sale con Joyce en portada, Freund refiere la satisfacción del escritor con el resultado.

«Yo había dicho que nunca permitiría que me fotografiaran en color», cuenta Joyce a sus amigos, recreándose en las peripecias que hay tras la foto. «La señora B. me cazó no una, sino dos veces. Es más testaruda que los irlandeses.»

Oscurece

La primavera acaba de comenzar cuando Madrid admite definitivamente la derrota. La agonía de la República española concluye al fin. Franco ha vencido. Llegan aún más refugiados españoles al sur de Francia.

En una audiencia de la Internacional Comunista en Moscú se rastrean las «desviaciones» de Willi Münzenberg hasta comienzos de los años treinta. Se le declara culpable de intrigar contra el KPD durante sus años de exilio, de conspirar con trotskistas y otros enemigos del proletariado, de difamar a la dirección del KPD y de negarse a someter sus actividades de propaganda a la disciplina del Partido. Mientras la prensa del Partido informa de su expulsión del KPD, en París, Münzenberg intenta tomar la iniciativa publicando una carta oficial de dimisión en la que explica los motivos por los que abandona el Partido. Lo más urgente, sostiene, debería ser la lucha contra el fascismo.

A finales de mayo de 1939, la embajada alemana en París recibe una carta de su Gobierno informando de que Walter Benjamin ha sido despojado de su ciudadanía alemana, al parecer como consecuencia de un artículo publicado en 1936 en el que el escritor hacía referencias despectivas a la cultura fascista. Benjamin ya no es sólo un hombre sin dinero: ahora es un apátrida. Su solicitud de ciudadanía francesa no ha recibido respuesta. Busca desesperadamente una salida. Su amada París ya no es un refugio, sino una maldición.

Por diversos motivos, la publicación de *Finnegans Wake* vuelve a retrasarse, y hasta el 4 de mayo de 1939 el libro no aparece de manera simultánea en Nueva York y en Londres. Por desgracia para Joyce, que escruta con ansiedad las revistas literarias, para entonces, la gente está prestando atención a otras cosas.

El último verano

En toda Europa parece como si todo el mundo hubiera decidido fingir, de manera colectiva, que la vida sigue con normalidad. En Francia, la gente se va al sur para sentarse en playas abarrotadas, hace caminatas por la montaña o lee en sus retiros campestres. En Gran Bretaña, el primer ministro Neville Chamberlain se va a pescar a Escocia, mientras el rey Jorge VI caza urogallos en su finca de Balmoral. En Polonia, las parejas jóvenes bailan en barcas de recreo, meciéndose al son de la música de Henryk Gold. ¿Se están

engañando? ¿Será, como sugiere Manès Sperber, que todo el mundo da por sentado que las guerras nunca estallan antes del otoño? ¿O es que se han producido ya tantas falsas alarmas que la gente ha dejado de creer en la realidad de la guerra? Y, sin embargo, en los cines baratos de barrio, donde se ofrecen promociones veraniegas de dos películas por el precio de una, los espectadores que están sentados en la calurosa oscuridad, fumando, besándose o carcajeándose con las payasadas de Charlie Chaplin y Buster Keaton, enmudecen cuando empieza el noticiario. Una vez más, se ven obligados a contemplar a ese ridículo hombrecillo de bigotito, cuyos discursos furibundos antes parecían tan cómicos.[75] Ahora miran a ese «hombre vociferante, de aspecto grotesco y ojos vidriosos» y sienten una corriente subterránea de pavor.

Los exiliados se repiten, como un mantra, que mientras Gran Bretaña y Francia se mantengan firmes, los soviéticos estarán con ellos y no habrá guerra. «Bastaba repetirlo las suficientes veces», escribe Arthur Koestler, «hasta que uno se hartaba de oírselo decir. Pero no dejábamos de saber que aquél sería nuestro último verano en mucho tiempo, quizá para siempre».[76]

En París, Anna Seghers decide emplear parte del poco dinero que le queda en enviar a los niños a clases de natación. Algún día —razona — quizá tengan que subir a un barco. Y si han de escapar cruzando el océano, es imprescindible que Pierre y Ruth sepan nadar.

Gisèle Freund viaja a Gran Bretaña para hacer una larga visita a su familia, que ha logrado escapar de Alemania. Gracias a los contactos que le proporciona su nueva amiga y mentora, la destacada escritora

y crítica argentina Victoria Ocampo, Freund no tarda en tener ocasión de fotografiar a las figuras más señeras del panorama literario británico: Vita Sackville-West, Virginia Woolf, T. S. Eliot, Elizabeth Bowen, George Bernard Shaw.

Las esperanzas de Walter Benjamin se ven brevemente reavivadas cuando recibe una propuesta para dar una conferencia sobre su proyecto de los pasajes parisinos en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Columbia, en Nueva York. La fecha prevista es finales de septiembre o principios de octubre de 1939.

A finales del mes de julio, Peter Gross recibe una invitación para pasar unas vacaciones en Francia con su madre. La última vez que Babette vio a su hijo, Peter tenía ocho años. Ahora lo vuelve a tener frente ella, convertido en un muchacho de quince que ha cruzado el Canal desde su nuevo hogar británico. Babette lo lleva a su piso de Issy-les-Moulineaux, al suroeste de París, donde el joven se reencuentra con su querido Emil, el chófer que solía pasearlo en el reluciente Lincoln negro de Willi y que, con paciencia, lo dejaba jugar con el intercomunicador y revolcarse en los asientos de cuero. Emil aún se está reponiendo de una herida sufrida durante la guerra civil española, en la que perdió un ojo. Peter comparte habitación con él.[77]

En agosto, viajan con unos amigos íntimos a un lugar de la costa norte de Francia, cerca de Étretat, entre Dieppe y El Havre; una breve escapada para celebrar el quincuagésimo cumpleaños de Willi, el 14 de ese mes. El día del cumpleaños, el pequeño grupo baja a la playa y, mientras Babette y Peter nadan hasta la Aiguille de Belval —

una formación rocosa con forma de aguja—, los hombres conversan sentados al pie de los altos acantilados blancos, con los pantalones remangados. Ninguno de ellos sabe nadar. Después de comer se reúnen alrededor de un fuego en el jardín de la casa alquilada y cantan, no canciones comunistas de campamento, sino baladas alemanas sentimentales que versan sobre el pasado.

Y entonces sucede.

Guerra

> Ninguna muerte es tan triste y definitiva como la muerte de una ilusión.
>
> ARTHUR KOESTLER[78]

En la prensa francesa, los rumores de que Hitler y Stalin están a punto de firmar un pacto se toman al principio como propaganda de Goebbels, destinada a hacer descarrilar un acuerdo, que se espera inminente, entre la Unión Soviética y los aliados occidentales. Pero entonces llega la noticia directamente desde Moscú.

Para quienes han seguido apoyando a Stalin a pesar de los juicios-espectáculo, de las purgas y de la persecución del POUM español, el anuncio del Pacto Molotov-Ribbentrop, el 23 de agosto de 1939, no sólo es devastador: resulta del todo desconcertante. En París, los rumores corren por cafés, hoteles de mala muerte, librerías y

bares... Cuando tratan de darle sentido, los comunistas se enredan en sus propias contradicciones. Alfred Kantorowicz se mortifica intentando entender la lógica de la decisión de Stalin. El líder de los comunistas franceses, Maurice Thorez, concluye que el pacto es un golpe de genio: Stalin garantiza la paz atándole las manos a Hitler. A la mañana siguiente, *L'Humanité*, órgano oficial del Partido Comunista Francés, explica a sus lectores, sin ironía, que el nuevo tratado es el último esfuerzo heroico de Stalin por neutralizar la amenaza de una guerra imperialista.[79]

Para Willi Münzenberg, Arthur Koestler, Manès Sperber y otros que han abandonado el Partido, el 23 de agosto de 1939 marca el momento en que por fin se les permite alzar la cabeza de nuevo y decir: «¿Lo veis? ¿Lo veis?» Aunque no hay alegría, desde luego, en que a uno le den la razón cuando el precio que se paga es la guerra. Como es natural, la primera reacción de Münzenberg es publicar un apasionado *j'accuse*: el pacto —observa— es una «puñalada por la espalda» rusa a la clase obrera y a la paz.

Cuando Heinrich Mann se entera del pacto, se encierra en su despacho en Niza durante cuarenta y ocho horas y se niega a hablar con nadie. Unos días después, se decide por fin a casarse con Nelly.

La guerra, cuando llega, lo hace sin fanfarrias ni alboroto. Al fin y al cabo, se había anunciado ya muchas veces. Alfred y Friedel Kantorowicz están sentados en su terraza, en el sur de Francia, intentando discernir lo que emite la radio de la casa de al lado. A través de las contraventanas, sólo les llegan fragmentos incoherentes. Al final, la radio enmudece. La pareja se queda

sentada, fumando largo rato en silencio en la tibia oscuridad de la noche provenzal, recordando la guerra civil en España y preguntándose qué vendrá a continuación, ahora que se ha declarado una nueva guerra.

En París, en el sur de Francia y por toda Europa, los exiliados antifascistas se ven obligados a reconocer por fin que la batalla que han librado por el alma de Alemania se ha perdido —en realidad, se había perdido mucho tiempo atrás—. Las apelaciones de Heinrich Mann al pueblo alemán han caído en saco roto. Los intelectuales, los escritores, los artistas y los políticos, con todos sus comités, sus panfletos y sus urgentes llamamientos a la acción, han fracasado. Han vencido los bárbaros.

Lutetia

En París, las noches se han vuelto silenciosas. En el exterior del Hotel Lutetia, los transeúntes se apresuran por el boulevard Raspail. Dentro, los clientes se sientan en el bar, mientras el camarero vigila con ojo atento quién está y quién no, ocupado al tiempo en lustrar vasos y comprobar existencias. Sobre el murmullo bajo de las conversaciones se eleva de vez en cuando el *pop* de un corcho, el sonido de una carcajada. Muchos de los habituales han regresado a provincias, a verlas venir desde allí. Los extranjeros se marchan. A los jóvenes empleados los han movilizado, y el director recién ascendido, Marcel Chappaz, tiene que introducir cambios para compensar su ausencia. Chappaz sigue haciendo lo que hacen los directores de hotel: asegurarse de que los engranajes de la máquina

que es el Hotel Lutetia continúen funcionando con su habitual suavidad. En realidad, él, como todo el mundo en París, espera.

Por la noche, las camareras se mueven con sigilo, bajando las persianas para cumplir las nuevas normas que obligan a apagar las luces, procurando envolver a los huéspedes del hotel en un cálido y confortable abrazo, a la luz de las velas. Fuera, en el boulevard Raspail, los sacos terreros apuntalan el edificio.

Fluctuat nec mergitur es el lema de la ciudad, que figura inscrito bajo un barco, símbolo de París: «Batida por las olas, pero no hundida.»

A esa esperanza se aferran.

En los periódicos, en lugar de los habituales anuncios que promocionan las comodidades y los atractivos precios del hotel, aparece una nota breve que confirma que el Hotel Lutetia permanece abierto y que ha sido designado oficialmente como refugio civil: *L'Hôtel Lutetia, Bd Raspail est ouvert. Abri agréé par Déf. passive*.

Los banquetes otoñales se han cancelado: se acabaron los bautizos y los festejos anuales; en su lugar, hay reuniones de negocios, discusiones sobre acciones y participaciones. Para diciembre, los anuncios habituales han vuelto a aparecer: *Hôtel Lutetia, prix modérés. Salons pour repas, noces, banquets.* Precios moderados. Salones para comidas, bodas y banquetes.

Cuantos más estemos juntos,
juntos, juntos,
cuantos más estemos juntos,
más felices seremos.

Segunda parte

Durante (1939-1944)

Todo este desastre, toda esta desgracia que había caído sobre otro pueblo la había causado mi propio pueblo. Porque era obvio que hablaban como yo y que silbaban las mismas melodías.

ANNA SEGHERS, *Tránsito*[1]

Hiato

París, en septiembre de 1939, es un lugar extraño: está en guerra, pero no lo está; está a salvo, pero vive bajo la amenaza constante del peligro. Las estatuas se envuelven en sacos terreros, los cuadros se embalan para protegerlos. Las alertas aéreas ponen los nervios a flor de piel y se imponen toques de queda nocturnos. Lentamente, la maquinaria del Estado se activa para poner al país en pie de guerra. Los extranjeros que tienen la suerte de poseer un pasaporte o un buen fajo de billetes abandonan la ciudad y salen pitando de vuelta a casa. Una ráfaga de pavor y de urgencia hace que se cancelen planes, se pospongan bodas y se suspendan vacaciones.

Y, sin embargo, todavía no. Mientras Hitler aplasta Polonia, en Francia hay un hiato de nueve meses antes de que empiece la «guerra de verdad». Nueve meses: el tiempo que transcurre entre la concepción y el nacimiento de un niño.

Pierre Radványi sale a la calle en Meudon para comprar el periódico en el quiosco y ve la portada de *Paris Soir*, con los grandes titulares que anuncian la movilización general.[2] Se llama a filas a todos los varones de entre veinte y cuarenta y nueve años. En casa, los padres pegan tiras de papel en las ventanas para evitar que los cristales estallen en mil pedazos, y las pintan de azul para impedir que se filtre la luz por las noches. Cuando la sirena antiaérea emite

su llamada de aviso, todos bajan en fila al refugio improvisado del sótano, donde se sientan pacientemente con los caseros. El anciano señor Bohl confía en una rápida victoria aliada. Hay que confiar en la Línea Maginot, declara. Si los alemanes entran en Francia, habrá una nueva y victoriosa «batalla del Marne». Está convencido de ello.

Los franceses depositan su fe en la Línea Maginot como si fuera un amuleto mágico que preserva al portador de todo daño. Creada tras la devastación de la guerra de 1914-1918 para que ninguna futura invasión alemana pueda penetrar en territorio francés, esta fortificación defensiva recorre toda la frontera francoalemana. Ahora, treinta mil reclutas patrullan ese gran espacio vacío, aunque su disciplina se erosiona al mismo ritmo que su fe en la realidad de esta guerra que no acaba de existir.

Una mañana, Pierre está en el cuarto de baño cuando llaman a la puerta del piso. Es la policía de Meudon: vienen a detener a su padre. A László le dan media hora para prepararse antes de llevárselo, escoltado, a un estadio de tenis situado en las afueras de la ciudad. Pierre no se atreve a mencionar este hecho aterrador en su nuevo centro, el Lycée Hoche de Versalles, adonde ha tenido que trasladarse porque su escuela —como muchas otras en Francia— no ha reabierto sus puertas para el inicio del nuevo curso. Anna, como siempre, intenta mantener una apariencia exterior de calma. Cuando los niños preguntan por qué se han llevado a László, ella explica que es sólo una medida de precaución y que su padre estará de vuelta en unos días.

Para los exiliados, la declaración de guerra abre una nueva y extraña etapa en su odisea. En cuestión de días, las autoridades recogen a todos los «extranjeros enemigos» como si fueran despojos a la deriva y los deposita en campos de internamiento, donde viven sumidos en un estado de ansiedad aguda, en condiciones que van de precarias a espantosas, mientras esperan que la lentísima burocracia francesa reconozca que no constituyen una «quinta columna» ni representan amenaza alguna para la República francesa.

A los «extranjeros enemigos» considerados «corrientes» los retienen en el estadio deportivo de Colombes, a las afueras de la ciudad. Todos los varones alemanes, austríacos, checos y eslovacos de entre diecisiete y cincuenta años que viven en París reciben una invitación del Gobierno francés para presentarse en el estadio con cuchillo y tenedor y provisiones para dos días. Unos veinte mil acuden de manera voluntaria. Tal es su confianza en las autoridades francesas que la mayoría se presentan con ropa de verano y calzado ligero, una manta fina bajo el brazo, y llevando consigo —como se les indicó— provisiones para uno o dos días como mucho. El estadio de tenis de Roland Garros, cerca del Bois de Boulogne, se ha escogido como lugar de retención para aquellos individuos de países neutrales o aliados (rusos, polacos, húngaros, italianos) considerados de especial interés para las autoridades, junto con los alemanes de los que se sabe o se sospecha que participan en actividades políticas. Los hombres retenidos allí no reciben una petición cortés: como ocurre con László Radványi, es la policía quien los detiene y traslada allí.

Junto a Radványi están Gustav Regler, Arthur Koestler y decenas de escritores, artistas, intelectuales y activistas políticos, incluidos la mayoría de los colaboradores de Willi Münzenberg. Al propio Münzenberg, que acaba de cumplir cincuenta años, se le considera demasiado mayor para suponer una amenaza para la seguridad de Francia. Durante diez días, los hombres se tumban en las terrazas, se acurrucan en bancos, pasean por la pista de ceniza y juegan a las cartas o al ajedrez, hasta que, sin contemplaciones, los apiñan en autobuses y los llevan bajo escolta militar a la Gare d'Austerlitz. Desde allí, los transportan en vagones sellados a campos de internamiento improvisados a toda prisa en las provincias francesas. A los activistas políticos los envían a Le Vernet, en el suroeste de Francia, cerca de los Pirineos. Como otros campos de la región —Gurs y Saint-Cyprien, por ejemplo—, Le Vernet se creó en origen para acoger a los refugiados de la España republicana. Está destinado a hacerse tristemente célebre como el peor campo de internamiento de Francia.

Regler escribe con amargura:

> Los primeros (y, como los acontecimientos habrían de demostrar, los únicos) prisioneros de guerra de la República francesa estaban ahora a salvo tras el alambre de espino. Eran quinientos sesenta fugitivos de todos los países de Europa. Durante años, habían encontrado asilo en París; su refugio ahora era un conjunto de barracones de madera destartalados al pie de los Pirineos, sin camas, sin luz y sin calefacción. Entre los prisioneros había tal vez unas pocas decenas de especuladores y estraperlistas, así como todo el

> núcleo del Comité Central del Partido Comunista Alemán; pero la gran mayoría la componían opositores al Tercer Reich. No se había detenido a un solo nacionalsocialista, ni a ningún fascista italiano. Muchos llevaban papeles que acreditaban que se habían presentado para servir en el Ejército francés. Nos tendimos sobre tablones de madera y nos olvidaron.[3]

Arthur Koestler y Gustav Regler tienen suerte: gracias a la intervención de amigos influyentes, los liberan tras una estancia relativamente breve. Koestler es el primero en salir, el 17 de enero de 1940; Regler lo sigue poco después. Son los esfuerzos de su novia, Marie Louise, y de amigos de España los que han logrado que su expediente escale hasta la cima del montón: Ernest Hemingway, Eleanor Roosevelt y Martha Gellhorn han escrito peticiones en su favor. Regler hace la maleta exultante. Emprende la vuelta a París, porque ¿adónde si no?

Vive la France

En un momento de lucidez —o, quizá, más bien visionario—, en mayo de 1939, Walter Benjamin ya había anunciado que, en caso de guerra, los extranjeros residentes en Francia acabarían «en campos de concentración». En septiembre de 1939, él también hace cola para entrar en el estadio de Colombes. Tan sólo unos días después, lo trasladan a un pequeño campo llamado Vernuche, en Nevers. La salud de Benjamin, que nunca había sido buena, lo convierte en un

mal candidato para lo que se denomina, eufemísticamente, «campo de trabajadores voluntarios». Durante la caminata de unos ocho kilómetros desde Nevers, se desploma.[4] Lo ayuda un joven que carga con su bolsa y que se pone de inmediato a disposición de Benjamin, un discípulo dispuesto a servir a su maestro.

«Los médicos del campo me dieron la siguiente orden: "descanse, guarde reposo"», escribe Benjamin en una carta a Adrienne Monnier el 21 de septiembre de 1939, en la que tranquiliza a su amiga: hay comida de sobra y él está tan bien como cabe esperar.[5] Le pide a Monnier que le escriba y le ruega que facilite su nueva dirección a Gisèle Freund. Como siempre, lo que más pesa en la mente de Benjamin es su trabajo. Cuando responde a una carta de Sylvia Beach —que ha decidido quedarse en París—, está tan preocupado por pedir que le envíe chocolate como frustrado por no poder corregir las pruebas de su próximo fragmento sobre Baudelaire. Mientras tanto, sus escasos fondos menguan y se ve obligado a pedir a Max Horkheimer que le adelante dinero.

Al cabo de unos días empieza a surgir cierto orden entre los doscientos ochenta y ocho internados de Vernuche. Los hombres comienzan a barrer las salas y a tender la colada; se organizan conferencias sobre las diferencias entre Freud y Jung, Lenin y Trotski. Del caos y la impotencia emerge una comunidad. Consiguen mantas y, aprovechando latas viejas, fabrican recipientes para comer y vasos para beber. Nombran director de correos a un coleccionista de sellos, y cocinero jefe a un pintor célebre por su maña en los fogones. Poco después, Benjamin empieza a impartir al aire libre un curso avanzado de filosofía, por el que cobra un «honorario» de tres cigarrillos Gauloises o un botón de pantalón: unidades de una nueva

forma de moneda que circula por el campo y que también incluye clavos, lápices y otros objetos útiles. Los tipos de cambio los calculan los entendidos de acuerdo con el principio de la oferta y la demanda: cinco cigarrillos por un clavo; o dos cigarrillos, un clavo, un lápiz y un botón por un cuaderno pequeño.

Incapaz de participar en el trabajo físico, Walter Benjamin desarrolla una fascinación por un par de internos que han logrado convencer al comandante del campo de que van a rodar una película titulada *Vive la France*, para lo cual necesitan recopilar material en la biblioteca municipal. Al comandante, la idea lo entusiasma y les proporciona brazaletes que les permiten salir del campo sin obstáculos. Estos internos vuelven por las noches oliendo a vino y susurrando historias acerca de los restaurantes de primera en los que han cenado.

Un día, Benjamin lleva aparte a su amigo, el poeta Hans Sahl.

«Es por el brazalete», le susurra. «No, no te rías. Tengo un plan.» Quiere proponer al comandante que publiquen una revista literaria, «del más alto nivel, por supuesto»: un periódico del campo para intelectuales, que muestre a los franceses quiénes son exactamente esos a quienes han encerrado allí como «enemigos de Francia».

«Ven mañana a las cuatro. Vamos a celebrar la primera reunión editorial.»

Benjamin vive en un chamizo al pie de una escalera cuyo giro forma un techo improvisado sobre su lecho de paja. Una cortina, confeccionada con un trozo de vieja arpillera por su joven discípulo, lo oculta a los ojos de los demás. El periódico va a llamarse *Bulletin de Vernuche, Journal des Travailleurs du 54 Régiment*. La idea es que sea semanal o quincenal, en francés y en alemán, dirigido a los

prisioneros y sus familiares, y que incluya artículos de sociología y filosofía, reseñas de las actuaciones improvisadas en el campo, así como una sección de libros.

El periódico nunca llega a materializarse; tampoco el codiciado brazalete, pero su preparación le brinda a Benjamin un propósito que lo distrae de su desgracia (igual que su intento por dejar de fumar).

La carta de Benjamin a Adrienne Monnier da resultado. Horrorizada al saber que el genio excéntrico ha sido internado, Monnier se pone a hacer gestiones, presionando a la sección francesa del PEN Club y a otros amigos influyentes para conseguir su liberación. En noviembre de 1939, Walter Benjamin vuelve a su apartamento de la rue Dombasle.

¡Qué cambio han provocado unas pocas semanas! París está irreconocible: gris, deslucida, nerviosa. Las ventanas están oscurecidas, las sirenas aúllan de forma intermitente, los uniformes están por todas partes. Por la noche: oscuridad, calles desiertas y coches que circulan muy despacio.

La experiencia del internamiento ha afectado profundamente a Benjamin.[6] El estruendo, la falta de intimidad, «la imposibilidad de alejarse de la gente, aunque sólo fuera durante una hora», lo han dejado «tan cansado que a menudo debo parar a mitad de calle porque no puedo seguir». Su médico le diagnostica miocarditis (inflamación del músculo cardíaco), pero Benjamin no logra encontrar un especialista que le pida un cardiograma. Se reúne dos veces con su hermana Dora, quien también padece una cardiopatía,

pero no cede a sus ruegos de que abandone París y se ponga a salvo. Tampoco acepta una invitación para viajar a Suecia. En cambio, renueva su carnet de lector en la Bibliothèque nationale, que ha reabierto tras un breve período de cierre, y regresa a lo que más le importa: su trabajo sobre Baudelaire. En casa escribe sobre todo en la cama, porque su apartamento está helado. La máscara antigás que cuelga de la pared le parece «una desconcertante réplica de las calaveras con las que los monjes estudiosos decoraban sus celdas». No ha descartado del todo la idea de abandonar Francia: convencido de que emigrar a Estados Unidos es ya la única opción viable, empieza a buscar —sin éxito y quizá sin demasiada energía— a alguien que le enseñe inglés.

Gisèle Freund regresa a París en octubre, tras una prolongada estancia en Inglaterra, donde ha pasado varios meses visitando a su familia y frecuentando a destacados escritores británicos, a los que ha retratado con su cámara. Consigue algunos trabajillos: un reportaje de moda para *Life* que muestra a los estadounidenses cómo afrontan la guerra las parisinas; algunas fotos de propaganda para el Gobierno francés. Al fotógrafo Fred Stein, por su parte, lo internan en el estadio de Colombes antes de enviarlo a un campo de *prestataires* —trabajadores voluntarios— para desempeñar duras tareas manuales.[7] Su esposa, Lilo, es evacuada con su bebé, Marion, a Bretaña, donde se siente desesperadamente sola.

Mann

Desde su regreso de España, Alfred Kantorowicz vive con su compañera, Friedel, en Le Lavandou, en el sur de Francia. Cuando se declara la guerra, decide no volver a París, evitando así el destino de sus amigos comunistas, que acaban en Le Vernet.[8] En lugar de eso, pasa los diez días siguientes con un relativo lujo en unos cuarteles del Ejército cerca de Tolón, antes de que lo envíen al campo de Les Milles, una antigua fábrica de ladrillos cerca de Aix-en-Provence. Este campo se convertirá en el lugar donde retienen a todos los hombres de origen alemán o austríaco que residen en la Costa Azul. Kantorowicz agradece que su expediente político siga en París: los funcionarios franceses locales asumen que es uno de esos «refugiados relativamente acomodados» que pueden permitirse exiliarse en el sur de Francia, y pronto queda en libertad.

Kantorowicz está tan contento por su liberación que solicita un salvoconducto —el permiso oficial exigido a los extranjeros en tiempo de guerra— para viajar a Niza a visitar a Heinrich Mann.

Sentados en el despacho de Mann, con las ventanas abiertas, los dos hombres pasan una agradable tarde de otoño hablando de las perspectivas de la guerra: Mann parece «lúcido, aunque no muy optimista». No da la impresión de estar pensando en abandonar Francia. Mientras conversan, decenas de pajarillos entran y salen del cuarto, trinan, pían y buscan comida en unas jaulas abiertas que ha colocado Nelly y a las que se han acostumbrado a entrar sin miedo. Mann parece ajeno a ellos.

Después, Kantorowicz aprovecha su salvoconducto para visitar a otros amigos exiliados en Sanary, donde sucumbe a lo que, visto en retrospectiva, reconoce como una forma de autoengaño: «Sin leer mis diarios, nunca habría creído posible el optimismo impío con el

que yo, a quien consideraban pesimista, quería convencer a mis amigos de Sanary de que la victoria sobre Hitler estaba al alcance: farfullaba sobre la posibilidad de estar "de vuelta en casa" al año siguiente.»

Tal como anota, «la memoria tiene vida propia».

Un consuelo frío

James Joyce ha regresado hace poco de Bretaña al piso familiar de la rue des Vignes, en el decimosexto *arrondissement*. Se siente tan inquieto y acosado como cualquiera en un momento así, aunque la guerra no es más que un bajo continuo y lejano en la melodía insistente de sus preocupaciones, centradas en su familia, su salud y su obra. Pobre Joyce: con la vista tan dañada, ya no puede salir a dar sus paseos nocturnos por las calles, que el apagón preventivo al que obliga la guerra vuelve intransitables. Su vida personal es un embrollo: la salud psicológica de su nuera, Helen, es frágil, y el matrimonio de ésta con el hijo de Joyce, Giorgio, se desmorona; su hija Lucia está en una clínica psiquiátrica en la costa bretona, donde acaba de visitarla, ¿qué será de ella en tiempo de guerra? Sus amigos, casi todos extranjeros, se marchan de la ciudad. Y en cuanto a la obra que ha absorbido tantos años de su vida y que debería haber supuesto su coronación... la crisis internacional ha hecho que la atención del mundo esté puesta en otra parte cuando *Finnegans Wake* se publica por fin en mayo de 1939. Peor aún: quienes sí le prestan atención tildan el libro de «disparatado», «impenetrable», la «obra de un demente».

A mediados de octubre, los Joyce regresan y encuentran el edificio de su apartamento casi vacío y la calefacción apagada.[9] Para Nora, es la gota que colma el vaso dentro de una vida doméstica en desorden constante y creciente. Con Helen al borde de una crisis nerviosa, James y Nora han asumido el cuidado de su querido nieto, Stephen. La familia necesita un mínimo de orden, así que deciden dejar su casa helada y refugiarse en el abrazo cálido y familiar del Hotel Lutetia, llevándose consigo a Stephen. En el Lutetia, Nora no tendrá que cocinar ni limpiar; Joyce podrá recibir a sus amigos en el bar de abajo y tocar el piano allí si le apetece; dispondrán de espacio, vida social y comodidad. Y, sobre todo, habrá calor.

Como París, el Hotel Lutetia está suspendido en una especie de animación detenida. Cuando termina el servicio, al jefe de cocina a veces le gusta sentarse con el *chef caviste* (jefe de vinos), Marcel Weber, en el comedor privado que hay junto a la bodega del sótano. Allí, antes de la guerra, el chef agasajaba a los proveedores, mientras Weber entretenía a los comerciantes deseosos de colocar sus añadas en la distinguida carta del Lutetia. A veces se les une el director, monsieur Chappaz. Hablan de la última guerra, cuando despidieron a dos tercios del personal y requisaron habitaciones para oficiales franceses de alto rango. El Lutetia siguió abierto para atender a los pocos huéspedes que hubiera, aunque dos de sus salones de banquetes se transformaron en hospital de la Cruz Roja. Se celebraban conciertos para entretener a los soldados franceses, y actos benéficos organizados por señoras acomodadas y

bienintencionadas. ¿Será eso lo que les espera de nuevo esta vez? Nadie lo sabe.

De momento, los huéspedes siguen entrando por la puerta giratoria; el conserje los saluda antes de que pasen a recepción para registrarse —formularios blancos para los franceses, verdes para los extranjeros—, requisito de la policía francesa. «Monsieur y madame Joyce, ah, ¡sí!» Un rostro conocido: el viejo irlandés con gafas de culo de botella y bastón. «Rellene este formulario, por favor.» El viejo parroquiano se sabe el procedimiento. Cada mañana, un recadero lleva los formularios a la comisaría. De vez en cuando se pierde alguno, cuando el personal «olvida» discretamente registrar a un habitual que llega con una mujer que no es su esposa. Los huéspedes de larga estancia —los *sédentaires*— se quedan, por ahora.

James Joyce y Samuel Beckett se conocen desde hace más de una década: se encontraron en 1928, cuando Beckett era estudiante de intercambio en la École Normale Supérieure. Tienen mucho en común, además de la ciudad: ambos estudiaron francés e italiano, aman a Dante y detestan la religión, y están obsesionados con las palabras, los juegos de palabras, las rimas y las canciones; ambos son de una brillantez intimidante y poseen una desconcertante tendencia a sumirse en el silencio; hábito que los dos comparten con naturalidad, manteniendo conversaciones hechas a menudo de silencios que se dirigen el uno al otro, «impregnados ambos de tristeza: Beckett, sobre todo por el mundo; Joyce, por sí mismo».[10]

Ahora, mientras Beckett acompaña a Joyce desde el Lutetia, de regreso a la rue des Vignes para recoger unos libros, le toma del brazo con delicadeza al cruzar la calle, porque a Joyce no le gusta que lo traten como si fuera ciego. Joyce está nervioso, irritable: la crisis entre su hijo y su nuera ha provocado una ruptura con su devoto secretario y amigo, Paul Léon, quien culpa a Giorgio del empeoramiento del estado mental de Helen y se opone a que separen a un niño de su madre. El erudito y encorvado Léon, ruso de nacimiento, ocupa su puesto junto a Joyce de manera completamente voluntaria: nunca acepta cobrar por su entrega.[11] Cuando le preguntan por qué, responde: «Así, el día que no me apetezca ver a Joyce, no tengo por qué hacerlo», y añade que eso también significa que es libre de decir lo que piensa. Y a veces lo dice.

La discusión suele empezar con Paul diciendo: «Señor», siempre son formales entre ellos, «creo que está usted completamente equivocado... quiero reñirle... creo que está cometiendo un error...» Se produce entonces una erupción violenta que no tarda en apagarse. Ambos se muestran sombríos durante unos días; luego hacen las paces y todo vuelve a la normalidad. Sin embargo, esta ruptura es seria, porque implica a la familia de Joyce y Joyce no tolera críticas a sus hijos. En realidad, Joyce depende muchísimo de Léon, que durante más de una década ha sido no sólo su secretario —encargado de lidiar con editores, abogados, contratos, derechos de autor y otros asuntos apremiantes—, sino su amigo más íntimo. Se produce un pulso entre dos hombres obstinados: Joyce solicita formalmente (por medio de un intermediario) que Léon le devuelva sus contratos editoriales. Léon, incrédulo, llama a Joyce para

confirmar si eso es de verdad lo que desea el autor. Joyce responde con frialdad que sí. Bien, que así sea entonces, si eso es lo que quiere el viejo. Léon redacta una carta igual de formal, en la que se compromete a devolver los contratos y pide a Joyce un recibo firmado.

En cierta ocasión también se produjo una ruptura entre Joyce y Beckett, causada por la pasión no correspondida de la hija de Joyce por el joven amigo irlandés de su padre; una pasión que Beckett acabó —algo tarde— por rechazar.

En la rue des Vignes, Joyce salta nervioso, sentado al piano, y canta a pleno pulmón durante media hora.

Durante dos meses, los Joyce viven en el Lutetia, cuidando de Stephen y recibiendo al círculo habitual —aunque cada vez más menguado— de amigos íntimos. Con Paul Léon en el «rincón de castigo» y otros amigos y colaboradores ya fuera de París, Joyce pasa gran parte del tiempo con su hijo Giorgio y con Beckett, que viene al hotel a leerle en voz alta y a tomar notas. En noviembre, Joyce decide que deberían mandar a Stephen al campo a vivir con su gran amiga Maria Jolas, para que el niño pueda ir al colegio. Maria dirige una escuela bilingüe para hijos de estadounidenses expatriados, que debe mantener como sea mientras tenga alumnos. Por precaución, ha trasladado la escuela a un pueblo cerca de Vichy, llamado Saint-Gérand-le-Puy. Su marido, Eugene, está en Estados Unidos. Al aproximarse la Navidad, Maria sugiere a los Joyce que se les unan durante unos días en la campiña. No puede alojarlos en su casa, pero en el pueblo hay un hotelito agradable, con el optimista

nombre de Hôtel de la Paix, y ella y sus dos hijas pueden instalarse temporalmente en el invernadero de la finca que hace las veces de escuela. Y así, James, Nora y Giorgio Joyce dejan el Lutetia el 23 de diciembre de 1939, con la intención de regresar a París en Año Nuevo. Salvo una breve visita en enero, será la última vez que Joyce vea la ciudad que ha sido su hogar durante tanto tiempo.

Al llegar a Saint-Gérand, Joyce cae enfermo de inmediato, atacado por unos dolores de estómago insoportables que atribuye al estrés de los últimos meses.[12] Se sienta a la mesa de Navidad con ánimo sombrío, casi ciego. Visiblemente dolorido, bebe poco. Con las horas, sin embargo, se anima y se pone a cantar, como suele hacer. Al final de la velada se pone en pie para coger a Maria Jolas por la cintura y la hace girar en un baile improvisado.

«¡Vamos, vamos!», grita. «¡Sabes perfectamente que ésta es la última Navidad!»

El derrumbe

París está en silencio. El tiempo es cálido. Un ambiente de expectación gravita sobre la ciudad. El 10 de mayo de 1940, el Ejército alemán ha invadido Bélgica, Luxemburgo, los Países Bajos y Francia. Luxemburgo cae casi de inmediato, seguido rápidamente de Holanda y de Bélgica. El hechizo de la Línea Maginot se ha roto: al Ejército alemán le ha bastado con rodearla y ha penetrado en Francia a través de la frontera belga.

En silencio, deprisa, la gente empieza a hacer el equipaje, amarrándolo al techo de los coches, y se escabulle rumbo al sur. Aún

no ha llegado el gran éxodo. Se parece más a una fuga lenta en una tubería abocada a reventar pronto. A finales de mayo comienzan a llegar oleadas de refugiados procedentes del norte. En Gran Bretaña, el primer ministro Winston Churchill saca a relucir su mejor oratoria tras la derrota británica en Francia.

Tras su liberación de Le Vernet, Arthur Koestler ha estado viviendo al día en París con su novia, yendo de comisaría en comisaría en busca del papeleo pertinente para legalizar su permanencia en Francia. Su bloque de pisos está casi vacío. La mayoría de los inquilinos han sido o bien internados en campos o bien movilizados. Nadie paga el alquiler, así que el casero no se molesta en hacer reparaciones. Poco a poco, el edificio se detiene. «Primero se estropeó la calefacción central, luego el agua caliente, luego el ascensor [...] Después cortaron el teléfono [...] era como si el *rigor mortis* fuera apoderándose lentamente de un miembro tras otro.»[13] Koestler consigue una documentación falsa a nombre de Albert Dubert, un ciudadano suizo, y se alista en la Legión Extranjera con la esperanza de salir de Francia y, de algún modo, llegar a Inglaterra.

La guerra está cerca ya: los bombardeos se vuelven más frecuentes y los proyectiles caen en las inmediaciones. Con László aún en Le Vernet, Anna Seghers se halla sola con Pierre y Ruth en el piso de Meudon.[14] Sus caseros se han marchado a Auvernia para cuidar de su sobrino. Mientras los niños se prueban sus nuevas máscaras antigás, su madre hace una visita apresurada a correos para enviar

el manuscrito de su nueva novela, *La séptima cruz*, a su amigo F. C. Weiskopf, residente en Nueva York, pidiéndole que le busque un editor. Por precaución, envía una segunda copia a otro amigo en Estados Unidos, Wieland Herzfelde, y entrega una tercera a Bruno Frei, y una cuarta a un amigo de László. La última se la queda ella.

A mediados de mayo, llega la noticia de que los alemanes están a pocos días de París. Pierre tiene catorce años y aún lleva pantalón corto; Ruth, doce. Los siete años de exilio francés son casi todo lo que recuerdan: una existencia tranquila en un agradable barrio residencial parisino, que Anna ha construido con cuidado para ellos sobre las ruinas de su pasado alemán. Esa tarde se marchan a pie, los tres, portando cada uno una bolsa y una maleta, además de una máscara antigás y una manta. Pierre lleva su telescopio, porque le encanta.

Caminan un rato y luego hacen autostop, dejando atrás las pesadas e inútiles máscaras. Encuentran una granja donde un campesino les ofrece una tortilla y un sitio para dormir, sobre paja. En su intento de llegar a Orleans para cruzar el Loira, se unen a las multitudes de refugiados que avanzan a paso lento hacia el sur, una interminable marea humana en movimiento. Pierre se encarga de leer el mapa. Eso lo hace sentirse mayor y responsable en parte de su pequeña familia. Al día siguiente consiguen subir a un tren. Cada vez que aparecen aviones alemanes en el cielo, el tren se detiene y todos se abalanzan fuera y se tiran al suelo. La gente maldice al Gobierno francés por abandonarlos. Una mujer histérica reza a la Virgen, añadiendo «¡Dios salve al rey!» varias veces.

Pasan la noche refugiados en una casa de un pueblo llamado Pithiviers-le-Vieil, donde se comen su última lata de sardinas. A la

mañana siguiente, al despertar, ven tanques alemanes que entran en la plaza del pueblo.

El lunes 3 de junio de 1940 caen bombas sobre París por primera vez. Todos los que pueden abandonan la ciudad. Los coches aceleran por las calles, con muebles y colchones apilados sobre el techo. Familias con maletas, cestas, mantas, niños y mascotas atestan el metro y las estaciones. La Société Nationale des Chemins de fer Français (SNCF) ha puesto trenes extra, pero no puede cubrir la demanda. La gente se ofrece a pagar precios delirantes por un taxi que la saque de la ciudad. Hay peleas por la gasolina. Nadie piensa con claridad: a todos los posee el deseo urgente de huir de la tormenta que está a punto de desatarse, da igual adónde. Agarrando lo que pueden cargar, se apiñan en coches diminutos, se sientan en las cajas de los camiones, pedalean en bicicletas, empujan carros. Un río lento e interminable fluye desde París.

Cifras

Durante el avance alemán sobre Francia, entre seis y diez millones de personas se echaron a las carreteras, en un éxodo masivo desde el norte hacia el sur.

Más de dos millones de ciudadanos huyeron de París. Muchos no regresaron.

Más de 90.000 soldados franceses murieron en combate entre mayo y junio de 1940.

200.000 resultaron heridos.
1.850.000 fueron hechos prisioneros.

Mientras tanto, los exiliados alemanes

Durante la ofensiva alemana, los «extranjeros enemigos» internados al estallar la guerra son internados por segunda vez. «Fue una jugarreta sucia», se queja Lion Feuchtwanger al recordar el anuncio de que todos los nacionales alemanes —o apátridas nacidos en Alemania— residentes en Francia, hombres y mujeres de entre diecisiete y cincuenta y cinco años, debían presentarse tal día a tal hora en tal lugar. «Desde hace nueve meses estoy atrapado en esta Francia-trampa, sin poder conseguir un permiso para ir a ninguna otra parte. Y ahora iba a tener que probar un campo de concentración por segunda vez.»[15]

En París, el célebre velódromo cubierto, el Vélodrome d'Hiver, está abarrotado de mujeres de todo tipo cuyo único rasgo en común es su conexión con Alemania: mujeres que llevan décadas viviendo en Francia; francesas casadas con alemanes; empleadas del comercio; señoras acomodadas que desfilan por el recinto maquilladas a más no poder; intelectuales, artistas y, por supuesto, activistas políticas. Anna Seghers tiene la suerte de contar con un pasaporte húngaro: eso le permite seguir libre, con sus hijos, pero las demás están todas allí: Babette Gross, Hannah Arendt, una joven antifascista alemana llamada Lisa Fittko, que recuerda que la última vez que estuvo en el

Vel d'Hiv fue en un mitin del Frente Popular, mientras le zumbaban los oídos con los gritos de «¡Aviones, cañones para España!».[16]

Al cabo de una o dos semanas, trasladan a las mujeres en autobuses a la Gare d'Austerlitz, igual que hicieron antes con los hombres. Las ventanillas están oscurecidas. En los autobuses hay carteles que rezan «Refugiados de la Zona Restringida (noreste de Francia)», presumiblemente para evitar la posibilidad de que un ciudadano francés vea a esas «enemigas extranjeras», esas *boches*, y... ¿qué? ¿Que las ataque? ¿Que las insulte al pasar? Las mujeres viajan apretadas en la oscuridad, el miedo chisporrotea en el ambiente. Dentro hace calor y cuesta respirar. Las hacen bajar de los autobuses para subirlas a un tren. Viajan durante horas, hasta el suroeste de Francia, donde por fin llegan al campo de Gurs, construido primero para los republicanos españoles que huían de España. Ahora envían a esos españoles a Le Vernet para dejar sitio a la avalancha de recién llegadas: todas las mujeres de origen alemán de entre diecisiete y sesenta y cinco años serán internadas allí.

Ese mismo día detienen en Limoges a una pianista alemana llamada Margot Rauch —que antes residía en Berlín y, últimamente, en Italia—, junto con su hija Ruth, bailarina de diecinueve años, y las envían a Gurs. A Marta Feuchtwanger y a Friedel Kantorowicz las detienen en el sur.

El caos de la invasión nazi se ha extendido a cada rincón de la administración francesa: ni los centinelas ni los oficiales de Gurs saben qué hacer, ni siquiera el comisario especial de policía que supuestamente está al mando.[17] No hay órdenes; de sus superiores sólo llega silencio. Mientras tanto, siguen entrando camiones nuevos, atestados de mujeres, muchas de ellas refugiadas

procedentes de los países vecinos recién conquistados. Se gritan a través del alambre de espino:

—¿De dónde venís?
—Somos belgas.
—Venimos de Holanda.[18]

Pronto hay más de seis mil mujeres en el campo.

Esta vez se llevan también a los hombres mayores: a Willi Münzenberg lo internan brevemente en un campo en Chambaran, al sur de Lyon. A medida que se acercan las tropas alemanas, el campo se evacua y los prisioneros emprenden una marcha forzada hacia el sur. Durante la marcha, la disciplina se desintegra; soldados y retenidos acaban yendo cada uno por su lado. Willi le dice a un amigo que se dirige hacia los Pirineos para intentar reunirse con Babette en Gurs. Es la última vez que alguien lo ve con vida.

La ratonera

El pánico provocado por el avance alemán afecta a todos, y más aún a los internados de un campo lleno de exiliados alemanes antifascistas, muchos de ellos judíos. Una delegación, encabezada por Lion Feuchtwanger, se acerca al comandante del campo de Les Milles para rogarle que actúe antes de que sea demasiado tarde: hay miles de alemanes allí que corren un peligro mortal si caen en

manos de los nazis, le explican. Si los capturan, los enviarán a campos de concentración. Intentan convencer al comandante de la necesidad imperiosa de alejar a esos hombres tanto como sea posible del Ejército alemán.[19]

Dado el caos general que reina en la administración francesa, resulta aún más sorprendente que las súplicas de Feuchtwanger —respaldadas por la capacidad persuasiva de varios abogados alemanes internados también en el campo— consigan que el comandante actúe. Un cálido día de comienzos de junio de 1940, unos dos mil hombres —entre ellos Lion Feuchtwanger, Alfred Kantorowicz y el artista Max Ernst— reciben la orden de subir a un tren organizado por las autoridades francesas. El tren debe llevarlos a lo largo de ochocientos kilómetros desde Les Milles, en Provenza, hasta Bayona, en la costa atlántica, donde tendrán que arreglárselas para continuar viaje por su cuenta e intentar salir de Francia.

El tren viaja hacia el oeste a paso de caracol, bajo una lluvia torrencial, los hombres hacinados en vagones de ganado, sin retretes y con escasa comida. Cuando por fin se acercan a su destino, el convoy se detiene. Se filtra la noticia de que *les boches* avanzan hacia Bayona. Se desata un pánico a cámara lenta. El tren pega una sacudida y comienza a circular marcha atrás, deshaciendo el camino. En ese momento, muchos de los pasajeros pierden la fe en este «rescate» francés y deciden escapar por su cuenta, a pie, hacia España o Marsella. Lion Feuchtwanger se queda. Es, por naturaleza, un hombre prudente; a los cincuenta y seis años ya no es joven; tiene hábitos asentados; es un autor de éxito internacional

cuyos medios económicos han amortiguado hasta ahora las penurias del exilio. Los siete años que ha pasado en una espaciosa villa del sur de Francia con su esposa y la compañía de amigos quizá no hayan sido ideales, pero no ha sufrido el hambre, ni el frío, ni las enfermedades, ni la miseria. No logra decidirse a emprender la huida hacia lo desconocido sin los documentos de tránsito, fundamentales, que en esos instantes guarda el maquinista. Cuando, en una de las frecuentes paradas del tren, Alfred Kantorowicz trepa al vagón de Feuchtwanger para decirle que piensa aprovechar la próxima oportunidad para llegar a Marsella, Feuchtwanger garabatea una nota al vicecónsul estadounidense Hiram «Harry» Bingham, con la débil esperanza de que éste pueda hacer algo para ayudarlo.[20]

Finalmente, los internados que siguen en el tren acaban en un campo provisional en una colina cerca de Nimes, donde descubren que los *boches* en cuestión son, en realidad, ellos mismos: alguien, con buenas intenciones, había avisado a Bayona de la llegada de dos mil internados alemanes, para que prepararan comida y suministros. En mitad del pánico general, el mensaje se había malinterpretado y deformado hasta convertirse en un «que vienen los alemanes».

Los hombres trepan por el sendero polvoriento bajo el calor de principios de verano; los mayores se detienen cada pocos metros para descansar. Algunos abandonan el equipaje; otros cargan con grandes e incómodos cartones bajo el brazo. Son los pintores y artistas gráficos —Max Ernst entre ellos—, reacios a separarse de los dibujos que han realizado durante su estancia en Les Milles. Kantorowicz aprovecha el momento para escabullirse entre los matorrales rumbo a Arlés. «Mi equipaje era ligero. Me había puesto mi mejor traje, el más resistente, pero hacía demasiado calor para la

época del año. Enrollé unas camisas, algo de ropa interior y cosas de aseo en un abrigo y me colgué el bulto del hombro con una cuerda recia.»

En el nuevo campo, otros —más jóvenes y audaces— preguntan constantemente a Feuchtwanger por qué opta por permanecer con un convoy gestionado con incompetencia. Feuchtwanger comprende que, pese a todas las privaciones sufridas en los últimos meses, en el fondo de su mente persiste una convicción inquebrantable: en alguna parte del mundo —en Estados Unidos, en Gran Bretaña o en Francia— un editor, un agente, un admirador fiel estarán moviendo hilos para ayudarlo, para organizar el rescate del autor y sacarlo de aquel país-ratonera que tanto había amado.

Estar al aire libre en el sur de Francia en junio no resulta en absoluto desagradable. Cerca del campamento improvisado hay un hermoso lugar para bañarse y un restaurante que sirve buena comida francesa. Un día de junio, Feuchtwanger y unos amigos deciden ir al restaurante: pasan la mañana bañándose y luego se retiran a la sombra para disfrutar del excelente almuerzo que les prepara el dueño. No es una comida frugal. Un plato de entremeses variados, seguido de un primer plato de pescado, un plato principal de pintada con ensalada y patatas, y luego, postre, fruta y quesos. Cada plato va acompañado de vino (un Alsacia ligero, un Borgoña fino, un argelino pesado) y los comensales rematan con café y coñac. Durante la comida, hablan de política, literatura y cocina francesa; el dueño se suma a la conversación con opiniones políticas que, a juicio de Feuchtwanger, son «considerablemente más sensatas que

las que habían sostenido todo este tiempo los principales políticos profesionales franceses».

Después del almuerzo, los invitados echan la siesta en un prado cercano. Pero Feuchtwanger no puede dormir. Tras meses de privaciones y un reciente y atroz episodio de gastroenteritis, ésta es la primera comida en muchísimo tiempo en la que ha podido saciar su apetito y beber alcohol a placer. El resultado es indigestión y dolor de cabeza. Al final, un amigo y él deciden volver andando al campamento, y dejan al resto del grupo dormido sobre la hierba.

En el camino de regreso, Feuchtwanger se encuentra con una conocida que, resulta evidente, lo estaba esperando.

«Me dijeron que habías ido a bañarte», le dice con prisa. «Tengo noticias de tu esposa.» La mujer le entrega una carta, instándolo a que la lea de inmediato.

Las instrucciones de su mujer son breves y directas: «Haz lo que te digan», le escribe en francés. «No pierdas el tiempo con dudas.»

Su conocida señala un coche elegante que se ha detenido al borde de la carretera. De él baja un joven impecablemente vestido, con traje blanco y guantes calados. Feuchtwanger lo reconoce: Miles Standish, vicecónsul estadounidense encargado de visados.

«Por favor, no haga preguntas», dice el joven, en inglés.

Feuchtwanger vacila, consciente de su raída camisa de manga corta, sus pantalones remendados y sus sandalias de suela de goma.

«Suba», insiste Standish. «Encontrará un abrigo en el coche.»

Feuchtwanger duda otra vez. El amigo que lo acompañaba desde el restaurante retrocede un paso; comprende lo que está a punto de ocurrir: éste es el momento de huida de Feuchtwanger, no el suyo.

Se estrechan la mano, se despiden deprisa y el escritor sube al vehículo.

En la parte trasera hay un abrigo de mujer con un broche inglés, unas gafas oscuras y un chal de colores. Standish le indica que se ponga la ropa, y arranca a toda velocidad.

Cuando la policía detiene el coche, camino de Marsella, Standish declara que la anciana inglesa sentada detrás es su suegra.

Jesús montado en un burro

Cuando se trasladó al sur con su escuela, Maria Jolas dijo a todos sus amigos que, si las cosas se torcían, fueran a reunirse con ella en Saint-Gérand-le-Puy.[21] Tendrá tiempo de lamentar la despreocupada generosidad de aquella invitación, formulada durante los calmos meses iniciales de la guerra. Hasta ahora, Jolas había llevado una existencia apacible en el pueblecito, junto con su menguante grupo de alumnos, sus hijas y, como compañía adicional, los tres Joyce: James, Nora y el pequeño Stephen.

Pero ahora aparece primero Giorgio Joyce, que quiere hacerse pasar por profesor italiano con la esperanza de evitar la movilización. Luego llegan los Léon, Lucie y Alexis; y, al día siguiente, Paul, quien arriba en una carreta de madera tirada por un burro.

—¡El Señor Jesucristo entró en Jerusalén montado en un burro! —grita, mientras su familia corre a recibirlo.

—Sí, pero llevaba una túnica blanca y el camino estaba cubierto de flores —le recuerdan.

—Bueno, y en cualquier caso era un asno blanco —añade Lucie, pragmática—. Y más te vale darte un baño.

Los siguen otros amigos de París, y amigos de amigos a quienes Maria ofreció hospitalidad con la misma ligereza. En el pueblo hay además unos cincuenta refugiados que fastidian al resto comprando cuantos cepillos de dientes, útiles de afeitar y ropa interior hay disponibles. Maria se ve obligada a hacer encaje de bolillos para alojar a la multitud: los Léon se instalan en el Hôtel du Commerce, que ella venía utilizando para dar cobijo a algunos de sus chicos, quienes han de trasladarse a una granja cercana. Los Joyce dejan su pequeño piso para reunirse con los Léon en el hotel, pero entonces Maria tiene que desalojar el *château* que había servido como edificio principal de la escuela, lo que obliga a los Léon a salir del hotel para hacerle sitio a ella, aunque también encuentran una habitación disponible en una granja cercana.

Es 17 de junio de 1940. El ambiente es inesperadamente alegre, pero nadie sabe muy bien qué hacer. Hay que tomar decisiones, y pronto. Irse o quedarse. En caso de irse, ¿adónde ir? En el de quedarse, ¿cómo hacerlo?

Por las noches, los amigos se reúnen en el comedor del hotel para escuchar las noticias en una radio antediluviana.

El general

El señor Chappaz recibe como a un habitual al general de aspecto patricio y andares rígidos que entra en el vestíbulo del Lutetia y acompaña al huésped de honor hasta el mostrador con el fin de

registrarlo para una estancia de... ¿cuánto tiempo? ¿Quizá unos días? ¿Tal vez más? En las circunstancias actuales, es difícil saberlo. Mientras el gerente asegura al caballero que la habitación está a su entera disposición por el tiempo que desee y ordena a un mozo que suba el equipaje, es posible que Chappaz advierta el aire distraído y el paso apresurado del desgarbado general, que ahora se dirige hacia el ascensor. Quizá recuerde una versión más joven de aquel hombre, de cuando vino en 1921 a pasar su noche de bodas en el Lutetia con su recién estrenada esposa, camino de su luna de miel en Italia. Unos minutos después, Chappaz observa cómo el hombre baja deprisa por las escaleras, ya sin equipaje, atraviesa el vestíbulo y desaparece por las puertas giratorias.

Durante las dos semanas siguientes, el personal del Lutetia no verá mucho más al recién ascendido general de brigada Charles de Gaulle mientras se entrega en cuerpo y alma a la tarea de intentar convencer al Gobierno francés de que no firme un armisticio con Hitler.

Todos en el Gobierno saben que la derrota de Francia es inevitable, pero no así un armisticio. Charles de Gaulle, de cuarenta y nueve años y recién ascendido no sólo al rango de general de brigada sino también a un cargo menor en el Gobierno, cree con fervor que la lucha contra la Alemania nazi puede continuar desde el extranjero. Su convicción no la comparten los viejos generales de Francia: el comandante en jefe de las fuerzas francesas, el general Maxime Weygand, de setenta y dos años, y el héroe de guerra, el mariscal Philippe Pétain, de ochenta y tres. Las sangrientas pérdidas de la Gran Guerra pesan sobre los hombros de estos ancianos, acosados por el espectro de la juventud diezmada de Francia. Nunca

más. Mejor ser conquistados que aniquilados. No, nunca más. El argumento de De Gaulle: los gobiernos de Bélgica, los Países Bajos y Polonia han elegido el exilio. Que Francia haga lo mismo.

De Gaulle se reúne con el primer ministro británico, Winston Churchill, tres veces en el espacio de una semana. La noche anterior a su primera visita logra sacar tiempo para telefonear a su hijo Philippe, de dieciocho años —estudiante del cercano Collège Stanislas—, e invitarlo a cenar en el Lutetia.[22] Durante la cena, el padre informa al hijo de la muerte en combate de su primo, habla poco de sus propias hazañas militares y le ordena a Philippe que él y su hermana Elizabeth, también escolarizada en París, viajen de inmediato para reunirse con su madre y su hermana Anne en la región del Loiret, al sur de París, antes de seguir ruta hacia Bretaña. A las objeciones de Philippe —quien aún no ha sido movilizado, pero está recibiendo instrucción militar y espera poder defender a su país —, De Gaulle padre responde con severidad que no ganan nada quedándose en la capital. Mucho mejor, insiste, huir ahora para poder luchar más adelante. «Por el momento, y esto es una instrucción formal en la que insisto, no permitas que te alcance el enemigo bajo ninguna circunstancia. De lo contrario, acabarás detrás de una valla de alambre de espino, como los jóvenes que aún no habían sido movilizados en los países invadidos en 1914.»

Durante la primera visita de De Gaulle a Londres, el 9 de junio, Churchill queda impresionado por el vigor del general, hasta cierto punto joven, que contrasta vivamente con el derrotismo que impera entre los dirigentes franceses.[23] Pero, a la mañana siguiente, ya en

París, De Gaulle despierta en su habitación del hotel con la noticia de que los alemanes están a punto de llegar a la capital. Su argumento de que la ciudad debe defenderse cae en saco roto: el Gobierno ha huido. Aquella noche, él también abandona París, en compañía del primer ministro Paul Reynaud, y pasa los días siguientes conduciendo para ir a ver a los diferentes ministros, que se han instalado a la carrera en castillos salpicados por la región del Loira. La comunicación es difícil, casi imposible; los refugiados colapsan las carreteras. Con el Gobierno huido, nada contiene el pánico de la población.

En su segunda reunión con Churchill, esta vez en Francia, en el *château* de Muguet, cerca de Briare, De Gaulle escucha a los dirigentes de su país exponer la situación desesperada del ejército francés. Más tarde, en una reunión aparte, el general Weygand declara que desea un armisticio. Esa noche, De Gaulle redacta una carta de dimisión que todavía no envía.

Ciudad abierta

Para el 13 de junio, París está desierta. Las tiendas tienen las persianas echadas; las oficinas están cerradas. Las calles, antes atestadas del gentío que intentaba escapar, ahora guardan silencio. Ante la amenaza de conquista inminente, la capital ha sido declarada «ciudad abierta». Según el derecho internacional, ello significa que no será defendida.

En la madrugada del 14 de junio de 1940, la infantería alemana entra en París y se dirige hacia el centro: una inmensa columna de

tropas motorizadas. Primero, motocicletas con sidecar y conductores con gabardinas de cuero; luego, vehículos blindados y tanques. Tras las persianas cerradas, aquellos que están despiertos escuchan el grave retumbar del asfalto que anuncia la llegada del conquistador enemigo. Son, sobre todo, mujeres, ancianos y niños. Los hombres se han ido a luchar y quién sabe cuándo volverán, si es que lo hacen. Una taza de café tiembla sobre el platillo; un perro gimotea, percibiendo la extrañeza, el peligro, el cambio. Incluso los pájaros han enmudecido. El bombardeo de los depósitos de combustible en el estuario del Sena ha creado una enorme nube negra y aceitosa que ha vaciado el cielo de aves.[24]

Aunque Francia aún no ha capitulado formalmente, el general Kurt von Briesen no puede resistirse: en vez de bordear la capital, encabeza a sus hombres en un improvisado desfile de victoria que recorre los Campos Elíseos, con banda de música incluida. Von Briesen recibe el saludo de sus hombres a lomos de su caballo, asintiendo y sonriendo, encantado. «Bien hecho, muchachos, bien hecho.» Para el Ejército alemán no se trata de una victoria cualquiera, supone el borrado de una humillación pasada: lavar la mancha y el dolor sufridos en 1918. Y entrar así en la célebre ciudad, no entre humo y disparos, sino libremente, sin oposición...

Y, sin embargo, hay algo en la naturaleza de esta entrada, en la facilidad casi indecente con que se produce... que recuerda a la de un hombre que amenaza a una mujer con golpearla si no le deja entrar en su casa. De forma inesperada, ella abre la puerta y se aparta con un gesto desdeñoso: entra, toma lo que quieras, es tuyo. Ella cede, pero el desdén permanece.

En la orilla izquierda, ajeno a los invasores que atraviesan la ciudad, el personal de madrugada del Hotel Lutetia sigue limpiando, puliendo, colocando los platos del desayuno. Los cocineros preparan el café; el panadero saca del horno una hornada de cruasanes.

A media mañana ya ondean esvásticas en los edificios públicos. En el Hôtel Crillon, el gobernador militar provisional de París, el general Von Studnitz, recibe al jefe de la policía parisina y al prefecto de la región del Sena ofreciéndoles champán francés, que éstos aceptan con cortesía. Al otro lado de la calle, la embajada estadounidense mantiene una neutralidad incómoda, mientras que la embajada soviética en la rue de Grenelle debe acoger a los alemanes como aliados.[25]

Hacia el exilio

Con su carta de dimisión aún sin enviar y las tropas alemanas acercándose al Loira, el general De Gaulle sigue al Gobierno en su retirada hacia Burdeos.[26] Allí encuentra al primer ministro Reynaud dispuesto en apariencia a trasladar el Gobierno al norte de África. Aferrándose a esa última esperanza de evitar un armisticio, De Gaulle se ofrece a emprender un último viaje relámpago a Londres para discutir el traslado de tropas francesas a través del Mediterráneo. Como no hay ningún avión disponible, conduce todo el trayecto, cruza a Plymouth de madrugada y llega a Londres al amanecer del día 16 de junio. Llega demasiado tarde: mientras se

instala en el Hyde Park Hotel descubre que, entretanto, Reynaud ha cedido a las presiones de Pétain y de Weygand y ha preguntado al Gobierno británico cómo respondería si Francia tanteara con Alemania la posibilidad de firmar un armisticio. De Gaulle regresa de inmediato a su país, esta vez en un avión británico. Las discusiones que siguen son amargas pero breves: Reynaud prefiere la opción de combatir desde el extranjero; Pétain no se apea de su postura de que es mejor firmar un armisticio y quedarse en Francia. Obligado a elegir entre dos opciones desagradables, el gabinete elige la segunda. Reynaud dimite y el presidente de la República, Albert Lebrun, llama al mariscal Pétain para formar gobierno.

A la mañana siguiente, De Gaulle hace un par de maletas, reúne una pequeña suma de francos y parte hacia Londres en el mismo avión en el que llegó el día anterior.[27] Con las prisas, se olvida en el Lutetia un baúl militar, que el personal del hotel guarda en el sótano, junto con los objetos perdidos, a la espera de su regreso. Mientras el avión sobrevuela La Rochelle y Rochefort, De Gaulle ve barcos en llamas, alcanzados por las bombas alemanas. Luego pasan sobre Paimpont, donde su madre yace enferma. Sólo cuando llega a Londres y se ve en la necesidad de buscar dónde vivir, empieza a calibrar la magnitud de lo que ha hecho: «Solo y despojado de todo, me vi a mí mismo como un hombre al borde de un océano que esperaba cruzar a nado...»

Charles de Gaulle ha dejado atrás su hogar, su país y su familia para tomar las armas en una lucha que su Gobierno ya ha dado por perdida. Solo, en una ciudad que no conoce, con apenas contactos y

escaso dominio del inglés, incapaz de apoyarse en la diplomacia francesa, De Gaulle se dispone a liderar allí donde, por el momento, pocos están dispuestos a seguirlo. El general, alto, distante y sobresaliente, se sienta en su habitación de hotel londinense y contempla su exilio autoimpuesto.

Conquistadores

Ahora entra en escena otro elenco de personajes. Llegan como conquistadores a ocupar la ciudad, sus casas, sus hoteles. ¿Cómo escribir sobre ellos? Son seres humanos, al fin y al cabo. Pero es por ellos, y por lo que representan, por lo que está ocurriendo todo esto. Los dramas del «antes» y el «después» son consecuencia de una ideología puesta en práctica por el pueblo alemán, cuyos representantes están ahora aquí, en París, vestidos de gris campaña y con botas altas negras de cuero, recorriendo los pasillos alfombrados de los hoteles franceses con el aire de los nuevos propietarios que inspeccionan una adquisición reciente.

En cuestión de días, el rostro de París se ha transformado: por todas partes se levantan señales para dirigir el tráfico militar. Los relojes se adelantan una hora para ajustarse a la hora alemana. Se impone el toque de queda. La maquinaria del gobierno militar, enorme y compleja, necesita edificios, personal, vehículos, suministros. Necesita hospitales, prisiones, cantinas, cuarteles, servicios bancarios y telegráficos. París es tan vital para el Reich que aquí se

replica cada elemento del gobierno militar y civil existente en Berlín. ¡Y qué opciones ofrece esta ciudad sublime! ¡Tantos edificios espléndidos, tanta historia, tanta elegancia y estilo! El personal del intendente general compite por seguir el ejemplo del general Von Studnitz y se apresura a requisar los mejores hoteles de la ciudad.

Las primeras direcciones en ser capturadas corresponden a los distritos más elegantes de la margen derecha: el primero, el octavo y el decimosexto *arrondissement*.[28] El mando logístico militar del Gran París ya se ha adueñado del célebre Hôtel Crillon, en la place de la Concorde; el comandante del Gran París se instala en el Meurice, muy cercano; el Estado Mayor se queda con el George V; y el alto mando militar en Francia, encabezado por el general Otto von Stülpnagel, se encapricha del Majestic, próximo al Arco de Triunfo, donde se instala junto con los servicios de propaganda y censura. La embajada alemana permanece en la rue de Lille, donde pronto instalan al antiguo profesor de arte Otto Abetz como embajador alemán en París, un cargo que debería resultar redundante en un país ocupado, pero ése es el territorio de Von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores, quien no quiere quedarse fuera del reparto.

Las distintas ramas de la policía alemana presentan una profusión de siglas desconcertante para los franceses, quienes, aunque todavía no iniciados, no tardarán en descubrir las sutiles pero importantes diferencias entre las SS, el SD (el *Sicherheitsdienst*, el servicio de inteligencia de las SS), la Gestapo (policía secreta) y la *Geheime Feldpolizei* (GFP, policía militar secreta). Las actividades de estos cuerpos exigen algo más que un edificio público: precisan direcciones discretas, delegaciones, sótanos, garajes para sus flotas de coches negros. Para los parisinos, el edificio que acabará

simbolizando su presencia está en el número 11 de la rue des Saussaies, antigua sede de la Sûreté nationale (la Dirección de Seguridad Nacional). Y esa otra dirección infame, la avenue Foch, en uno de cuyos extremos el SD se ha apoderado de tres edificios, cerca de la Porte Dauphine: los números 72, 82 y 84. Los parisinos se referirán a todas o a cualquiera de estas direcciones como «cuartel general de la Gestapo». Los altos cargos de esos servicios suelen preferir la discreción de un piso o una casa que sus propietarios, a menudo británicos o judíos, han dejado vacíos. Neuilly es un lugar predilecto, aunque también sirven los grandes apartamentos del centro. Y así, los grandes hoteles de París dejan de ser accesibles para los franceses. En vez de porteros, ahora hay soldados custodiando las entradas. En toda Francia se repite la escena: la entrada de los vencedores en las plazas de pueblos y ciudades, la requisa de edificios, el izado de la bandera nazi.

La sección Lutetia

Marcel Weber está subiendo desde la bodega para ver al director cuando los ve por primera vez: hombres y mujeres con uniformes grises, deambulando libremente por el hotel. «¡No dábamos crédito a lo que veíamos!» Sin anuncio, sin aviso, nada. «No se oía el sonido de las botas; era más bien como estar en una película muda.»[29] Y ahí está el propio Chappaz, en el vestíbulo, saludando a un oficial alemán con la cortesía formal con que saluda a cualquier huésped.

El Hotel Lutetia queda algo apartado del centro del poder nazi en París. Es apropiado, pues, que lo requise la Abwehr, el servicio de

inteligencia del Ejército alemán, una organización que a su vez se sitúa incómodamente en los márgenes del régimen nazi. Al frente está una figura compleja y controvertida: el almirante Wilhelm Canaris, francófono y *connoisseur* de la alta cocina, un nacionalista alemán que acabará en un campo de concentración; un hombre que terminará enviándose a sí mismo a un exilio irreversible.

Pese a los rumores de que escogió el hotel por su papel como centro de la resistencia alemana contra el nazismo, en realidad el principal interés de Canaris por el Lutetia es su ubicación: la orilla izquierda de París siempre se ha asociado a artistas e intelectuales, un grupo social de probada orientación antinazi. Instalar la Abwehr en medio de ellos tiene sentido.

No hay una diferencia inmediatamente perceptible en el modo en que el señor Chappaz saluda a los nuevos «huéspedes». Un cliente es un cliente, al fin y al cabo. Pero quienquiera que preste atención a la conversación, advertiría al instante que ya no es Chappaz quien manda en este establecimiento, sino el robusto hombre de mediana edad y botas relucientes, que, con aire orgulloso, hace gala de un excelente francés mientras imparte órdenes sobre alojamiento, mobiliario y comida. La realidad ha cambiado.

«Así que era verdad: estaban allí. Uno de ellos me preguntó enseguida qué había para comer.»[30]

El coronel Friedrich Rudolph es uno de los oficiales más experimentados de la Abwehr. Está en el servicio desde 1924 y desde 1935 ha estado al mando de la llamada Ast (de *Abwehrstelle*, «oficina de la Abwehr») en Fráncfort, y dedicado al espionaje militar

en el sur y el este de Francia.[31] Cuando recibe la orden de viajar a París para asumir el mando de la Alst (de *Abwehrleitstelle,* «jefatura de la Abwehr») Frankreich, el nuevo centro de mando de la organización en Francia, Rudolph deja su puesto en Colonia y llega al Lutetia el 15 de junio de 1940, varios días antes de la capitulación oficial francesa.

Si Weber y el resto del personal del Lutetia se asombraron por la repentina presencia de alemanes uniformados en su establecimiento, debieron de quedarse boquiabiertos ante la rápida transformación impulsada por el coronel Rudolph, quien sin demora se pone a reorganizar el hotel para que sirva no sólo como alojamiento del personal de la Abwehr, sino como lugar de trabajo. El primer cambio es hacer el edificio inaccesible al público: se cierran la pastelería y la *brasserie*; las ventanas a nivel de calle se cubren con ramas de árbol; se coloca un vallado metálico sobre la fachada y la entrada principal. Algunas salas de banquetes se destinan a almacenes o salas de reuniones; se instala una centralita; la sala de correo se convierte en dormitorio y refectorio de los soldados que custodian el hotel. El Salón Presidencial —la misma sala donde otro grupo de alemanes celebró sus reuniones hace apenas un par de años— servirá como comedor de oficiales.

Empieza a llegar personal: secretarias, radioperadores, administrativos, además de oficiales superiores de la Abwehr que acuden para hacerse cargo de los tres departamentos que funcionarán desde el hotel. La sección Lutetia se organizará siguiendo los principios de la Abwehr en tiempos de paz y constará

de tres secciones principales: el Grupo I, servicios de información, tiene la tarea de efectuar reconocimientos militares en territorio enemigo, por el momento sobre todo en Inglaterra.[32] Al frente de este grupo se encuentra el mayor Alexander Waag, sobrino del almirante Canaris. El Grupo II, responsable de guerra psicológica, sabotaje y subversión en territorio enemigo, carece en ese momento de personal. En línea con todas las unidades de la Abwehr en Alemania, el Grupo III es el que cuenta con más efectivos. El mando general lo ostenta el capitán de fragata Langendorf. El hombre elegido para dirigir la subsección IIIF, encargada de la tarea crucial de la contrainteligencia militar, es el coronel Oscar Reile.

El soñador

«Reile es un personaje extraño», comenta un oficial de inteligencia francés tras entrevistar al coronel de la Abwehr después de la guerra. «Es a la vez ingenuo y perspicaz. Escribe poesía, ama la naturaleza, es un soñador y, sin embargo, parece haber dirigido su organización de contraespionaje con cierto éxito.»[33]

A sus cuarenta y cuatro años, Oscar Reile tiene una larga carrera a su espalda, primero como jefe de policía en Danzig y más tarde como oficial de contrainteligencia en la Abwehr recién reformada y dirigida por Canaris. Tras la remilitarización de Renania en 1936, Reile fue trasladado de Kassel a Tréveris, donde, bajo la identidad de un hombre de negocios y provisto de documentación falsa, tinta invisible y cámaras, se encargó de reclutar agentes para recabar información. Su aspecto físico sugiere aptitud para el trabajo

clandestino porque —según señala un informe británico de inteligencia de 1945— no hay nada en él que destaque: «1,75 m, rostro fino y afilado, ojos penetrantes, lleva gafas, pelo canoso, ojos azules, tez clara, nariz bastante grande, barbilla puntiaguda, bien afeitado. Muy erguido y rígido. Habla inglés y alemán, francés deficiente.»[34]

El 19 de junio, Reile está en Nancy (rebautizada como «Nanzig») al frente de un *Abwehrkommando* —una unidad— cuando recibe la orden de viajar a París de inmediato. Debe presentarse ante el coronel Friedrich Rudolph antes de ponerse al frente de la Sección IIIF en el puesto de mando recién establecido de la Abwehr en el París ocupado. La dirección que le dan es la de un hotel del boulevard Raspail.

Esa noche, Reile permanece despierto, preocupado por el peso de la tarea que le ha sido asignada: «¿Sería capaz de cumplirla según las expectativas de mis superiores en Berlín? ¿Acaso no sabían que yo venía del este de Alemania y que nunca había visto la metrópoli francesa?»[35]

Por la mañana, sus dudas se han disipado: «Al fin y al cabo, yo llevaba desde 1935 haciendo contraespionaje contra Francia, había estudiado en profundidad la historia francesa y contaba con unos treinta agentes que hablaban bien francés. Leyendo a historiadores y poetas franceses, creía haber adquirido también una comprensión suficiente de las costumbres y tradiciones, así como de los logros culturales del pueblo francés.»

Con esa visión tranquilizadora en mente, Reile se despide de sus hombres, se sube al coche y pone rumbo a París.

El trayecto de Nancy a París atraviesa buena parte del este de Francia. Al principio, conduce el acompañante de Reile, el cabo Hoffman, lo que permite a Reile disfrutar del paisaje y pensar en lo que le espera. Al pasar Metz y avanzar hacia el oeste por Verdún y Châlons-sur-Marne, Reile toma el volante. ¡Qué placer conducir por Francia en un glorioso día de comienzos de verano! Casi parece estar de vacaciones. En su interior resta todavía una pizca de expectación nerviosa ante la idea de entrar por primera vez en esta ciudad, célebre y espléndida. Reile no lo sabe, pero está en ilustre compañía: dos días después de su llegada, será el turno del Führer de sentir ese mismo estremecimiento cuando por fin cumpla el sueño de toda la vida: visitar la Ciudad de la Luz.

Ya por la tarde, la silueta de París se dibuja por fin en el horizonte. Al pasar el Bois de Vincennes y entrar en el centro histórico, Reile queda impresionado por el vacío de la ciudad. No hay bocinazos, ni taxistas, ni furgonetas de reparto. Las tiendas están cerradas, los cafés, clausurados. Con un plano de París en la mano, Reile y Hoffman se orientan rápidamente y ponen rumbo al boulevard Raspail. Se detienen frente a la elegante fachada; Reile sale con brío del coche, muestra sus credenciales a los guardias apostados fuera y entra en el Hotel Lutetia.

El coronel Rudolph recibe a Reile como a un viejo conocido y se apresura a ponerlo al corriente de la situación y de las tareas de la Fuerza de Defensa de París. Reile admira a Rudolph y lo describe

como un «caballero seguro de sí mismo», antiguo oficial de caballería con gran experiencia, profesional y a la vez accesible: «En su trato oficial, tanto con superiores como con subordinados, siempre era claro y conciso. En las conversaciones personales, en cambio, apreciaba las bromas y el humor.» A esas virtudes se suma su apariencia: «El coronel Rudolph tenía buen aspecto», escribe Reile con admiración. Con cuarenta y cinco años, mide «alrededor de 1,80, rubio, de ojos azules y de constitución robusta».[36] Al ver una fotografía de Rudolph tomada justo después de la guerra, uno se pregunta si Reile le atribuye rasgos arios que en realidad no tenía, pues resulta evidente que el coronel tenía el cabello oscuro. Su complexión robusta se describe con menos cortesía como «rechoncha» o fruto de una «tendencia a engordar» en informes británicos, donde también se lo califica, según los casos, de «distinguido», con aire de «oficial arrogante», con un «rostro de caballero y muy agradable» o, de manera menos benévola, como poseedor de un *Gourmandgesicht*, un «rostro de comilón» o «aficionado a la buena mesa».[37] La fotografía de posguerra muestra a un hombre que ya no está grueso: no cabe duda de que la temporada pasada en una prisión nazi, tras el atentado de julio de 1944 contra Hitler, seguida de los acontecimientos del final de la guerra, puso fin a la lozanía adquirida durante su cómoda estancia en París.

El coronel Rudolph interrumpe sus comentarios para pedir champán a uno de los empleados franceses que se mantienen discretamente cerca. Antes de que Reile tenga tiempo de reflexionar sobre ese lujo inusitado, Rudolph alza la copa para brindar por su salud y por su exitosa cooperación. Asegura a su «querido Reile»

que le dejará las manos libres en el terreno de la contrainteligencia. «Pero antes», añade, «le espera una misión especial». El ejército alemán ha incautado gran cantidad de documentos secretos en diversas ciudades y pueblos franceses. La primera tarea de Reile será reunir esos documentos, analizarlos y evaluarlos. De momento sólo tiene a una persona para ayudarle, pero vienen más unidades en camino. «Instálese cómodamente en las dos habitaciones que le he reservado. Esta noche cenaremos juntos», concluye Rudolph.

> Mi chófer ya había encontrado dónde alojarse. Así que pude dejar que el personal francés del hotel me condujera a mis habitaciones. Estaban en la tercera planta del Hotel Lutetia. Ofrecían una vista magnífica de media París, especialmente del Barrio Latino. Me quedé un rato contemplando ese panorama, hipnotizado. Cuando miré alrededor, vi que las habitaciones estaban amuebladas con todas las comodidades, incluso con lujo.[38]

A Reile le resulta todavía más grato poder darse un baño largo y reparador: «Después de las agitadas semanas de la campaña, en las que a menudo había pasado la noche en casas medio destruidas o inhóspitas, me parecía casi incomprensible que ahora estuviera alojado en un entorno tan palaciego. Por supuesto, entonces no tenía ni idea de que iba a vivir en esas habitaciones durante cuatro años.»

Manos a la obra

A la mañana siguiente, Reile se instala en su despacho, en la habitación contigua a su dormitorio (la número 350), y le presentan al capitán Leyerer («esbelto, elegante, vivaz, lleno de brío»), un antiguo policía familiarizado con el trabajo de inteligencia y entusiasta de los casos «espinosos». Reile le pide a Leyerer que haga una lista de todos los edificios de París en los que se hayan puesto a salvo documentos secretos, con la intención de visitarlos al día siguiente para hacerse una idea precisa de la cantidad de material escrito de cuyo almacenamiento y análisis va a tener que hacerse cargo.

A continuación, Leyerer presenta a Reile al personal de la Abwehr que ya ha empezado a trabajar en París: unos veinticinco oficiales, veinte auxiliares femeninas y veinte o treinta oficiales subalternos, además de operadores de radio, chóferes y otros asistentes. Con el tiempo, habrá más de un centenar de miembros de la Abwehr alojados en el hotel, ocupando casi todas las habitaciones. A los oficiales y al personal operativo se les asignan estancias en las plantas inferiores, mientras que los ordenanzas, los correos y los chóferes viven en la séptima planta, la más alta. Los oficiales superiores como Reile disponen de dos habitaciones: una hace las veces de dormitorio y la otra de despacho, donde una secretaria se sienta ante un escritorio con una máquina de escribir y se ocupa de las tareas administrativas. En otras zonas del hotel se disponen despachos especializados con cajas fuertes, máquinas de escribir, teléfonos y radios.

Por lo demás, de momento todo es bastante normal, al menos a ojos de Reile. Sin embargo, y en lo que respecta a las condiciones de alojamiento, el oficial se queda atónito al descubrir que las medidas

adoptadas por el coronel Rudolph «se desviaban enormemente de las costumbres habituales en Alemania y me parecían cuestionables». Todo el personal de servicio, incluidos los cocineros, los camareros, los ordenanzas y las doncellas, es francés. El coronel Rudolph ha permitido que setenta y cinco miembros del personal local conserven su empleo, casi un tercio del total de la plantilla previa al estallido de la guerra. Dado que la mayor parte del personal alemán vive en el hotel y hace allí sus comidas, a Reile aquello le parece no sólo algo insólito, sino un grave riesgo para la seguridad. El gerente, el imperturbable Marcel Chappaz, también permanece en su puesto y, durante los cuatro años siguientes, desempeñará la delicada tarea de actuar como intermediario entre los ocupantes y su personal.

La inquietud de Reile no tarda mucho en desvanecerse. Tan sólo dos días más tarde de llegar a París ya está fascinado:

> Los camareros franceses nos atendieron en el gran comedor con la máxima cortesía, como si fuéramos los huéspedes más agradables. Tuve la impresión de que el gerente del hotel y su personal estaban deseosos de demostrarnos lo que entendían por buena cocina francesa y comida casera. El almuerzo estaba preparado con pericia y los vinos y el champán, que nos ofrecían a precios ridículamente bajos, eran de una calidad excelente.[39]

Esos precios «ridículamente bajos», sólo son posibles, por supuesto, porque son los propios alemanes quienes han fijado el tipo de cambio.

El personal invisible cocina, limpia, abre puertas, barre suelos, prepara comidas y sirve bebidas. Desayuno, comida, cena. A veces, a los oficiales superiores se les sirve en sus habitaciones; las bebidas se anuncian con un discreto golpe en la puerta. Y la respuesta, en medio de una carcajada: ¿es *entrez*, o *Herein*? Rudolph y Reile, orgullosos de su destreza lingüística, sin duda se dirigen al personal del Lutetia en francés, pero ¿y los demás? ¿Llegan a aprender alguna vez los rudimentos necesarios para comunicarse con un personal tan diestro que, al poco, los hombres y mujeres de la Abwehr olvidan incluso que están allí?

Armisticio

A la mañana siguiente, el coronel Reile y el capitán Leyerer pasan horas recorriendo París en coche, inspeccionando los edificios en los que se guardan los documentos secretos. Las únicas otras personas que ven son soldados alemanes que deambulan por la metrópoli francesa admirando los monumentos. Reile, volcado en su trabajo, lamenta no tener tiempo para explorar.

Encuentran oficinas gubernamentales abiertas, con los archivos intactos y sin vigilancia, montañas de expedientes abandonados en los edificios vacíos de los ministerios franceses y de las autoridades policiales. Reile no pierde tiempo y envía hombres a recoger los documentos para ponerlos a buen recaudo en algún lugar donde puedan organizarse, analizarse y —lo que es crucial— protegerse de miradas indiscretas. La Abwehr quiere quedarse su tesoro: no desea compartirlo de ningún modo con la Gestapo ni con el SD.

De camino de vuelta al Lutetia, Reile se entera de que las tropas alemanas han confiscado un tren cargado con archivos del Ministerio de Guerra, entre ellos la mayoría de los expedientes del servicio de inteligencia francés, el Deuxième Bureau (la «Segunda Oficina»). Al entrar en el hotel, está trazando un plan para ocuparse de esta cornucopia de información cuando sus pensamientos se ven interrumpidos por la visión del personal de la Abwehr, que corre excitado por el vestíbulo.

Es 22 de junio de 1940 y, en el bosque de Compiègne, en el mismo vagón de tren en el que los generales alemanes se rindieron al mariscal Foch tras su derrota en la guerra de 1914-1918, el mariscal Philippe Pétain ha firmado un armisticio con Hitler. Pétain declara por radio: «Se ha contemplado una colaboración entre nuestros dos países. La he aceptado en principio.» El Ejército alemán ocupará la mitad norte del país y toda la costa occidental. El resto, la llamada «zona libre», queda bajo el control del Gobierno colaboracionista de Pétain, con sede en la ciudad sureña de Vichy. Una línea de demarcación separa ambas zonas.

La campaña militar ha terminado oficialmente. Francia ha quedado partida en dos.

Embriagados de alegría, los miembros de la Abwehr interrumpen su trabajo y se reúnen en el comedor para celebrarlo con champán. Mientras los alemanes se animan, entablando discusiones vivaces sobre lo que podría significar ese momento extraordinario (muchos de ellos dan por hecho que al armisticio le seguirá pronto un tratado

de paz tanto con Francia como con Gran Bretaña), el personal del Lutetia observa en silencio.[40]

Servicio

¿Qué significa servir? *Un client c'est un client*. Sí. El servicio es un uniforme que uno se pone y se quita cuando vuelve a casa. Sí. Discreción, tacto: esos atributos del personal de los buenos hoteles, la capacidad de hacer que un huésped sienta que es singularmente importante... sí, todo eso. Pero ¿servir al enemigo? No existe un libro de instrucciones que pueda guiar la conducta del personal de los hoteles requisados en un país ocupado cuyo Gobierno acaba de firmar un armisticio con sus nuevos «huéspedes».

Por todo París, miles de cocineros, camareros, doncellas y tenderos se enfrentan al mismo dilema. ¿Cómo deben comportarse ante el enemigo que ahora los gobierna? El alivio por no estar ya en guerra se ve atemperado por el miedo a esas figuras desconocidas que han aparecido de pronto en cada rincón de su ciudad. ¿Qué pueden esperar los parisinos de esos hombres altos, bien alimentados, con uniformes gris verdoso y botas lustradas, que deambulan con cámaras y mapas en la mano, fotografiándose unos a otros ante la Torre Eiffel y el Arco de Triunfo? Algunos de los soldados de la Wehrmacht son sólo unos críos: muchachos de mejillas sonrosadas, de aspecto inocente, venidos de aldeas rurales. Los oficiales son altos y corteses; se comportan con dignidad (¿o es orgullo?). Algunos sonríen, prueban su francés escolar con un acento muy marcado. Mientras tanto, el camarero debe servirles la cena o

un aperitivo; debe retirar la mesa y abrillantar las copas como siempre lo ha hecho, con orgullo profesional. La doncella debe limpiar la habitación, hacer la cama, cambiar las toallas, esponjar las almohadas, como siempre lo ha hecho. Los limpiabotas deben encerar las largas botas de cuero que se alinean en los pasillos del hotel; los chefs deben preparar la cena para los huéspedes hambrientos. Y también hay orgullo: el orgullo del trabajo bien hecho, de demostrarles a esos *boches*, a esos *fritzes*, *frises*, *fridolins*, que no hay comida mejor que la *haute cuisine* francesa, ni camarero más eficiente que un *serveur* francés, ni vino más refinado que un Burdeos o un Borgoña. ¿Una forma de resistencia? Decir: vamos a mostrarles con quién se las ven para que nunca puedan afirmar «en casa, las cosas son mejores».

Marcel Weber está acostumbrado a pasar buena parte de su tiempo bajo tierra. Bajo el Lutetia hay un laberinto de varias capas: en la primera está la cocina del hotel; debajo, la vasta bodega, organizada por regiones, y un comedor donde él mismo recibía antaño a sus invitados. Más abajo, hay otros dos niveles de sótanos, enormes espacios usados sobre todo para almacenar muebles viejos y objetos no reclamados que dejaron los huéspedes (incluido el baúl militar olvidado del general De Gaulle).

Durante la invasión, Weber pensó en su bodega, con sus maravillosos vinos de añada y sus finos champanes.[41] Se imaginó sus preciadas botellas abiertas por manos extranjeras, el contenido vertido en paladares poco exigentes. Y decidió que, aunque los líderes de su país hubieran admitido la derrota, no permitiría que los

mejores vinos del Lutetia cayeran en manos de los bárbaros. Así que, con la ayuda de parte del personal, Weber trasladó los mejores vinos y champanes a un rincón del sótano que después tapiaron. Cuando el coronel Rudolph solicita un plano de la zona del subsuelo, se le entrega debidamente uno en el que los vinos ocultos no aparecen.

Más tarde, los alemanes excavan dos túneles propios en los sótanos más profundos, por si se produjera un ataque: uno conduce al Banco de Francia, situado al otro lado del boulevard Raspail, y el segundo sale al cruce de Sèvres-Babylone. Nunca descubren los tesoros ocultos que yacen bajo sus pies, y Weber se deleita en saber que los vinos acerca de los cuales los oficiales de la Abwehr se deshacen en elogios distan mucho de ser lo mejor que el hotel puede ofrecer. Que los alemanes no distingan un buen vino de uno excelente sólo demuestra, al fin y al cabo, lo poco refinados que son.

De hecho, si hay que creer a Marcel Weber, en aquellos sótanos cavernosos no sólo había vino escondido, sino también un grupo de prisioneros de guerra franceses fugados. Ayudados por el personal, que les llevaba comida y ropa, los fugitivos echaron una mano a su vez con... ¿qué exactamente? No lo sabemos. Es una imagen grata, simbólica de una suerte de resistencia pasiva, o de una «representación» de resistencia. El personal del Lutetia es cortés, aunque reservado; atiende con orgullo profesional las necesidades y exigencias de sus huéspedes indeseados. Su rebeldía no consiste en envenenar la sopa de los alemanes, sino en ocultar algo a sus amos, justo debajo de sus narices: el mejor vino y, quizá, también, a unos cuantos hombres.

Es así como da comienzo el delicado baile, mientras los conquistadores tratan de convencer a los conquistados de que, en realidad, no son gente tan terrible. Se tiende una mano amistosa: «Mira, vamos a estar juntos durante bastante tiempo (nuestro Reich va a durar mil años, al fin y al cabo), así que más vale que os acostumbréis a nosotros. Y de veras apreciamos muchísimo todo lo que vuestra hermosa ciudad tiene que ofrecernos.»

Por toda la ciudad se pegan carteles en los que un soldado rubio, de ojos azules, mira con ternura a un niño al que sostiene en brazos, bajo el lema: *Populations abandonnées, faites confiance au soldat allemand* («Ciudadanos abandonados, confiad en el soldado alemán»).

Artículo 19

La firma del armisticio marca un punto crucial en la atribulada existencia de los exiliados alemanes. El artículo 19 del acuerdo establece que «el Gobierno francés está obligado a entregar, a petición, a todos los alemanes designados por el Gobierno alemán en Francia, así como en las posesiones, colonias y territorios bajo protectorado y mandato franceses».

Los exiliados alemanes y austríacos corren ahora un riesgo directo de arresto, encarcelamiento y muerte, igual que en 1933. Y no sólo ellos: cualquier persona considerada hostil a la ideología nazi —alguien como Arthur Koestler, por ejemplo— podría acabar en una lista de la Gestapo. Quienes necesitan ayuda con mayor urgencia

son los que, por lo que sea, son apátridas o judíos, lo que a menudo viene a ser lo mismo.

Una vez más, los exiliados se encuentran en un mundo dominado por la necesidad apremiante de conseguir papeles, sellos, visados. El objetivo ahora es dirigirse al sur, a Marsella, el único gran puerto que sigue funcionando en la zona no ocupada, para embarcar y salir de Francia rumbo a un lugar seguro... pero ¿adónde? ¿Adónde, después?

Es en este momento cuando Heinrich Mann comprende por fin la urgencia de abandonar Francia.[42] Una vez más, es Nelly quien se encarga de las tareas prácticas: cerrar cuentas bancarias, pagar facturas, encontrar un hogar para sus mascotas y para sus libros, mientras se preparan para reunirse con Thomas en Estados Unidos. Heinrich Mann es afortunado en un aspecto: como destacado antinazi que figura de manera prominente en la lista de buscados por la Gestapo, también encabeza todas las demás listas que están confeccionando frenéticamente quienes comprenden la urgencia de sacar a determinadas personas de Francia. Entre estas almas lúcidas se cuenta un joven periodista estadounidense llamado Varian Fry, quien llega a Marsella con un presupuesto muy limitado y una larga lista de artistas, escritores y otras figuras destacadas —en su mayoría, personas judías— que se hallan bajo una amenaza inminente. Fry está al frente del recién creado Comité de Rescate de Emergencia (ERC por sus siglas en inglés), un nombre grandilocuente para un pequeño grupo de voluntarios entregados que, durante los

meses siguientes, ayudarán a más de dos mil personas a escapar de Francia.

Heinrich y Nelly Mann no tienen que hacer un largo viaje para ir de Niza a Marsella. Al llegar, se instalan en el Hotel Normandie, a la espera de sus visados de salida. Frente a ellos está el Hotel Splendide, y el propio Varian Fry, quien tratará de arreglarlo todo para sacarlos de allí.

El sueño de Hitler

El escultor Arno Breker está en su casa, en Berlín, cuando la Gestapo llama a su puerta y le ordena que esté listo para marcharse en una hora.[43] Mientras se viste a toda prisa, Breker ve a dos oficiales de las SS esperando fuera. Apenas tiene tiempo de susurrarle unas palabras apresuradas a su esposa griega —con quien Breker habla sólo en francés—, antes de ser escoltado hasta un coche y conducido a toda velocidad al aeropuerto militar de Berlín, donde lo suben a un avión de transporte del Ejército. Tras un vuelo de tres horas, durante el cual Breker se acalora y se pone cada vez más nervioso, el avión aterriza y vuelven a meterlo a toda prisa en un coche.

Toman un desvío a través de un bosque en Brûly-de-Pesche, cerca de la frontera belga-francesa, y se detienen ante un búnker del que emerge una figura conocida. Se trata del arquitecto Albert Speer, seguido por otro colega de profesión, Hermann Giesler.

«Has debido de pasar miedo», comenta Speer con malicia, mirando la cara sudorosa de Breker.

Adolf Hitler se muestra de excelente humor mientras explica a Breker el motivo de su presencia en el búnker desde el que el Führer ha estado dirigiendo la campaña de Francia. A la mañana siguiente, el grupo viajará a París, donde la tarea de Breker será actuar como guía de Hitler en la capital francesa. Por desgracia, el Führer dispone de muy poco tiempo para la excursión, así que quiere que Breker —como viejo parisino que conoce bien la ciudad— elabore un plan de visita que incluya, en las pocas horas disponibles, los principales hitos arquitectónicos y culturales.

Hitler, el artista frustrado, lleva mucho tiempo fascinado con París, pero nunca ha visitado la ciudad. Le dice a Breker que ese deseo ardiente siempre se había visto malogrado por los acontecimientos, hasta ahora. «¡Ahora se me han abierto las puertas de París! Desde ese momento no he tenido otro pensamiento en la cabeza que visitar esta metrópolis del arte con mis artistas.»

Mis artistas.

Hitler tiene dos objetivos: quiere visitar los monumentos que siempre ha soñado ver y quiere estudiar París con vistas a superarla cuando materialice su visión de reconstruir Berlín. De ahí la presencia de sus dos arquitectos favoritos y de Breker, que aporta la doble ventaja de ser, por un lado, un escultor del Reich implicado en la planificación urbana de la futura capital y, por otro, un buen conocedor de París. Hitler es optimista: cree que la guerra se ganará pronto. Gran Bretaña será derrotada y él será el soberano del país más poderoso de la Tierra. Envalentonado por las victorias recientes, el Führer puede permitirse ser magnánimo con los franceses y optar por no destruir París ni entrar en ella al frente de un desfile victorioso.

Breker se siente profundamente turbado por las palabras de Hitler: visitar París, el lugar que considera su segundo hogar, donde pasó sus años de formación, al lado del líder del bando vencedor en una guerra terrible, se le antoja una carga moral casi insoportable.

El grupo parte con brío a las tres de la madrugada del 23 de junio. Tras un breve vuelo, llegan al aeropuerto de Le Bourget, donde los espera un convoy de coches. Hitler se sienta junto al conductor en el primer vehículo, descapotable, e invita a Speer, Giesler y Breker a sentarse detrás. Al adentrarse en el centro de la ciudad, Breker mira a su alrededor, atónito. Su última visita a París fue durante la Exposición Universal de 1937. Ahora, «París parecía muerta. Ni un alma». Incluso Hitler guarda silencio mientras avanzan a toda velocidad por las calles desiertas. La visita incluye lugares que hoy se recorrerían en un autobús turístico descapotable: la place de la Concorde, el Arco de Triunfo, la Torre Eiffel, los Inválidos, Notre-Dame, las Tullerías, Montmartre. Ese itinerario relámpago difícilmente permitirá un análisis en profundidad de la arquitectura parisina, pero Hitler ha hecho los deberes y demuestra un vivo interés por todo lo que ve. La primera parada es la favorita del Führer: la Ópera, de estilo neobarroco, cuyos planos arquitectónicos ha estudiado con gran detenimiento. Breker está impresionado, y sorprendido en no poca medida: Hitler conoce las dimensiones exactas del edificio, además de otros mil detalles. Al acercarse a la entrada, la primera persona francesa con la que se cruzan es un conserje aterrorizado al que han enviado para abrirles. El hombre hace lo posible por ignorar a los visitantes; en su rostro no se adivina la menor curiosidad, y, por primera vez, Breker siente el

«trágico abismo» que separa a los franceses de aquello que él representa ahora.

Hitler queda deslumbrado por el auditorio: «¡El teatro más hermoso del mundo!», exclama, antes de pedirle al conserje que les muestre el camino que seguiría el presidente francés para llegar a su palco. Al final de la visita, el conserje se queda atrás, «rígido, inmóvil, petrificado, con la expresión vacía». Breker admira su frialdad, y su dignidad. Cuando un asistente intenta darle una propina, el conserje se niega. Hitler le pide a Breker que lo intente de nuevo, pero la negativa es tajante.

A petición de Hitler, el convoy avanza lentamente por los Campos Elíseos, hacia el Arco de Triunfo. Hitler piensa en cómo será su capital, que pasará a llamarse «Germania». Su arco triunfal tendrá que ser el doble de grande que el parisino, y el bulevar que conduce hasta él, el doble de ancho. Los planes para ese proyecto, concebido por primera vez cuando Hitler estaba hospitalizado, recuperándose de las heridas sufridas en la Gran Guerra, ya están muy avanzados. Speer y Breker están muy implicados en ellos.

Tras una breve parada para una foto ante la Torre Eiffel, siguen hasta los Inválidos, donde Hitler rinde homenaje en la tumba de Napoleón: se inclina con gesto solemne ante su colega conquistador, la gorra apretada contra el pecho. El Panteón no le impresiona, pero disfruta del paseo por el distrito estudiantil, por el boulevard Saint-Michel y el boulevard de Montparnasse, donde Breker trabajó en su día. De regreso hacia Le Châtelet, pasan junto a Notre-Dame, el Hôtel de Ville, Les Halles, donde por primera vez en la ciudad desierta ven signos de vida: un vendedor de periódicos con la edición de la mañana y un pequeño grupo de robustas pescaderas

que, al ver pasar el convoy, exclaman: «¡Es él! ¡Es él!», antes de escabullirse, asustadas.

La última parada es el Sacré-Cœur. Allí, con París extendido a sus pies, Hitler se queda un momento absorto, antes de dar las gracias al «destino» por permitirle cumplir el sueño de su vida. «Esta maravilla de la cultura occidental, desplegada ante nosotros, tenía que preservarse, tenía que mantenerse intacta para la posteridad. Lo hemos conseguido.»

La puesta en escena de la visita se controla al milímetro. En aras de una futura entente franco-alemana, Hitler hace una gran demostración de que no quiere restregar a los franceses su derrota. Aun así, el grupo va acompañado por el fotógrafo oficial de Hitler y la visita queda registrada en el noticiario cinematográfico, lo que permite al Führer proyectar una imagen tranquilizadora ante el resto del mundo y, a la vez, mostrar en casa qué aspecto tiene la victoria. Al posar ante la Torre Eiffel, se asegura de colocar a «sus artistas» a su lado: una muestra de vanidad, sí, pero también de inseguridad. Resulta significativo que se les haya pedido llevar uniforme militar para la ocasión.

A las 8.15, la visita ha terminado. A las diez ya están de vuelta en el búnker de Hitler, en Brûly-de-Pesche. Si el sueño de Hitler era admirar la arquitectura de París, lo ha logrado. Pero, como en un sueño, ha salido al escenario sin compañía: una figura solitaria ante un auditorio vacío. Su recorrido por bulevares desiertos transcurre envuelto en un silencio espectral. No hay multitudes para recibirlo; los cafés y bistrós permanecen vacíos y cerrados.

Cuando el avión despega, Hitler le pide al piloto que sobrevuele París para contemplar la ciudad una vez más desde arriba antes de que desaparezca bajo las nubes. No volverá a ver la capital francesa.

Turistas

«En el verano de 1940, París adoptó un aspecto muy especial», escribe Oscar Reile. «Los soldados alemanes estaban por todas partes, a veces acompañados por encantadoras jóvenes. Por la noche, lugares de diversión como el Lido, el Folies-Bergères y Schéhérazade estaban llenos. Los turistas militares invadían todos los lugares artísticos e históricos, como Versalles y Fontainebleau.»[44]

En las semanas posteriores al armisticio, las calles de París van recuperando la vida poco a poco. Quienes huyeron regresan; las tiendas reabren. Todo el mundo está desesperado por aferrarse a una apariencia de normalidad. Las autoridades militares también quieren demostrar que, en el fondo, no ha cambiado gran cosa: los museos, las oficinas de correos, los bancos y el metro vuelven pronto a funcionar. Las escuelas y universidades reabren. Los periódicos y revistas siguen publicándose. Bares, restaurantes y clubes nocturnos retoman su actividad. Incluso han vuelto los gorriones.

La imagen de los soldados alemanes sentados en las terrazas de los cafés resulta al principio un *shock*, sin duda, pero, muy pronto, el

hecho de que esos hombres no se comporten como filisteos, no se emborrachen de forma escandalosa ni armen jaleo, que luzcan impecables con sus uniformes grises, que no acosen a las mujeres y que digan *s'il vous plaît* y *merci* al pedir una *bière*, permite a muchos —aunque sea de manera provisional— convencerse de que se trata simplemente de otra clase de turistas que acuden a admirar la Ciudad de la Luz.

Aparecen a la entrada de los cafés carteles que anuncian: *Hier spricht man Deutsch*, en lugar de *English spoken*.[45] El Deutsche Institut, en la rue Talleyrand, ve cómo los parisinos se matriculan por miles para aprender alemán, lo que dispara la demanda de profesores. Los anuncios exigen que sean «arios y, si es posible, de origen alemán». Hay conferencias y conciertos, lecturas de poesía alemana.

Los alemanes instalados en París tienen órdenes estrictas de comportarse con exquisita educación. La rigidez de los modales teutones quizá no iguale el encanto galo, pero, como la población francesa es mayoritariamente femenina y las fuerzas de ocupación abrumadoramente masculinas, los alemanes se esfuerzan por transmitir una impresión de corrección, disciplina y cortesía.

París es tan importante para Hitler que envía allí a todos sus hombres, no sólo con el fin de admirarla, sino también con el de prepararlos «para que no se sorprendan cuando empecemos a construir nuestro nuevo Berlín».[46] A los soldados alemanes de permiso los envían a París dentro de un programa llamado *Jeder einmal nach Paris*, «Todos a París una vez». Se los aloja en hoteles

requisados o *Soldatenheime*, la mayoría situados entre el boulevard Haussmann, la avenue de Wagram y République.[47] Los aviadores tienen alojamiento en los Campos Elíseos, mientras que los oficiales de la Luftwaffe se instalan en la rue du Faubourg Saint-Honoré. Los llevan de excursión, muy al estilo de la que disfrutó el propio Hitler: recorren los principales lugares turísticos con la cámara colgada al cuello; suben a la Torre Eiffel —¡clic!—, navegan por el Sena en un *bateau-mouche* —¡clic!—, bajan por los Campos Elíseos y vuelven a subir hasta Montmartre. La sección cultural de las autoridades de ocupación incluso edita una revista bimensual, *Deutscher Wegleiter für Paris*, que publica reportajes ilustrados de la ciudad y lista eventos culturales y visitas del día. Más avanzada la guerra, cuando las tropas alemanas pasen frío en el frente oriental, esta revista será más popular que las historias llegadas de casa.

Aunque a todos los soldados destinados a Francia se les entrega un ejemplar oficial del fotolibro de Fritz Sablatnig sobre los hitos arquitectónicos de la capital francesa (también disponible en imágenes estereoscópicas), el departamento de propaganda quiere animarlos a fotografiar por sí mismos lo que ven para que lleven a casa la magnitud de la victoria alemana y borrar así para siempre la humillación de 1918.[48] Se cuida todo al detalle: se los conduce casi en rebaño, se les sugiere hacer fotos en cada parada. El plato fuerte es una visita a Versalles, donde una instantánea en la Galería de los Espejos —escenario de la firma del aborrecido Tratado de Versalles en 1919— envía una poderosa señal de triunfo nacional.

Como la mayoría de los turistas, el personal militar alemán de permiso rara vez se aparta de la ruta fijada por sus superiores, de modo que se cruzan con pocos parisinos más allá de quienes los

atienden en cafés y restaurantes. Hay *Soldatenkinos*, cines reservados exclusivamente para las tropas de ocupación, en los que sólo se proyectan películas o espectáculos alemanes. Hay teatros y clubes nocturnos también reservados únicamente para alemanes. Por todo París hay *Lokale*, cantinas del Ejército —establecidas a menudo en antiguos restaurantes— en las que los franceses tienen prohibida la entrada, salvo que muestren un salvoconducto. Hay una librería alemana en la place de la Sorbonne y una italiana en el boulevard Saint-Germain.

Pocos soldados rasos hablan francés; muchos proceden del campo o de aldeas. Para ellos, la geografía de una capital, con su complejo sistema de transporte y sus hábitos y rutinas desconocidos, resulta desconcertante. Cuánto más tranquilizador, entonces, tras una visita relámpago a los grandes monumentos, reunirse con unos cuantos camaradas y entregarse a ese otro pasatiempo turístico predilecto: las compras libres de impuestos, usando su asignación para adquirir maquetas en miniatura de la Torre Eiffel, alcohol, comida y —lo más tentador— esos artículos tan franceses y misteriosamente femeninos, como medias de seda y perfumes, que pueden envolverse y enviarse desde la Gare de l'Est a una novia que espera, en casa, a su amado.[49]

Los vencedores

París no es sólo el principal destino turístico para los soldados alemanes de permiso: es el destino más codiciado de la Europa occidental ocupada. Cualquiera que sea alguien en el Tercer Reich

siente la necesidad de enviar un representante a Francia, lo que convierte a París en una versión en miniatura de Berlín, con todas sus mezquinas rivalidades e intrigas. Mientras pasean a los soldados rasos alemanes por la ciudad en excursiones turísticas, los miembros de la cúpula de la administración nazi compiten entre sí para agasajar a sus invitados al estilo que creen propio de la sociedad parisina: uniformes de gala, soldados-criados con guantes blancos, cubertería de plata, mantelería cara, comida y vino excelentes, distinguidos invitados franceses; sobre todo, mujeres, para equilibrar la proporción.

Muchos de los oficiales alemanes de alto rango destinados en París no se ven a sí mismos como extranjeros, sino como miembros de una élite cultural que está por encima de las divisiones que separan al conquistador del conquistado, al alemán del francés. Familiarizados con la literatura y la cultura francesas, enamorados de la comida, el vino y las mujeres de Francia, estos hombres se proclaman abanderados de la civilización occidental. La sola mención de la palabra «colaboración» parecería de mal gusto a dichos individuos, de rango y miras tan elevados. Y, sin embargo, su puesto los coloca en un terreno ambiguo, en el que se sienten superiores y, al mismo tiempo, deseosos de ser aceptados: quieren tratar de igual a igual a sus distinguidos invitados franceses, pero los persigue siempre la sospecha de que quienes beben y comen con ellos los desprecian en secreto.

Entre los ocupantes hay quienes sienten una desazón profunda ante su situación. Por hermosa que sea la ciudad, en el fondo saben —como antes los exiliados alemanes— que aquél no es su sitio. Pueden confraternizar con sus compañeros soldados, beber cerveza

y cantar canciones, o sentarse en la terraza de un café a sorber un *apéro* con una joven francesa y encantadora; pero, al final, todos ellos están aquí por su uniforme. Es otra clase de exilio: entrar sin ser invitado en la casa de otro, sentarse a su mesa, comer su comida y beber su vino mientras él mira, impotente. Y, a veces, un soldado de permiso en París empieza a preguntarse: ¿dónde encajo yo en todo esto? ¿Cuál es mi cultura, mi historia? ¿Dónde está mi hogar? Puede que Berlín esté destinada a cumplir los sueños del Führer, pero por ahora no representa más que un desarraigo respecto del pasado y una imagen incierta del futuro. Lothar-Günther Buchheim, oficial de la marina y más tarde autor del superventas *Das Boot* (El submarino), se pregunta: «¿Quién es, de verdad, el vencedor aquí? ¿Los soldados de a pie, con sus botas, sus bombachos y sus chaquetas militares hechas a medida? ¿O el pueblo parisino?»[50]

Una noche, en el Lutetia, el chef sirve alcachofas en la cena.[51] Un miembro del personal de la Abwehr, que no sabe cómo comer en condiciones esa verdura complicada, empieza a atragantarse. Furiosos, sus camaradas hacen venir al chef a su mesa y lo acusan airadamente de sabotaje. Uno de los oficiales más sofisticados, familiarizado con la cocina francesa, interviene y explica que no ha habido mala intención: el atragantado, simplemente, ha comido la parte equivocada de la alcachofa. La intervención salva al chef del arresto. Poco hace, sin embargo, por aliviar el orgullo herido del oficial inexperto.

En el fondo, estos ocupantes son personas inseguras.

Oh, là là!

El Hotel Lutetia tiene otro ritmo estos días. De las habitaciones brota el sonido del tecleo de las máquinas de escribir; los operadores de radio hacen llamadas desde los salones de banquetes; los mensajeros entran y salen con paso decidido. ¡Cuántos uniformes! El redingote azul y el cuello rojo del conserje se recortan ahora junto al gris de campaña y las botas altas de los oficiales de la Abwehr; el blanco y negro del atuendo de las camareras, junto a las *souris grises* («ratoncitos grises», el apodo de las auxiliares), con sus pesadas faldas y chaquetas grises. ¡Con razón las chicas alemanas quieren comprarse medias francesas y rociar sus uniformes con una nube de perfume galo! La galantería de París los ha deslumbrado a todos. Están febriles, poseídos por el deseo, recién despertado, de vivir como viven los franceses. Tiene algo de romántico que te destinen a una ciudad hermosa, tan alejada de la violencia brutal de la guerra. Y con tantos jóvenes —hombres y mujeres— reunidos (aunque el personal femenino se aloje en un hotelito cercano), no sorprende que la euforia de la victoria produzca un cierto *frisson* entre colegas.

Oscar Reile, de mediana edad y casado, observa a su personal joven con un afecto paternal. «Ese verano, como es natural, se celebró la Victoria y, con la misma naturalidad, se establecieron relaciones más tiernas entre los miembros masculinos y femeninos del servicio.»[52]

El personal femenino de la Abwehr desempeña sobre todo funciones administrativas: mecanógrafas, secretarias, empleadas de correos. La secretaria de Reile, Käthe Winkler (veintiocho años,

«pelo castaño, ojos azules, nariz larga, frente despejada, rostro ovalado, complexión delgada») trabaja con él desde 1936.[53] De las ocho mujeres del departamento que dirige, tres se casan durante su estancia en París. Ni siquiera el coronel Rudolph es inmune al entorno: separado de su esposa, emplea a una secretaria de veintiséis años, llamada Erika Juhl, que se convierte en su amante y, más avanzada la guerra, en su segunda esposa. Con toda la euforia que suscita el reciente triunfo, es casi un milagro que alguno de ellos consiga trabajar.

El personal del hotel contempla con cierto sarcasmo las excentricidades de sus huéspedes no deseados.

> Al principio todo era muy estricto y disciplinado, estilo militar, si se quiere. Pero eso cambió pronto. Descubrieron París; se iban de compras y volvían con los brazos llenos de paquetes para sus queridas esposas, diciendo: «*Oh là là*, zapatos y tantas otras cosas, a precios increíbles.» Sí, y luego empezaron a apreciar la comida francesa.[54]

Es por entonces cuando el jefe de la Abwehr, el almirante Canaris, realiza su primera visita al Lutetia.

La vie est belle!

En cuanto las tropas alemanas entraron en París, la Abwehr se instaló en las cómodas dependencias del Hotel Lutetia. Allí se vivía «como Dios en Francia» (según el dicho famoso). A la entrada, se

alineaban los más lujosos de los coches franceses requisados, y los chefs trabajaban en las cocinas, donde los *cordons-bleus* no cesaban de preparar platos deliciosos y complejos. Los miembros de la Abwehr se entregan día y noche a los placeres de la mesa: no falta nada, y todo está disponible en abundancia, sin cupones.

> Una mezcla de los perfumes más variados flota en el vestíbulo y a lo largo de los pasillos del hotel: el personal femenino se ha informado con esmero sobre la perfumería francesa. Estas damas llevan las mejores medias de seda, que dan a sus piernas una curva más atractiva; lucen elegantes conjuntos nuevos, de los que no hay escasez en París. En las habitaciones, convertidas en oficinas, hombres y mujeres beben champán y disfrutan de licores. Conversan: *la vie est belle!*[55]

El periodista alemán antinazi Curt Riess pulió su enérgico estilo de escritura como corresponsal extranjero de *Paris Soir* en Estados Unidos durante los años treinta. Tras la guerra se instaló en Zúrich, donde, en 1951, escribió un artículo para el semanario suizo *Die Weltwoche*, titulado «El secreto del almirante Canaris», cuyo asunto principal era la eficacia relativa de los servicios de inteligencia franceses y alemanes antes de la guerra. La sección inicial del artículo, que describe la llegada de Canaris al Hotel Lutetia en julio de 1940, ofrece un vívido retrato del día a día de la Abwehr en el París ocupado, con un coronel Rudolph nervioso e inmerso en los frenéticos preparativos para la llegada de su jefe. Dado que Riess

pasó la guerra en América, el texto es, en gran medida, producto de su imaginación periodística. No por ello resulta menos entretenido.

> En un abrir y cerrar de ojos desaparecen los coches lujosos, quizá reemplazados por vehículos militares alemanes. El vestíbulo y los pasillos se ventilan a conciencia, y se invita a los miembros de personal femenino a abandonar (al menos temporalmente) el perfume que tanto les gusta, así como a inspirarse en la moda de la Tirpitzufer berlinesa,(5) en lugar de la rue de la Paix. Para gran decepción del personal de la Abwehr, los chefs franceses deben ceder su lugar a un cocinero de la Wehrmacht. Los oficiales que ya llevan trajes a medida, confeccionados para ellos por los mejores sastres de los Campos Elíseos, tienen que volver a ponerse el uniforme.
>
> El almirante Canaris baja de su coche, acompañado por su segundo, el coronel Hans Oster, y otro oficial. Canaris apenas mira al comandante que lo espera en la puerta para darle la bienvenida. Con zancadas largas, entra en el edificio. Parece no ver nada o no querer ver nada. Asiente un par de veces a modo de saludo y desaparece en la habitación que le han reservado.

Riess capta, sin duda, la atmósfera hedonista que dominó aquellos primeros días de la Ocupación. Sin embargo, es poco probable que el almirante Canaris, un gran *gourmand* que hacía traer a Berlín con regularidad exquisiteces procedentes de toda la Europa ocupada, renunciara a la buena comida y al buen vino en favor del rancho

militar. Del mismo modo, la imagen de Canaris entrando con paso resuelto en el vestíbulo del hotel evoca una personalidad muy alejada de la realidad: con su 1,60 de altura, Canaris era sensiblemente más bajo que casi todos los que lo rodeaban, y es mucho más probable que quienes lo siguieran no fueran otros oficiales, sino sus dos adoradísimos perros salchicha.

Canaris

Cuando el almirante Wilhelm Canaris recibió el encargo de reorganizar la Abwehr en 1935, causó una primera impresión muy pobre en su personal: llegó al cuartel general de la Abwehr con aspecto «desvaído y anodino», con una guerrera raída en la que llevaba prendida una Cruz de Hierro de Primera Clase.[56] Bajito, con el pelo blanco, cejas pobladas y la tez rojiza de un marinero, Canaris hablaba en una voz baja, casi inaudible, prestaba más atención a los dos perros salchicha de pelo duro que lo acompañaban que a su personal, y enseguida instaló un catre en su despacho.

El nuevo y taciturno jefe de la Abwehr se reveló pronto como un hombre de talentos formidables, con un apetito de trabajo incansable. El catre se utilizaba con frecuencia: no sólo porque Canaris fuera un adicto al trabajo, sino porque detestaba volver a casa. Su matrimonio con Erika Waag fue un fracaso; tenían dos hijas, una de ellas con una enfermedad mental, y la vida familiar no le procuraba ninguna alegría. En cambio, sus dos queridos perros salchicha, *Sabine* y *Seppel* (más tarde sustituido por *Kasper*), lo acompañaban a todas partes. Estos animales procuraban a su amo

una sensación de seguridad y compañía que Canaris no hallaba en las relaciones humanas: en Berlín, los llevaba al trabajo en su Mercedes negro oficial, y se quedaban en su despacho, donde a veces ensuciaban la alfombra. En los raros momentos en que dejaba de trabajar, Canaris jugaba con sus amigos caninos o tomaba notas sobre sus hábitos y su comportamiento.

Adicto al trabajo, tímido, solitario, reservado, infeliz en casa... Canaris era todo eso, además de un entusiasta aficionado a la cocina y un enamorado de la cultura española. También era un lingüista brillante y un diplomático muy eficaz, una habilidad que resultaría esencial para navegar el campo de minas que constituían las organizaciones rivales dentro de la jerarquía nazi.

Como organización militar dedicada al espionaje y al contraespionaje, las responsabilidades de la Abwehr se solapaban a menudo con las de la Gestapo y el SD, que con frecuencia pisaban el territorio de la Abwehr en su persecución de enemigos del régimen nazi. Los esfuerzos del almirante Canaris por preservar la independencia de la Abwehr frente a esas presiones políticas lo colocaron inevitablemente en conflicto con el jefe de las SS, Heinrich Himmler, y con el director del SD, Reinhard Heydrich, antaño amigo y protegido de Canaris y ahora su rival. Himmler odiaba a la Abwehr y la consideraba un criadero de traidores. Sus sospechas no eran infundadas: la mayoría de los oficiales de la Abwehr no eran nazis, y varios de sus cargos más altos participaban de forma activa en la resistencia antihitleriana. El propio Canaris, aunque nunca participó directamente en actividades de resistencia, simpatizaba con su causa y a menudo hacía la vista gorda ante sus conspiraciones.

Pero esos dramas aún están por venir. Por ahora, Alemania ha vencido a Francia y el almirante Canaris acaba de llegar al Lutetia para inspeccionar el puesto avanzado de la Abwehr más importante de la Europa ocupada. El botones sube el equipaje del almirante al primer piso, a una de las mejores habitaciones del hotel, la número 109, que ofrece una vista directa del cruce de Sèvres-Babylone, y donde Canaris se alojará en todas sus futuras visitas a la capital francesa.

Cuando viajaba por asuntos oficiales, el almirante Canaris solía reservar una habitación doble para que sus perros salchicha pudieran dormir a su lado en la cama. Si se veía obligado a dejarlos atrás, telefoneaba a diario para preguntar por sus deposiciones y su estado emocional. A falta de información concluyente (sus diarios desaparecieron en 1945), es imposible confirmar si Canaris estuvo acompañado por sus adorados perros en sus visitas al Lutetia. Si estaban presentes, es seguro que disfrutarían de una acogida impecablemente profesional por parte del personal del hotel: una cama propia y sabrosas sobras del plato del almirante. Si, por el contrario, Canaris se vio obligado a viajar sin ellos, y si los británicos estaban escuchando las llamadas de la Abwehr (como él sospechaba), quizá cometieron el mismo error que el jefe de la policía secreta española, de quien se dice que, al interceptar conversaciones telefónicas de Canaris en España, se declaró perplejo ante el ávido interés del almirante por los hábitos digestivos de un par de agentes de la Abwehr llamados Seppel y Sabine.

Inteligencia

Mientras la mayoría de los soldados alemanes correteaban por París haciendo compras y celebrando la victoria, Oscar Reile ha trabajado sin descanso examinando los miles de expedientes secretos franceses que han caído en sus manos y que se supone que debe analizar. El almirante Canaris ha venido a ver qué ha descubierto y espera un informe.

Reile es un hombre diligente. Su tarea principal consiste en montar una red de contrainteligencia en Francia, pero ha dedicado tanto tiempo a analizar ese inmenso botín de documentos secretos que siente que va con mucho retraso. Junto a un conjunto de papeles que ofrece información vital sobre individuos que espiaban para Francia, en Alemania, antes de la guerra, están los archivos de la Sûreté nationale, que —asombrosamente— han quedado intactos. Estos documentos, pertenecientes al servicio de inteligencia exterior francés, el Deuxième Bureau, y capturados en un tren cerca de Charité-sur-Loire, aportan hallazgos adicionales de gran importancia, incluidas referencias a personas que suministraron información a los franceses y nuevas perspectivas sobre las actividades de espionaje de los servicios secretos galos.

Mientras expone sus hallazgos, Reile observa a su jefe sin saber muy bien qué pensar de él. «El almirante era un buen oyente. Se sentó en silencio frente a mí. Sus ojos, de un azul claro, parecían ver a través de mí. Su pelo, blanco como la nieve, brillaba, pero sus rasgos me parecían impasibles.»[57] Los documentos ofrecen información útil y fascinante sobre el pasado, explica Reile. Muchos de ellos tendrán que enviarse al cuartel general de la Abwehr en Berlín, donde la información se usará para identificar y neutralizar a agentes franceses que quizá sigan trabajando contra el Reich. Sin

embargo, la necesidad más acuciante —tal como lo ve Reile— es establecer qué está ocurriendo en Francia ahora. La Sección IIIF de la Abwehr es responsable de recabar información sobre posibles redes de resistencia en la zona ocupada. Necesita averiguar si los británicos están activos en Francia y reclutar una nueva red de agentes. Parece que la diligencia de Reile logra tranquilizar del todo a Canaris: aprueba sus propuestas y lo deja proceder. Concluida la inspección, Canaris y Rudolph cenan en el Lutetia con otros oficiales superiores. Mientras saborea con placer la calidad de la comida y el vino, Canaris puede felicitarse por su excelente elección de cuartel general. Y luego, de vuelta a Berlín.

A diferencia de muchos oficiales de la Abwehr en París, al coronel Reile le interesan menos las ventajas de su destino que la tarea profesional que tiene por delante: en cuanto Canaris se marcha, inicia la búsqueda para reunir una red de agentes de confianza —los llamados *V-Leute* («personas de confianza», término derivado de *V-Mann* y, a su vez, de *Vertrauensmann*, «hombre de confianza»)— para trabajar en París y en la zona ocupada. Como primer paso trae a varios *V-Leute* con experiencia que ya habían trabajado como agentes antes de la guerra: la mayoría no son nacionales alemanes, todos hablan francés con fluidez y en esos instantes esperan en Bélgica y Luxemburgo para ser desplegados de nuevo. En un momento en que hay miles de ciudadanos franceses de Alsacia-Lorena, Bélgica y Luxemburgo desplazándose en busca de alojamiento y empleo en Francia, la coyuntura parece propicia para integrar a esos agentes, con nombres falsos, como refugiados en

diversas ciudades francesas. Una de sus primeras tareas será buscar nuevos reclutas para colaborar con la Abwehr: Reile no puede arriesgarse a enviar agentes ya conocidos a la zona no ocupada, donde la contrainteligencia francesa podría reconocerlos. Hay que encontrar caras nuevas, y rápido.

Regreso a París

James Joyce y Paul Léon son hombres de costumbres.

Aquel verano de 1940, en el pequeño pueblo de Saint-Gérand-le-Puy, los dos eruditos establecen una rutina diaria. Cada mañana, hacia las once, Joyce va a buscar a Léon a la granja donde se aloja. [58] Golpea la valla con su bastón.

«*Le voilà!*», grita Paul, apresurándose a salir a su encuentro.

A veces, se sientan en el jardín y ven cómo a Lucie tiende la colada, o se sientan con ella mientras cuida de un niño americano mientras los padres del pequeño hacen las maletas para volver a casa. Con más frecuencia, Joyce y Léon pasean juntos, del brazo, avanzando por el camino hasta un tronco de árbol donde se sientan durante horas, a veces hablando, más a menudo en silencio. Luego regresan y se ponen a trabajar en los preparativos de una nueva edición de *Finnegans Wake*.

Pero esta situación agradable no puede durar. Tiene que haber movimiento de algún tipo. Hay que tomar decisiones.

A los Léon se les ha acabado el dinero. Lucie, el principal sostén económico de la casa, necesita volver a su trabajo como corresponsal de moda del *New York Herald Tribune*. Estados Unidos

aún no está en guerra, las casas de moda han reabierto, y las norteamericanas están impacientes por saber cómo se las arreglan las parisinas con las restricciones en tiempos de guerra. Para Paul, el deseo de regresar es el deseo de recobrar lo familiar: quiere sentarse en su escritorio, rodeado de sus libros, y reanudar en su estudio el trabajo sobre Jean-Jacques Rousseau que ocupa sus pensamientos. Y, por encima de todo, está la educación de su hijo Alexis: el chico tiene que sacarse el *baccalauréat*. Y, además, no tienen ropa de abrigo.

Lucie es la primera en marcharse: sale hacia París el 16 de agosto. Joyce la despide en la parada del autobús de Saint-Gérand. Paul la acompaña hasta la estación de tren de Vichy, rogándole que le consiga pronto un permiso para reunirse con ella. Dos semanas después, Paul Léon está de vuelta en París, de modo que los Joyce se quedan solos en el pueblo. Maria Jolas ya se ha ido a Estados Unidos.

«En aquel momento todo parecía razonable», escribió Lucie después de la guerra. «Sólo más tarde nos dimos cuenta del error que habíamos cometido.»

Los Léon no son los únicos que subestiman el peligro en que se encuentran. Muchos judíos nacidos en el extranjero y que llevaban décadas viviendo en Francia, así como muchos judíos franceses cuyas familias llevaban generaciones en el país, no podían o no querían creer que la República, donde todos los ciudadanos eran iguales ante la ley, pudiera traicionarlos. Cuando, en octubre de 1940, un censo oficial alemán exigió a los judíos que registraran su

presencia, en París respondieron cerca de ciento cincuenta mil judíos. Ciudadanos diligentes y respetuosos con la ley, creían que, si el Estado les pedía hacer algo, debían obedecer. Como ciudadanos franceses naturalizados, los padres de Eva Tichauer evitaron el internamiento.[59] Tras el armisticio, en lugar de intentar cruzar a la zona no ocupada o buscar otra vía de escape, deciden que Eva —su única hija superviviente, su única esperanza de futuro— debe terminar sus estudios de Medicina. Como Anna Seghers, como Paul Léon, los Tichauer valoran la educación por encima de todo. Si temen por su propio futuro, eligen ignorar el riesgo por el bien de su hija. Y, además, son ciudadanos franceses, lo que ha de contar para algo. Así que vuelven a París y Eva retoma su vida donde la había dejado.

Anna Seghers también ha decidido volver a París con los niños. Resulta chocante ver las esvásticas ondeando en los edificios, los uniformes alemanes en las calles, los carteles de ese soldado rubio con el niño —«¡Ciudadanos abandonados, confiad en el soldado alemán!»—, pero no sabe qué otra cosa hacer.[60]

Sus principales preocupaciones son la falta de dinero y cómo conseguir noticias de László en el campo en que se halla internado, en los Pirineos. Seghers quiere escapar a toda costa del París ocupado, pero necesita tiempo para averiguar cómo hacerlo. Mientras tanto, tienen que vivir en alguna parte. No pueden volver a su piso: la Gestapo conocerá la dirección. Encuentra una habitación pequeña en la rue Saint-Sulpice, donde pueden quedarse unas semanas, y vende la última joya que su padre le había regalado. Les

basta para vivir, aunque sea por los pelos. Al menos, los niños nunca llegan a pasar verdadera hambre. Incluso en la presente situación, Anna no vacila en su convicción de que, estén donde estén y sean cuales sean las circunstancias, los niños deben seguir aprendiendo. Cuando descubre que algunas escuelas imparten cursos de verano, inscribe de inmediato a Pierre en el Lycée Louis-le-Grand, cerca de la Sorbona, donde también estudia Alexis, el hijo de Paul Léon. Para Ruth encuentra una escuela de primaria en el sexto *arrondissement*.

Mientras los convoyes alemanes suben y bajan por la rue Saint-Jacques, el profesor de Geografía de Pierre anima a sus alumnos mostrándoles mapas del mundo: «Los británicos tienen Adén, el Cabo y Singapur. ¡Aún no está todo perdido!»

Al principio, a Pierre aquel verano en París le parece una gran aventura digna de su adorado Alexandre Dumas: su madre lo envía en pequeñas misiones secretas para contactar con amigos, visitar su antiguo apartamento y averiguar, con discreción, si es posible recuperar algunas de sus cosas. En Meudon, mientras está con su amiga Else, un vecino le dice a Pierre que la Gestapo fue a buscar a Anna y a László en julio, pero que no ha vuelto desde entonces. La casa está vacía. Sus dueños siguen fuera. Pierre y Else se cuelan por la puerta trasera y suben de puntillas al primer piso, donde reúnen deprisa unas cuantas pertenencias. Al descubrir el manuscrito de *La séptima cruz* en un cajón, Else decide quemarlo «para que no caiga en manos de los nazis». Cuando Pierre se lo cuenta después a su madre, la ve llorar por primera vez en su vida. De las cinco copias preciosas que Anna había hecho de su novela, aquélla era la única que se había quedado para sí.

El relato del vecino confirma que Anna figura en una lista de buscados por los nazis. Tienen que seguir moviéndose. Durante una breve temporada consiguen alojamiento con una pareja anciana, y luego vuelven a trasladarse. Esta vez, Anna envía a Pierre a visitar a su amiga Lore Wolf. Cuando llega al piso, la portera lo lleva aparte y le dice que la Gestapo ha venido esa misma mañana y se ha llevado a Lore. Pierre se queda de piedra. «¿Y qué hay de su hijo?» El niño puede regresar del colegio en cualquier momento. «No te preocupes», dice la portera. Ella se ocupará del niño. Por primera vez, Pierre comprende la realidad de su situación. Aterrorizado, sale del edificio, mirando si alguien lo sigue. Baja las escaleras del metro de cuatro en cuatro, toma el primer tren que llega y cambia de línea varias veces antes de, por fin, volver corriendo para contarle a su madre lo ocurrido.

Durante un tiempo, la familia vive escondida, cada miembro oculto en un sitio distinto. Pero no pueden continuar así. Tienen que intentar cruzar a la zona no ocupada y localizar a László. Anna no tiene contactos en el sur, pero deben salir de París antes de que sea demasiado tarde.

En julio de 1940, el Gobierno de Vichy crea una comisión para estudiar los casos de extranjeros naturalizados después de 1927, a muchos de los cuales se les revoca la ciudadanía francesa, privando así a miles de ciudadanos nacidos en el extranjero —principalmente judíos— de la protección del Estado francés. Con la pérdida de su preciosa nacionalidad francesa, los Tichauer vuelven a ser, una vez más, judíos apátridas. Cuando se introducen nuevas restricciones

que excluyen a los judíos de la universidad, Eva tiene que renunciar a sus estudios de Medicina. La condición de Theodor, su padre, como destacado socialdemócrata lo sitúa en los primeros puestos de una lista de personas buscadas por los nazis. Todas las señales están ahí, diciéndoles que deben huir, y deprisa. Deben ir a Marsella, adonde se dirige todo el mundo.

Y, sin embargo, como los Léon, eligen quedarse en París, a pesar, incluso, de la imposición de nuevas restricciones que limitan sus libertades.

Marsella

> Debería entender, dijo él, que las ciudades francesas no están ahí para que yo viva en ellas, sino para que salga de ellas.
>
> ANNA SEGHERS, *Tránsito*[61]

En el verano de 1940, Marsella parece una escena salida de una visión medieval del infierno: las calles y los cafés abarrotados de miles de refugiados sumidos en la desesperación —alemanes, checos, polacos, yugoslavos, belgas, holandeses, españoles—, todos en busca del mismo premio: un visado; no importa mucho para dónde, con tal de que los saque de Francia.

Cada mañana hacen cola ante los consulados de los países a los que esperan huir, o por los que necesitan pasar. Pero el visado, una vez obtenido, es sólo el primer paso de un proceso tan complejo que tiene la cualidad de un sueño especialmente inquietante: el visado permite a un refugiado solicitar a las autoridades francesas permiso

para quedarse en Marsella durante un período limitado a fin de preparar su salida. Luego debe encontrar un barco que lo lleve a su destino final, o a una escala intermedia.

En todos los casos, se requiere un permiso de salida francés, algo que resulta imposible de conseguir a quienes están en la lista de extradición de los nazis, porque la Francia de Vichy no se lo concederá. Todos los visados y permisos son temporales, de modo que el esfuerzo por coordinar los necesarios visados de entrada, tránsito y salida precisa de un equilibrio extraordinariamente delicado. Mientras tanto, los refugiados deben sobrevivir con la ayuda de comités de auxilio, que les proporcionan alimentos, vales de comida, donativos y dinero en efectivo.

Se encuentran unos con otros en los cafés del viejo puerto o en La Canebière, donde se enseñan «sus papeles válidos o inválidos, pasaportes, pasaportes provisionales, carnets de identidad, carnets de identidad provisionales; aguzan el oído para escuchar rumores sobre barcos que entran y barcos que salen; siempre con el riesgo de ser detenidos en una de las redadas y llevados a prisión o deportados a un campo de internamiento».[62] Pero ese riesgo hay que correrlo. Quienes se quedan al margen están perdidos. El Gobierno de Vichy aplica con entusiasmo el acuerdo de armisticio, entregando fugitivos a la Gestapo.

El breve período de Arthur Koestler en la Legión Extranjera lo ha eximido —si no de otra cosa— de un segundo internamiento. Decidido a llegar a Inglaterra, ha ido abriéndose paso lentamente hacia Marsella. Al salir de la estación, la primera persona que ve —

reconocible al instante entre la multitud por su estatura y su mata de pelo blanco— es el doctor Rudolf Breitscheid, antiguo ministro alemán del Interior, dirigente destacado del SPD, antiguo participante en el Comité Lutetia, y uno de los fugitivos políticos más buscados por los nazis.

«¿Y este atuendo tan elegante?», pregunta Breitscheid, mirando el uniforme de Koestler.[63]

Ambos se retiran a la tercera planta del Hotel Normandie, donde la esposa de Breitscheid prepara café en un hornillo de alcohol mientras Breitscheid golpea la pared de la habitación contigua. Segundos después, aparece el antiguo ministro de Hacienda, el doctor Rudolf Hilferding, en bata. Hilferding, otro destacado socialdemócrata, también figura muy arriba en las listas de buscados por los nazis.

El pequeño grupo se sienta en la cama a beber café y comer uvas, e intercambia noticias sobre amigos y colegas. Ambos políticos tienen visados para Estados Unidos, pero —la historia de siempre— no tienen visados de salida franceses. Cuando Koestler les pregunta por qué no intentan tomar alguna ruta extraoficial, los hombres responden con tono indignado que se niegan siquiera a contemplar tal opción, seguros de que las autoridades de Vichy les concederán lo que necesitan. Koestler escucha, incrédulo, cómo Breitscheid declara que el artículo 19 es «una mera formalidad, para humillar a los franceses». Nunca se ejecutará.

Seis meses después, Breitscheid y Hilferding siguen atrapados en Marsella.[64] El 11 de febrero de 1941, las autoridades francesas los entregan a los alemanes.

Si Breitscheid y Hilferding permanecen atrapados por su tenaz fe en las fuerzas de la «legalidad y la rectitud», la mayoría de quienes figuran en las listas de buscados por los nazis saben perfectamente qué los aguarda si no salen de Francia. Varian Fry y sus voluntarios también entienden lo que está en juego. Dada la incertidumbre persistente sobre la posibilidad de salir de Marsella en barco, Fry decide arriesgarse a probar otra vía: conduce a sus protegidos a través de los Pirineos, cruzan la frontera española y atraviesan la España neutral hasta llegar a Portugal, donde podrán esperar un barco para continuar su viaje.

Uno de los primeros en arriesgarse a cruzar este peligroso paso de montaña es también uno de los más ancianos.

Cruzar los Pirineos

Cuando Alfred Kantorowicz llega a Marsella con un salvoconducto de dos semanas, junto con su esposa, Friedel, para encajar las últimas piezas del puzle de su salida hacia México, encuentra la ciudad «atestada de premios Nobel, poetas, profesores, presidentes del Senado, clérigos, príncipes, ministros, excelencias, todos los cuales agradecerían pasar por simples Müller o Meier, Dupont o Durant». [65] Cuando se entera de que Heinrich Mann está entre la multitud, Kantorowicz telefonea a su amigo y mentor para sugerirle que se vean. Mann le explica que es demasiado arriesgado reunirse en su hotel. También hay que evitar el centro. Le propone quedar en un lugar en las afueras a las doce del mediodía, una hora en la que hasta los gendarmes se toman un descanso para comer.

Imaginemos a Heinrich Mann esperando bajo una palmera, tan formal como siempre, con unos holgados pantalones de lino y una chaqueta veraniega, un sombrero para protegerse del sol y de las miradas indiscretas, su rostro mustio todavía reconocible para quienes lo conocen bien: el bigote fino y, tras las gafas brillantes, los familiares ojos azul pálido. Kantorowicz, que siempre ha sido enjuto, está ahora más delgado que nunca, sus ojos resplandecen de alegría mientras avanza para saludar a Mann con premura, sin querer llamar la atención. Mann le dice que conoce un buen restaurante al que pueden llegar por calles secundarias. Los dos hombres buscados por los nazis se ponen en marcha en silencio, en busca del almuerzo.

Por fuera, el restaurante no parece gran cosa. Por dentro, revela una abundancia de cocina tradicional francesa, desplegada en un menú de una longitud sobresaliente. Mann alarga la mano hacia la carta de vinos, la examina con cuidado y sugiere que empiecen con un rosado.

> Comimos y bebimos en silencio. Después de vaciar la botella de rosado, pidió un borgoña de 1912. [...] Después de que termináramos también esa botella, se recostó en el anticuado asiento de felpa, miró a su alrededor como extraviado y se dijo a sí mismo, en su dialecto del norte de Alemania: «*Tjä*, se supone que voy a América... Allí probablemente sólo habrá restaurantes de comida rápida...»

Cuando se separan, de nuevo en silencio, Kantorowicz se pregunta qué significa para este escritor —cuya vida y obra están tan

íntimamente ligadas a Francia, que habla el idioma con soltura, que escribe sobre sus reyes— tener que huir de su segundo hogar, igual que huyó de su país natal siete años antes.

Heinrich, Nelly y el sobrino de Heinrich, Golo Mann, salen de Marsella en tren al amanecer del 12 de septiembre de 1940.[66] Con ellos viajan Franz Werfel y Alma Mahler-Werfel, viuda del compositor Gustav Mahler. El grupo lo encabeza Varian Fry. Alma llega acompañada por una docena de maletas que contienen las partituras de Mahler, además de su amplio guardarropa. Como no considera la idea de dejar nada atrás, Fry tiene que ocuparse él mismo del equipaje, viajando por separado. Conduce al pequeño grupo hasta su coche de primera clase y les recuerda que se supone que son turistas que van de excursión. Es un viaje de doce horas para llegar a España, demasiado tiempo para sostener la farsa.

Todo va bien hasta que llegan a Cerbère, en la frontera francesa, donde los recibe uno de los voluntarios de Fry, enviado para decirles que el trayecto en tren hasta la primera localidad española, Portbou, ya no es seguro. Tendrán que cruzar las montañas a pie, sosteniendo la ficción de que son veraneantes que han salido a hacer una caminata tranquila. La ruta por los Pirineos está bien señalizada, pero aun así están a punto de perderse. Franz Werfel tiene sobrepeso y problemas cardíacos. Heinrich Mann tiene casi setenta años y en ocasiones Nelly o Golo tienen que sostenerlo y, prácticamente, cargar con él. Pero cuando por fin llegan a la frontera española, los guardias los dejan pasar sin siquiera mirarlos. En la estación de Portbou se reúnen con su equipaje y con Varian Fry, que

ha sobornado a los guardias españoles para que hagan la vista gorda con el peculiar grupo de extranjeros sudorosos que están punto de subir al tren de Barcelona. El resto del viaje los llevará a la Ciudad Condal, después a Madrid y de ahí a Lisboa.

En octubre de 1940, Heinrich Mann y su familia salen de Lisboa rumbo a Nueva York en un transatlántico griego. A bordo viajan también, entre muchos otros, Leopold Schwarzschild, los Werfel, y Alfred Döblin y su familia. Se trata de los más afortunados, de los que han logrado salir deprisa. En Nueva York, Heinrich se reúne con su hermano Thomas, quien lo lleva al Hotel Bedford, donde beben vermut, comen un buen almuerzo y viajan a Princeton, donde vive Thomas Mann. Así comienza su segundo exilio.[67]

Los agentes de la Gestapo que persiguen a Heinrich Mann llegan a Cerbère al día siguiente de su salida de Francia.

Der alte Benjamin

Lisa Fittko duerme en una pequeña buhardilla del pueblo costero de Port-Vendres cuando alguien llama a la puerta.

Es temprano por la mañana, el 23 de septiembre de 1940, apenas un par de semanas después de que Heinrich Mann dejara Marsella.

> Tenía que ser la niña de abajo; me levanté y abrí la puerta. Pero no era la niña. Me froté los ojos entrecerrados. Era uno de nuestros amigos, Walter Benjamin [...] *Der alte Benjamin*, «el viejo Benjamin», lo llamaba yo; no sé muy bien por qué: tenía apenas cuarenta y ocho años o así.

—*Gnädige Frau* —dijo—. Perdone la intrusión; espero que no sea un momento inoportuno.

El mundo se está desmoronando, pensé, pero la cortesía de Benjamin es inquebrantable.

—*Ihr Herr Gemahl* me explicó cómo podía encontrarla —continuó—. Me dijo: «Ella lo llevará al otro lado de la frontera hacia España.»

¿Qué había dicho mi honorable esposo? Eso era muy propio de él, dar por hecho que yo me las arreglaría. [...]

—Pero ¿se hace cargo de que no soy una guía experimentada en esta zona? Ni siquiera conozco el camino; todavía no he subido allí yo misma. Lo único que tengo es un papel con un croquis de la ruta, que el alcalde dibujó de memoria. [...] ¿Quiere correr el riesgo?

—Por supuesto —respondió sin vacilar—. No ir sería lo verdaderamente arriesgado.[68]

Lisa Fittko escapó de Gurs en el caos del avance alemán, llegó a Marsella con documentación falsa y, finalmente, se reunió con su marido, Hans, periodista que había coincidido en el campo de internamiento de Vernuche con Walter Benjamin al comienzo de la guerra. Como todos los demás, Hans y Lisa han estado intentando encontrar la forma de salir de Francia y han concluido que la idea de esperar un barco roza la locura. Son jóvenes y están organizados y decididos: intentarán tomar la ruta que conduce a través de los Pirineos. Lisa se instala en Port-Vendres, un puerto al pie del Pirineo oriental, para recabar más información. La ruta más fácil, la que

tomó Heinrich Mann, ya no es segura. Lisa contacta con un alcalde socialista de Banyuls, bien dispuesto, que le habla de un sendero llamado «la ruta Líster», por el general republicano Líster, que lo utilizó durante la guerra civil española. El alcalde describe la ruta con todo detalle e incluso le dibuja a Lisa un mapa, pero no puede arriesgarse a hacer de guía, de modo que le toca a ella probar por su cuenta.

Mientras tanto, Walter Benjamin viaja de París a Lourdes y de Lourdes a Marsella, donde lleva semanas esperando un visado de salida francés que, al parecer, no va a materializarse. Gracias a los esfuerzos de Max Horkheimer, Benjamin logra al fin un visado de emergencia para Estados Unidos. Tiene los visados de tránsito para España y Portugal. Lo único que falta es ese maldito visado de salida de Francia. Tal vez alentado por el éxito de Heinrich Mann, Benjamin decide tentar la suerte cruzando los Pirineos. Si el viejo Mann pudo, ¿por qué él no? Al fin y al cabo, es veinte años más joven.

La ruta Líster cruza las montañas por arriba, evitando las patrullas alemanas apostadas en el trayecto más directo, situado más abajo. Es un camino exigente y a Lisa le inquieta la afección cardíaca de Benjamin, pero él está decidido a hacer el viaje. El primer día, el grupo —formado por Benjamin, Lisa y otros dos alemanes, Henny Gurland y su hijo adolescente Joseph— hace un reconocimiento del primer tramo con la intención de regresar al pueblo para pasar la noche y salir de nuevo a la mañana siguiente, pero Benjamin está tan exhausto por la subida que insiste en dormir al raso. Su objetivo es cruzar la frontera, explica. Ha alcanzado un tercio de ese objetivo.

Si vuelve ahora al pueblo, sólo para tener que repetir toda la ascensión al día siguiente, es probable que su corazón no lo resista. Así pues, razona, se quedará donde está. A regañadientes, lo dejan sentado bajo un árbol, aferrado a un maletín negro de cuero del que dice que contiene un manuscrito de vital importancia para él.

Cuando regresan por la mañana, Lisa se siente aliviada al encontrar a Benjamin ileso, aunque algo aterido, todavía abrazado a su maletín. Se ponen en marcha, pero a Benjamin le falta tanto el resuello que deben detenerse cada diez minutos a descansar. Lisa y Joseph se turnan para llevar el maletín. En un momento dado, incluso tienen que cargar con el propio Benjamin. Cuando alcanzan un punto elevado, se sientan a almorzar.

—Con su permiso, *gnädige Frau* —dice Benjamin cuando Lisa le pasa los tomates—, ¿puedo servirme?

Empiezan el descenso y caminan hasta que, por fin, llegan a la frontera española, en Portbou. Lisa entrega sus visados de tránsito, reprimiendo la emoción por estar tan cerca de la meta. Pero los guardias civiles niegan con la cabeza. No puede pasar, dicen. Sus visados de tránsito para España ya no son válidos. Lisa se queda helada. «¿Desde cuándo?» «Desde ayer.» Cambiaron las normas.

Llevan al grupo, bajo custodia, hasta un hotel en Portbou, para ser escoltados de vuelta a la frontera francesa en tren a la mañana siguiente.

La muerte de Walter Benjamin se registra a las 10 p. m. del 26 de septiembre de 1940, confirmada por un juez, al que llamaron para atender al «viajero extranjero», y que encontró a Benjamin muerto

en su cama, vestido de pies a cabeza.[69] La causa de la muerte se consigna como «hemorragia cerebral», debido a que el médico o bien malinterpretó los signos o bien evitó de manera deliberada, por compasión, dictaminar un suicidio, dado que el suicidio era un delito penal en España y habría tenido que remitirse a la policía.

La noche anterior, el 25 de septiembre, Walter Benjamin envió una postal a Ginebra, al Instituto de Investigación Social, e hizo cuatro llamadas telefónicas desde el hotel; no se sabe a quién. Esa noche, un médico español atendió a Benjamin. No está claro quién lo llamó ni por qué exactamente. Las últimas palabras de Walter Benjamin quedaron escritas en una postal dirigida a Henny Gurland, que ella destruyó durante su huida y luego reconstruyó de memoria:

> Al encontrarme sin salida, no me queda más opción que poner fin a todo. Será en un pequeño pueblo de los Pirineos, donde nadie me conoce, donde mi vida llegará a su fin. Por favor, haga llegar mis pensamientos a mi amigo Adorno y explíquele la situación en la que me hallo. No me queda tiempo suficiente para escribir todas las cartas que me habría gustado escribir.[70]

Al día siguiente, la frontera se reabre. Si Benjamin hubiera viajado un día antes o un día después, es probable que hubiera sobrevivido. Ésa fue su tragedia particular. Perdió la esperanza, como tantos otros exiliados en los años anteriores, y se rindió ante este último obstáculo, en apariencia insalvable.

La última vez que Arthur Koestler vio a Walter Benjamin fue en Marsella unas semanas antes de su partida. Benjamin le preguntó: «Si algo se tuerce, ¿tienes algo para tomar?»[71] Era una pregunta bastante común por entonces: todo el mundo llevaba algo «por si acaso». Koestler no tenía nada, así que Benjamin se ofreció a compartir lo suyo con su amigo: «Sesenta y dos pastillas de un sedante, conseguidas en Berlín durante la semana que siguió al incendio del Reichstag. Lo hizo a regañadientes, porque no sabía si las treinta y una pastillas que le quedaban serían suficientes.»

Durante siete años, Benjamin había llevado las pastillas consigo, «por si acaso» ocurría lo peor. Se diría que el momento había llegado, y treinta y una pastillas fueron más que suficientes.

El «manuscrito» que Benjamin llevaba consigo y al que estaba tan apegado nunca apareció. Las pertenencias entregadas al juzgado de Figueras el 5 de octubre de 1940 se describieron así: «Un maletín de cuero como los que usan los hombres de negocios, un reloj de hombre, una pipa, seis fotografías, una radiografía, gafas, varias cartas, revistas y algunos otros papeles cuyo contenido se desconoce, y también algo de dinero.»[72]

Arthur Koestler logró llegar a Londres pasando por el norte de África, en compañía de un grupo de prisioneros de guerra británicos fugados. No oyó la noticia hasta muchas semanas después: «Walter Benjamin, autor y crítico, mi vecino en el 10 de la rue Dombasle en París, cuarto en nuestras partidas de póquer de los sábados, y una de las personas más extrañas e ingeniosas que he conocido.»[73]

Es un epitafio tan bueno como cualquier otro.

El final de Willi Münzenberg

No mucho después de la muerte de Benjamin, en octubre de 1940, una breve nota en un periódico francés anuncia el hallazgo, en un bosque cerca de Grenoble, del cadáver del conocido propagandista de izquierdas Willi Münzenberg.[74] De su cuerpo rechoncho y de sus poderosos hombros no queda más que un cadáver en descomposición, que unos cazadores descubren con una cuerda rota alrededor del cuello; el extremo opuesto de la soga seguía colgando de la rama de un árbol cercano. Cuando la policía examinó lo que llevaba en los bolsillos, encontró unas gafas, un certificado médico en el que se declaraba que el portador padecía una úlcera de estómago, un documento de identidad de extranjero sin derecho a trabajar, un carné del PEN, una declaración de pérdida de la nacionalidad alemana y una postal, fechada el 18 de junio de 1940, de una tal «Mme. B. Gross», Barracón S del campo de Gurs, en los Pirineos.

La causa oficial de la muerte, suicidio, no se la cree nadie que esté al tanto de la situación, aunque el mundo está muy ocupado con la guerra, y la muerte de Münzenberg apenas se menciona en la prensa internacional. Cuando la muerte fue en busca de Willi en aquel bosque cerca de Grenoble, sólo podía presentarse bajo dos disfraces: como agente de la Gestapo o como agente del NKVD.

Babette y los amigos de Willi no tienen dudas: Willi Münzenberg era un antiguo comunista muy conocido que había roto abiertamente con la Komintern y que había rechazado a Stalin. Stalin jamás olvidaba un agravio, y el brazo del NKVD era largo. Apenas

unas semanas antes, la noticia de la violenta muerte de Trotski en México había saltado a todos los titulares.

A falta de hechos, sólo quedan teorías: la última vez que alguien vio a Willi Münzenberg fue el 21 de junio de 1940, cuando dejó a sus compañeros en busca de un coche que lo llevase a Gurs para encontrarse con Babette. Alguien mencionó a un «tercer hombre» que, según se dice, apareció misteriosamente en el campo de Chambaran y alentó los planes de fuga de Willi antes de desaparecer de nuevo. Aparte de eso, nadie sabe nada.

Abundancia

El coronel Rudolph ya ha establecido una rutina. Por las tardes, baja, saluda al camarero en francés con su fuerte acento —*Bonsssoir!*—, se dirige a su mesa favorita y se acomoda para preguntar, con ganas, qué hay para cenar en el menú. El camarero recita los platos del día, el tipo de comida que los parisinos antes daban por sentada y con la que ahora sólo pueden soñar. Carne, caza, aves, pescado, nata, setas chantarelas, espárragos de temporada, alcachofas, tomates maduros... Y luego llega el turno de Weber: Weber, con su apellido de resonancia alemana. «¿Qué recomienda para acompañar el plato de esta noche, Weber? Tenemos invitados de Berlín, así que algo especial, ¿eh?»

El coronel Rudolph no tiene deberes operativos propiamente dichos. Es responsable de supervisar el funcionamiento de la Sección Lutetia

y de agasajar a los oficiales de alto rango de la Abwehr que vienen de visita. Cuando cena solo, su postura erguida es inmediatamente reconocible desde atrás: los hombros rectos, el tenedor suspendido entre el plato y la boca, la cabeza inclinada, entregado al interesante asunto de comer. A menudo lo acompaña su secretaria, fräulein Juhl, y no tardan en enfrascarse en la discusión de algún asunto de gran interés para los dos. Todo el mundo sabe, por supuesto, que son amantes. Se casarán en cuanto se formalice el divorcio de Rudolph. Mientras tanto, Juhl dirige la oficina de Rudolph; la gobierna, dicen algunos; toma las decisiones; «lleva los pantalones».[75] Quizá. Juhl deja poca huella en los registros oficiales, ni siquiera un nombre de pila, de modo que es difícil asegurarlo.

¿Pasean ella y Rudolph juntos por las calles vacías de París al anochecer? ¿Se toman de la mano en el Pont Saint-Michel? ¿Contemplan la negra tinta del río Sena y la silueta oscura de Notre-Dame alzándose ante ellos, mientras hablan de lo que harán cuando termine la guerra?

Mientras los alemanes se llenan la barriga, los habitantes de París tienen dos cosas en la cabeza: comida y combustible. Desde septiembre de 1940, se impone el racionamiento a los franceses, que ahora necesitan cupones para conseguir alimentos básicos como pan, huevos y carne. A medida que escasean los suministros, los parisinos tienen que sustituir el café de la mañana por achicoria e ingeniárselas para hacer comestible la infame *rutabaga* (nabo sueco), una verdura que suele dársele al ganado y que ahora aparece con frecuencia en el menú.

Un día, el personal del Lutetia ve cómo se embalan una gran cantidad de cajas, cajones y botellas. ¿Para quién es todo aquello? Nadie ha pedido nada.[76]

«Sí, sí, es para el almirante Canaris. Está en Berlín. ¿Un error, quizá? Pues no: no era un error. Un avión había venido expresamente de Berlín hasta París para llevárselo todo: el *foie gras*, el buen vino y el resto. ¡En plena guerra!»

Los gustos caros del almirante Canaris marcan la línea para el resto de la Abwehr.[77] No es sólo París la que proporciona a Canaris sus *delicatessen*: el almirante importa sus alimentos favoritos del país que los produzca en cada momento, incluida una querencia especial por las fresas españolas. También se sabe que es generoso en sus presentes: a una de sus favoritas le regala una tabaquera con incrustaciones de diamantes que se dice que perteneció a Napoleón, presumiblemente birlada en Francia. Con sueldos decentes, dietas espléndidas y poco escrutinio desde Berlín, pocos miembros de la Abwehr destinados en las diversas *Abwehrstellen* repartidas por toda Europa pueden resistirse a la tentación de pegarse la gran vida, y la Sección Lutetia no es una excepción. Esa actitud general de «arrambla con cuanto puedas» no es sólo cosa de Canaris, sino de la propia naturaleza de la ocupación alemana.

A pequeña escala, los soldados alemanes pueden comprar cuanto gusten y enviar productos de lujo a sus familias, gracias a un tipo de cambio enormemente favorable y fijado por los ocupantes. A gran escala, todo está orientado a nutrir el voraz esfuerzo bélico alemán: el Gobierno de Vichy se ve obligado a pagar la ocupación alemana a razón de millones de reichsmarks al día, al tiempo que la mayor parte de la producción agrícola e industrial de Francia debe enviarse

a Alemania. Si eso conlleva que los franceses tengan que sobrevivir a base de nabo sueco y achicoria, pues que así sea.

Bureau Otto

Uno de los mecanismos más escandalosos mediante los cuales la administración alemana expolia de manera sistemática el territorio conquistado es un sistema de oficinas oficiales de compras, conocidas como *bureaux d'achats*. Cada departamento tiene la suya: la Luftwaffe, la Kriegsmarine, la Gestapo, el SD... Todo el mundo quiere su ración del pastel colectivo. Los *bureaux d'achats* vinculados a la Abwehr cumplen una doble función: sirven de tapadera para las actividades de sus agentes y, al mismo tiempo, los subvencionan de un modo que escapa casi a cualquier control. El elegido para dirigir la oficina de París acabará siendo tan notorio que la oficina tomará su nombre.

Hermann Brandl, conocido como Otto, es un afable hombre de negocios bávaro, de cuarenta y tantos años, a quien el coronel Rudolph reclutó en un principio para la Abwehr en la década de 1930.[78] Brandl aportaba entonces pequeños retales de información sin especial relevancia y reclutó a un puñado de agentes en Bruselas. Tras el armisticio, se presentó en el Lutetia y se puso a las órdenes del coronel, listo para volver a servir a la Abwehr.

Cuando los británicos interrogaron a Rudolph en 1946, afirmó que a Brandl lo empleaba el ayudante del intendente general de la sección parisina de la Abwehr, el capitán Wilhelm Radecke, como una especie de factótum: al principio se ocupaba de problemas

relacionados con el alojamiento, hasta que, en septiembre de 1940, se le encargó dirigir una nueva organización creada para realizar compras a gran escala de bienes escasos en Alemania. Según esta versión, Brandl se limita a recibir órdenes del Ejército alemán, compra los bienes solicitados y el capitán Radecke organiza su transporte a Alemania. En esta tarea los ayudan un par de administrativos, entre ellos una secretaria, Mary Waldtraut-Jacobson, sudafricana con nacionalidad alemana, que lleva las cuentas, dirige el departamento de personal y, casualmente, es amante de Brandl.

La realidad es algo menos inocua.

El «Bureau Otto» se dirige desde el Hotel Lutetia con el objetivo oficial de financiar las operaciones de la Abwehr. Con una libertad casi total para actuar a su antojo, y bajo la mínima supervisión del coronel Rudolph, Brandl cultiva relaciones con quienquiera que pueda serle útil en sus asuntos, y va tejiendo una red de informadores pagados que localizan mercancías para comprar y que, además, constituyen una rica fuente de inteligencia para el departamento de contraespionaje de Oscar Reile. Al mismo tiempo, Brandl hace contactos con la Gestapo y las SS. Lo que quieran, Otto puede conseguirlo: champán, vinos de añada, joyas, botas de goma, pieles de oveja, textiles. La organización crece tanto que ocupa enormes almacenes a lo largo de los muelles de Saint-Ouen, repletos hasta los topes de seda, cajas de champán de añada, perfume femenino, medicamentos, sombreros de caballero, muebles, cuadros, alfombras, neumáticos, coches, carbón, cuero, lana, acero... El propio Brandl vive en un hotel particular en la Square du Bois de Boulogne, no lejos de la avenue Foch. El negocio se expande de tal forma que se requisan para su uso varios edificios de la misma

calle, hasta que la oficina tiene que trasladarse a unas instalaciones mayores en el decimosexto *arrondissement*.

Brandl es un hombre ocupado: come y cena con lo más granado de la sociedad francesa; usa sus conexiones para buscar suministros, favores, contactos, pistas. Luego se planta ante la Gestapo o las SS con un regalito para uno, un soplo para otro, un servicio prestado, un servicio devuelto... En medio de todo esto, compra no sólo bienes, sino información, chivatazos, servicios de inteligencia, garantizándose la lealtad de los agentes con regalos que la inducen. También se enriquece: se embolsa una comisión del 1 % por cada transacción y amasa una fortuna inmensa. Su novia, Mary Waldtraut-Jacobson, dirige el departamento de personal. Con más de cuatrocientos empleados, no es poca cosa.

Brandl no es muy escrupuloso a la hora de conseguir lo que quiere. Entre sus empleados hay un delincuente menor llamado Henri Lafont (cuyo nombre real es Henri Chamberlain), jefe de una banda sanguinaria conocida como la banda de Carlingue o de Bonny-Lafont, junto con su lugarteniente, Pierre Bonny, un policía caído en desgracia implicado en el asunto Stavisky. Lafont estaba cumpliendo condena en la prisión de Cherche-Midi, al otro lado de la calle del Lutetia, cuando la invasión alemana le brindó la oportunidad de huir. Cuando el capitán Radecke incorporó los servicios de Lafont, ordenó amablemente la liberación de veintiocho hombres de la prisión de Fresnes para que oficiaran como «personal» de Lafont. Avanzada la guerra, Bonny y Lafont abandonan la Abwehr en favor de la Gestapo, que les ofrece aún

más oportunidades de enriquecerse: les facilita carnets oficiales de policía, armas, pistolas y gasolina. Conocidos ahora como la banda de la rue Lauriston, por la dirección donde se instalan, ambos desarrollan un lucrativo negocio secundario: cazar judíos y desmantelar células de la Resistencia. Otro antiguo empleado de Brandl, Frédéric Martin, alias Rudy de Mérode, se convierte en jefe de la Gestapo francesa en Neuilly.

¡Cómo debieron de pavonearse al entrar por primera vez en el Lutetia y sentarse con los oficiales alemanes, pidiendo champán a los camareros franceses, altivos y desdeñosos! ¡Qué difícil debió de ser conservar una pátina de neutralidad profesional ante aquellos criminales!

El retrato cambia. Al coronel Rudolph, ese «caballero seguro de sí mismo» y antiguo oficial de caballería a quien el idealista Oscar Reile admira tanto, otros miembros de la Abwehr lo describen como alguien que emplea a Hermann Brandl como su «matón», y que concede a éste y a Radecke el privilegio de entrar en su despacho cuando quieren, mientras que los oficiales corrientes de la Abwehr se ven obligados a esperar. La imagen de un entorno ajetreado de profesionales militares que se limitan a cumplir con su trabajo deja paso a algo mucho más sórdido: la codicia ha entrado por la puerta giratoria del Lutetia, junto con su compañera, la corrupción.

Un frío consuelo

A medida que el otoño se convierte en invierno y baja la temperatura, la apariencia de normalidad que hizo de París un lugar tan extraño durante el verano se resquebraja y deja al descubierto el miedo y, más abajo, el resentimiento: los parisinos se congelan en sus apartamentos y pasan hambre mientras los ocupantes se dan la gran vida en Maxim's o en Fouquet's.

El invierno de 1940-1941 es excepcionalmente frío. Los parisinos se reúnen allí donde pueden para entrar en calor. Los cines se llenan. La afiliación a las bibliotecas se duplica. Algunos se limitan a quedarse en casa, escribiendo diarios en la cama o trabajando en obras eruditas largamente aplazadas, volcándose en el estudio para olvidar el pellizco constante del hambre. En su gélido estudio de la rue des Favourites, Samuel Beckett construye una tienda de campaña de lona en la que él y su novia, Suzanne Déchevaux-Dumesnil, se acurrucan para leer o escribir, envueltos en capas y capas de ropa.[79]

Los actos de resistencia directa son escasos al principio de la guerra: la situación sigue siendo fluida y aún no toma una forma concreta. El general De Gaulle es una figura poco conocida que emite mensajes en un vacío de éter, y sólo unas pocas personas están dispuestas a escucharlo. Quienes desean hacer algo se sienten aislados, varados en medio de una población que parece demasiado dispuesta a acomodarse a la nueva realidad.

Pero algo se mueve. La creencia de que pronto la Alemania nazi derrotará a los británicos se desvanece tras la batalla de Inglaterra. Una tenue corriente de esperanza empieza a recorrer Francia. Algunas almas audaces comienzan a organizarse en grupos informales: compañeros de trabajo, amigos que confían los unos en los otros. La respetada antropóloga Germaine Tillion y sus colegas forman una red llamada Musée de l'Homme (Museo del Hombre), por su lugar de trabajo. El buen amigo de Beckett, el intelectual y amante de la poesía Alfred Péron, regresa a París tras la desmovilización para retomar su puesto como profesor de inglés en el Lycée Buffon, donde encuentra en su colega Suzanne Roussel un espíritu afín y la determinación para actuar.

Las redes de la Resistencia empiezan a brotar como setas en la oscuridad, ayudadas por los británicos, que aportan fondos, orientación y guía. Para Oscar Reile, ha llegado la hora de hacer sus primeros movimientos en el juego de contraespionaje que tanto le gusta.

Calamidad

Durante tres meses, James Joyce luchó de forma incansable contra la burocracia suiza, mientras sus amigos hacían cuanto estaba a su alcance para convencer a unos funcionarios indiferentes en Zúrich y Lausana de lo vital que era permitir que uno de los escritores más grandes del mundo escapara de Francia. En diciembre de 1940, él y su familia llegaron por fin a Zúrich. Apenas unas semanas después,

la úlcera que llevaba tanto tiempo atormentándolo se perforó. Joyce murió de peritonitis el 13 de enero de 1941.

Esa misma noche, en París, Paul Léon sale, como de costumbre, a comprar dos paquetes de cigarrillos en el bistró de la esquina de la rue de Bourgogne, donde Joyce y él se reunieron cada día durante años. Al verlo, el encargado rompe a llorar.

«Qué calamidad, *monsieur*... ¡Todo por culpa de esta guerra terrible!»[80]

Al principio, Léon no tiene ni idea de qué le está hablando. Entonces, el encargado se lo explica: Radio Lausanne había anunciado ese mismo día la muerte de Joyce.

Durante días, Paul no logra siquiera hablar de su amigo. Doce años de empeños compartidos, de erudición, de acuerdos financieros ridículamente complicados, de contratos editoriales laberínticos, de discusiones sobre asuntos triviales y graves, de comidas juntos, de decepciones soportadas. De risas, conversaciones, silencios... todos compartidos.

El 2 de febrero de 1941, cumpleaños de Joyce, los Léon invitan a cenar en su piso a Samuel Beckett, al poeta Léon-Paul Fargue y a la pintora madame Chériane. De algún modo, y pese al racionamiento, consiguen apañárselas para celebrar un pequeño festín: Paul ha encontrado anguilas ahumadas en la pescadería rusa; Lucie aporta vieiras; un tendero del barrio les vende unas perdicillas. Es una velada cargada de emoción, alejada de la guerra. Rememoran a Joyce, escuchan grabaciones de *Anna Livia Plurabelle* sólo por el placer de oír de nuevo la voz del escritor.

Hotel Drouot

No mucho después, Paul Léon descubre que el casero de Joyce planea celebrar una subasta ilegal para vender las pertenencias del escritor que hay en el piso de la rue des Vignes.[81] El propietario quiere cobrar un alquiler atrasado, que, como es obvio, nadie puede pagarle. Cuando Léon intenta persuadirlo para que espere hasta el final de la guerra, éste amenaza con embargar todo lo que hay en el apartamento. Luego aparece un anuncio público: la subasta de las pertenencias de Joyce se celebrará el 7 de marzo de 1941 en el Hotel Drouot.

Desesperado por poner a salvo los documentos más valiosos de Joyce, Paul Léon desafía el toque de queda nocturno y va a la rue des Vignes no una, sino varias veces, sobornando al conserje y contándole que tiene que subir a recoger sus propias pertenencias, para que lo deje pasar. Rescata tantos papeles y libros de Joyce como puede cargar, rezando angustiado por no toparse con una patrulla alemana mientras camina por las calles oscuras con un carrito, acompañado por un manitas.

Léon mete los documentos más importantes en diecinueve sobres marrones de manila y los lleva a la embajada irlandesa con instrucciones de que se entreguen a la National Library of Ireland, donde deberán conservarse sellados durante cincuenta años. Es su último acto de devoción hacia su querido amigo, ya desaparecido.

En el Hotel Drouot, los lotes de la subasta están dispuestos sin orden ni concierto, en cestas colocadas alrededor de la sala. La

mayoría de los presentes parecen más interesados en los muebles y otros enseres domésticos que en las primeras ediciones esparcidas entre los relojes, la ropa de cama y la loza. Paul sabe con precisión cuáles son los libros por los que merece la pena pujar. Alec, el hermano de Lucie, escondido en la zona no ocupada, les ha enviado dinero, lo que permite a Paul recomprar casi todos los libros de valor. Dominada por una dolorosa nostalgia, Lucie compra algunos objetos domésticos que cree que le gustarían a Nora: alguna ropa de cama, el bloc de escritura de cuero de Joyce, su abrecartas.

Cœurs Vaillants

Hace frío en Le Vernet, y va a más cada vez que lo visitan.[82] Para Pierre y Ruth es duro ver a su padre encarcelado tras el alambre de espino, pero los internados son amables con los niños y preparan una sopa caliente con sus propias raciones, para que mantengan el calor. Cuando llega el invierno, sopla un viento maligno, *le vent d'autan*, que baja de los Pirineos, cuyas cumbres se cubren pronto de nieve.

Anna y los niños se alojan en Pamiers, una pequeña ciudad situada a pocos kilómetros del campo de internamiento de Le Vernet. Anna ha alquilado habitaciones en la casa de una vidente, madame Jeanne, quien, pese a su aire misterioso y sus cartas del tarot, resulta ser una mujer amable y discreta. Pasando por alto la falta de papeles y el acento extranjero de Anna, Jeanne se limita a sugerir a la familia que entre por la puerta lateral. Cada día, al caer la tarde, Anna observa a las muchachas tímidas que se deslizan

hasta el interior de la casa para consultar a su oráculo local. Una noche, madame Jeanne lee la palma de la mano del amigo de Anna, Kurt Stern, y declara con solemnidad: «Creo, señor, que va a emprender pronto un largo viaje.»

Los niños han vuelto a la escuela: Ruth está en cuarto curso de la École supérieure des jeunes filles, Pierre, en segundo del Collège des garçons. Aunque los alumnos tengan que cantar *Maréchal, nous voilà!*, himno oficioso en honor a Pétain, a Pierre le reconforta estar en clase con los demás. Entre visita y visita a László en Le Vernet, Anna escribe cartas y pasa días enteros en la biblioteca local releyendo a Balzac. A veces viaja a Foix, a Marsella o a Toulouse, empeñada en encontrar una forma de salir de Francia. Tiene la suerte de contar con amigos en el extranjero, en Nueva York y México, que no la han olvidado. El cónsul general de México en Marsella tiene listas de personalidades que se hallan amenazadas. Cuando Anna se entera de que a ella y a su familia se les ha concedido un visado mexicano, su alegría se convierte pronto en consternación al descubrir que los papeles están expedidos con su seudónimo, no con su nombre legal, Netty Radványi. Pierden más tiempo mientras intenta corregir el error. Al mismo tiempo, se suceden las entrevistas humillantes: al presentarse ante un comité de ayuda a intelectuales, un escritor alemán le pregunta: «¿Y puede mostrarnos al menos una o dos de sus obras, señorita Seghers, para que nuestros colegas americanos vean que están tratando con una escritora de verdad?»

Lo que más consuelo prodiga a los niños en ese tiempo es leer las aventuras de Tintín, publicadas en la serie francesa de cómics *Cœurs Vaillants*. Cuando están decaídos, Anna los anima con el latiguillo:

«¿Quién no le tiene miedo a nada, y digo a nada? ¡Tintín! ¿Y quién lo sigue a todas partes, y digo a todas partes? ¡Milú!»

Durante esas jornadas frías y oscuras, son sus hijos quienes salvan a Anna de la desesperación. Es la necesidad absoluta de garantizar la supervivencia de Pierre y Ruth lo que le insufla energía mientras va de un consulado a otro buscando la combinación mágica de documentos que, por fin, les abra la puerta de huida.

A mediados de diciembre, Anna recibe el visado corregido y, a principios de enero de 1941, un visado de salida que permite a la familia llegar a Estados Unidos y México vía Marsella. Trasladan a László a Les Milles, que ahora funciona como campo de tránsito.

Por fin pueden estar juntos, alojados en un hotelucho de Marsella donde Anna escribe apoyándose en una maleta, entre la cama y el hornillo de gas. En la nueva escuela de Pierre, uno de sus compañeros le da un panfleto que, a primera vista, parece un poema que glorifica a Hitler pero que, al doblarse, se convierte en un texto antinazi. Pierre se entusiasma. Quiere quedarse en Francia a luchar. Quiere ser un mosquetero, ser Tintín, Edmond Dantès... Pero también sabe qué les ocurrirá a sus padres si no se marchan. Los cafés están llenos de rumores. La comida escasea. En un día que no hay clase, Anna les da algo de dinero a los niños para que tomen el barco hasta el Château d'If y sigan la pista del conde de Montecristo.

No es hasta marzo de 1941 cuando la familia consigue por fin su último sello, *Vu, bon à embarquer*, y sube a un carguero, el *Capitaine Paul-Lemerle*, para zarpar hacia Martinica y, de allí, a México.

El barco tiene veinte años; la bodega de proa está reservada a la carga y dos bodegas de popa acogen a doscientos o trescientos refugiados, una destinada a las mujeres, y otra, a los hombres. Hay filas de literas improvisadas, no hay ojos de buey, sólo una escalera que asciende hacia el puente de popa. La mayoría de los pasajeros son republicanos españoles, algunos de los cuales ocuparon cargos importantes. Entre los refugiados políticos está el revolucionario ruso Victor Serge, con su hijo de veinte años. Alfred y Friedel Kantorowicz también están allí; llegaron por los pelos, después de que Kantorowicz estuviera a punto de ser detenido apenas unas horas antes de la salida.[83] En la cubierta superior, viajan algunos pasajeros franceses privilegiados, entre ellos André Breton y Claude Lévi-Strauss. A veces, los niños alcanzan a ver a Breton en el puente, mirando al mar, con una bufanda enorme enrollada al cuello. No se mezcla con la multitud de la cubierta de popa.

Mientras bordean la costa de España, con Barcelona claramente visible a lo lejos, los españoles lloran por su república perdida. Luego, el Atlántico: una travesía de unas doce jornadas. Durante todo ese tiempo, Anna toma notas para el libro que se convertirá en su obra más famosa, *Tránsito*. Le pregunta a Pierre: al final, ¿el héroe debería marcharse de Francia o quedarse? Pierre responde con rotundidad que debería quedarse.

Los pocos afortunados

Entre los exiliados que lograron salir de Francia se encontraban, por lo general, quienes tenían dinero y contactos: autores, periodistas, estudiosos, artistas, hombres y mujeres considerados «intelectuales eminentes» dignos de ser rescatados. Incluso para ese reducido grupo, hicieron falta semanas y meses de espera, de correspondencia, de colas y respuestas a preguntas humillantes, hasta que alguien estampó por fin el sello mágico en el pasaporte y pudieron marcharse. Gustav Regler y Babette Gross llegaron a México; Arthur Koestler consiguió llegar a Inglaterra; Manès Sperber, a Suiza; Lion y Marta Feuchtwanger se reunieron con Heinrich y Nelly Mann en Estados Unidos. Gracias a Varian Fry, Fred y Lilo Stein partieron hacia Nueva York en mayo de 1941, llevando consigo su cámara Leica, algunos negativos y a su bebé. Gisèle Freund recibió una invitación para quedarse en Argentina por parte de otra de sus influyentes amigas, Victoria Ocampo, quien —como Adrienne Monnier— actuó como mentora, brindándole la oportunidad de conocer y fotografiar a escritores y artistas como Jorge Luis Borges y Pablo Neruda. Lisa y Hans Fittko estaban a punto de abandonar Francia cuando Varian Fry les rogó que siguieran actuando como guías. Durante los meses siguientes, en coordinación con el Emergency Rescue Committee, los Fittko guiaron a decenas de refugiados a través de los Pirineos, llevando gente al otro lado varias veces por semana. Al final, ellos también lograron escapar, rumbo a Cuba.

Estos afortunados afrontaron un futuro incierto en su segundo exilio: habían esquivado la persecución, pero sobrevivir no era más

fácil que en Francia, y quién sabía cuánto duraría esta vez su estancia. En 1941 no había indicios del fin del conflicto, ni esperanza de poder regresar algún día con seguridad a Europa. Aunque acontecía físicamente lejos, la guerra seguía absorbiendo su atención mientras se angustiaban por quienes habían dejado atrás.

El destino de la mayoría de los alemanes y austríacos residentes en Francia fue dispar: algunos permanecieron en campos como Gurs o Le Vernet, para acabar, con el tiempo, en manos de la Gestapo. De los que se alistaron en el Ejército francés o fueron llamados a servicios auxiliares como *prestataires*, algunos lograron huir a Inglaterra o a la zona no ocupada, pero muchos fueron capturados por los franceses y encarcelados.

Tras el ajetreo de salidas que siguió al armisticio, el campo de Gurs pasó de ser una prisión masiva a convertirse en un lugar de refugio para quienes no tenían adónde ir.[84] Allí, en una zona remota de los Pirineos, olvidados por el mundo exterior, los miembros de esa comunidad aislada comenzaron a desarrollar una rutina, en cuyo seno floreció también la vida cultural. En el otoño de 1940, el campo volvió a abarrotarse cuando más de seis mil quinientos judíos alemanes fueron expulsados de los estados del suroeste de Baden, el Palatinado y el Sarre. Entre los recién llegados había numerosos artistas, músicos e intelectuales. Aún llegarían más, trasladados desde el campo de Saint-Cyprien.

Poco a poco, los talentos presentes en el campo empiezan a aflorar. Las autoridades del campo no interfieren. Los internados levantan un escenario; aparece milagrosamente un piano de cola. El

artista de cabaret berlinés Alfred Nathan organiza veladas en las que Ruth Rauch baila mientras su madre, Margot, toca el piano en la orquesta. A veces, Margot toca a dúo con el distinguido pianista Hans Ebbecke; otras es el compositor Hans Meyerowitz quien interpreta a Beethoven y Bach. Fritz Brunner, primer violín de la Filarmónica de Viena, organiza un coro y una pequeña orquesta. Pronto están interpretando a Scarlatti, a Händel, a Palestrina, a Corelli y a Mozart. La hermosa música resuena entre las montañas silenciosas e indiferentes.

Con el paso del tiempo, la presencia militar alemana en Marsella aumenta; la labor del Emergency Rescue Committee se va restringiendo y Varian Fry se ve obligado a abandonar Francia. Al inicio de la Ocupación, los esfuerzos del Ejército alemán por crear una sensación de calma dieron resultado. La gente decía: «Al fin y al cabo, se comportan bien y son educados.» Eso ayudó a muchos a reconciliarse con la realidad de tener que vivir bajo ocupación enemiga. Pero aquello no podía durar.

El 22 de junio de 1941 se produce un cambio profundo en el rumbo de la guerra cuando Alemania invade la Unión Soviética.

Bachot

Es un cálido día de verano cuando Samuel Beckett divisa una figura encorvada y familiar caminando por la calle.[85] Con asombro y alarma, reconoce a Paul Léon. ¿Qué demonios hace aún en París? En

los últimos meses, Beckett ha sido testigo del rápido deterioro de la situación de los judíos en Francia. Ha visto a amigos judíos insultados, apaleados en la calle, expulsados de sus trabajos. Y las cosas empeoran de manera constante. Beckett insta a Léon a abandonar la ciudad de inmediato, como ya han hecho otras familias judías.

«Tengo que esperar hasta mañana, cuando mi hijo se examine del *bachot*», responde el abnegado padre (el *bachot* es el *baccalauréat*, el bachillerato que Alexis Léon, de dieciséis años, está realizando en el Lycée Louis-le-Grand).

Al día siguiente, el 21 de agosto de 1941, Paul Léon es detenido en una redada de la policía parisina e internado en el campo de Drancy, cerca de la ciudad. Diez días después, Samuel Beckett se incorpora a la Resistencia. La fecha es significativa no sólo por el vínculo que revela entre la decisión de Beckett y el arresto de su amigo, sino porque refleja también una tendencia más amplia en toda Francia: la resistencia, al principio esporádica, empieza a crecer. Pronto, esta resistencia se convertirá en la Resistencia, aunque todavía consiste en pequeñas células dispersas por todo el país.

La noticia trascendental de la invasión alemana de la Unión Soviética tiene dos efectos directos e interrelacionados: primero, el traslado de miles de tropas alemanas hacia el este, dejando partes de Francia casi sin vigilancia, de modo que un hombre puede ocultarse durante semanas o meses en la zona no ocupada sin que lo encuentren. El segundo efecto es liberar a los comunistas franceses de la posición imposible en la que los había dejado el anuncio del pacto Molotov-

Ribbentrop. Al fin, ya no se trata de una guerra imperialista a expensas del proletariado: los bárbaros están a las puertas y hay que detenerlos. Los comunistas aportan a la Resistencia redes ya establecidas, la costumbre de trabajar en la clandestinidad y experiencia de acción colectiva.

Los actos de sabotaje, antes raros, se vuelven cada vez más frecuentes, alterando el frágil *statu quo* que ha existido entre ocupantes y ocupados desde junio de 1940.[86] Cuando se ataca a personal alemán, siguen brutales represalias contra la población civil y los nazis ejecutan a cientos de rehenes. Esto refuerza la resistencia, lo que a su vez incrementa los esfuerzos de contraespionaje alemán para capturar a miembros de la Resistencia y a saboteadores, lo cual conlleva un mayor número de juicios ante tribunales militares desbordados.

Al mismo tiempo, las políticas represivas contra los judíos se endurecen.[87] La primera detención masiva en París se produjo en mayo de 1941, cuando la policía francesa reunió a algo menos de cuatro mil judíos (en su mayoría, polacos). Después de junio de 1941, la situación empeora de manera constante: en tan sólo dos días de agosto de 1941, más de cuatro mil varones judíos de entre dieciocho y cincuenta años —entre ellos Paul Léon— son arrestados y llevados a Drancy. Es una ironía trágica que la lista de nombres que emplea la policía se compilara a partir del índice a cuya elaboración tantos judíos habían contribuido diligentemente en octubre de 1940.

Juegos de espías

En París, la vida continuaba.[88] Cada día, al mediodía, cuando la compañía de guardia desfilaba por los Campos Elíseos acompañada por una banda, cientos, a veces miles de personas se reunían para ver el desfile. Rara vez se veía en sus rostros una expresión de cólera u odio. Por su gran tradición militar, los franceses sentían una atracción particular por las manifestaciones de fuerza y disciplina. Y por las tardes, en los bulevares, frente a los cafés, ¿no se veía a soldados alemanes y civiles locales conversando amistosamente?

A Reile le van bien las cosas.[89] Ha reunido un grupo de agentes muy eficaces que, en 1941, encadenan una serie de victorias asombrosas sobre la naciente Resistencia francesa. Su concepción optimista de una población francesa aquiescente, que admira a sus conquistadores y confraterniza con ellos, refuerza su confianza —durante esos primeros tiempos— en la idea de que quienes eligen actuar contra los ocupantes son una pequeña minoría, cuyos esfuerzos se verán fácilmente sofocados. Su primer gran golpe es la «Operación Porto», dirigida por Andreas Folmer, un luxemburgués cultivado, de origen alemán, a quien Reile reclutó antes de la guerra y que, en París, se convierte en su amigo más cercano. Los dos hombres pasan buena parte de su tiempo libre juntos, evitando los placeres sórdidos de la ciudad y dedicando sus días de permiso a cazar en la campiña francesa. «Porto», llamada así por Reile «en honor al excelente vino portugués», empieza en junio de 1941, con Folmer haciéndose pasar por un intermediario enviado desde Londres para dirigir células de la Resistencia en París, a las que transmite instrucciones supuestamente británicas pero que, en

realidad, proceden del Lutetia. La operación llega a su punto culminante en septiembre, cuando la célula desobedece las órdenes de Folmer y ataca a dos oficiales alemanes.

Sospechando que la tapadera de su agente ha quedado al descubierto, Reile ordena detenciones masivas. En el transcurso de varios días, 962 personas son encarceladas. Se las somete a consejo de guerra; muchas, son condenadas a muerte.

Tras «Porto» llega «Paul», o «Interallié». Esta compleja operación la dirige otro de los reclutas estrella de Reile, Hugo Bleicher, un alemán de Hamburgo que demuestra ser un agente de talento excepcional. Bleicher es perspicaz, capaz, instruido, un interrogador competente, muy hábil a la hora de obtener información sin recurrir a la violencia. Como Reile, Bleicher detesta a la Gestapo y desconfía de ella; odia los métodos nazis y está decidido a trabajar a su manera. La red «Interallié» se dirige desde Londres y la encabeza en París un polaco volátil y carismático, Roman Czerniawski, junto con su novia, Mathilde Carré. En noviembre de 1941, Bleicher da en el clavo cuando descubre la principal dirección utilizada por la red, en la Villa Léandre, en Montmartre. Una redada conduce no sólo al arresto de Carré y Czerniawski, sino a un enorme botín de documentos. Cuando Bleicher logra que Mathilde Carré se convierta en agente doble, confirma su condición de recluta estrella de Reile.

Como uno de los operarios de mayor éxito de la Abwehr, Bleicher quizá tenga derecho a estar resentido por no recibir rango de oficial: es un simple *Feldwebel*, es decir, un sargento, lo que lo sitúa en pie de desigualdad frente a los oficiales de la Abwehr que pululan en el Lutetia por el despacho del adjunto de Reile, el mayor Schäfer. Le escuece, porque, en su opinión, los oficiales de la Abwehr en Francia

—con la excepción de Reile— son bastante inútiles para el contraespionaje; su único talento apreciable consiste en «abastecer a la central de Berlín con mercancías del mercado negro imposibles de conseguir en Alemania» y así engordar los bolsillos colectivos germanos. Bleicher no sale mal parado de su alianza con la Abwehr: él y su amante, Suzanne Laurent, viven con considerable comodidad en diversos hoteles y apartamentos, hasta lograr un buen piso en el número 76 de la rue Pergolèse, en el decimosexto *arrondissement*, cerca de la avenue Foch. Pero la falta de reconocimiento lo corroe por dentro.

Los primeros éxitos de Reile al desmantelar redes de la Resistencia tienen poco impacto en el panorama general de Francia. Irritado por los atascos en los tribunales militares, frustrado por la aparente incapacidad de sus fuerzas de ocupación para erradicar la Resistencia, en diciembre de 1941 Hitler emite una directiva, con nombre en clave *Nacht und Nebel* («noche y niebla»), que permite a las autoridades alemanas detener a individuos considerados peligrosos para la seguridad alemana sin seguir los procedimientos legales habituales. No habrá más juicios. Las familias de los miembros de la Resistencia no recibirán información. Los prisioneros no tendrán derecho a correspondencia; no podrán recibir paquetes. Se los llevan de noche y desaparecen sin dejar rastro.

A medida que el lazo se estrecha, crece el resentimiento contra los alemanes. Cuando Estados Unidos entra en la guerra, en diciembre de 1941, la victoria nazi deja de parecer algo inevitable, lo que anima a más franceses a actuar.

El sacerdote

Ahora ya no se puede entrar sin más en el Hotel Lutetia, y menos aún si se tiene en cuenta el espionaje. De modo que, cuando un posible nuevo recluta se pone en contacto con Oscar Reile —y llega muy recomendado—, el coronel arregla una cita con él en una villa cerca del Bois de Boulogne, una ubicación tan bien situada que cualquier vigilancia puede detectarse enseguida. Aun así, por precaución, los dos hombres entran en la casa a oscuras.

El candidato es bajo, moreno, con la frente alta y unos ojos que semejan pequeños botones duros.[90] Habla un alemán perfecto. Su francés, también perfecto, tiene un ligero acento, algo que puede explicarse fácilmente alegando, por ejemplo, que procede del Sarre. En realidad, nació en Luxemburgo, estudió Teología en Friburgo y fue ordenado sacerdote en Suiza. El hombre de treinta y cuatro años, que se ha vestido de paisano para su visita a Reile, cuenta con la tapadera perfecta para postularse como espía: desde 1935 es sacerdote en la parroquia de La Varenne Saint-Hilaire, a las afueras de París, donde predica con regularidad encendidos sermones antinazis. Tiene fama de patriota fervoroso y es miembro de una célula de la resistencia que presta ayuda humanitaria a fugitivos y aviadores aliados que intentan cruzar a la zona no ocupada. Y, por supuesto, está su sotana negra, un atuendo que inspira confianza en el acto.

Se llama Robert Alesch. Será responsable de la traición de decenas de miembros de la Resistencia francesa. El impacto de sus acciones es tan devastador que en 1949 se encontrará, tras un largo juicio, frente a un pelotón de fusilamiento francés.

Reile se muestra encantado de aceptar los servicios que le ofrecen: Alesch se presenta como un firme partidario del acercamiento franco-alemán y más adelante demuestra (en la visión, teñida de rosa, de Reile) ser «un joven vivaz, muy inteligente, alegre, que apreciaba los buenos vinos y no ocultaba que no desdeñaba los placeres sensuales». En realidad, Alesch es ambicioso y narcisista, lo consume un ardiente deseo de que lo nombren vicario en la Chapelle Saint-Joseph de la rue La Fayette de París, una iglesia perteneciente a la Misión Católica Luxemburguesa que ocupa una posición mucho más prestigiosa que Saint-Hilaire. Para alcanzar ese objetivo, Alesch primero se ha hecho amigo del jefe del Partido Nazi luxemburgués y luego ha adquirido la ciudadanía alemana para ingresar en el Partido Popular Alemán de Luxemburgo en Francia, formación afín a los nazis.

El talento de Alesch para el disimulo lo hace destacar pronto como un agente muy eficaz. No tarda en llevar una doble vida, tan absolutamente escindida que cabría pensar que no se trata de una persona sino de dos, como si lo hubieran desgarrado de forma drástica y dolorosa. Es un sacerdote, empapado de teología cristiana, y es un espía —el agente Axel— que traiciona a quienes le confían la vida.

La explicación más evidente para su conducta es la codicia: gracias a su relación con los ocupantes, amasa una pequeña fortuna. La Abwehr le paga un estipendio mensual, además de una generosa prima por cada miembro de la Resistencia que entrega. Pronto gana lo suficiente para llevar una vida de notable depravación: pasa las tardes bebiendo con los oficiales de la Abwehr en el Lutetia y las noches con sus dos amantes en un elegante piso

de la rue Spontini, antes de regresar por la mañana a su parroquia para ponerse la sotana y predicar el patriotismo a sus feligreses.

Pero la naturaleza humana es compleja y no es sólo la promesa de dinero lo que atrae a Alesch: «Los alemanes me halagaban con cumplidos que no eran inmerecidos. Admiraban mi conocimiento de lenguas, mi finura psicológica e incluso mi sentido innato de la aventura. En cuanto a mí, sentí que esta nueva ocupación explotaba un punto débil de mi alma del que no había sido consciente hasta entonces, y que al final terminó por gustarme.»

Alesch descubrió en sí mismo un apetito que, una vez despierto, ya nunca se saciaría: anhelaba más dinero, más sexo, más poder. Su primera traición fue quizá la más atroz, porque traicionó la confianza de los jóvenes de su parroquia que le revelaron sus actividades secretas en la Resistencia. Después fue diezmando una red tras otra... ¿y para qué? ¿Monedas de oro, sexo y un piso elegante? ¿O para sentirse importante?

Las acciones de Alesch no eran algo aislado, desde luego. Entre Andreas Folmer y Hugo Bleicher hicieron más daño a la Resistencia que Alesch. Pero Folmer y Bleicher, como Oscar Reile, practicaban el «juego» del contraespionaje con cierto orgullo profesional. Los papeles que interpretaban en nombre de la Abwehr eran ficticios; su tapadera formaba parte del trabajo, y el enemigo jugaba exactamente el mismo juego, pero a la inversa. Las traiciones de Alesch, en cambio, estaban ligadas de manera indisoluble a su condición de sacerdote. Al traicionar a otros, traicionaba algo profundo dentro de sí mismo.

Hay otra razón para hablar de él: una conexión que también lo imbrica en nuestra historia.

Gloria

Un informe de 1944 de la Dirección de Operaciones Especiales británica (SOE por sus siglas en inglés) describe así a Samuel Beckett: «Edad: 38. 1,82 metros. Bien constituido, pero encorvado. Pelo oscuro. Color de piel saludable. Muy silencioso. Agente en París. Actuó como secretario e hizo fotografiar informes. Irlandés conocido por GLORIA antes de la guerra.»[91]

El irlandés —observa el oficial de inteligencia con un humor involuntario— no es sólo silencioso, sino «muy silencioso».

Cuando Samuel Beckett decide unirse a la Resistencia tras el arresto de Paul Léon, es el sofisticado, ingenioso y sensible profesor de inglés Alfred Péron (nombres en clave: «Buffon», «Dickie», «Moby») quien lo recluta. Péron es uno de los amigos más íntimos de Beckett: ambos se conocieron como estudiantes en el Trinity College de Dublín, en 1926, donde Péron pasó un año como *lecteur* de francés. Al regresar a París lo hizo luciendo unos *plus fours* (pantalones bombachos), muy de moda en Dublín, pero objeto de burla en Francia.[92] Cuando Beckett llegó a su vez a París como lector de inglés, ambos retomaron la amistad. A lo largo de los años, almorzaron y jugaron al tenis juntos en innumerables ocasiones; Péron tradujo al francés la obra temprana de Beckett, y colaboraron en una traducción de un fragmento de *Anna Livia Plurabelle* de Joyce.

La red a la que pertenecen Alfred y su esposa Maya, nacida en Rusia y conocida como Mania, se llama Gloria SMH (inversión de HMS:

His Majesty's Service, «Servicio de su Majestad»).[93] Fue cofundada en mayo de 1941 por otra amiga común, Jeannine Picabia, la diminuta hija de veintisiete años del pintor surrealista Francis Picabia. Jeannine trabaja con varios grupos bajo distintos alias y dirige Gloria SMH junto con un ingeniero químico llamado Jacques Legrand. Alfred Péron se convierte pronto en un miembro importante de la red, al igual que su colega, la profesora de inglés Suzanne Roussel (nombre en clave: «Hélène»). Tanto ella como Alfred desempeñan un papel activo en el reclutamiento de nuevos agentes.

Gloria SMH se dirige desde Londres; su objetivo principal es reunir y transmitir información sobre las operaciones y movimientos nazis. Jacques Legrand también colabora estrechamente con Germaine Tillion, cuya red, el Musée de l'Homme, fue de las primeras en sufrir la traición. Tras su desmantelamiento, Tillion empezó a cooperar con Gloria SMH.

Los dirigentes de Gloria SMH reclutan agentes, ante todo, entre amigos en quienes creen poder confiar. Es una forma de proceder *amateur* y una garantía de filtraciones.

El trabajo de Beckett consiste en mecanografiar y traducir informe del francés al inglés. Se le da bien: posee una capacidad de concentración asombrosa y una meticulosidad extrema. «Me traían esa información en pedacitos, en retazos de papel [...] Era un grupo enorme. ¡Eran los *boy scouts*! Me lo traían todo. Yo lo pasaba a máquina, bien limpio.»[94]

Hecha su parte, Beckett lleva los mecanoscritos a un hombre conocido como «Jimmy el Griego», que los fotografía en microfilm. El microfilm se introduce a su vez en una caja de cerillas o se imprime en un papel de fumar que se enrolla alrededor de una aguja y se mete dentro de un cigarrillo. Los mensajes se transportan luego a la zona no ocupada, casi siempre a través de la madre de Jeannine, la también diminuta Gabrielle Buffet-Picabia, de sesenta años y aspecto inocente. Es Alfred Péron quien le lleva a Beckett el material. Tienen una coartada perfecta, que además es cierta: trabajan juntos en una traducción al francés de la novela de Beckett *Murphy*.

Germaine Tillion y su madre, Emilie, han participado como *résistants* activas desde los primeros días de la guerra, dando cobijo a fugitivos en su casa de Saint-Maur-des-Fossés, que casualmente pertenece a la parroquia vecina a la del padre Robert Alesch. Un día, el joven sacerdote, de aspecto afable, llama a la puerta de Tillion y se presenta; le dice que lo envía uno de sus compañeros de la Resistencia, Maurice Dessinges, y que desea trabajar con su grupo. Tillion es diligente: hace averiguaciones y recibe respuestas tranquilizadoras y positivas. Así que confía de lleno en Alesch, tomándolo por un sacerdote ardientemente gaullista, y lo acoge en su célula.

Drancy

Situada en el extremo noreste de París, la «Cité de la Muette» de Drancy fue concebida originalmente como vivienda social para personas con ingresos moderados. El proyecto fracasó: mal construido y emplazado en un lugar inadecuado, nadie quería vivir allí. Al estallar la guerra, el Gobierno francés requisó el complejo como prisión para comunistas. Tras el armisticio, la Wehrmacht lo utilizó como centro provisional de detención para prisioneros de guerra franceses y británicos, y, a partir de 1941, Drancy se convirtió en campo de internamiento. Ubicado cerca de las estaciones de Bourget-Drancy y Bobigny, el campo acabaría siendo el principal centro de concentración temporal de los judíos arrestados en Francia y destinados a su traslado a campos de concentración. Notorio por sus malas condiciones de vida y por la falta de higiene, en cierto momento llegó a albergar hasta siete mil personas. Paul Léon se encuentra en Drancy dentro de un club supuestamente «privilegiado», conocido como el «grupo de los abogados», mantenido en condiciones apenas algo mejores que las del resto de los prisioneros, pese a que él nunca ejerció formalmente como abogado.

La reacción inmediata de Paul Léon ante el entorno ruidoso, hacinado y sucio al que lo han arrojado es pedir papel y lápiz y comenzar una serie de cartas dirigidas a su esposa, Lucie, la primera de las cuales está fechada al día siguiente de su llegada, el 22 de agosto de 1941, y terminan la víspera de su partida hacia el este. En un total de cuarenta y nueve cartas, unas en francés y otras en ruso,

Léon revela una mente atormentada por tres preocupaciones: el destino de su esposa y su hijo; la educación de su hijo, y su trabajo.

> ¿Cómo está Alexis? Te aconsejo adoptar una actitud de gran prudencia y paciencia. Toda la responsabilidad de la familia recae ahora sobre tus hombros. Debes dominar tus nervios y mantenerte firme. Te amaré aún más por ello, si eso fuera posible.[95]

La salud de Paul Léon se deteriora con rapidez: asmático, puede que diabético, y en muy mala forma física, primero lo tortura el hambre, luego la disentería y después un edema que le hincha dolorosamente las piernas. «Parecen mermelada», escribe. Apenas puede caminar: «Me siento agotado y con los nervios destrozados. El ruido en la sala es espantoso.»

Siempre práctica, Lucie enseguida intenta hallar una manera de aliviar el sufrimiento de su marido. Se alista en la Cruz Roja, organiza una zona de recepción para las familias de prisioneros donde puedan llevar comida para empaquetarla y enviarla al campo de internamiento; visita Drancy varias veces e incluso logra encontrarse con Paul allí, en secreto. Cuando él le ruega por carta que le envíe su biblia, que dejó sobre la mesilla, ella se las ingenia de algún modo para introducir una en el campo, convenciendo a un sacerdote ortodoxo ruso para que se la lleve a ese excéntrico judío de profunda fe cristiana. Léon encuentra un gran consuelo al leerla en voz alta a los demás hombres.

Horrorizado por la situación de Léon, Samuel Beckett ofrece sus raciones a Lucie para que se las lleve a su esposo. «Nunca olvidaré

esa gran bondad por su parte», escribiría Lucie más tarde. «En aquel momento, él estaba probablemente casi tan apurado como nosotros, y sin duda necesitaba esas raciones.»

Conforme pasan las semanas y la posibilidad de una liberación se aleja, las cartas de Paul Léon se vuelven cada vez más desesperadas:

30 de septiembre de 1941

Me preocupa Alexis, su trabajo y su futuro.

6 de noviembre

Te envío abrazos,
te quiero.
Tengo hambre,
todavía no he recibido ni un solo paquete de comida.

8 de noviembre

Ya no tengo cordones amarillos, en realidad no tengo cordones en absoluto. ¿Podrías enviarme un par, por favor? Y terrones de azúcar, queso, mantequilla, tocino...

12 de noviembre

Mi locura produce sueños de expediciones culinarias contigo. «Mi barba se está volviendo blanca como la nieve.»

Por graves que sean, las privaciones físicas que padece Léon son secundarias frente a la angustia mental de este intelectual generoso

y poco práctico, este estudioso de Constant y Rousseau, este padre y marido afectuoso cuyo mundo cálido y familiar de libros y conversación se ha visto sustituido por una brutalidad incomprensible.

29 de noviembre de 1941

> Cuánto anhelo estar cerca de ti y hacer un trabajo de verdad. [...] Aquí nuestra inteligencia se debilita y se desmorona y el entumecimiento se apodera de nosotros. Por la mañana nos despertamos aún capaces de pensar, pero dos horas después todo ha desaparecido, hemos perdido toda capacidad de reflexionar. Es duro, amor mío, es duro. [...] Es doloroso, amor mío, y, sobre todo, es triste. Debo insistir en que Alexis tiene que ir al menos una vez por semana a una clase con Bosqui. Tal como están las cosas, el año pasado perdió todo un trimestre de enseñanza y esto no puede volver a ocurrir. Te lo ruego, haz lo que sea necesario, porque su futuro entero está en juego.

El 12 de diciembre de 1941, el padre de Eva Tichauer, Theodor, es arrestado en París, en otra redada de varones judíos, y trasladado al campo de internamiento de Compiègne, en el norte de Francia.[96] En lugar de huir, la madre de Eva está convencida de que ella y Eva deben quedarse en su apartamento para aguardar allí alguna noticia de él.

«¿De verdad creía mi madre que tenía alguna posibilidad de volver a ver a mi padre?»

Ese mismo día trasladan a Compiègne a muchos de los retenidos en Drancy y pertenecientes al «grupo de los abogados», entre ellos Paul Léon. Este traslado coincide con una nueva detención masiva de 743 judíos franceses en París, conocida como *la rafle des notables* («la redada de los notables»): llevan a todos a Drancy. Paul Léon permanece en Compiègne hasta marzo de 1942, en condiciones aún peores que en Drancy. Luego dividen a los hombres en dos grupos. El primero regresa a Drancy el 19 de marzo de 1942 y más tarde es deportado hacia el este. El segundo grupo lo envían directamente a Auschwitz desde Compiègne. El jueves 26 de marzo de 1942, Léon escribe una última carta a su esposa:

> Querida: nos han contado y mañana salimos; no sé adónde vamos ni cómo. [...] Rezo a Dios cada noche por ti y por Alexis, y también por todos nuestros amigos. Espero volver a verte, aunque no tengo mucha esperanza. Pero lo más importante para mí es decirte que te amo tanto como hace veinte años y que —si no llego a verte otra vez— es a ti a quien amaré por siempre.

El 27 de marzo de 1942, sale de Francia el primer convoy hacia Auschwitz, con 1.112 varones judíos. En él van Paul Léon y Theodor Tichauer. La madre de Eva Tichauer, Erna, viaja sola para verlos partir. No quiere que Eva presencie la marcha de su padre.

Lucie y Alexis Léon están allí para despedirse de Paul, que ahora está tan enfermo que dos hombres tienen que sostenerlo.[97] Lucie

no se deja intimidar, rompe el cordón de la policía militar y trata de hacerle llegar comida a Paul, pero la empujan hacia atrás. Ella y Alexis recorren la estación hasta el otro extremo y agitan la mano para despedirse de Paul a través de una abertura en la valla, hasta que aquél desaparece de su vista. Los hombres parten cantando *La Marsellesa*.

Lucie regresa a París. Una semana después, utiliza sus contactos en la Resistencia para sacar a Alexis de la zona ocupada. Al día siguiente de la partida de su hijo, la Gestapo se presenta en la casa a las seis de la mañana. Han venido a por Alexis y su bicicleta. Lucie logra escapar más tarde a la Zona Libre.

Eva Tichauer y su madre vuelven a su piso de la rue Nollet. Eva duerme en la cama de su padre porque su madre no quiere dormir sola.

Estrella amarilla

En mayo de 1942, Reinhard Heydrich llega a París para presentar personalmente a varios oficiales seleccionados de las fuerzas de ocupación al hombre nombrado por Himmler como nuevo *Höherer* SS- *und Polizeiführer Frankreich* (jefe superior de las SS y de la policía de Francia): Carl Oberg. A Oberg, un nazi fanático al que los franceses acabarán llamando «el carnicero de París», lo han enviado a Francia para aplastar el creciente movimiento de Resistencia. Una nueva reunión entre Heydrich y el secretario general de la policía

francesa, René Bousquet, establece los términos de una cooperación policial más estrecha, no sólo para reprimir la Resistencia, sino también para aplicar las decisiones tomadas en enero en la Conferencia de Wannsee acerca de la «solución final a la cuestión judía». Bousquet se muestra más que dispuesto a colaborar.

La llegada de Carl Oberg no sólo abre una fase nueva y particularmente brutal de la ocupación nazi; también altera de manera fundamental la tarea de la Abwehr en Francia, al entregarse en la práctica a Himmler, por mediación de la Gestapo y de las ss, el control de todas las acciones relacionadas con la Resistencia.[98] A partir de este momento, la Abwehr ya no puede decidir de forma independiente cómo o cuándo actuar contra espías y saboteadores. Oscar Reile ya no goza de libertad para actuar como considere.

La muerte de Reinhard Heydrich a manos de la Resistencia checa, apenas unos días después de su visita a París, no frena la implantación de la nueva y aterradora política nazi respecto de los judíos. El primer convoy que llevó a Paul Léon y a Theodor Tichauer a Auschwitz el 27 de marzo resulta ser sólo un anticipo de lo que está por venir.

En junio de 1942, el jefe de la Oficina Judía en Francia, el oficial de las ss Theodor Dannecker, emite un decreto que ordena que todos los judíos mayores de seis años que vivan en la zona ocupada deben llevar una estrella amarilla. Los judíos deben presentarse en su ayuntamiento o comisaría local, donde han de pagar la estrella o entregar a cambio cupones de racionamiento de ropa. El decreto entra en vigor el 7 de junio de 1942.

Del 16 al 18 de julio de 1942 y, de nuevo, el 10 de agosto, se siguen detenciones masivas de judíos, llevadas a cabo por la policía francesa.

Vel d'Hiv

> Nos avisaron de la *grande rafle*; alguien nos dijo que no abriéramos la puerta. El 16 de julio llamaron. Mi madre abrió. Teníamos el equipaje preparado. En la puerta había dos policías franceses, uno uniformado y otro de paisano. Nos dijeron que nos preparáramos. Teníamos que vestirnos. Mi madre les preguntó si yo podía bajar a recoger unas fotos familiares y unos papeles que se había dejado en la portería. Dijeron que sí. Nunca supe si mi madre quería que escapara, pero yo no podía abandonarla. Volví a subir, y acompañamos a aquellos dos policías hasta la *mairie* del XVII [decimoséptimo *arrondissement*], donde había muchos judíos esperando.[99]

La redada más tristemente célebre de París se produjo en el mismo velódromo cubierto, el Vélodrome d'Hiver, donde las «extranjeras enemigas» alemanas fueron internadas en mayo de 1940. El 16 y el 17 de julio de 1942, una vasta operación de la policía parisina tiene como objetivo capturar a los judíos extranjeros y a sus hijos, muchos de los cuales han nacido en Francia y, por tanto, tienen nacionalidad francesa. En menos de dos días, un total de 12.884 personas son

detenidas y hacinadas en el sofocante recinto del decimoquinto *arrondissement* antes de ser enviadas al campo de Drancy y, de ahí, a Auschwitz. Es la mayor redada de Europa occidental durante la Segunda Guerra Mundial. Para llevarla a cabo, los nazis necesitan la colaboración del régimen de Vichy y de la policía francesa. En un vano intento de proteger a la población judía autóctona de Francia, el Gobierno de Vichy da prioridad a la deportación de los judíos extranjeros o apátridas.

Durante varios días, Eva Tichauer y su madre esperan en el Vélodrome bajo el ardiente calor estival, apiñadas con miles de personas, con muy poca comida y casi sin agua. Ya en Drancy, la formación médica de Eva —tan importante para sus padres que regresaron a París cuando la ciudad ya no era segura para ellos— le permite ofrecerse como voluntaria en la enfermería del campo, adonde llegan niños solos y en un estado terrible, enfermos de escarlatina y de sarampión, cubiertos de erupciones y piojos. Cuando los médicos voluntarios se dan cuenta de que a los niños los trasladan de inmediato a convoyes con destino al este, empiezan a fabricarles enfermedades: emiten diagnósticos falsos, convierten dolencias leves en graves, inventan fiebres contagiosas para que los evacúen al Hospital Rothschild o al Hospital Claude Bernard de Enfermedades Infecciosas. Lo hacen no porque sepan con exactitud qué va a ocurrirles a los niños, sino porque, de manera instintiva, sienten que París ha de ser una opción mejor que un tren a Polonia.

En toda Francia, la escena se repite.

Issy l'Évêque

Una luminosa mañana de lunes, el 13 de julio de 1942, un coche se detiene ante una casa en Issy l'Évêque, un pueblo del sur de Francia situado justo en la frontera entre la zona ocupada y la zona no ocupada.[100] Se oyen pasos; llaman a la puerta. Dos gendarmes aparecen en el umbral, portan una citación para la conocida escritora nacida en Rusia Irène Némirovsky, quien en 1940 dejó París rumbo a Issy junto con su marido, Michel Epstein, y sus dos hijas, Denise, de diez años, y Elisabeth (Babet), de cinco. Como Paul Léon, Irène Némirovsky no aprovechó la oportunidad de huir al extranjero cuando pudo. Vive en Francia desde 1920, cuando su familia escapó de Rusia. En Francia se convirtió al catolicismo y se consolidó como autora de éxito. Desde el estallido de la guerra, no ha hecho ningún intento de abandonar el país, quizá por albergar esperanzas poco fundadas, por resignación, o por una mezcla de ambas cosas.

En silencio, Irène prepara una bolsa. Con las prisas, se olvida de coger su pluma, sus gafas de lectura, su libro. Les explica a Denise y a Elisabeth que se va de viaje y les ordena que se porten bien. Un beso para su marido, deshecho. Ni una lágrima. La puerta del coche se cierra con un golpe y desaparece.

Tan sólo dos días antes, Némirovsky paseaba por el bosque cercano durante una mañana tranquila y soleada, haciendo lo que siempre hacía: escribir y tomar notas.

> Estoy sentada sobre mi jersey verde en medio de un océano de hojas podridas y empapadas por la tormenta de la pasada noche como en una balsa, con las piernas flexionadas debajo de mí. En el bolso llevo el segundo tomo de *Ana Karenina*, el diario de K. M. y una naranja. Mis

> amigos los abejorros, insectos deliciosos, parecen contentos de sí mismos y su zumbido es profundo y grave.[101]

Tras su detención, Némirovsky escribe dos cartas: la primera, el 13 de julio de 1942, a lápiz.

> Amor mío, por el momento estoy en la gendarmería, comiendo grosellas mientras espero que vengan a llevarme. Sobre todo, debes estar tranquilo, tengo la convicción de que esto no durará mucho. [...]
>
> Cubro de besos a mis amadas hijas... Que mi Denise se porte bien y sea razonable. Te estrecho contra mi corazón, así como a Babet, que Dios Todopoderoso os proteja. Por mi parte, me siento fuerte y tranquila.[102]

El 16 de julio, el mismo día de la redada del Vel d'Hiv en París, Némirovsky garabatea a lápiz una carta a su familia desde el campo de Pithiviers, adonde la han llevado tras su arresto:

> Mi querido amor, mis adoradas pequeñas, creo que nos vamos hoy. Valor y esperanza. Estáis en mi corazón, amados míos. Que Dios nos ayude a todos.[103]

A lo largo del verano, Michel, el marido de Irène, se va angustiando cada vez más mientras intenta por todos los medios a su alcance conseguir la liberación de su esposa. No duerme, apenas come, bebe demasiado vino, estalla en arrebatos de ira al pensar en el

momento inevitable en que vendrán a llevárselo a él también y sus niñas se quedarán sin padres. En sus intentos por lograr la liberación de su esposa desafía un edicto reciente que prohíbe a los judíos usar el teléfono: contacta con amigos influyentes, escribe interminables peticiones suplicando ayuda. En un momento dado se ofrece incluso para ocupar el lugar de su mujer. Su carta al embajador alemán en Francia, Otto Abetz, es tan cruda y vergonzosamente desesperada, que es probable que el intermediario al que Michel rogó ayuda no llegara a enviarla:

> Sé, señor Embajador, que es usted uno de los hombres más eminentes del gobierno de su país. Estoy convencido de que también es un hombre justo. Sin embargo, me parece injusto e ilógico que los alemanes envíen a prisión a una mujer que, si bien es de origen judío, no siente —todos sus libros lo prueban— ninguna simpatía por el judaísmo ni por el régimen bolchevique.[104]

Todo en vano. Daba igual que Irène fuera novelista, o rusa, católica, antibolchevique o fervientemente profrancesa. Era una judía nacida fuera de Francia. Y Michel, también.

Traición

En agosto de 1942, Robert Alesch pide permiso a su enlace en la Abwehr, el mayor Schäfer, para visitar a su hermano en los Alpes de Baja Provenza. Schäfer accede y facilita al sacerdote la

documentación necesaria.[105] Cuando Alesch menciona el viaje a sus amigos de la Resistencia, le preguntan si estaría dispuesto a cumplir al mismo tiempo una misión para ellos.

Jacques Legrand le pide a Alesch que contacte en su nombre con la célula de Lyon, confiándole un importante lote de microfilmes con los planos de defensa costera de la ciudad francesa de Dieppe, junto con otra información militar y una solicitud de dinero para la red Gloria SMH (rebautizada hace poco como WOL, War Office London). Ya no puede ir él mismo, explica Legrand, porque la Gestapo le pisa los talones. Legrand confía en Alesch sin reservas: lo prepara con todo cuidado y le confía los nombres en clave y contraseñas necesarios. La persona con la que Alesch va a reunirse es una de las principales agentes del SOE, Virginia Hall, cuyo nombre en clave es «Marie Monin». Desde hace unos meses, y tras el arresto de su contacto anterior, Pierre de Vomécourt, Hall se ha hecho cargo de la transmisión de mensajes e informes de WOL.

Cuando un joven sacerdote se planta en Lyon en la consulta de un tal doctor Rousset, se dirige al médico por su nombre en clave, «Pépin», se presenta como el nuevo correo de WOL y asegura portar documentos que deben entregarse a Marie Monin, el doctor Rousset (católico) no osa desconfiar de un hombre con sotana. Cuando Alesch pide los doscientos mil francos debidos para cubrir los gastos de la red, tal como se establece en la carta, el doctor Rousset explica que, como Marie no lo esperaba, el dinero no está preparado. Acuerdan que Alesch regrese la semana siguiente a recoger el efectivo.

En París, Alesch informa al mayor Schäfer de que ha concertado otra reunión con Germaine Tillion, en la que ésta le entregará nuevos documentos microfilmados para que los entregue a «Marie» en Lyon. Schäfer consulta al coronel Reile, que a su vez debe consultar ahora a la policía de seguridad. Es muy probable que Reile hubiese preferido seguir «jugando» con la WOL, pero las cosas ya no dependen de él: la información que la red ha estado pasando a Londres se considera tan importante desde el punto de vista estratégico, que el SD decide que ha llegado la hora de cortar el asunto de raíz de una vez por todas.

El 13 de agosto de 1942, Germaine Tillion y Gilbert, el lugarteniente de Jacques Legrand, llegan a la reunión con Alesch y le entregan una caja de cerillas que contiene el microfilm, junto con una carta de Legrand para Virginia Hall. Los tres entran en la Gare de Lyon; Tillion le dice a Gilbert que se marche, mientras ella acompaña a Alesch hasta la puerta donde se revisan los billetes. Alesch y ella caminan juntos, empujando sus bicicletas. Tillion ve cómo el sacerdote pica el billete y se encamina hacia el tren. En ese instante, sin embargo, alguien le da un toque en el hombro: «Policía alemana, síganos...»

Mientras la empujan al asiento trasero de un Citroën negro —y se llevan también a Gilbert—, Tillion tiene tiempo de preguntarse con qué la Gestapo no ha detenido a Alesch. Lo ha visto, con el rabillo del ojo, alejarse deprisa hacia el tren.

Al día siguiente detienen a Alfred Péron en Anjou. Jacques Legrand y varios más son los siguientes en caer. Entre agosto y septiembre de 1942 se produce la detención de más de cincuenta miembros de la red; los trasladan a las prisiones de Fresnes o

Romainville y, después, los deportan a campos de concentración bajo el decreto «Noche y niebla».

La esposa de Alfred Péron, Mania, logra avisar a Samuel Beckett y a Suzanne. «*Alfred arrêté par Gestapo*», dice su telegrama. «*Prière faire nécessaire pour corriger l'erreur*.» («Alfred arrestado por la Gestapo. Rogamos haga lo necesario para corregir el error.») Este mensaje críptico pero inequívoco les salva la vida. La pareja hace a toda prisa un hatillo con algunas pertenencias y huye de su apartamento. Poco después, llega la Gestapo. Al encontrar el apartamento vacío, dejan un guardia en la puerta por si los inquilinos regresan y, más tarde, sellan la puerta con plomo.

Beckett y Suzanne no tienen dinero ni idea alguna de adónde ir. Al principio se esconden con amigos en París; luego van dando tumbos de hotelitos en hotelitos, con nombres falsos y una serie de disfraces poco convincentes. En octubre, gracias a la documentación falsa proporcionada por unos amigos, escapan a la zona no ocupada, donde por fin encuentran refugio en un pueblecito llamado Roussillon, en el Vaucluse. El pequeño grupo de desconocidos que se han instalado en el pueblo está allí o bien porque son judíos o bien porque militan en la Resistencia. Exiliados de sus hogares, obligados a ocultarse, incapaces de actuar, deben quedarse aquí sentados y esperar. Los vecinos los llaman a todos, colectivamente, «los judíos».

Durante su traslado a Ravensbrück, en octubre de 1943, Germaine Tillion se integra en un grupo de cinco mujeres, todas ellas

relacionadas con Jacques Legrand. A todas las ha traicionado Alesch.

No obstante, el sacerdote aún no ha concluido su tarea. Tres semanas después, reaparece en Lyon, sin microfilm, pero reclamando el dinero adeudado a WOL e insistiendo en ver a «Marie» en persona. Como todos los demás, Virginia Hall se deja persuadir de la buena fe de Alesch; anota que el sacerdote viene recomendado por Jacques Legrand y acepta su explicación sobre por qué no porta los documentos y por qué no compareció a la cita anterior (irónicamente, Alesch aduce la detención de uno de sus camaradas como motivo de su cautela). Hall le entrega el dinero, según lo acordado, gran parte del cual Alesch se embolsa.

Por instrucciones de Londres (y contra su propio criterio, pues sin duda hay algo en Alesch que le chirría), durante los meses siguientes Hall sigue tratando con el sacerdote, al que los británicos han puesto el nombre en clave de «Bishop» (Obispo).

Oscar Reile está encantado de que su agente haya penetrado una red tan importante: gracias a Alesch, la Abwehr ha podido interceptar y descifrar muchos de los mensajes codificados de Virginia Hall. Por desgracia, sin embargo, los éxitos de la Abwehr ya no les pertenecen.

Poder menguante

El éxito de Robert Alesch al traicionar a la red Gloria SMH es un punto culminante de la actividad de contraespionaje militar alemán en

Francia.[106] Los métodos brutales empleados por Carl Oberg para reprimir la Resistencia llevan a una drástica reducción de la capacidad de la Abwehr para infiltrarse en las células, porque éstas se mantienen en máxima alerta; además, muchos jóvenes franceses optan por unirse a la Resistencia antes que someterse y convertirse en mano de obra forzosa al servicio del Reich. Peor aún: la serie de intrincados juegos de contraespionaje que Hugo Bleicher y Oscar Reile ponen en marcha para combatir a los británicos tras sus primeros triunfos termina por dar unos frutos escasos y decepcionantes. El éxito de Hugo Bleicher al captar a Mathilde Carré se desvanece cuando ella conoce al agente del SOE Pierre de Vomécourt y le confiesa al apuesto francés que trabaja como agente doble. De Vomécourt propone un plan alambicado, concebido para tentar a Bleicher y engañar a la Abwehr, que acaba con De Vomécourt regresando a Londres ileso, acompañado por Mathilde Carré. Más tarde, él vuelve a Francia sin que la Abwehr lo sepa, mientras Carré permanece en Londres, con la esperanza de ser aceptada como agente triple. Los británicos desconfían de Carré; la juzgan no sólo poco fiable, sino extravagante e indiscreta. En lugar de arriesgarse a dejarla libre en Londres, deciden internarla en una prisión de mujeres hasta el final de la guerra. De Vomécourt termina siendo capturado en Francia, juzgado, enviado a la prisión de Fresnes y luego a Colditz.

Oscar Reile, por su parte, intenta poner en marcha una estrategia de engaño doble con ayuda de Roman Czerniawski, quien lleva en la prisión de Fresnes desde el desmantelamiento de su red «Interallié»,

en 1941. La audaz idea de Reile consiste en persuadir al polaco para que trabaje para la Abwehr y, después, enviarlo a Inglaterra en una misión secreta.

Reile no está a favor de ejecutar a los prisioneros ni de torturarlos, como hace la Gestapo. Arrancarle los dientes a alguien puede resultar satisfactorio para cierto tipo de bestias, pero por lo general no reporta información útil. Él prefiere la persuasión: hacer que alguien hable y luego convencerlo, reclutarlo como agente, darle algo de dinero y dejarlo actuar. La estrategia de Reile consiste en apelar al patriotismo de Czerniawski, convenciéndolo de que una victoria aliada implicará que la Unión Soviética se haga con el control de Polonia (una predicción acertada, como se vería). Espiar para Alemania, argumenta, es escoger el mal menor. Para rematar el acuerdo, Reile ofrece un incentivo: si Czerniawski acepta trabajar para la Abwehr, él se compromete a salvar a setenta miembros de «Interallié» de un consejo de guerra. El contrato se firma en mayo de 1942; Czerniawski recibe formación en el uso de una radio y, para transmitir, le proporcionan unos cristales de cuarzo que oculta en el tacón del zapato. Su «fuga» se organiza para el 14 de julio, Día de la Bastilla, fecha en la que cabe esperar que las calles de París estén abarrotadas.

Reile procura que la evasión parezca convincente: trasladan a Czerniawski desde Fresnes en un camión abierto. Mientras el camión avanza por las concurridas calles de la capital, el prisionero salta de forma inesperada entre la multitud, justo delante del Hotel Lutetia. Sus guardias lo persiguen de forma verosímil.

El resultado del ambicioso y audaz plan de Reile no hace sino confirmar que, si alguien se muestra dispuesto a cambiar de bando

una vez, es muy probable que vuelva a hacerlo: en cuanto llega a Londres, Czerniawski informa de inmediato a los británicos de que está jugando a dos bandas, presenta los cristales de transmisión de Reile y se ofrece a actuar como agente triple. Tras un largo interrogatorio, los británicos le asignan un nuevo nombre en clave, «Brutus», y lo ponen a trabajar para jugar con los alemanes su propio *Funkspiel* («juego de radio»), usando los mismos cristales suministrados por la Abwehr. «Brutus» transmite a los alemanes un flujo constante de desinformación, sobre todo al servicio de la «Operación Fortitude South», que desvía con éxito la atención de Hitler hacia la región del Paso de Calais, en lugar de Normandía, como lugar elegido por los Aliados para el desembarco del Día D de julio de 1944.

Lo único que le queda a Reile, en su menguante poder, es la batalla por la supremacía radiofónica. Las radios son el único medio por el cual los Aliados pueden obtener con rapidez la información que necesitan desde los países ocupados. En consecuencia, el éter rebosa de mensajes, todos cifrados en códigos que están en constante evolución, emitidos a horas que cambian con regularidad, en distintas longitudes de onda, por operadores que usan diferentes nombres de guerra para identificarse.

Cuando se instala una unidad de radiogoniometría de la Abwehr en la zona no ocupada, su éxito inesperado —en pocas semanas capturan a ocho radioperadores y desmantelan varios grupos de la Resistencia— queda mitigado por el hecho de que es la Gestapo

quien se hace cargo de los agentes detenidos, mientras la Abwehr sólo puede mirar, impotente.

Es un tipo extraño de exilio, este destino prolongado en un hotel elegante, lejos del frente. Han pasado ya dos años. La novedad del lujo se ha desvanecido, sustituida por el tedio, el miedo al futuro y la añoranza del hogar. Los oficiales de la Abwehr nunca serán parisinos; la habitación del hotel nunca será su casa y, al fin y al cabo, siguen en guerra. Muchos buscan distracción persiguiendo el dinero, el placer y los bienes materiales, pero ninguna cantidad de champán o de coñac fino puede disimular su creciente desasosiego. Se preguntan: ¿adónde nos lleva esta guerra? ¿Para qué estamos aquí, en esta ciudad, atiborrándonos de *foie gras* mientras nuestras familias viven con racionamiento y nuestros camaradas mueren en el Frente Oriental?

Sentado en el dormitorio-oficina del tercer piso del Lutetia, con la cabeza inclinada mientras se concentra en su último informe, el diligente Reile continúa trabajando, pero ya no consigue convencerse de que todo va bien.

Gurs

En el campo de Gurs, en el suroeste de Francia, los actores, músicos y bailarines siguen entreteniendo a sus compañeros de internamiento con conciertos y funciones para distraerlos del miedo creciente a las listas. Los rumores ya no pueden ignorarse: los

alemanes están deportando judíos a Polonia y están elaborando listas con nombres. El primer transporte sale del campo a comienzos de agosto de 1942.[107] Casi todos los que van en él son artistas de algún tipo. Entre ellos está la bailarina Ruth Rauch, de veinte años.

Los llevan primero a Drancy y de allí directamente a Auschwitz, el 10 de agosto de 1942. La madre de Ruth, Margot, no está allí para ver partir a su hija: en enero la trasladaron al campo de Récébédou, uno de los dos llamados «campos hospital» que el Gobierno de Vichy creó en respuesta al clamor público por las condiciones en los campos de internamiento. (El otro es Noé, adonde trasladan a Margot en octubre de 1942.) Los internados allí suelen ser judíos mayores o inválidos. Las condiciones son algo mejores, aunque la comida es peor. ¿Lo sabía Margot? ¿O la comunicación entre madre e hija sencillamente se interrumpió?

Bolsos de mano

El trabajo de Eva Tichauer en la enfermería de Drancy les permite a ella y a su madre permanecer en el campo durante dos meses, una estancia inusualmente larga. Pero llega el día en que pronuncian sus nombres y las llevan en un autobús parisino verde a la estación de Bobigny, donde, el 23 de septiembre de 1942, las meten a empujones en un tren, cincuenta personas en cada compartimento. Dos días después llegan a Auschwitz al anochecer. Cuando se abren las puertas del vagón, Eva ve poco con la escasa luz: apenas unas figuras borrosas con uniformes de rayas. Los oficiales de las SS gritan: «*Raus! Raus!* Salid, y dejad el equipaje.»

Dividen a las mujeres en dos grupos. A las del primero les dicen que irán andando hasta el campo; a las del segundo, que las llevarán en camión. Separan a Eva de su madre.

> Mi madre tenía exactamente cincuenta años en ese momento. Como el alemán era nuestra lengua materna, se dirigió al oficial que separaba a la gente y le dijo: «Tengo buenas piernas, déjeme quedarme con mi hija.» El hombre respondió de un modo cortés y persuasivo: «Madame, los camiones están para ahorrarle la caminata; suba y podrá ver a su hija en el campo.»
>
> Vi desaparecer a mi madre sin poder siquiera despedirme de ella. No la vi subir al camión. Nunca más volví a verla.
>
> Para mi madre, que siempre había sido una persona muy intuitiva, el hecho de que nos dijeran que dejáramos el equipaje [...] aún más significativa fue la orden de dejar atrás los bolsos de mano [...] Le hizo comprender lo que nos aguardaba. Todos nuestros documentos estaban en los bolsos de mano. Se aferró a mí; intuía que el camión lleno de ancianos y enfermos conducía a la muerte, y quería elegir la caminata hasta el campo, y la vida. Percibió lo que la esperaba. Pude sentir su desesperación.[108]

Cuarenta y ocho horas

A algo menos de quinientos kilómetros de allí, en Autun, el 9 de octubre de 1942, se llevan a Michel Epstein y a sus hijas a la misma

comisaría donde habían interrogado a Irène Némirovsky sólo unos meses antes.[109] Un oficial alemán se apiada de las niñas. Saca de la cartera una fotografía de su hija, rubia como Denise, y dice: «Os doy cuarenta y ocho horas para que os vayáis.» La última instrucción de Michel a su hija mayor es que no suelte nunca la maleta que le entrega, porque contiene el manuscrito de su madre. Pasarán muchos años antes de que Denise se atreva a abrirla y leer lo que guardan sus cubiertas.

A pesar de que ambas niñas nacieron en Francia, los nombres de Denise y Elisabeth Epstein aparecen en una lista de judíos que viven en la región, y la policía francesa tiene órdenes de encontrarlas. Su primera escala es la escuela del pueblo, donde Denise es alumna. Su maestra tiene la suficiente presencia de ánimo para esconderla detrás de la cama de su madre anciana. Esa noche, su tutora, Julie Dumot, arranca de la ropa las estrellas amarillas, mete unas fotografías y unas joyas en una maleta y huye del pueblo con las niñas.

Cifras

Entre junio de 1942 y julio de 1944, aproximadamente 75.000 judíos fueron deportados desde Francia a campos de concentración.[110]

Más del 60 % eran judíos extranjeros, entre ellos 6.258 judíos alemanes y 1.746 judíos austríacos.

La gran mayoría —67.000, incluidos 6.000 niños— fueron transportados desde el campo de Drancy.

Oveja

A estas alturas, la guerra ya no es una novedad chocante, sino una costumbre. En noviembre de 1942, poco después de los avances aliados en el norte de África, se produce en Francia un cambio territorial significativo cuando la zona sur pasa a estar bajo control alemán. Toda Francia está ahora ocupada. Los convoyes continúan transportando al este a judíos y miembros de la Resistencia. Mientras tanto, Francia se desangra lentamente en mano de obra y materiales: se envía a miles de jóvenes a Alemania a trabajar para el Reich, o se los obliga a trabajar en minas francesas y otras industrias consideradas esenciales para el esfuerzo bélico alemán.

Para la Abwehr, la ocupación alemana de toda Francia ofrece la oportunidad de actuar directamente contra el creciente número de grupúsculos de la Resistencia, pero plantea otros obstáculos: a medida que se instalan puestos de la Abwehr en Lyon, Marsella, Toulouse y Limoges, los recursos tienen que estirarse cada vez más. Dada la necesidad de tropas en los frentes oriental y africano, cada vez hay menos alemanes en Francia. Si al comienzo de la Ocupación había unos cuarenta mil militares alemanes en París, en 1943 esa cifra se ha reducido a quince mil.[111] Lo que la Abwehr pierde, la Resistencia lo gana: los franceses ya no confían en el Gobierno de Vichy y los movimientos de resistencia siguen multiplicándose. Hasta ahora, se trataba de pequeños grupos que actuaban de forma independiente. Ahora, siguiendo instrucciones de Londres, empiezan a trabajar juntos. Aumenta el apoyo británico, al tiempo que se intensifica la propaganda contra Alemania.

A inicios de diciembre de 1942, el almirante Canaris, que regresa de un viaje a España, realiza una de sus visitas esporádicas al Lutetia, acompañado por el jefe de la Sección I de la Abwehr, el coronel Piekenbrock.

Esa noche, un pequeño grupo de seis o siete oficiales, los que llevan más tiempo destinados allí, se reúne en la habitación 109 para cenar. Mientras esperan a que se les una el almirante, el coronel Piekenbrock cuenta una anécdota:

> Canaris y yo íbamos en coche por España, en un descapotable, con un tiempo espléndido. Cuando nos cruzamos con un rebaño de ovejas, Canaris se puso en pie y les hizo el saludo militar.
>
> —¿Por qué ha hecho eso, mi almirante? —le pregunté.
>
> —Porque nunca se sabe si entre ellas puede haber alguno de nuestros superiores —respondió.[112]

Pese al buen humor general, durante la cena, Canaris permanece en gran medida en silencio. Luego, de pronto, empieza a hablar: una rápida cascada de palabras en la que expresa su violenta repugnancia por «los métodos de gánster que emplean Hitler y sus criaturas». No basta con haber cometido tantos crímenes en el Este, declara: esas mismas prácticas van a extenderse a Francia. La guerra se perderá, y el pueblo alemán será avergonzado frente al mundo. Ningún extranjero volverá a poder confiar en un alemán. Canaris suele disfrutar trasnochando con amigos, pero esta noche abandona la reunión poco después de la cena, dejando que sus subordinados digieran en silencio el significado de su arrebato.

El almirante pasa ahora buena parte de su tiempo libre en España, refugiándose de la guerra en visitas frecuentes a Algeciras, donde —con el pretexto de visitar el puesto local de la Abwehr— disfruta cocinando y escuchando el murmullo de voces del cercano Hotel Reina Cristina, cuando no está sumido en la meditación en una iglesia española. En una visita a Sofía, en Bulgaria, habla con un amigo de lo que harán después de la guerra. «Deberíamos abrir una pequeña cafetería en el puerto del Pireo», dice. «Yo haré el café y tú servirás las mesas. ¿No sería estupendo llevar una vida sencilla como ésa?»[113]

En algún momento de 1943, el coronel Rudolph obtiene el divorcio de su primera esposa, lo que le permite casarse con su amante y secretaria de larga data, la rubia fräulein Juhl, de ojos saltones, quien ha gobernado su despacho y su corazón durante tanto tiempo. Lo celebran con una cena y champán —¿dónde si no?— en el Lutetia. Las normas oficiales dictaminan que, tras su matrimonio, la nueva frau Rudolph ya no tiene permitido seguir en su puesto junto a su esposo. De modo que la trasladan a España, donde Rudolph la visita cada quince días.

La vida en el Lutetia continúa tan cómodamente como siempre. Quizá demasiado cómodamente para Oscar Reile:

> Las calles estaban concurridas; las tiendas, abiertas. Los menús de los buenos restaurantes seguían ofreciendo

> platos excelentes. Las reservas de vino y champán parecían interminables. Todavía se podía conseguir casi cualquier cosa: ropa, pieles, joyas, artículos de tocador. Nuestras secretarias intentaban igualar la elegancia de las mujeres parisinas para no resultar reconocibles en la ciudad.[114]

Un visitante berlinés de alto rango, de paso por el Lutetia, se ofende por lo excesivamente arregladas que van las empleadas y sugiere al coronel Reile que intervenga. Reile, con deportividad, reúne a las secretarias de la Abwehr y les da una charla sobre uniformes y formas de vestir adecuadas. Después, una de las mujeres, Isolde, va a verlo a su despacho: «Si no le gusta mi maquillaje», le dice, «trasládeme a Marsella. ¡Conozco a alguien que trabaja en nuestro departamento a quien le gusto tal como soy!».

Isolde es trasladada, como corresponde, para que la aprecien en otro lugar.

Ese verano, la vasta empresa del mercado negro de la Abwehr, el Bureau Otto, cesa su actividad de forma definitiva.

A finales de 1943, Reile tiene claro —como tantos alemanes que no son nazis fanáticos— que Alemania no puede lograr una victoria decisiva. El desembarco aliado de verano en Sicilia ha provocado el colapso de Italia. Los bombarderos aliados sobrevuelan ya con regularidad París, en su ruta para bombardear ciudades alemanas. En el gélido Frente Oriental, las tropas alemanas retroceden de

manera constante ante el empuje de las fuerzas soviéticas. Tras sus primeros triunfos, los métodos brutales de la Gestapo provocan que las operaciones de contraespionaje de la Abwehr tampoco den resultados. El mayor Schäfer se ha cansado de Robert Alesch y de su codicia insaciable. Con su tapadera ya descubierta por los británicos, entregan a Alesch a Hugo Bleicher, quien no tiene gran cosa que asignarle al ambicioso sacerdote.

Leones

Siempre se nota un cambio de atmósfera entre el personal de la Abwehr cuando el almirante Canaris hace una visita: un arreglarse, un aire de firmes. Pero han pasado ya más de tres años desde que los alemanes tomaron posesión del hotel, y Marcel Chappaz seguramente ha advertido el cambio en el porte del almirante: Canaris parece estar encogiendo, tiene el rostro hundido, los ojos inyectados en sangre y fatigados.

Cuando el almirante Canaris visita de nuevo el Lutetia a finales de 1943, lo acompaña el vicealmirante Leopold Bürkner, jefe de la Sección de Asuntos Exteriores de la Abwehr.[115] Tras hacer Canaris la ronda habitual de visitas, llega al despacho de Reile, donde el coronel le ofrece un informe sin paños calientes sobre la situación, tal como la ve. El almirante escucha en silencio y luego le pregunta a Reile cuánto cree que durará la guerra. Sin pensarlo, Reile responde que, sin una solución política que le ponga fin, la guerra podría alargarse otros dos años. Esa perspectiva provoca una frustración tal en Canaris, que pone fin a la reunión de golpe y se marcha.

Sí, Canaris ha cambiado: está nervioso, le tiemblan las manos, se le ve pálido y demacrado.

Esa noche, como de costumbre, se celebra una pequeña cena en la habitación 109. Dado que hay dos almirantes presentes, la conversación se abre con una discusión sobre la guerra en el mar. No hay buenas noticias: las pérdidas de submarinos son graves, quedan pocos acorazados y a los oficiales de la marina les toca desempeñar múltiples funciones. Circula por ahí la broma de que hay más almirantes que barcos. Al mismo tiempo, Alemania sufre una grave escasez de alimentos. Un chiste popular surgido en Berlín se difunde rápidamente: dos leones hambrientos se escapan del zoo y se separan para buscar comida. Dos semanas después vuelven a encontrarse. Uno está flaco; el otro, gordo y satisfecho. El flaco le pregunta al gordo cómo ha logrado ganar peso. El gordo responde: «Me zampé a un par de almirantes en la Tirpitzufer.»

Durante la cena, cuando Canaris menciona que a un amigo suyo de Berlín por fin lo han hecho contraalmirante, un joven oficial no puede resistirse y cuenta el chiste. La broma se recibe con un silencio glacial. Canaris aprieta los labios. El vicealmirante Bürkner pide un doble coñac. Ya entrada la noche, cuando la cena termina y la conversación se agota, Canaris se retira a su dormitorio. Duerme poco estos días, preocupado no sólo por el curso desastroso de la guerra, sino por su propia posición, cada vez más precaria. El almirante está más aislado que nunca. Marginado en el cargo, desesperado por la forma de conducir la contienda, y, al mismo tiempo, de algún modo incapaz de traicionar su juramento militar y

reacio a unirse a aquellos de sus compañeros oficiales que piensan en descabalgar a su líder.

El verano anterior, Canaris encubrió los esfuerzos de Hans Oster y Hans von Dohnanyi, altos oficiales de la Abwehr, colegas cercanos y (casualmente) figuras destacadas de la resistencia antihitleriana dentro de la Wehrmacht, para permitir que un grupo de judíos berlineses amenazados de deportación escapara a Suiza. A la Gestapo se le dijo que los judíos eran agentes secretos destinados a desplegarse en Sudamérica. Cuando, meses después, descubrieron la verdad, Dohnanyi fue detenido y Oster quedó bajo arresto domiciliario. Inevitablemente, las sospechas de la Gestapo se han vuelto ahora hacia el jefe de ese nido de espías. No es la primera vez que Canaris echa una mano a sus amigos rebeldes. Por la noche, el hotel está tranquilo. Dos soldados siguen de guardia fuera, pero el boulevard Raspail está en silencio. Los trasnochadores —oficiales que regresan de un club nocturno o de una cita— se deslizan por el vestíbulo sin hacer ruido, suben las escaleras hacia sus habitaciones, por fin con el cuello desabrochado y la gorra bajo el brazo. «Buenas noches, buenas noches. *Gute Nacht*.» Fuera las botas de cuero —déjalas en la puerta si quieres que el limpiabotas las abrillante—, la guerrera sobre el respaldo de una silla, los gemelos sobre la mesa, el lento quejido de los muelles del colchón cuando el oficial por fin se tumba para dormir la borrachera de champán antes de que comience otro día en la Ciudad de la Luz.

En la reunión de la mañana siguiente, Canaris limita sus conversaciones con Reile a asuntos profesionales: esta vez no se

menciona ni a Hitler ni el régimen nazi. En realidad, la propia Abwehr comienza a deshacerse: las disputas amargas con las SS, el SD y la RSHA (Oficina Central de Seguridad del Reich) han provocado un derrumbe de la moral. Cuando Reile se despide de Canaris en el vestíbulo del hotel, tiene la impresión de que el almirante ha perdido toda esperanza de que se produzca algún cambio dentro de Alemania y de que ha empezado a prepararse para los problemas que asoman en el horizonte. Es la última vez que se verán.

Unos meses después, en febrero de 1944, Hitler cede por fin a la enérgica persuasión de Himmler y decide fusionar la Abwehr y las SS, lo que permite a Himmler alcanzar su objetivo de asumir el control total de la defensa militar. Canaris, ya casi irreconocible por la tensión, con el gesto «cansado y hundido», se ve jubilado a la fuerza y se le ordena trasladarse al castillo de Lauenstein (Burg Lauenstein), en el bosque de Franconia, donde aguarda instrucciones sobre su futuro destino.[116] El almirante entra en el exilio acompañado por su chófer y sus dos perros salchicha. Su familia no está presente: su esposa ha sido evacuada para escapar de los bombardeos; una de sus hijas está en un internado; la otra vive en una institución.

Canaris permanece en el remoto castillo, en la práctica, bajo arresto domiciliario, hasta que recibe un nuevo puesto como jefe del «Estado Mayor Especial para la Guerra Mercantil y las Medidas de Combate Económico», un empleo de oficina sin importancia estratégica. Hace el viaje de vuelta a Berlín, donde vive solo, salvo por sus perros, su yegua árabe, su criado argelino y su cocinero polaco.

Para Reile, la subordinación de la Abwehr a la RSHA supone un desastre: la Gestapo y el SD ignoran por completo los métodos y objetivos del espionaje militar. Envían a sus hombres a Inglaterra sin la formación suficiente y mal equipados, sin saber lo que deben buscar, de modo que sus esfuerzos se desperdician en la consecución de objetivos secundarios. Impotente y frustrado, Reile prosigue con sus tareas diarias, analizando información y redactando informes. Por la mañana se levanta, se ducha, se viste y baja a desayunar y a tomar su café, antes de volver a cerrar la puerta de su despacho privado y comenzar la jornada de trabajo. En realidad, está esperando a que termine la guerra.

Izieu

El 6 de abril de 1944, la policía saca a un grupo de cuarenta y cuatro niños judíos y siete de sus cuidadores adultos de la Colonie des enfants réfugiés de l'Hérault —más conocida como la «Maison d'Izieu», por el pueblo donde se encuentra— y los traslada a la prisión de Montluc, en la cercana Lyon, entonces bajo el control del jefe de la Gestapo, el tristemente célebre Klaus Barbie.[117] La Maison d'Izieu es un hogar infantil y escuela gestionado por la organización judía de asistencia social Œuvre de Secours aux Enfants (OSE), que acoge a niños y niñas judíos de entre cuatro y diecisiete años cuyos padres han sido deportados o internados o están escondidos. Al frente de la casa está una enfermera y trabajadora social polaca, Sabine Zlatin, que trabaja junto a su

marido, Miron, un perito agrícola nacido en Rusia, y varios voluntarios más.

El día de la redada, Sabine se encuentra en Montpellier, buscando un alojamiento alternativo para los niños, cuando se entera de lo ocurrido gracias a la advertencia que llega en el telegrama de una amiga: «*Famille malade. Maladie contagieuse*», «Familia enferma. Enfermedad contagiosa». Los detalles llegan después: desde Lyon, envían a los niños y sus cuidadores a Drancy, adonde llegan el 8 de abril de 1944. Desde Drancy son deportados a Auschwitz.

En cuanto recibe la noticia, Sabine viaja a Vichy y luego a París, donde contacta con la Cruz Roja en un intento desesperado por salvar a los niños de la deportación. Pero es en vano. Unas semanas más tarde, regresa a Izieu y descubre que la policía ha saqueado la casa. Recorre el lugar recogiendo lo que queda: cartas y dibujos de los niños, fotografías y otros documentos. Sola, sin noticias de Miron ni de ninguno de los niños, vuelve a París y se incorpora a la Resistencia.

Ese mismo mes, a la pianista Margot Rauch, que había entretenido a sus compañeras de internamiento en Gurs tocando al piano de cola hermosos dúos junto con Hans Ebbecke, la trasladan al campo de Le Vernet y después a Drancy.[118] Unos días más tarde la deportan desde la estación de Paris-Bobigny en el convoy número 75; llega a Auschwitz el 30 de mayo de 1944.

A la espera

En el Lutetia, Oscar Reile no piensa en otra cosa que en el inminente desembarco aliado. Todos los altos mandos de la Abwehr saben que se avecina.[119] También saben que tendrá lugar en la costa norte de Francia, quizá en Bélgica. Los agentes de Inglaterra han señalado la llegada de grandes contingentes de estadounidenses a los puertos del sur del país. Se ha suspendido todo lo demás. El personal de la Abwehr permanece junto a la radio escuchando la BBC, a la espera de las palabras clave que señalarán el desembarco. La tensión es casi insoportable.

Por fin, hacia las seis de la tarde del 1 de junio de 1944, los radioperadores del Lutetia informan a Reile de que la BBC acaba de pronunciar veintiséis frases que pondrán en alerta a los grupos de la Resistencia. Reile telefonea al comandante en jefe del Oeste, al gobernador militar de Francia y a los responsables de la Abwehr en Berlín para darles la noticia, que confirma por escrito a la mañana siguiente.

Los días siguientes se hacen interminables. Reile permanece pegado a la radio con sus colegas, atento a las frases que indicarán el comienzo de los desembarcos. Casi con alivio, el 5 de junio oyen en la BBC las frases que señalan que la operación ha comenzado. Reile vuelve a informar a sus superiores por teléfono y después mediante una nota escrita. Hacia las diez de la noche de ese día, las unidades del Ejército alemán estacionadas junto al Canal se ponen en máxima alerta. Los primeros paracaidistas aliados saltan en la madrugada del 6 de junio en la región de Caen-Cherbourg. El desembarco, largamente esperado, ha comenzado.

El complot

En Berlín, el almirante Canaris se ha replegado y lleva la vida de un burócrata de oficina.[120] Va al trabajo y vuelve a casa, pasa el tiempo libre leyendo, charlando con los vecinos sobre la valla del jardín y cocinando alguna comida de vez en cuando. Sus animales le brindan el consuelo que los humanos no pueden darle: juega sin parar con sus adorados perros salchicha, *Sabine* y *Kasper*, y deja que su yegua árabe se acerque y asome por las balconeras para recibir un terrón de azúcar.

Canaris siempre ha mantenido una distancia vigilante respecto del grupo de conspiradores cuyas actividades gravitan en torno a la figura carismática del conde Claus von Stauffenberg, así que no se entera del intento de asesinato de Hitler hasta bien entrada la tarde del 20 de julio. Con la esperanza de que la posterior represión no lo alcance, Canaris jura rápidamente lealtad al Führer. Es inútil. En los interrogatorios que siguen al atentado, su nombre aparece una y otra vez. Puede que no haya participado de forma directa, pero se lo considera una figura central, un facilitador, de algún modo el «instigador espiritual» del movimiento que ha acabado conduciendo al complot. Se emite una orden de detención. Walter Schellenberg, del SD, recibe el encargo de ir a buscarlo.

La represión llevada a cabo por el régimen nazi tras este episodio alcanza a varios altos mandos de la Abwehr, entre ellos el coronel Rudolph, de quien se sabe que es cercano al almirante Canaris. El 26 de julio de 1944, Rudolph es detenido y trasladado a una prisión de las SS en Berlín para ser interrogado por su posible implicación en el complot. Aunque queda en libertad en septiembre por falta de

pruebas, su carrera en París ha terminado. Tras repetidas detenciones, juicios e interrogatorios a manos de las SS, cuando por fin lo capturan los Aliados en mayo de 1945 parece —quizá de manera fingida— tan afectado por esas experiencias y tan preocupado por su esposa, con quien no ha podido contactar desde hace meses, que su memoria se ha resentido y apenas logra concentrarse.[121] El coronel Rudolph ya no es, desde luego, el hombre rechoncho y amante de los placeres, con *Gourmandgesicht*, que pasó los cuatro años anteriores viviendo a cuerpo de rey en el Lutetia. Está roto, tiene la memoria hecha trizas y la mirada perdida.

Algo en el carácter del almirante Canaris le impidió sumarse del todo a quienes decidieron combatir a Hitler desde dentro. En lugar de ello, actuó de forma pasiva, apoyando de manera tácita las acciones de esos rebeldes desde las primeras fases de la guerra, haciendo la vista gorda ante sus planes y ayudando en muchas ocasiones a facilitar la huida de refugiados amenazados por el régimen nazi. Sean cuales fueran las razones de su reticencia a actuar, no cambian el resultado: el almirante Canaris es arrestado y trasladado a una prisión de la Gestapo y, de allí, al campo de concentración de Flossenbürg, donde muere ahorcado junto con otros miembros destacados de la conspiración el 9 de abril de 1945, casi al final de la guerra.

La Abwehr ha perdido todo sentido de unidad. La mayoría de los oficiales están convencidos de que, salvo que ocurra un milagro, la guerra está perdida, pero sólo se atreven a decirlo en grupos

reducidos, aterrados ante la posibilidad de que los fusilen por derrotismo.

El último gran convoy que sale de Drancy, el número 77, parte de la estación de Paris-Bobigny rumbo a Auschwitz el 31 de julio de 1944. Hay más de mil trescientos nombres en la lista de deportación, incluidos trescientos niños.

Retirada

A medida que los bombardeos se aproximan al centro de la ciudad, el espectáculo se vuelve una experiencia real, visceral. Por la noche se producen incursiones aéreas que sobrevuelan las cabezas y la metralla cae sobre la ciudad. Un inmenso bombardero se estrella cerca de la Gare de l'Est. A finales de julio, París se ve presa del mismo pánico que se apoderó de ella en la primavera de 1940, sólo que esta vez son los alemanes quienes huyen, sacando apresuradamente de sus hoteles la ropa de cama, los colchones y los muebles, cargándolo todo en los camiones que esperan.

El final, cuando llega, es rápido: el 17 de agosto de 1944, el primer ministro Pierre Laval y otros son evacuados por la fuerza por el Ejército alemán, primero a Belfort —donde unos días después se les une el mariscal Pétain— y luego a Sigmaringen, en el suroeste de Alemania.

Ese mismo día, el Ejército alemán comienza a colocar explosivos por toda la capital francesa en cumplimiento de las órdenes de Hitler

de defender París hasta el final y, si fuera necesario, reducir la ciudad a ruinas. Su furia vengativa lo ha llevado, al parecer, a olvidar su anterior deseo de preservar París a toda costa. Cuando los bombardeos se ciernen sobre el centro de la capital francesa, el presidente del Consejo Municipal de París, el magnate del champán Pierre Taittinger, se desplaza al Hotel Meurice para solicitar una audiencia con el general Von Choltitz y suplicarle que no cumpla las órdenes de Hitler. Sea o no gracias a las súplicas de Taittinger, Choltitz desobedece al Führer y la ciudad permanece intacta.

Ese día, parte de Drancy un último convoy con cincuenta y un prisioneros, en su mayoría miembros de la Resistencia, con destino a Buchenwald. Los acompaña el capitán de las SS Alois Brunner, el brutal comandante del campo de Drancy, que utiliza el tren para regresar a Alemania. Veintiuno de los deportados logran escapar antes de llegar a la frontera. Al día siguiente se hace entrega de los mil cuatrocientos internos restantes de Drancy a representantes de la Resistencia y de la Cruz Roja. Cuatro días después, el campo está vacío.

El 18 de agosto de 1944, algo más de cuatro años después de su llegada, Oscar Reile aprovecha la calma que ha caído sobre París para evacuar al personal que reside en el Hotel Lutetia. Sus colegas de la Sección I ya se han marchado. La preparación de la salida les lleva todo el día, y no están listos para partir hasta la medianoche. El hotel y la ciudad más allá están sumidos en un silencio profundo. De la plantilla del hotel, sólo se logra localizar a un camarero. Reile tiene la impresión de que está esperando a que los últimos alemanes

abandonen el edificio. «Se comportó de manera bastante poco amistosa cuando quise disfrutar de una última botella de champán con el mayor Schäfer y Andreas Folmer», se queja. «La bodega del hotel seguía bien abastecida. Pero nos contentamos con una sola botella de champán; nos la bebimos tranquilamente y nos marchamos hacia la una de la mañana. Nadie perturbó nuestra partida.»[122]

Marcel Weber, que ocultó los mejores vinos del Lutetia a esos huéspedes indeseados al comienzo de la guerra, contempla su salida al final de la contienda. «Claro que intentábamos contener la risa. No se provoca a un tigre acorralado: es peligroso. Y luego, de pronto, allí ya no quedaba nadie.»[123]

El 25 de agosto de 1944, la 2.ª División Acorazada francesa y la 4.ª División de Infantería de Estados Unidos liberan París. El general Von Choltitz es arrestado y firma la rendición formal de las fuerzas alemanas ante el Gobierno provisional de De Gaulle. Al día siguiente, el general De Gaulle encabeza un desfile de la liberación por los Campos Elíseos.

Ya se han ido. El Hotel Lutetia está vacío de huéspedes. El capítulo alemán de París ha terminado.

Tercera parte

Después (1945)

El regreso

Una multitud aguarda fuera del hotel. De espaldas. No hay rostros: sólo un mar de hombros, mangas de camisa, chaquetas raídas, sombreros, cabellos rizados. Los cuellos se estiran hacia delante, girándose de un lado a otro. ¿Qué buscan? La gente empuja con paciencia, apretujándose. No se palpa agresividad, nadie siente que sea una competición que uno deba ganar. La mayoría de los presentes guardan silencio; el ambiente es tenso. Puede percibirse la ansiedad. Las cabezas se adelantan, husmeando, escudriñando, rastreando. Como un banco de peces arrastrado por una corriente invisible. ¿Qué es? ¿Qué es lo que están buscando?

Dos niñas con vestidos de verano, que cuelgan sueltos sobre sus hombros estrechos, esperan ansiosas, poniéndose de puntillas tras la barrera que forman los adultos. Tienen el pelo del mismo color; los mismos rizos. Llevan carteles de cartón en los que están escritos sus nombres: Denise y Elisabeth Epstein. Denise tiene trece años; Elisabeth (Babet), ocho. La última vez que vieron a sus padres tenían diez y cinco, respectivamente.

La multitud se desplaza y, en el hueco que queda entre unas cabezas y otras, alcanzamos a ver fugazmente aquello que capta de tal modo su atención: una fila de largos bastidores de madera, tablones municipales de anuncios como los que se usan para publicitar las elecciones locales. En ellos hay clavadas cientos de fotografías de desaparecidos, colocadas allí por familias angustiadas.

Hombres, mujeres, niños. Fotos de boda, retratos de pasaporte, instantáneas tomadas en vacaciones. Caras alegres, felices, posando ante montañas, con una bicicleta o una raqueta de tenis, junto al mar. Imágenes de un mundo que ya no existe.

El sonido de un motor hace que el banco de peces se agite: una corriente de expectación apremiante lo recorre. Al volverse la gente, aparecen al fin los rostros: ansiosos, ávidos, asustados, desesperados; la angustia acumulada durante años. «¡Que sea ella!» «¡Por favor, que sea él!»

Todas las miradas están fijas en las ventanillas del autobús, tras cuyos cristales sucios se adivinan filas de pasajeros. De la entrada del hotel emerge un grupo de jóvenes voluntarios, vestidos con uniformes de *scout*. Dentro, los pasajeros no se mueven. Parecen lejos, la vista perdida por encima de las cabezas de los que aguardan fuera. De pronto, una mujer logra abrirse paso. Levanta la fotografía de un joven que sonríe y la pega con urgencia contra cada ventanilla, una tras otra. Otra mujer se le une, portando la foto de una niña con un vestido blanco de verano. Luego otra y otra más, golpeando los cristales. «¡Por favor!»

Los pasajeros se encogen de hombros. Una negación con la cabeza. Una mano alzada. «Por favor, no. No me pregunte.» Los jóvenes voluntarios se colocan como guardia de honor, dos a cada lado de la puerta del autobús. El conductor acciona un interruptor y las puertas se pliegan con un siseo de aire comprimido. Se producen uno o dos instantes de quietud.

El conductor se vuelve hacia los pasajeros y hace un gesto, señalando la puerta.

Nadie se mueve.

Un joven *scout* sube los escalones para guiar a los primeros pasajeros en la bajada.

«Por aquí. ¿Ve esa puerta? Yo le ayudo, ¿sí?»

Al abrirse paso entre la multitud, los pasajeros recorren con la mirada aturdida esos rostros agitados, las fotografías que les ponen delante de la cara cuando los que aguardan se abalanzan sobre ellos, ansiosos.

«Entramos en el vestíbulo. Todos aquellos paneles de madera cubiertos de fotografías. "¿Ha visto a tal y cual? Estuvo en este campo, en aquel..." Pero nosotros buscábamos a alguien de nuestra familia. Esa gente que se nos acercaba con fotos de un joven apuesto o de una joven con el pelo bien peinado... "¿Conocía usted a tal y cual?" Pero, por supuesto, nosotros sólo conocíamos los nombres de un pequeño grupo de personas a nuestro alrededor... "Pero a ella la tuvieron que deportar a este campo o a aquel. Usted tiene que haberla conocido. Era morena... rubia... tenía dieciocho... treinta..." ¿Cómo íbamos a saber qué contestarles? Aún seguíamos en estado de *shock*. La gente nos agarraba, tirándonos de la ropa, literalmente. Ésa fue la parte más dura: pasar junto a esas madres llorosas, que agarraban de la ropa.»[1]

Los pasajeros avanzan arrastrando los pies, incapaces de sostener esas miradas que les imploran información... o más bien, esperanza. Algunos se ponen nerviosos y apartan las manos que tiran de las

mangas de sus uniformes de rayas. Un hombre acepta la fotografía que le tiende una mujer desesperada.

«¿Lo conocía?» La mujer agarra la manga. El hombre no responde. Ella insiste: «¿Está vivo?»

Él baja la vista y le devuelve la foto. «¿Está vivo?», grita ella otra vez.

Los pasajeros siguen su camino; la mujer se queda sola, apretando la foto. Ella sabe lo que el hombre no le ha dicho y, aun así, no puede aceptarlo. No sin pruebas. Así que vuelve a los tablones y continúa buscando.

Al fondo de la multitud, las dos hermanas esperan en vano. Durante dos meses de la primavera de 1945, vuelven cada día al Hotel Lutetia con la esperanza de encontrar a sus padres: su padre, el banquero Michel Epstein; su madre, la escritora Irène Némirovsky. No volverán a ver a ninguno de los dos.

Hiato (otra vez)

En octubre de 1944, un chico de diecisiete años llamado Jacques Desjeunes regresa a su casa, en el Marais, después de pasar tres años en una escuela de hostelería a las afueras de París.[2] Confía en encontrar trabajo como cocinero en un restaurante, pero la mayoría están cerrados. La ciudad sigue medio muerta. El lapso que separa la liberación de París y el final de la guerra en Europa forma un hiato de duración casi idéntica al que separó la declaración de guerra del comienzo de la Ocupación: nueve meses, de agosto de 1944 a mayo de 1945. Una vez más, París es una ciudad que está en

guerra pero no está en guerra. Los alemanes se han ido, pero el mundo continúa combatiendo y, aunque los restaurantes y cafés pueden servir a quien les plazca, persisten el racionamiento, los apagones y la escasez. La vida tiene un aire provisional: todo el mundo espera que esta maldita guerra termine de una vez. Incluso el nuevo Gobierno de De Gaulle es provisional hasta que se puedan celebrar elecciones.

Jacques consigue algunos trabajos de corta duración, pero es un joven que quiere arrancar con su vida y necesita un puesto estable. Su padre le sugiere que pruebe en el Hotel Lutetia. Al fin y al cabo, conoce bien a monsieur Chappaz. El Lutetia forma parte de la historia familiar de Jacques: sus padres se casaron allí en 1924; Jacques fue bautizado allí en 1928; antes de la guerra, la familia celebraba una fiesta en uno de sus salones de banquetes dos o tres veces al año. Su padre se ofrece a hablar con el director.

Así es como Jacques Desjeunes termina enfilando la familiar fachada curva del Lutetia, sólo que hoy no entrará por las puertas giratorias de boulevard Raspail, sino por detrás, por la entrada del personal. Allí, Chappaz lo acompañará al sótano, lo conducirá a la enorme cocina y presentará al muchacho al jefe de cocina y al equipo, formado por una veintena larga de empleados, con el que va a trabajar. Empieza desde abajo, como *commis de cuisine*, o ayudante de cocina. Jacques conoce el trato; su padre se lo ha metido en la sesera a base de repetírselo: agacha la cabeza, trabaja duro, no seas respondón y, con suerte, no te echarán antes de que acabe la semana.

Jacques es trabajador, y, durante los cuatro o cinco meses siguientes, su vida se ciñe a una estricta rutina: cada mañana, se levanta temprano para recorrer a pie el corto trayecto que, tras cruzar el Sena, desciende hasta el gigantesco sótano donde, poco a poco, está demostrando su valía. Los hoteles de París ya no alojan a los distintos departamentos de la administración militar nazi. En su lugar, se han instalado las fuerzas aliadas, que ocupan los mejores inmuebles y establecimientos de la ciudad. En el Lutetia están acuartelados los oficiales adscritos al jefe del Estado Mayor del Ejército francés, el general Noiret. Los cocineros preparan la comida para los oficiales. No es un trabajo duro. El hotel no está lleno. De pronto, sin embargo, en la primavera de 1945, el personal de cocina recibe la instrucción de prepararse para la llegada de mucha gente. Nadie precisa con exactitud quiénes ni cuándo. Empiezan a llegar cantidades ingentes de comida transportadas en camiones militares: carne, verduras, mantequilla, leche; alimentos que Jacques no veía desde 1939, cuando tenía trece años. Los oficiales franceses desaparecen de repente. En su lugar aparecen caras nuevas y jóvenes: hombres y mujeres con uniforme y ropa de calle; llevan portapapeles y hacen listas mientras sostienen discusiones serias, señalando aquí y allá, tomando notas. Se instalan mamparas en la planta baja, cerca del vestíbulo; se colocan mesas en hileras ordenadas; hay máquinas de rayos X y personal médico con batas blancas. Cuando Jacques pregunta a sus compañeros qué significa todo aquello, se encogen de hombros y le dicen que no tienen ni idea. Él sabe que es mejor no molestar al jefe de cocina con preguntas. Se muere de ganas de preguntar a monsieur Chappaz, pero un ayudante de cocina de diecisiete años no puede subir a ver

al director del hotel para preguntarle: «Pero ¿qué demonios está pasando aquí?»

Les absents

Durante la breve campaña militar de mayo de 1940, el Ejército alemán capturó a un elevado número de prisioneros de guerra franceses, que desde entonces han permanecido retenidos en una red de campos de prisioneros que se extiende por toda Europa. Durante la Ocupación, cientos de miles de ciudadanos franceses fueron reclutados y enviados a Alemania o Polonia a desempeñar trabajos forzados para el Reich. Además, miles de deportados fueron trasladados desde Francia a diferentes campos de concentración y prisiones, ya fuera por motivos políticos (al ser miembros de la Resistencia) o por motivos raciales (por ser judíos). En conjunto, se los conoce como *les absents* («los ausentes», «los desaparecidos»).

El Gobierno provisional de la Francia Libre, dirigido por el general De Gaulle desde el norte de África y conocido como el Comité Francés de Liberación Nacional, ya estaba pensando en *les absents* en noviembre de 1943, cuando De Gaulle se dirigió a Henri Frenay para que se incorporara a su Gobierno como responsable de un ministerio de nueva creación: el Ministerio de Prisioneros, Deportados y Refugiados.

Frenay pertenecía a ese grupo selecto conocido como *résistants de la première heure*, aquellos que habían combatido la ocupación nazi desde el primer momento. Capturado y encarcelado por los nazis en 1940, Frenay logró escapar al cabo de tres días y regresar a

Francia, donde empezó de inmediato a producir literatura clandestina y fundó el que más tarde se convertiría en uno de los tres principales movimientos de resistencia, Combat (los otros dos fueron Libération y Franc-Tireur). Frenay aceptó la oferta de De Gaulle a regañadientes, pues implicaba renunciar al compañerismo y al propósito activo que traía consigo la vida de un *résistant*. Por encima de todo, nadie era capaz de decirle en qué consistiría su nuevo trabajo. El único dato que el Gobierno podía ofrecerle era de tal magnitud que la tarea que se avecinaba amedrentaría al individuo más valiente: se estimaba que, en total, había más de dos millones de *absents* que tendrían que regresar a Francia cuando la guerra terminara.

Frenay llega a París a finales de agosto de 1944 y elige como sede de su ministerio una dirección cargada de simbolismo: avenue Foch, 83, el antiguo «cuartel general de la Gestapo». La labor que afronta es de una complejidad extrema: mientras que el número de prisioneros de guerra está cuidadosamente documentado, y existen cifras bastante precisas de los enviados a trabajos forzados, la información sobre los deportados es casi nula. Los archivos nazis han desaparecido; los registros de Vichy se han dispersado.

En cuanto a los campos de concentración, es el caos: aparte de algunos como Buchenwald y Dachau, establecidos antes de la guerra, nadie sabe dónde están, ni siquiera cuántos existen. El decreto «Noche y niebla» de 1941 ha permitido borrar las huellas de quienes fueron deportados por motivos políticos, y de los deportados por motivos raciales no hay registros en absoluto.

A veces aparecen nombres en los registros de prisiones como el fuerte de Romainville, o en los archivos de los campos de tránsito de Compiègne y Drancy, pero nadie tiene una idea precisa de cuántos son los deportados, dónde están, cuál es su estado de salud o qué necesitan. Preparar de manera eficaz su regreso resulta casi imposible. El proceso de repatriación se complica aún más por la forma en que la guerra está terminando en Europa, con dos zonas de control divididas entre estadounidenses y británicos, en el oeste, y los soviéticos en el este.

Frenay reúne a su alrededor un equipo de jóvenes, hombres y mujeres, la mayoría de los cuales, como él mismo, vienen de la Resistencia. Son miembros destacados de Combat, del MLN (Mouvement de la Libération nationale) y de la organización de asistencia social COSOR (Comité des œuvres sociales des organisations de la Résistance). Pocos tienen experiencia directa en administración. No hay sistemas establecidos. Hay que improvisarlo todo. La capacidad para arreglárselas es una de las cualidades principales de un *résistant*. Una cualidad que se pondrá a prueba a fondo en los meses venideros.

Olga Jungelson es profesora de Historia y antigua miembro de la Resistencia.[3] Está esperando el comienzo del curso escolar para retomar su carrera docente cuando una amiga le propone incorporarse al Ministerio de Prisioneros, Deportados y Refugiados para iniciar el proceso de localización de deportados franceses. Empieza a trabajar el 12 de septiembre de 1944 y lleva un diario detallado de los «nueve meses mortíferos» que transcurren entre la

liberación de París y el final de la guerra, mientras intenta documentar el número y el paradero de los ciudadanos franceses deportados por los nazis. La tarea resulta a la vez fascinante y profundamente dolorosa.

Jungelson empieza en Francia, recorriendo el país durante el gélido invierno de 1944 para obtener la información que pueda en las prisiones donde estuvieron retenidos los deportados: habla con antiguos prisioneros, visita cárceles para encontrar nombres arañados en paredes, marcos de ventana, taburetes. «Fusilado, deportado, internado, torturado, tomado como rehén: esas palabras comienzan a dominar mi vocabulario.» Va más lejos: viaja a Ginebra para ver qué puede averiguar en el Comité Internacional de la Cruz Roja. Y entonces llega el momento dramático en que los ejércitos aliados abren las puertas de Buchenwald, Dachau y Belsen: un instante de horror indecible que se retransmite al mundo entero.

La apertura de los campos permite al menos que se empiecen a elaborar listas. Otra integrante del equipo de Frenay, Marie-Hélène Lefaucheux, de la OCM (Organisation Civile et Militaire [Organización Civil y Militar], otra rama de servicios sociales de la Resistencia), viaja a Belsen y comienza a confeccionar listados de supervivientes. En abril envía de vuelta los primeros nombres de ciudadanos franceses que van a ser liberados del campo. Es un botín exiguo: apenas mil doscientos nombres de los muchos miles que están buscando. Pero es un comienzo.

Cifras[4]

Conocidas en 1945:

1 millón de prisioneros de guerra.

650.000 reclutas para trabajos forzados.

No conocidas en 1945:

165.000 personas deportadas desde Francia a campos de concentración y prisiones nazis.

De ellas:

90.000 deportados políticos y miembros de la Resistencia;

75.000 judíos, incluidos 11.400 niños.

La vraie France

> *Paris martyrisé! Mais Paris libéré! Libéré par lui-même, libéré par son peuple avec le concours des armées de la France, avec l'appui et le concours de la France tout entière, de la France qui se bat, de la seule France, de la vraie France, de la France éternelle.*(6), [5]

Cuando el general Charles de Gaulle entra en el París recién liberado el 25 de agosto de 1944, lo hace con la profunda convicción de que, para poder seguir adelante, el país debe estar unido. Cuatro años de ocupación han dejado a Francia profundamente dividida en todos los aspectos. Bajo la sencilla alegría que acompaña los primeros instantes de la liberación se ocultan sentimientos complejos y difíciles: vergüenza, resentimiento, rabia, el deseo de venganza

contra quienes ejercieron el poder en nombre de los nazis. De regreso en su país tras sus años de exilio, De Gaulle propone un relato triunfal, destinado a cohesionar a la nación: la única Francia verdadera es la Francia que resistió el dominio nazi.

Es primavera cuando llegan a París los primeros deportados, repatriados por vía aérea desde Buchenwald y recibidos en el aeropuerto de Le Bourget el 18 de abril de 1945 por autoridades, periodistas y fotógrafos, así como por una banda que interpreta *La Marsellesa*. Se trata de un grupo cuidadosamente seleccionado de notorios deportados políticos y miembros de la Resistencia, cuyo regreso refuerza la visión de De Gaulle de una Francia unida en la celebración de sus valientes héroes. Entre ellos hay dos generales de división, varios altos mandos militares, diputados, profesores de Derecho, Medicina, Literatura y Ciencias, el director de la Bibliothèque nationale, periodistas y médicos. Buchenwald albergó al mayor número de prisioneros franceses. El campo tenía incluso su propia organización de Resistencia, conocida como el Comité de Intereses Franceses. Dos de sus dirigentes figuran entre los repatriados: el sindicalista y comunista Marcel Paul y el coronel Frédéric-Henri Manhès. Estos hombres (y son todos hombres; las mujeres llegarán más tarde) pertenecen a la primera de las dos categorías principales de deportados: *deportés politiques* (deportados políticos) y *deportés raciaux* (deportados raciales, es decir, judíos).

Al mismo tiempo, regresan también a Francia prisioneros de guerra y trabajadores forzados: jóvenes en un estado de salud

relativamente bueno, a los que sus familias reciben con una alegría espontánea y sin matices.[6] La prensa dedica una amplia cobertura a las ceremonias oficiales de bienvenida. En mayo, un apuesto prisionero de guerra rubio, Jules Garron, es elegido como el «millonésimo» ciudadano francés repatriado. Las fotos en los periódicos lo muestran aterrizando, saludando o sosteniendo ramos de flores. Es joven, fuerte y tiene un aspecto saludable. Su historia se proyecta en todos los cines.

El elefante y la pulga

André Weil es otro integrante del equipo reclutado para trabajar en el ministerio de Frenay.[7] Weil había sido uno de los cofundadores de la organización paraguas COSOR, que en 1944 reunió a los distintos servicios sociales de la Resistencia en un único organismo nacional. Su director es un sacerdote jesuita, el padre Pierre Chaillet, quien trabaja en estrecha colaboración con Marcelle Bidault, de Combat, y Marie-Hélène Lefaucheux, de la OCM.

El trabajo de André Weil consiste en ayudar a organizar los aspectos prácticos del regreso de *les absents* a París. En primer lugar, ello conlleva localizar y garantizar la seguridad de lugares donde los repatriados puedan ser recibidos y alojados temporalmente. Ya se han elegido varios centros: cuarteles, piscinas, cines, incluso el Vélodrome d'Hiver, donde se internó a mujeres alemanas en calidad de «extranjeras enemigas» y donde los judíos extranjeros fueron también retenidos, bajo el sofocante calor de julio, durante la *grande rafle* de 1942. Al principio, el plan consiste

en recibir al mismo tiempo a prisioneros de guerra y deportados, enviando a los segundos a un centro nacional de recepción instalado en la Gare d'Orsay, y a los primeros a un centro dispuesto en las Tullerías justo enfrente, al otro lado del Sena. Al elaborar este plan, el equipo de Frenay imaginó que, una vez completados los trámites asociados a su regreso, todos los afectados regresarían a sus casas y retomarían sus vidas. Pero muy pronto se hace manifiesto que los preparativos son del todo inadecuados. No se trata sólo de la enorme cantidad de gente que regresa al mismo tiempo y que desborda sus recursos. Es algo más.

Cuando André Weil acude por primera vez a la estación, el general De Gaulle y él son las dos únicas personas que aguardan en el andén, «el elefante y la pulga», en palabras de Weil. Las tropas contienen a la muchedumbre de familiares desesperados que se apiñan con la esperanza de reencontrarse con sus seres queridos. Tras un breve saludo de bienvenida, De Gaulle se marcha, dejando a Weil y a sus camaradas a cargo de ayudar a los deportados a bajar del tren. Para recibirlos, se ha designado una *brasserie* cercana, donde Weil logra de algún modo meterlos a todos y servirles el almuerzo. El impacto es profundo: «Estaban cubiertos de piojos del tifus y tenían disentería. Fue terrible.»

Las capas de burocracia gubernamental que hacen que la toma de decisiones sea tan dolorosamente lenta todavía no están en funcionamiento, de modo que, cuando se hace evidente que la Gare d'Orsay es un entorno del todo inadecuado para recibir a hombres y mujeres que apenas pueden mantenerse en pie, y que los hoteles requisados en los Alpes para servir como sanatorios de convalecencia todavía no están listos, Weil y sus colegas se ponen

de inmediato a buscar una solución. Lo que necesitan es un centro de recepción lo bastante grande como para acoger a una gran cantidad de personas que requieren una cama para descansar; un lugar que también pueda proporcionar espacio para los servicios médicos necesarios para evaluar su salud y para los diversos agentes de inteligencia y policías encargados de separar a oportunistas, colaboracionistas y criminales que sueñan con obtener un certificado que los acredite como «deportados políticos», puerta de acceso a diversos beneficios y, también, a la oportunidad de reinventarse como patriotas franceses.

Cuando los funcionarios del ministerio toman conciencia de la magnitud del problema, ofrecen en primer lugar a Weil un gran edificio que consideran adecuado. El inmueble resulta estar semiderruido, sin ventanas y plagado de cucarachas. Tras rechazar la propuesta, Weil empieza a barajar otras opciones de edificios que podrían servir a su propósito. Comienza por el barrio que mejor conoce, aquel en el que nació y creció: la margen izquierda del Sena. No tarda en dar con una idea. La tarde del 19 de abril de 1945, y acompañado por Marie-Hélène Lefaucheux y el jefe de la OCM, Maxime Blocq-Mascart, André Weil visita al general De Gaulle. Tras una breve reunión, salen con permiso para requisar el Hotel Lutetia. Al principio, a Weil le habían dicho que el Lutetia estaba descartado porque alojaba a oficiales adscritos al general Noiret, pero De Gaulle atiende su petición de inmediato. Quizá al general le atrae la idea de escoger un hotel que él conoce tan bien: al fin y al cabo, fue en el Lutetia donde pasó la primera noche de su luna de miel y donde se alojó justo antes de huir a Londres en 1940. En algún lugar de su sótano, yace olvidado todavía su baúl militar. Weil

no pierde tiempo: él y sus colegas acuden de inmediato al hotel y empaquetan ellos mismos los baúles de los oficiales.

Dorine, Agnès, Sabine

La operación del Lutetia la gestionaría de principio a fin un equipo de voluntarios. El personal del hotel, que desde la Ocupación continúa bajo mínimos, seguirá en su puesto, pero su papel será limitado: las camareras prepararán y limpiarán las habitaciones y cambiarán la ropa de cama; el personal de cocina hará la comida. El director, Marcel Chappaz, no interfiere. El jefe de conserjería, Roger Harrault, acaba de regresar de un campo de trabajo. El edificio se divide entonces por funciones: la primera planta se reserva a la administración; la segunda, a la enfermería. En mayo, la tercera planta se reserva exclusivamente a las repatriadas.

Aunque nominalmente hay un comandante militar al mando, en la práctica, el Lutetia lo dirigen tres mujeres: el servicio de recepción está a cargo de Marcelle Bidault, enfermera y secretaria general de COSOR, conocida por su nombre en la Resistencia, «Agnès». Además, es hermana del ministro de Asuntos Exteriores. El registro de llegadas lo organiza Denise Mantoux, conocida como «Dorine», diseñadora de interiores que se unió a la Resistencia en 1942 y creó el departamento de servicios sociales de Combat. Al frente del propio hotel está Sabine Zlatin, a quien llaman «la Dama de Izieu».

Tras la devastadora pérdida de sus hijos y de su esposo, Miron, en la Maison d'Izieu en 1943, Sabine Zlatin se trasladó a París, donde comenzó a trabajar en la sección de asistencia social del movimiento

de resistencia MLN.[8] Allí conoció a la dinámica, intrépida y muy enérgica Denise Mantoux, «Dorine», con quien entabló una profunda amistad que duraría el resto de sus vidas. «Por supuesto, le conté la tragedia de Izieu. Su amistad fue de gran ayuda para mí durante esos meses difíciles.» Tras la Liberación, es Denise quien pide a Sabine que se una al ministerio de Frenay. «Sentía una necesidad apremiante de mantenerme ocupada, de llenar mis días con tareas que me interesaran y me impidieran recrearme en el pasado, así que acepté.» Henri Frenay la recibe en el equipo; le dan un despacho y una máquina de escribir, que no sabe usar, y le presentan a Agnès Bidault. Cuando se sugiere que Sabine se haga cargo del Hotel Lutetia, Denise y Agnès se alegran mucho: «Después de lo que has sufrido y de lo que has hecho, este trabajo es para ti.» Pese a no tener experiencia, Sabine acepta asumir el papel. Al fin y al cabo, se trata de los deportados, un tema que la toca muy de cerca.

El edificio del hotel está en buen estado y hay abundante ropa de cama y toallas. Olga Jungelson describe las provisiones almacenadas en el Lutetia como «escasas», consistentes sobre todo en latas de galletas. Sabine Zlatin, en cambio, recuerda que «en su prisa por marcharse, los alemanes habían dejado las neveras llenas de carne y de enormes cantidades de arroz, pasta y diversos alimentos». Para alivio de Marcel Weber, los nuevos ocupantes no suponen ninguna nueva amenaza para su preciada bodega. «Las bodegas estaban rebosantes de vino», recuerda Sabine Zlatin, «y no lo tocamos». Los almacenes del mercado negro, esos tesoros de mercancías tan eficientemente establecidos y explotados por los ocupantes, proporcionan un copioso botín a las mujeres, que tienen autorización

para recorrer la ciudad y requisar ropa, zapatos, artículos de aseo, comida; cualquier cosa que los repatriados puedan necesitar.

Se convocan voluntarios: se requieren equipos de médicos, trabajadores sociales, *boy scouts* y soldados las veinticuatro horas. Acuden en gran número: de la Resistencia, de la Cruz Roja, de la comunidad cuáquera, del Ejército de Salvación, así como miembros de agrupaciones juveniles de todas las confesiones: protestantes, católicos, judíos. El general De Gaulle proporciona al hotel cinco coches con chófer para recoger a las enfermeras voluntarias cuando salen del hospital tras su turno.

Cuando se corre la voz de que el Hotel Lutetia será el principal centro de repatriación de los deportados que regresan, grupos de familiares ansiosos empiezan a reunirse en el boulevard Raspail, preguntando y a la espera de noticias. Muchos miembros de la Resistencia fueron detenidos en virtud del decreto «Noche y niebla»; sus familiares llevan más de tres años sin tener noticias de ellos. Las familias de deportados judíos no saben si sus seres queridos siguen vivos. Multitudes de curiosos acuden al hotel: periodistas, gente que quiere ayudar y gente que sólo quiere enterarse de lo que está pasando. A uno de los organizadores se le ocurre la brillante idea de requisar todos los paneles electorales del boulevard Raspail y colocarlos en el vestíbulo y fuera del hotel. La primera vuelta de las elecciones municipales tendrá lugar el 29 de abril de 1945.

Cuando las primeras listas se cuelgan en abril, familias impacientes dicen a Olga Jungelson que quieren ir «allí» —al campo de concentración de Belsen— para traer de vuelta a sus parientes.

«¿Por qué tardan tanto en regresar? Tengo contactos, puedo conseguir un coche, gasolina; no tienen derecho a impedirme que vaya a buscar a mi marido, a mi hijo, a mi esposa, porque aún están allí, vivos.»[9]

¿Vivos? Olga acaba de regresar de Belsen, donde el tifus campa a sus anchas. Por eso las repatriaciones son tan lentas y por eso las fuerzas británicas destinadas allí no quieren que las familias vayan al campo.

Se envían cartas con información, hasta tres mil al día. Las listas de supervivientes se cuelgan a diario, clavadas en los paneles fuera del hotel. Dentro, en el vestíbulo y a lo largo de los pasillos, hay cientos y cientos de fotografías, cada una con un nombre y datos de contacto escritos debajo, colocadas allí por las familias que esperan noticias de sus seres queridos. Sabine Zlatin cuelga fotos de su esposo, Miron, y de los dos chicos mayores que fueron deportados con él, Theo Reis y Arnold Hirsch. Cada día, en ratos robados después del trabajo o durante el descanso, baja a comprobar si hay noticias de ellos. Sólo se permite entrar a voluntarios, personal y personas vinculadas a los repatriados. Todos los demás tienen que consultar las listas colgadas fuera.

Entonces empiezan a llegar.

¡Qué ciudad!

Primavera en París. Una brisa fresca agita la floración de los castaños que crecen a lo largo del boulevard Raspail. En el Hotel Lutetia, los organizadores y sus equipos de voluntarios se preparan

para recibir al primer grupo de deportados que regresa. Es 26 de abril de 1945, tres días antes de la primera vuelta de las elecciones municipales. Francia ha sido liberada; los Aliados están a punto de lograr la victoria total en Europa.

En un andén de la Gare de l'Est, el director de la banda alza la batuta y, mientras el tren entra lentamente en la estación envuelto en una nube de vapor y el chirrido de los frenos, la banda militar toca los primeros compases de *La Marsellesa*. Una delegación uniformada espera sobre la plataforma, lista para saludar a los héroes que regresan.

Allons enfants de la Patrie
Le jour de gloire est arrivé!

Los funcionarios contienen a la multitud, mientras los primeros internos de los campos de concentración bajan al andén.

Aux armes, citoyens
Formez vos bataillons.

Se hace el silencio.

«La gente miraba a esas pobres criaturas y se echaba a llorar», recuerda Yves Béon, miembro de la Resistencia, de regreso de Buchenwald. «Las mujeres caían de rodillas sin decir palabra. Los

prisioneros avanzan, casi como si tuvieran miedo. Avanzan hacia un mundo que han olvidado, un mundo que no entienden. Ven a seres humanos, vestidos como seres humanos. Los miran sin decir una palabra. Estos seres de un planeta desaparecido ven ante sí a otros seres a los que no reconocen. Ahí, bajo sus pies, hay una frontera, un paso que cruzar.»[10]

Son esqueletos andantes; sus cráneos están cubiertos por una piel tan fina que es casi transparente. Llevan la cabeza rapada; hombres y mujeres resultan casi indistinguibles. La mayoría viste ropas mugrientas que recuerdan a pijamas de rayas.

Los conducen hacia una sala de espera donde unos jóvenes voluntarios los reciben y los guían hasta los autobuses que aguardan fuera: esos mismos autobuses parisinos verdes que llevaron a tantos de Drancy a Bobigny para ser apiñados en trenes con destino al este. Esta vez sólo se viaja sentado; no se permite ir de pie. A los más enfermos los llevan directamente al hospital.

Los autobuses parten y se dirigen hacia el centro de la ciudad, pasan por el Hôtel de Ville, cruzan el río —ahí está Notre-Dame—, bajan por la rue Saint-Jacques, pasan junto a la Sorbona, el Jardín de Luxemburgo... Una visita relámpago por los monumentos parisinos. Las calles están casi vacías de coches; los transeúntes se detienen a contemplar los autobuses y su extraño cargamento. Algunos saludan con la mano, algunos esbozan una sonrisa, algunos apartan la mirada, algunos lloran, algunos simplemente se quedan boquiabiertos. Los deportados miran por las ventanillas una escena que, hace apenas unos meses, unos años, hace eones, habría parecido totalmente normal: un día de primavera en París. Algunos,

que nunca han estado en la capital francesa, no dan crédito a sus ojos. «¡Dios mío, qué ciudad tan hermosa!»

Más tarde, en junio, una joven *résistant*, Simone Alizon, es repatriada en un avión militar DC8.[11] Tras su liberación de Ravensbrück gracias a la Cruz Roja sueca, ha pasado los últimos meses en Suecia junto con otras supervivientes, entre ellas la antropóloga Germaine Tillion, traicionada por Robert Alesch.

Simone pasa buena parte del trayecto en la cabina, contemplando el brillante mar del Norte que se extiende debajo. Luego, milagrosamente, la costa de Francia aparece a sus pies. Llegan a París con un sol espléndido. *C'était un rêve!* Era inimaginable, aquel regreso. Era la primera vez que veía la capital. «Cada vez que lo pienso... Al atravesar las *banlieues*, pensé*: C'est ça, Paris*...» Así que esto es París.

Fuera del Lutetia se agolpa una multitud: parientes angustiados que esperan reunirse con los suyos. Cuando el primer autobús se detiene, se abalanzan hacia delante, pegándose a las ventanillas. Quieren pronunciar palabras de bienvenida y alegría, pero, en cuanto los primeros repatriados bajan de los autobuses, las palabras se les atragantan y ellos también quedan en silencio. De uno en uno, una hilera de fantasmas con uniforme de rayas desciende a este profundo pozo de silencio: exiliados extraños que regresan de otro planeta. Quienes aguardan se quedan paralizados; sólo se mueven sus ojos, que recorren los rasgos de los recién llegados, en busca de

un rostro que conocieron, con la esperanza de encontrar, en esos esqueletos, algún vestigio de familiaridad. Los deportados, en cambio, no parecen ver a la multitud. Su mirada se pierde en la distancia, como si estuvieran muy lejos, aún ausentes.

Entonces empieza el clamor. Roger Joly, miembro de la Resistencia, regresa a París tras ser liberado de Neuengamme: «¿Cómo hacer entender a gente devorada por la angustia que la persona cuya fotografía nos enseñan no tiene nada que ver con la persona que quizá conocimos? Nos enseñan a un ser humano; nosotros sólo conocimos un residuo...»[12]

Buenas acciones

Cuando Bertrand Poirot-Delpech y sus amigos se ofrecieron como voluntarios en el Lutetia, pensaron que iban a realizar algún tipo de acción heroica.[13] Con dieciséis años, estudiante de Filosofía en el Lycée Louis-le-Grand (donde Alexis Léon terminó su *bachot* en agosto de 1941 y Pierre Radványi asistió a cursos de verano en 1940), Bertrand es *scout* en Saint-Sulpice.

«Junto con dos o tres *scouts* más de mi clase, pedimos permiso a nuestro profesor de filosofía, el señor Cuvillier, para ir a recibir a los deportados a la Gare de l'Est y acompañarlos en el autobús hasta el Lutetia.»

Se imaginaban en el andén, con sus impecables uniformes, saludando a los recién llegados, llevando sus maletas —«Por aquí,

por favor»—, conduciéndolos hasta los autobuses...

La realidad hizo añicos sus ilusiones juveniles.

«El único equipaje que portaban era un paquete en el que habían atado unos pocos objetos miserables; sus pertenencias, si es que se las podía llamar así; se aferraban a ellas: para ellos era una manera de reencontrar el placer de tener algo que les perteneciera. [...] Era su pequeño tesoro, como cuando los niños se llevan sus muñecas durante los bombardeos.»

El impacto es demasiado grande para unas mentes jóvenes y tiernas. Llevar en brazos a un hombre esquelético; ver a un adulto gritar de miedo por la noche. André Weil ve vomitar a jóvenes *scouts*, vencidos por las náuseas. «Un olor a agonía mezclado con sudor los perseguía a todas partes.»

La mayoría de los deportados han sido liberados apenas unas semanas antes. Algunos han sobrevivido a marchas de la muerte; otros han permanecido en campos asolados por el tifus, rodeados de cadáveres. Unos estuvieron en los campos sólo unos meses; otros, dos o tres años. Al ser liberados, se les dio comida y agua, pero los ejércitos o las unidades de la Cruz Roja que los rescataron carecían de recursos para ofrecer allí mismo el tratamiento médico o el descanso que necesitaban.

Los hacen entrar, atraviesan una puerta giratoria y acceden al vestíbulo, recorren un pasillo flanqueado de rostros. La escritora Jacqueline Mesnil-Amar deja constancia de sus impresiones en el *Bulletin* del SCDI.(7)

> Cientos y cientos de fotos colgadas en las paredes. Todos esos rostros de seres queridos ausentes, perdidos en la inmensa confusión, nos miran con sus ojos de entonces, con sus ojos alegres de «antes», sonriendo llenos de vida y juventud; fotos de bodas o de vacaciones; mirándonos con sus pobres ojos de papel para ver si los reconoceremos, si los hemos visto alguna vez, si diremos lo que sabemos de ellos, esa última esperanza.[14]

Y luego, otro acto brutal: una nube de polvo blanco en la cara.

DDT

«Llegamos delante de este gran palacio», escribe Maurice Cling, que tenía dieciséis años cuando fue liberado de Auschwitz. «Nunca había entrado antes en el Hotel Lutetia; para mí era como un palacio y había una puerta giratoria en la entrada —nunca había visto una en la vida real—, di vueltas en aquella cosa y, al salir por el otro lado, recibí una nube de polvo blanco casi en la cara. Era DDT, para los piojos.»[15]

Los deportados se han acostumbrado a que los traten como animales. Pero, desde su liberación, ha habido una pausa: rostros amables, sin golpes, comida, algo de beber. Ahora, cuando la luchadora de la Resistencia Gisèle Guillemot atraviesa la puerta, «las mujeres elegantes que nos reciben, compasivas pero con guantes, nunca se sabe...»,[16] les ordenan que se desnuden. Les quitan los harapos y, de pronto, los rocían con un espantoso polvo blanco «por todas partes: en el pelo, en la boca, en la nariz, en los ojos, en las

orejas... ¡ya basta!». Luego, una ducha, más desnudez. Gritos airados desde una de las cabinas; una voz distinguida se alza, ofendida: «¡Déjeme en paz! ¿No cree que ya me han obligado a desnudarme bastante durante dos años? ¿Quiere que lo haga otra vez?»[17]

Los deportados quedan atrapados en una máquina concebida para su bien. La higiene es la prioridad principal: tratamiento contra piojos y sarna, retirada de la ropa, una ducha caliente, una radiografía; después, un reconocimiento médico para examinar heridas, tifus, tuberculosis, problemas digestivos causados por la malnutrición. Más manoseos y exploraciones. Médicos haciéndoles preguntas.

Los piojos se cuelan por todas partes. André Weil vuelve a casa de su turno a las cuatro de la mañana y se quita los insectos en el baño.[18] Los primeros deportados que regresan son altamente contagiosos y, al principio, se producen dos muertes entre el personal: una camarera y un *scout* encargado del guardarropa. «No estábamos vacunados. Nadie nos advirtió.»

A veces llegan tantos autobuses al mismo tiempo que los organizadores tienen que utilizar otros edificios para el excedente. Hay un cine, el Rey, situado en un pequeño callejón sin salida, la rue Juliette Récamier, justo al lado de la rue de Sèvres. Los voluntarios desvían los autobuses hacia el cine para que los deportados puedan sentarse en un lugar cómodo mientras esperan. En la misma calle requisan un establecimiento de hidroterapia para el proceso de desinfección.

Los voluntarios se llevan la ropa inmunda con la que han llegado los deportados —a menudo, aún, el uniforme de rayas de los campos— y la sustituyen por prendas procedentes del enorme almacén de vestuario que Sabine Zlatin y las demás organizadoras han requisado a proveedores del mercado negro, incrementado con generosas donaciones.

El servicio médico lo dirige el doctor Toussaint Gallet, obstetra y ginecólogo cuyas actividades en la Resistencia lo llevaron a Buchenwald, donde, pese a las condiciones, siguió ayudando a sus compañeros de cautiverio. Ignorando su propio estado debilitado, al día siguiente de su regreso a París (como parte del grupo de deportados notorios que llegó a Le Bourget el 18 de abril de 1945) acepta el cargo de jefe del servicio médico del Lutetia.

El examen médico superficial, en realidad, poco puede hacer para abordar las múltiples dificultades físicas y mentales a las que se enfrentan los repatriados. Esto no es más que triaje: un proceso para identificar a quienes requieren atención médica urgente, y decidir quién está en condiciones de ser dado de alta y enviado a casa con su familia y su paquete de la Cruz Roja, y quién necesita pasar un tiempo en el hotel para descansar.

En teoría, los deportados tienen derecho a una estancia de cuarenta y ocho horas en el Lutetia. En la práctica, algunos se van de inmediato: salen por la puerta giratoria y desaparecen en la estación de metro de Sèvres-Babylone. Muchos otros necesitan quedarse más tiempo, ya sea para recuperar fuerzas y poder comer, caminar y moverse, o para localizar a alguien que acuda a buscarlos.

Algunos no tienen a nadie a quien avisar ni un hogar al que regresar. Estas cosas pueden tardar semanas en resolverse.

Cada llegada debe registrarse y cada individuo recibe un carnet que lo identifica correctamente como deportado, un estatus que otorga derecho a diversos beneficios. Voluntarias del Cuerpo Auxiliar Femenino llevan los registros. Conocidas como *les petites bleues* («las pequeñas azules») por sus uniformes azul marino (no confundir con las *souris grises* —«ratones grises»— de la ocupación nazi), tienen dos libros: uno organizado por número de habitación y otro por orden alfabético. En mitad del caos imperante, muchos deportados no se registran al llegar y no comunican su salida.

Antes de que a una persona se le pueda expedir la importantísima *carte de déporté*, queda un último obstáculo vital que superar.

Interrogatorios

Olga Jungelson escribe:

> Habían perdido la memoria para las fechas. No sabían los nombres de los *Kommandos* y sólo conocían a sus torturadores por apodos o nombres incompletos: «¿A qué compañeros viste morir?» Se burlan de esa pregunta estúpida. A sus ojos, damos pena. Parece que contestan por compasión: «Estaba Maurice, que murió de tifus. Creo recordar que vivía en Niort. Su mujer era maestra y tenía dos hijos. Y el muchachito rubio, ¿cómo se llamaba? Su padre era un pez gordo en aduanas.»[19]

El teniente Louis Micard es el jefe del servicio de seguridad y control en el Lutetia, que incluye oficiales de los servicios de inteligencia y de la policía. Los especialistas han preparado un arsenal de preguntas. ¿Cuándo la detuvieron? ¿Qué ruta siguió hasta el campo? ¿Qué tipo de trabajo hizo allí? ¿En qué *Kommando* estaba? ¿Quiénes eran sus compañeros de litera? ¿A quién vio morir? ¿Lo condenaron a usted a muerte? ¿Por qué tribunal? ¿Lo torturaron? ¿La violaron? ¿En qué circunstancias? Liliane Lévy-Osbert, miembro de la Resistencia liberada de Auschwitz, encuentra el interrogatorio insoportable:

> Me pregunta: casada o soltera, por qué, cómo, quién, qué pasó. De inmediato, vuelvo a la atmósfera clandestina de 1940. En realidad, nunca había salido de ella. Resultado: rigidez, la boca cosida... Intento de intimidación por parte de los interrogadores: entonces, ¿se fue voluntariamente? ¡Esto ya es demasiado! Ofendida, me levanto de un salto, golpeo la mesa y me marcho.[20]

El objetivo es ayudar a los deportados a recuperar su identidad civil, pero algunos —sobre todo quienes estuvieron en la Resistencia — reaccionan con ira a estas preguntas. «Necesitábamos otras cosas: comida, atención médica. Necesitábamos ir a casa.» Pero, sin el visto bueno de las autoridades, los deportados se arriesgan a marcharse sin su carnet provisional, que reconoce su estatus y les concede ciertos derechos, como el transporte gratuito. Hay prestaciones distintas para trabajadores forzados, prisioneros de guerra, deportados políticos o raciales, lo que genera cierta

conflictividad entre los distintos grupos que compiten por reconocimiento y apoyo.

Un apunte: el 2 de junio de 1945, cientos de antiguos prisioneros de guerra desfilan por los Campos Elíseos no para celebrar, sino para protestar. La manifestación, organizada por los comunistas junto con partidarios de un joven y ambicioso activista político, François Mitterrand, expresa la rabia de los prisioneros de guerra que, a diferencia de los deportados, no reciben ropa ni zapatos y deben seguir con el uniforme.

«¡Somos soldados, no mendigos!»

Reclaman dinero para las viudas de prisioneros de guerra; faltan calcetines y zapatos. Celebran una gran asamblea en la Mutualité (donde en 1935 tuvo lugar el Congreso Internacional de Escritores) antes de depositar coronas simbólicas en la tumba del soldado desconocido. Su ira contra Henri Frenay pronto amenaza con desbordarse: los cánticos de *Frenay démission!* («¡Frenay dimisión!») dan paso a los de *Frenay au poteau!* («¡Frenay al paredón!»). La multitud intenta abrirse paso hacia el ministerio, situado en la avenue Foch, hasta que corre la voz de que De Gaulle ha aceptado recibir a una delegación.[21]

Como es evidente, entre quienes regresan hay algunos que no están ansiosos sólo por cobrar la prima de mil francos y que les den tabaco y ropa, sino por borrar su historial de guerra, por obtener el «certificado de virginidad» que les pueden otorgar las palabras

«deportado político» escritas en su formulario de repatriación. Naturalmente, los agentes de inteligencia y de policía se concentran primero en desenmascarar a los impostores. Es una tarea importante, pero que cae muy mal entre los miembros de la Resistencia, furiosos por tener que soportar cierto tipo de preguntas. Furiosos, aunque también asustados, porque el mundo del que han salido los ha dejado confusos, incapaces de recordar fechas, lugares, nombres...

Yves Léon ha sobrevivido a Sachsenhausen y Bergen-Belsen.[22] Lo liberaron en abril y ahora es 4 de junio. Durante casi dos meses, el joven miembro de la Resistencia ha estado aguardando el momento de volver a casa, convencido de que, una vez estuviera de nuevo en Francia, todo iría bien. «Me dije: debemos de ser poquísimos los que volvemos, y yo soy uno de ellos. Todo el mundo sabe por lo que hemos pasado, todos tendrán por fin un poco de consideración con nosotros...»

Llega al Lutetia ya entrada la noche, en el último grupo del día. Tras cumplir con impaciencia con todos los trámites, las fotografías y los reconocimientos médicos —es joven, quiere volver a Bretaña—, finalmente lo conducen al interrogatorio con un oficial del Deuxième Bureau, «embutido en su uniforme».

> No me fiaba de él; pensé que era un antiguo colaboracionista [...] Me interrogó como si yo fuera un criminal, un espía, sin el menor respeto por mi persona, ni siquiera por mi estado de salud. Tuve que contestar, dar mi

> identidad, la de mis padres y abuelos, explicar las razones de mi detención con detalles, incluidas fechas, que me aterrorizaba dar, porque casi había perdido la memoria [...] No esperábamos esa actitud hostil hacia nosotros. Quizá toda esa gente sólo tenía prisa por terminar su jornada. Nosotros no teníamos nada que ver [...] Quizá también estaban cansados de ver a tantos deportados: nosotros fuimos de los últimos supervivientes en regresar a Francia.

No hay sitio para pasar la noche en el Hotel Lutetia, así que envían a Yves al cercano Hotel Montaigne, donde, enfrentado por primera vez en más de dos años a mesas, sillas, platos, cucharas, cuchillos y tenedores, se da cuenta de que ya no sabe qué hacer con ellos.

Impostores

Los antiguos *kapos* y milicianos eligen con astucia las historias que cuentan. Se compran atuendos a rayas y algunos incluso se hacen tatuajes falsos, pero cometen el error de ser demasiado precisos: aportan fechas y detalles que los deportados auténticos no pueden recordar. Y es bastante fácil contrastar su relato: basta con adentrarse en la multitud y encontrar a alguien de la red a la que aseguran pertenecer.

Los funcionarios encierran a los delincuentes en un dormitorio. Cada tarde, a las seis, llega un furgón penitenciario para llevárselos. A veces, por la noche, los deportados oyen pasos atronadores en los

pasillos y gritos. Alguien que esperaba borrar la mancha de su colaboración intenta escapar.

Entre los impostores hay mujeres que fueron a Alemania porque se enamoraron del hombre equivocado o porque les prometieron un buen trabajo; muchas de ellas son prostitutas que tratan de hacerse pasar por deportadas tomando prestados algunos nombres y ciertos detalles de la vida en el campo de concentración oídos en conversaciones de pasillos o en el comedor del hotel. Pero no tardan en trastabillar cuando tienen que explicar las circunstancias de su detención.[23]

No pertenecer a una red de resistencia conocida despierta automáticamente las sospechas.[24] Thérèse Vershueren y dos amigas escaparon durante la evacuación de Zwodau, adonde las habían trasladado después de su cautiverio en Ravensbrück. Cuando intentan entrar en Francia, las acusan de ser prostitutas, y sólo las dejan entrar en el Lutetia después de mostrar sus tatuajes. Tras un interrogatorio que dura toda la noche, acaban durmiendo en el suelo. Esta experiencia miserable se ve compensada a la mañana siguiente por un desayuno sublime, servido en el lujoso comedor. Aun así, «todo habría sido más fácil si no nos hubiéramos escapado».

Los interrogatorios no tratan sólo de prestaciones o de delincuentes. Son también un proceso vital para empezar a documentar la magnitud de los crímenes nazis. Pero las preguntas, por suaves que se formulen, despiertan terror.

Esa mirada de animal acosado cuando les haces preguntas demasiado concretas. Vamos a castigarlos por olvidar un nombre, por equivocarse en las fechas. Vamos a mandarlos allí... ¿Cuándo pueden irse a casa? Tenemos que explicarles que pueden ayudarnos a encontrar a los demás, a localizar las fosas comunes en las rutas de evacuación, quizá a identificar a los verdugos.[25]

Olga Jungelson se esfuerza por recomponer los fragmentos de información, pero impera una sensación de incomprensión mutua. Se sienta con paciencia, intentando establecer una cronología —primero esto, luego aquello—, siguiendo la lógica de la normalidad.

—¿Lo liberaron en Chain? Entonces, ¿viene de Dora?

—No, estuve en Ellrich...

—¿Trabajó en la fábrica Heinkel? ¿Participó en la evacuación hacia Buchenwald?

—En absoluto... acabé en Malchow.

—Si lo liberaron en Malchow, ¿venía de Oranienburg?

—Jamás puse un pie allí; sólo en Neuengamme.

—Ah, ¡bien! Ya lo entiendo.

—No entiende nada. Me escapé durante una evacuación. Caminé días y noches, dando vueltas...

Es como si tuviéramos ante nosotros la tarea imposible de reconstruir los desplazamientos frenéticos de los habitantes de un hormiguero al que han prendido fuego. Pero las hormigas nos miran con todo el desprecio de quienes vienen de dentro, de un mundo al que no tenemos

acceso. Extranjeros ciegos en el mundo de los videntes, intentando y fingiendo comprender lo que han sufrido sin haberlo comprendido jamás: eso es lo que representamos para ellos.[26]

Leche, arroz y mermelada

La mayoría de los deportados se encuentra poco menos que en un estado de inanición; el peso medio es de cuarenta y ocho kilos. Algunos están demasiado débiles para comer en el comedor y hay que darles de comer con la mano, en sus habitaciones. Los *scouts* se sientan pacientemente con ellos y les van metiendo cucharadas de sopa en la boca. La comida es abundante, preparada por los chefs del Lutetia, pero hay que ser prudente: ofrecer demasiado a personas que han pasado tanta hambre puede ser peligroso. El doctor Gallet ha preparado un programa para ayudar a los deportados a readaptarse a una dieta normal: cualquier cosa demasiado calórica o grasa podría tener consecuencias graves para unos aparatos digestivos destrozados por la desnutrición y la disentería. Los voluntarios tienen que enseñarles a comer con cuidado para no sobrecargar sus cuerpos debilitados e inestables.

El Ejército entrega la comida al hotel. Oficialmente, a cada deportado debe proporcionársele una generosa ración diaria: 125 g de carne, 15 g de mantequilla, 200 g de pan, 10 g de sal, 5 g de limas, 200 g de zanahorias, 30 g de café, 30 g de azúcar, 60 g de mermelada, 150 g de pasta, 70 g de queso, 100 g de leche, 100 g de pan de jengibre, 1 kg de patatas, 1 huevo.

Gran parte es completamente inadecuado para los supervivientes, pero al menos puede utilizarse para alimentar a los voluntarios. En un momento dado, André Weil recibe la visita de un coronel que le informa de que será sometido a un consejo de guerra por apropiación indebida de suministros militares.[27] Weil se limita a reírse. Las provisiones llevan el visto bueno del propio De Gaulle. Y si parte de lo enviado para los deportados se entrega en su lugar a los voluntarios, bueno: «¡Yo también cometí el "delito" de darles suministros militares!»

Entre las docenas de personas que se presentan para ver en qué pueden ayudar están el recién nombrado embajador de Canadá, el general de división Georges Vanier, y su esposa, Pauline. Cuando les dicen: «Necesitamos leche, arroz y mermelada» para hacer arroz con leche para quienes padecen disentería o se recuperan del tifus, Vanier organiza de inmediato el envío por avión, directamente desde Canadá, de un gran pedido de esos bienes preciosos. Conmocionados en lo más hondo por las condiciones que encuentran a su llegada a Francia en 1944, los Vanier se vuelcan en ayudar tanto a ciudadanos franceses como a refugiados. En cierto momento, introducen en el país, por valija diplomática, miles de prendas de vestir para huérfanos de guerra.

En el comedor, un grupo de *girl scouts* revolotea alrededor de los deportados, llevan platos, ponen la mesa, sirven las comidas, recogen, suben zumo de fruta a las habitaciones, anotan las llegadas y salidas. Los dos comedores son luminosos y alegres. Hay flores en la mesa, y vino en jarras, que los deportados no pueden beber, pero

que los voluntarios disfrutan. Tras su turno, las chicas se sientan a devorar algo de comida y a comentar los sucesos del día.

La noche anterior, a las tres de la mañana, Bertrand Poirot-Delpech recibió una petición de un deportado: que fuera a buscar a su esposa a su casa de la rue Lecourbe, en el decimoquinto *arrondissement*, y que la llevara al hotel, porque tenía miedo de no reconocerla.[28] Cuando Bertrand llegó allí, la mujer le pidió que la acompañara al Lutetia y que se quedara con ella, porque ella también tenía miedo de que su marido no la reconociera.

«¡Acabé presentándolos el uno al otro!»

No añade que la situación le causó tal angustia que no durmió en toda la noche.

Abajo, en las cocinas, el joven Jacques Desjeunes está desconcertado: pese a las ingentes cantidades de comida que llegan a diario —incluida tanta carne que la cámara frigorífica no da abasto —, las comidas que les dicen que envíen arriba consisten tan sólo en puré de patatas o verduras trituradas, alimentos blandos que no requieren masticación, todo ello preparado en enormes marmitas.[29] Jacques es demasiado joven para opinar sobre los menús o incluso para saber quién decide lo que se va a preparar cada día, pero el jefe de cocina —en colaboración con el doctor Gallet y Sabine Zlatin— elabora un menú diario, según lo que haya llegado esa mañana.

Antes de la guerra, la cocina del Lutetia a menudo debía servir dos o tres mil cubiertos para banquetes, así que ofrecer más de mil comidas diarias basadas en un único plato no supone gran esfuerzo.

No hay horarios fijos, de modo que los chefs preparan lo necesario conforme se va requiriendo. A los deportados no se les ofrece elección de menú, ni están en condiciones de tomar ese tipo de decisiones. También se prepara comida para los voluntarios, una oportunidad de dar salida a parte de las provisiones de carne.

Fantasmas

Cuando el personal de cocina termina su turno, se aventura a subir para ver a qué viene tanto revuelo.

De pie en la entrada del vestíbulo, Jacques observa cómo los deportados bajan de los autobuses con ayuda de los jóvenes *scouts* voluntarios. Cuando entran en el hotel, lo que más le llama la atención de primeras son los pijamas de rayas. Pero, a medida que pasan a su lado, es otra cosa la que se le queda grabada en la memoria:

> Te miraban como si no existieras, como si miraran a través de ti. Era muy duro verlos; su mirada estaba vacía, no había ningún indicio de alegría. No creo que se dieran cuenta de que se había acabado. Eran personas que tenían el aire de no ser personas, ¿me entiende? Ninguno parecía feliz: era un sentimiento que habían eliminado por completo. Y su estado físico también era impactante: gente sin carne en el cuerpo. Es imposible explicar lo que sientes cuando ves algo así: te sobrepasa. No podíamos comprenderlo... y nadie nos había advertido.

«Lo que más me impactó fueron sus caras.»[30] Michel Rocard, de catorce años, es miembro de los Éclaireurs Unionistes de France (los *scouts* protestantes de Francia); pertenece a un grupo con base en la parroquia de Luxemburgo, a la que también pertenece el Hotel Lutetia, un edificio que él y sus amigos siempre han mirado con temor porque fue requisado por los alemanes. A Michel le encargan que ayude a los recién llegados a bajar de los autobuses y los acompañe al interior del hotel. «El paisaje de los rostros de esos hombres (sobre todo recuerdo a los hombres) lo habían destruido otros hombres. Era aterrador. No les hablábamos. *Le silence s'impose*. Es una visión que te marca de por vida.»

La llegada de los deportados se produce en un momento en que la realidad completa de los campos de concentración todavía se desconoce. Entre la liberación y el final de la guerra, la prensa publicó muchos reportajes sobre los campos, las fuentes eran sobre todo deportados políticos o fugados de campos de trabajo forzado, no personas judías. A quienes reciben a los repatriados les cuesta comprender la existencia de campos de exterminio: la idea de las cámaras de gas, del asesinato industrializado a gran escala. Resulta inimaginable. La gente no sabe cómo describir lo que está viendo. «Con la llegada de supervivientes al Lutetia en abril y mayo de 1945», escribe Olga Jungelson, «tuvimos que admitir que los esqueletos podían caminar, descubrir una nueva geografía, un nuevo vocabulario».[31]

Hay mesas en los comedores donde los deportados pueden comer, pero muchos se quedan en sus habitaciones y allí los atienden voluntarios, dos de los cuales los acompañan a todas partes. Jacques Desjeunes observa, hipnotizado, desde su puesto en la entrada del vestíbulo. *Ils étaient déshumanisés.* «Los habían deshumanizado.» Como fantasmas, evanescentes. *Ils étaient ailleurs. Ils ne s'étaient pas rendu compte qu'ils soient revenus*. «Estaban en otra parte. No se habían dado cuenta de que habían vuelto... No se puede explicar con palabras.»

El personal de cocina nunca lo comenta entre sí.

Volver a casa

Ahora llega lo más difícil: la búsqueda de los seres queridos, el regreso tan esperado como temido. Quienes fueron deportados como miembros de la Resistencia en virtud del decreto «Noche y niebla», por lo general, aún tienen familias que los esperan y hogares a los que volver. De los noventa mil deportados políticos, más de la mitad regresó a Francia tras la guerra.[32] En cambio, de los setenta y cinco mil judíos deportados, sólo dos mil quinientos fueron liberados, alrededor del 3 % Mientras que para un *résistant* liberado lo más natural es llamar por teléfono a casa, para muchos judíos la mera idea es impensable, porque lo más probable es que todos estén muertos. A diferencia de los voluntarios y de las multitudes que esperan fuera del Lutetia, los supervivientes judíos no se hacen ilusiones. Saben que a los judíos mayores de cincuenta años los gaseaban al llegar a los campos de exterminio; saben que a

los niños también los asesinaban de inmediato. Su única esperanza es que hayan sobrevivido otros como ellos: los relativamente jóvenes y en forma, los sanos, los fuertes, los decididos, los afortunados. El acto de volver a casa exige un valor terrible.

Liliane Lévy-Osbert escribe:

> Voy a buscar a quienes no vinieron a buscarme. Llego a la rue de la Tour d'Auvergne. El corazón me late con fuerza; sé, sé muy bien que dentro de unos instantes lo sabré... Ya no escucho la advertencia que hace el corazón: en este minuto se decidirá todo sobre esa verdad que tanto temo [...] Subo y vuelvo a bajar. No hay nadie. Cruzo la calle. Entro en la panadería. Ella me reconoce. Hago la pregunta... El golpe llega, brutal, doloroso, irreversible. Con descuido, casi con ingenuidad, mal informada, me dice: «Pero los alemanes se los llevaron...» [...]. Estoy sola. Vi a mi hermana en Auschwitz y no la volveré a ver nunca más. Pero mis padres, mis pobres padres, aún tenía esperanza. Ya está, se acabó, por fin se acabó.[33]

Maurice Cling llega a París a las ocho de la mañana, en un precioso día primaveral de mayo de 1945.[34] El trayecto en autobús hasta el hotel lo sobrecoge: la gente los saluda, con lágrimas en los ojos. ¡Están en casa! Y luego, en el Lutetia, tras el DDT y el reconocimiento médico, se encuentra en un gran salón, rodeados de pesados

sillones de cuero —de esos que estaban de moda en los años veinte —; hay un bar y muchos paneles cubiertos de fotografías.

> Vago por las salas de este gran hotel (voluntarios, fotos, familias, camareros, sillones profundos) sin atreverme a salir a la ciudad, retrocediendo ante el momento que aun así ha de llegar, desgarrado entre la esperanza y la angustia. El momento de la verdad se acerca.

Cuando toma el metro de Sèvres-Babylone hasta el piso de sus padres en la rue Monge, ve el siniestro sello nazi en la puerta: el águila con las alas extendidas, la esvástica. «El piso está vacío, terriblemente vacío.»

Maurice regresa al hotel y más tarde es hospitalizado por tuberculosis; luego lo envían a un sanatorio. Tiene sólo dieciséis años. Deportado con sus padres y su hermano a Auschwitz en 1944, fue liberado de Dachau menos de un año después. En ese breve período lo perdió todo: sus padres fueron gaseados al llegar; su hermano murió unos meses más tarde, dejando a Maurice sin nadie que lo protegiera. Sobrevivió gracias a unas pocas personas cuya bondad lo mantuvo con vida: un compañero de cautiverio que tuvo la audacia increíble de reprender al *Unterkapo* alemán que le estaba pegando; después de la liberación, una chica que le ofreció un trozo de pan con miel; unas mujeres que le dieron bocadillos; un hombre que lo llevó a una bistró cerca de la estación a beber una cerveza. «Intento negarme, sabiendo que necesitaré ese dinero en París si no encuentro a nadie, pero es difícil. En fin.» La gente se compadece de él por su edad.

Cuando vuelve a empezar el curso en octubre de 1945, no dice nada de su deportación.

¡Estás aquí!

Charles Palant tiene veintitrés años cuando regresa a París.[35] Hijo de judíos polacos y miembro de la Resistencia comunista, fue detenido en Lyon en agosto de 1943. Palant tiene suerte: está en un estado de salud relativamente bueno. Tras el interrogatorio en el Lutetia, le dan un paquete con cigarrillos, galletas y un par de pantalones. En el hotel conoce a otros parisinos y entabla amistad con un joven que vive en la misma zona que él.

«Era mediodía, no teníamos nada previsto. "Pues venga, volvamos a casa."»

Salen al desierto boulevard Raspail. Es domingo por la tarde, 29 de abril de 1945, el día de la primera vuelta de las elecciones municipales. Detienen uno de los pocos coches que pasan. Cuando el conductor descubre que son deportados, se ofrece a llevarlos a casa, a la parada Arts et Métiers, en el barrio del Marais, al otro lado del Sena.

Los dos jóvenes están en un estado de expectación tan tensa que apenas pueden hablar: el amigo de Palant dejó atrás a su esposa y a sus tres hijas y tiene un miedo terrible de no volver a encontrarlas. Palant, por su parte, no tiene idea de a quién encontrará en casa. Al darse cuenta de que su amigo está aplazando el momento del regreso, Palant propone que vayan primero a su casa para situarse un poco.

En la rue Pastourelle, mi portera casi se desmaya cuando llamé a su puerta.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Estás aquí! —gritó, que también era una manera de decir: «Estás aquí tú solo...»

Esta mujer maravillosa percibió mi necesidad urgente de saber quién de mi familia había sobrevivido, y me dijo de inmediato:

—Tu hermano está arriba; vive en tu casa.

La buena de la señora Prinet.

El hermano de Charles Palant había regresado de la zona sur con su esposa y su hijo, pero había refugiados viviendo en su piso (una situación común durante el período de la Liberación), de modo que se alojaban en la vivienda familiar. Los hermanos se abrazan y Charles conoce a su sobrino Gérard, de dieciocho meses.

Y entonces llegó de inmediato el problema de qué decir y cómo decirlo. ¿Cómo contarle a mi cuñada que su hermano mayor, Albert, un año mayor que yo, que también fue deportado a Buna, murió allí; que yo lo vi perecer; que incluso lo velé durante varios días antes de que el miedo a una selección obligara al médico polaco del Krankenbau (barracón de enfermería) a echarme de la enfermería...? ¿Se le puede decir eso a alguien que se aferra a la esperanza, más aún después de mi regreso?

Así que aplaza el momento.

> Le dije que no sabía dónde estaba Albert, que nos habíamos perdido de vista por casualidad durante un cambio de Kommando. Incluso fui a esperarlo al Hotel Lutetia para que Lily pudiera seguir teniendo algo de esperanza, al menos durante un tiempo. Para su madre, como para la nuestra, no había mucha esperanza, pero la gente la guardaba en el caso de los más jóvenes, hasta que el tiempo se encargó de poner la verdad en su sitio.

Palant no es el único que miente por bondad. Cuando Jacques Debord llega al Lutetia, se topa con una mujer que le enseña una fotografía que él reconoce: es un amigo muerto durante el bombardeo de Buchenwald.[36] La mujer está tan desesperada que, cuando pregunta: «¿Cree que volverá?», él responde: «Sí, señora, volverá.»

Años después, Debord no puede perdonarse haberle mentido. «Fue la mayor mentira que he dicho en mi vida. Incluso hoy no sé si hice lo correcto. Debió de esperar mucho tiempo.»

A los miembros de la Resistencia, el hecho de haber elegido luchar contra el enemigo en nombre de algo en lo que creían —llámese «Francia», llámese «libertad»— les daba algo a lo que aferrarse durante el cautiverio. La supervivencia era más fácil para aquellos a quienes capturaban mientras combatían que para aquellos a quienes apresaban sin aviso y sin motivo, aunque algunos combatientes, como Charles Palant, también fueran judíos. Dentro de los campos,

pertenecer a una red de resistencia significaba camaradería, significaba acción organizada, y eso permitió a algunas personas —en particular a jóvenes, hombres y mujeres bendecidos con una salud física robusta— conservar parte de su antigua energía al regresar. Su determinación los empujaba hacia delante, aunque a veces su confianza juvenil los cegaba ante la realidad de lo que sus cuerpos habían atravesado.

> La primera noche de mi regreso, Lily, mi cuñada, asustada por lo delgado que estaba, dejó junto a mi cama un termo de té y una baguette.
>
> —¿Por qué pones eso ahí?
>
> —Bueno, por si te entra hambre por la noche.
>
> Sólo recuerdo haber dormido, pero por la mañana no había ni té ni pan. Debía de tener mucha hambre.[37]

Mamá, soy yo

Cuando Jacques Debord regresa de Buchenwald con un grupo de compañeros de la Resistencia, les asignan una habitación en la cuarta planta del Lutetia.[38] Unas voluntarias de la Cruz Roja les llevan el desayuno. Al entrar, una de ellas deja caer el plato y exclama: «¿Qué pasa? ¡Están enfermos! ¡Cuidado, están enfermos!»

Llama al médico, que llega y encuentra a los tres chicos tumbados en el suelo. Habían intentado dormir en las grandes y cómodas camas del hotel, pero, como habían perdido la costumbre, habían acabado en el suelo.

Físicamente robusto, mentalmente indemne, Jacques saborea el momento del regreso, desayunando mientras admira la silueta de la Torre Eiffel desde la ventana de la habitación. «¡París! Simbolizaba todo por lo que habíamos luchado, todo por lo que tanto habíamos padecido: regresar a un París libre, a una Francia libre.»

Impaciente por retomar su vida, Jacques sale del hotel y sube al metro solo, desafiando una norma que establece que los deportados no deben ir a ninguna parte sin acompañante.

—Iba hacia la place Clichy y se me acerca un hombre de uniforme, un teniente, y me dice: «Ha salido del hotel sin autorización; me han ordenado acompañarlo.» Así que le dije: «Vale.» Menos mal que lo hizo. Llegamos a mi casa, en la rue de Caillou. Llamo a la puerta, con el teniente a mi lado. Mi madre abre. Me mira. Dice: «Buenos días, señor, ¿viene a traerme noticias de mi hijo?» [Pausa.] Hay un momento de emoción y digo: «Mamá, soy yo.» Y entonces, bueno... Ni siquiera el teniente pudo evitarlo. Todos rompimos a llorar.

Cerezas

El *résistant* Yves Léon tiene tantas ganas de volver a casa, a Bretaña, que cuando el médico del Lutetia quiere ingresarlo en un hospital de París, se niega en redondo.[39] Así que el médico le expide un certificado de ingreso de urgencia en el hospital cercano a su ciudad, en Lannion, y otro que le concede el derecho a viajar en primera clase en tren. «Con mi equipaje de cartón y una tarjeta de repatriación como documento de identidad, estaba listo para volver a Bretaña esa misma tarde.»

Viaja solo hasta la Gare Montparnasse, sentado en el autobús con su caja de cartón. El revisor le hace compañía, lo ayuda a bajar y lo acompaña hasta la entrada de la estación. Yves es obstinado, y joven, pero en su estado debilitado tarda mucho en subir las escaleras de la estación. Es de noche y la estación está llena. Mareado, se sienta; observa que, cuando la gente pasa cerca de él, se aparta, mirándolo como si fuera «un ser anormal y extraño». Con la ayuda de un ferroviario que le dice que el tren a Brest aún no está preparado, se deja conducir a otro centro de acogida para repatriados, esta vez dentro de la estación. Allí ve a muchos retornados, sobre todo prisioneros de guerra. Todo el mundo está comiendo. Yves no tiene hambre, pero entonces ve que de postre hay cerezas.

—Empecé a comer sin prestar atención a nadie. Las camareras se dieron cuenta enseguida y fueron a buscarme unas cestas de otras mesas cuyos ocupantes las habían dejado. Seguí disfrutando de aquellas cerezas extraordinarias hasta que me di cuenta de que estaba solo. Una de esas mujeres atentas vino a preguntarme qué tren tenía que tomar y me dijo que, si era el de Brest, debía ponerme en marcha. Yo respondí: "Pero no he terminado las cerezas." Ella y sus compañeras me llenaron los bolsillos con la preciada fruta. Desde entonces, cada año, cuando llega esta estación, o cuando oigo *Le Temps des cerises*, recuerdo mi llegada a París en junio de 1945.

El amigo de Charles Palant se reúne con su esposa y sus hijas. Palant, por su parte, encuentra a sus dos hermanos. Pero en el

distrito donde viven, el tercero, el más pequeño de París y donde antes de la guerra había una importante minoría judía —muchos de ellos inmigrantes—, las ausencias se perciben por todas partes. Más de dos mil judíos han desaparecido de la zona. Sólo volverán unas pocas decenas. A menudo, personas que sostienen fotografías abordan a Palant en la calle y le preguntan si conoce a tal o a cual. Algunos de los que esperan a los suyos se muestran amables con los supervivientes. «Otros no podían evitar que una especie de ira empañara su mirada, como si los que habían regresado hubieran hecho el viaje en lugar de sus seres queridos.»[40]

Una luz

Cuando Marcel Bercau regresa a París, lo primero que hace es ir al piso de sus padres.

> Fui allí con mi chaqueta de rayas, mis pantalones de soldado alemán, casi sin pelo (me había vuelto a crecer un poco), y me presenté en la portería. La portera me dice: «Hola, señor Bercau, aquí tiene su correo y sus llaves», como si regresara de un fin de semana. Cuando entré en el piso... Se puede imaginar la escena. Volver de semejante infierno y subir al piso y encontrar la mesa de la cocina puesta tal como debía de estar en el momento en que detuvieron a mi madre...[41]

Mientras contempla el vacío de su casa, Marcel encuentra algo. Un destello mínimo en la oscuridad. Entre las cartas que le entrega la portera hay una nota, escrita a lápiz en un trozo de papel. Es de su novia, Josepha. Dice: «Si vuelves, pásate a verme.» Él recuerda la dirección: vive cerca.

«Cuando lo vi llegar... nunca olvidaré la imagen de él con su trajecito de rayas, la piel amarillenta y el pelo completamente rapado. Acababa de volver del Lutetia [...], le dije: "Menos mal que estaba enamorada de ti de antes, porque ahora no estás muy guapo."»

Durante mucho tiempo, Marcel deja la luz encendida en el piso por si sus padres regresan a casa, con las contraventanas abiertas, para que vean que hay alguien.

Los niños de Buchenwald

Una semana de mayo o de junio llegan al hotel unos niños judíos, huérfanos o semihuérfanos, procedentes de Polonia, Hungría, Rumanía y Checoslovaquia. Los han traído en un convoy y permanecerán en Francia, en centros rurales gestionados por la organización humanitaria OSE (los antiguos empleadores de Sabine Zlatin), hasta localizar a familiares dispuestos a hacerse cargo de ellos o hasta conseguirles plazas en centros de Palestina. Son alrededor de ciento cincuenta, de entre cuatro y diecisiete años, la misma edad que los pequeños a cargo de Sabine en Izieu. Hay

pocos jóvenes en el Lutetia por una razón sencilla y brutal: a los niños judíos, por lo general, los gaseaban nada más llegar a los campos. La mayoría de estos supervivientes procede de Buchenwald; unos pocos, de Bergen-Belsen y Auschwitz. No hablan francés. En su lugar tienen una lengua común: la lengua de los campos. Es una versión del alemán que todos los deportados entienden. Sin otro vocabulario, los niños la usan para describir el nuevo mundo en el que se encuentran: el hotel es un *lager* («campo»), una enfermera de la Cruz Roja es una *blokova* («jefa de bloque»), la enfermería es el *revier* («territorio», «zona»). Un hombre es un *stück* («una unidad»); comer es *fressen*, alimentarse como lo hacen los animales.

También persigue a los adultos ese alemán mutilado que se les ha metido en la cabeza. Décadas después de su huida, Marcel Bercau aún puede recitar en alemán su número tatuado. Y, sin embargo —le inquieta—, no logra recordar el rostro del hombre del número siguiente, el que siempre estaba detrás de él en la cola de la sopa. Tras el tiempo pasado en los campos, Roger Abada terminó entendiendo bien el alemán y no soporta oírlo. Algunos no volverán a hablar alemán jamás, por principio.

Los niños se convierten en el centro de atención de los adultos, que se reúnen en torno a ellos con la intención de mimarlos. Pero esos niños no saben nada de afecto. Muchos han presenciado la muerte de sus padres. Sus caras son solemnes; la piel, dura y oscura; los ojos grandes destacan bajo las cabezas rapadas. Éstos son los supervivientes. Han pasado hambre con una dieta de nabo sueco y

pan seco. Los más pequeños nunca han probado comida normal: nunca han comido carne ni fruta fresca; nunca han bebido leche. No hacen ruido ni alborotan. Se agrupan en pequeños corrillos junto a las ventanas y pasan horas mirando la ciudad, sin advertir, en apariencia, a los curiosos que se reúnen detrás de ellos.

Jacques Stanlow es un joven voluntario de catorce años, miembro de la EIF (Les Éclaireurs israélites de France, los *scouts* judíos de Francia).[42] Cuando los dirigentes de la EIF se enteran de que llegan niños huérfanos desde los campos, deciden que esos supervivientes deben tener contacto con jóvenes de su edad. Se imparten instrucciones estrictas a los *scouts*: no hacer preguntas a los niños y ser muy cuidadosos con lo que dicen.

El primer intento de contacto sale mal: los niños reaccionan con horror al ver los uniformes de los *scouts* —la camisa caqui, el pañuelo y la gorra—. Cuando los jóvenes se cambian y se ponen ropa de calle, los niños se tranquilizan. Se encarga a los voluntarios que vayan a las habitaciones donde los niños, físicamente débiles, yacen en la cama. Los *scouts* se sientan a su lado.

> Lo más importante que teníamos que hacer era, actuando de la manera más natural y sencilla, devolverles poco a poco una sensación de libertad, dejar que volvieran a ser ellos mismos. Mucho más importante que hacer preguntas era darles ese calor. Necesitaban redescubrir la sensación del calor humano. Saber que alguien los escuchaba, los entendía, les ofrecía afecto... Como un amigo, un amigo de

verdad. Luego, si todo iba bien, dábamos otro paso y les decíamos: «No te preocupes, ahora todo está bien. Te han liberado, estás a salvo. Vamos a cuidarte; sólo mantén la calma.» Y, cuando se sentían un poco más tranquilos, te cogían la mano... No enseguida. No enseguida. Pero, cuando habíamos establecido ya algún tipo de relación, sentados allí, con nuestra ropa de calle, entonces te cogían la mano. Estaban redescubriendo una clase de relación humana que les había sido arrebatada durante varios años. Y era increíble y reconfortante cuando te cogían la mano, porque sentíamos que habíamos logrado lo que nos habíamos propuesto. Porque, desde el momento en que te cogían la mano, sabías que se habían reconciliado con la vida.

Décadas después, al recordarlo, las lágrimas resbalan en silencio por las mejillas de Jacques.

Los jóvenes que se ofrecen como voluntarios en el Lutetia arrastrarán esa experiencia durante toda su vida adulta. Cuando vuelve a la escuela ese otoño, el *scout* protestante Michel Rocard, de catorce años, aprende en clase de Historia que Hitler llegó al poder a través de las urnas, que no fue el ejército el responsable de la guerra, sino los políticos elegidos por el pueblo. «Me di cuenta de que la política es algo muy importante y muy serio. Una lección que nunca he olvidado...»[43] Fue entonces cuando decidió convertirse en activista político. Más tarde fue primer ministro de Francia en el

Gobierno de François Mitterrand entre 1988 y 1991. «Me hice muy pronto un europeo ferviente precisamente para evitar que volviera a ocurrir una abominación así.»

Al reflexionar sobre lo que significó para él ayudar a los deportados, el escritor Bertrand Poirot-Delpech observa: «Era una tontería, pero te sentías alguien. Ser útil es una forma de compromiso. Muchos años después, uno de ellos me dijo: "¡Tú fuiste mi *goy-scout*!" Me gustó eso.»(8), [44]

Los niños que sobrevivieron a los campos habían pasado sus años formativos en un mundo de crueldad y brutalidad aterradoras, aislados del exterior. Habían visto morir a sus padres y habían presenciado lo peor de la humanidad. Esa oscuridad, esa violencia, penetró hasta lo más hondo de sus tiernas almas: un exilio interior del que algunos nunca lograron salir.

Tras ser liberada del subcampo de Auschwitz Neustadt, Edith Davidovici llega al Lutetia con una amiga. «Nos dieron una habitación preciosa en este hotel de lujo. Y mi amiga Miriam dijo: "¿Robamos las toallas para tener algo que vender y comprar comida?" Yo le dije: "Miriam, se acabó. Eso era antes. Ahora hemos vuelto a la vida normal." Ella tenía quince o dieciséis años. Una niña. Yo ya era adulta. Tenía veintiuno. En la vida normal no se roba.»[45]

La fotografía

Hay una fotografía, de las pocas que se tomaron dentro del Lutetia durante ese período: un hombre adulto y un joven están sentados juntos en un mullido sillón de cuero. Ambos llevan aún las chaquetas de rayas que señalan su condición de deportados, pero bajo ellas hay indicios de otra vida. El hombre parece encontrarse bastante a gusto en el elegante hotel: lleva un pañuelo de seda anudado al cuello, un jersey de pico y camisa blanca; pantalón de franela, zapatos de cuero relucientes; en una mano sostiene un sombrero. El chico lleva una boina vasca y unos pantalones bombachos de lana. A su lado, en el suelo, hay un maletín de cuero abierto; cuesta ver qué contiene. El hombre aparta algo el rostro, con una leve sonrisa, pero el chico mira directamente al objetivo; sus ojos oscuros destilan seguridad, casi desafiantes, con una sonrisa asomando en una comisura. Salta a la vista que ambos han pasado por los trámites del Lutetia: los han interrogado, desinfectado, les han dado ropa limpia. Es posible que fuera el fotógrafo quien les pidiera que se pusieran de nuevo las chaquetas de rayas, expresamente para la foto.

Eric Breuer tiene treinta y tres años y procede de una familia judía acomodada de Viena que, antes de la guerra, tenía una fábrica de corbatas.[46] Tras el *Anschluss*, Eric huyó a Bélgica y en 1940 acabó en Francia, donde fue internado. En agosto de 1942 lo detuvieron en una redada, lo enviaron a Drancy y, en octubre de 1943, lo transportaron a Auschwitz.

Zenek Schwarzbaum procede de una comunidad judía ortodoxa de Silesia y creció hablando yidis en casa y polaco en la escuela. Al estallar la guerra, confinaron a su familia en el gueto de Zawiercie. A sus dos hermanos menores los llevaron a Auschwitz y los gasearon. Más tarde, el 17 de octubre de 1943, también se llevaron a Zenek,

junto con sus padres. A su madre la gasearon de inmediato; a su padre lo enviaron a trabajar. Zenek tenía sólo trece años, pero dijo que tenía dieciocho y que era electricista: dos mentiras que lo salvaron de la muerte inmediata. Al principio, él y su padre trabajaron juntos como esclavos, cargando piedras. Cuando trasladaron a su padre a Golleschau, un subcampo de Auschwitz, Zenek se quedó solo.

Zenek es un chico espabilado. A medida que las selecciones aumentaban sin tregua, decidió esconderse en algún lugar dentro del campo. Eligió el peor barracón, donde vivía el *Sonderkommando*: el grupo de prisioneros que sacaban los cuerpos de las cámaras de gas para quemarlos en los crematorios. Zenek logró convencer al guardia de que le permitiera quedarse en el barracón durante el día y volver a su propio bloque por la noche. Pasaba los días barriendo el suelo. Los hombres del *Sonderkommando* lo adoptaron y cuidaron de él. Cuando el Ejército Rojo empezó a aproximarse, tanto Zenek como Eric fueron evacuados a otro campo cerca de Stuttgart, un viejo hangar de aviones donde se unieron a un grupo de prisioneros franceses que plantaban postes de valla en la nieve. Eric y Zenek tuvieron suerte: los eligieron para trabajar bajo techo. Ser hablante nativo de alemán volvió a salvar a Eric, como le había sucedido antes en varias ocasiones. Lo pusieron a cargo del registro, redactando informes para el joven e inculto oficial de las ss que mandaba en aquel lugar, mientras que a Zenek lo destinaron a limpiar la estancia del oficial y a mantener encendida la estufa. Su amistad comenzó una noche en la que Eric abofeteó a Zenek delante del comandante de las ss. Ocurrió así:

Un día sonó el teléfono en el barracón de las ss. Zenek contestó, pero, como no entendía alemán, respondió en polaco. Quien llamaba colgó y volvió a llamar. De nuevo, fue Zenek quien contestó. Claramente irritada, la persona que estaba al otro lado empezó a gritar en alemán, así que Zenek dejó el auricular. Fue una muestra asombrosa de arrojo, más extraordinaria si se tiene en cuenta que la llamada resultó ser una citación para una reunión de todos los oficiales de las ss responsables de los campos de la región. Aquella noche, en presencia del comandante, Eric fingió abofetear con fuerza a Zenek para evitarle un castigo peor. El chico tuvo una suerte increíble de que no lo fusilaran allí mismo.

Desde ese momento, Eric tomó a Zenek bajo su protección y ambos se volvieron inseparables. Cuando los evacuaron en una marcha de la muerte, el conocimiento del alemán de Eric los salvó una vez más, cuando éste oyó decir a los guardias que tenían órdenes de liquidar a los rezagados. Él y un grupo de amigos decidieron echar a correr para huir antes de que los mataran.

Eric y Zenek llegan a la Gare de l'Est el 26 de abril de 1945. Los llevan al Lutetia y, como ninguno de los dos tiene familia, se quedan allí seis semanas, una estancia inusualmente larga. Durante ese tiempo, Eric descubre que a sus padres los gasearon en Auschwitz; Zenek ya sabe que su familia está muerta. Permanecen unidos, y cuando alguien le pregunta algo a Zenek, Eric contesta por él: «Es un pequeño polaco que no habla francés», una fórmula que Zenek aprende de memoria y que después repite en bucle. Eric es a la vez un padre y un hermano mayor para Zenek, que ahora tiene quince

años. Es Eric quien enseña al muchacho a usar cuchillo y tenedor en la mesa, quien celebra con él su cumpleaños por primera vez en su nueva vida. Y es Eric, al fin y al cabo, quien le enseña a Zenek qué significa ser humano.

Tras dejar el Lutetia, envían a ambos a un sanatorio cerca de Lourdes, al pie de los Pirineos. Una mañana deciden dar un paseo por la montaña. Muy arriba, en una cima, Zenek se queda mirando las diminutas figuras que se afanan en el valle.

—Podrías poner aquí una ametralladora —dice como si tal cosa— y matar a toda esa gente de ahí abajo de una sola vez.

Eric se horroriza.

—Escucha, Zenek —le dice—. Estás en la montaña. Contempla la naturaleza, admira su belleza y no pienses en hacer daño.

Muchos años después, ya asentado en el mundo, con familia y trabajo, Zenek recuerda las palabras de Eric: «Era muy propio de él reaccionar así por aquel entonces», afirma, y añade: «Le debo muchísimo a ese hombre.»

Jacques y Madeleine

Ningún reencuentro es sencillo si se analiza en su contexto. El vacío de uno, dos, tres años se abre como un abismo lleno de la oscuridad sobre lo que ha sucedido. En algún punto, inevitablemente, el trauma del pasado infectará y afectará al futuro. Pero el propio instante del reencuentro, ese momento sencillo y único en que una persona redescubre a un ser querido, es delicioso y hay que

saborearlo, porque es, en sí mismo, un símbolo de todo lo extraordinario que hay en el mero hecho de sobrevivir.

Los voluntarios del Lutetia procuran no desanimarse ante la terrible desproporción existente entre el número de personas que esperan fuera a sus familiares y el de quienes han regresado y aguardan dentro. Por supuesto, lo que anhela cada deportado, lo que anhelan todas las familias que están fuera, es volver a encontrarse.

A veces, sólo a veces, hay un momento de alegría; su rareza es tal que todo el equipo de voluntarios se aferra a él y lo comparte como si fuera una chocolatina.

Jacques Goldsztein estaba a punto de morir de tifus y disentería, con una fiebre de 41 °C, cuando los estadounidenses lo recogieron.[47] Pese a la atención médica que recibió en un hospital estadounidense, cuando llega a París un mes después, apenas pesa 32 kilos. Primero lo llevan al cine de la rue Récamier y luego dos *scouts* van a buscarlo para acompañarlo al otro lado de la calle, hasta el Lutetia. Lo conducen a una de las cabinas donde interrogan a los deportados.

—Entonces, señor —dice la voluntaria—, ¿lo deportaron con alguien?

—Sí, con mi esposa.

—Bien. ¿Y cómo se llama usted?

—Goldsztein.

—¡Ah! ¡Tenemos a una madame Goldsztein en nuestra lista!

Aquello no impresiona a Jacques.

—Mire —dice—, allí de donde vengo hay tantos Goldsztein como Durand o Martin. No puede ser.

—De acuerdo, entonces, ¿cómo se llamaba ella?

—Madeleine.

—Sí, tenemos a una Madeleine Goldsztein que ha regresado.

Jacques todavía no permite que la esperanza se filtre en la conversación.

—Lo siento, *madame*, pero no puede ser.

—Bueno, ¿y si nos dice su apellido de soltera?

—Antes de convertirse en la señora Goldsztein, mi esposa se apellidaba Elphand.

—¡Sí! ¡Está aquí! Ha ido a buscar a su hija cerca de Lyon.

Jacques sonríe y se desmaya en el acto.

Cuando despierta, se encuentra desnudo en una cama, con un médico y dos enfermeras a su lado. En cuanto recobra la conciencia, quiere marcharse.

—Mi esposa está aquí. Me voy a Lyon a buscarla.

—No diga tonterías —responde el médico—. Apenas puede mantenerse en pie.

—Me da igual; deme mis pantalones. Me voy.

—Por favor, señor, sea razonable —insiste el médico, antes de hacer una pausa—. De acuerdo. Mire, haga una cosa por mí, ¿quiere? Tráguese esto primero. Le dará fuerzas.

Cuando Jacques vuelve a despertar al día siguiente está solo. Agarra sus pantalones, su vieja camisa y una bolsa con un mendrugo de pan. Baja a comprar un billete de tren.

«Y allí estaba mi esposa.»

Cuando Madeleine Goldsztein regresó de Auschwitz, buscó de inmediato en los paneles alguna señal de su marido, Jacques. No había nada, de modo que, cuando su suegra vino a buscarla al Lutetia y le dijo que tenía noticias de que Jacques estaba vivo, Madeleine —como su marido— se negó a entregarse en brazos de una esperanza que, con toda seguridad, acabaría en una cruel decepción. Está a punto de ir a Lyon a buscar a su hija, a la que unos amigos ocultaron allí durante la guerra, pero, en el último momento, decide dejar un recado en el Lutetia, por si acaso. Al atravesar la puerta giratoria hacia el vestíbulo, allí está él.

«El pobre hombre tenía un aspecto terrible.»

Hay risas, lágrimas. Los voluntarios contemplan la escena, encantados; los deportados miran desconcertados a los dos fantasmas ingrávidos que se aferran el uno al otro, llorando y riendo.

«No puedo explicarle... nuestro reencuentro en el vestíbulo del Hotel Lutetia...»

Jacques —que vuelve a contar esta historia sesenta años después — está tan emocionado que no logra continuar. Tanto él como Madeleine recuerdan la fecha exacta: fue el 2 de junio de 1945, el día en que sus vidas empezaron de nuevo.

La espera

Cada día, por mucho trabajo que tenga, Sabine Zlatin encuentra tiempo para bajar y mirar los paneles, a ver si hay noticias de Miron o de los chicos.

Un día, un hombre con un gorro ruso marrón se le acerca y le pregunta si es madame Zlatin.[48]

«A estos tres hombres», dice, señalando las fotografías de Miron, Theo Reis y Arnold Hirsch, «los conocí. Estábamos en la misma fortaleza».

Le cuenta a Sabine que su marido y los dos chicos trabajaron primero en un molino harinero y luego en otra fábrica cerca de Tallin. Cuando los rusos estaban cerca, un destacamento de las ss fue a los barracones y eligió a un grupo de veintiún hombres: «Hoy no vais a la fábrica; vais a cortar leña.» El hombre supo después que los fusilaron en un bosque cercano el 31 de julio de 1944. Durante tres semanas, se repitió el mismo patrón: los elegidos cada día tenían que enterrar a los compañeros asesinados el día anterior. Miron tenía treinta y nueve años. Theo Reis, de dieciséis, y Arnold Hirsch, de diecisiete, habían nacido en Alemania.

Desolada, Sabine vuelve a su trabajo. «Mi espera del regreso de Miron y de esos dos chicos había terminado. Pese a los muchos amigos que me rodeaban, me sentí muy sola.»

Mientras no había noticias, había lugar para la esperanza. Con la dura realidad de los hechos llega también un dolor tan profundo que el corazón se sella. Cada persona está sola: ven que hay otras cerca, gente que intenta decirles algo. Pero, sumidas en el exilio de su duelo, no pueden oír palabras de consuelo ni ver los brazos que se les tienden con amor.

Fuera del hotel, las familias esperan detrás de barreras blancas.[49] Ya es junio, han pasado muchas semanas desde que llegaran los

primeros repatriados. Las cifras disminuyen poco a poco; los autobuses llegan con menos frecuencia, pero aun así no se puede renunciar a la esperanza. Algunas familias vienen todos los días, se turnan para hacer guardia, observando con ansiedad cada autobús que llega y deposita su cargamento de deportados, con sus maletas atadas con cordel, sus cajas, sus paquetitos, sus bolsas.

La noche es templada. Detrás de la barrera blanca, un niño sigue esperando a su padre. Su hermana vendrá a relevarlo a las ocho de la mañana. Pasan parejas que se abrazan. Es una noche hermosa.

Las ventanas del Lutetia brillan. Tras una de ellas se distingue la silueta de alguien que va y viene. Los faros de un *jeep* iluminan por un instante un cartel: PÉTAIN AL PAREDÓN. El niño se apoya en la barrera para no dormirse de pie.

Por todo el país, familias enteras esperan en las estaciones de tren a que entren los convoyes. Algunas acuden a diario durante semanas. Cientos, miles de familias esperan, esperan y esperan...

Dentro del Lutetia, Olga Jungelson mira con compasión a aquellos a quienes nadie ha venido a buscar: «Al fin y al cabo, ¡no pueden estar todos muertos!... Quizá se han mudado... Aunque estuvieran escondiéndose, ¿por qué no vuelven ahora?»

Fuera, entre la multitud del boulevard Raspail, son los niños quienes muestran la paciencia más obstinada, y aquellos cuya esperanza es la última en apagarse.

Christiane

Cada mañana, Christiane Umido escucha la radio en casa de su tía, a la hora en que emiten una lista con los nombres de las personas que han llegado al Lutetia.[50] Christiane tenía once años cuando deportaron a sus padres por sus actividades en la Resistencia, y espera —ansía— oír el nombre de su madre o el de su padre. El viernes 8 de junio, el día de su decimocuarto cumpleaños, su paciencia se ve recompensada: el nombre de su padre está en la lista. Sin decir nada a su tía, Christiane decide no ir a la escuela. En lugar de ello, acude sola al Hotel Lutetia y espera con ansiedad entre la multitud, sosteniendo una foto de su madre, por si acaso.

Cuando ve a su padre, lo primero que piensa es que ha debido de llegar la noche anterior, porque lleva ropa normal —pantalones y camisa— y se le ve limpio: el pelo peinado, la barbilla recién afeitada. Se acerca a ella, con lágrimas surcándole el rostro, sonriendo, y dice: «Me sangraban los pies, me dolían muchísimo, pero lo que me mantenía en marcha era la idea de llegar a tiempo para tu cumpleaños. ¡Cómo has crecido!», añade. «¡Has cambiado tanto!»

> Quise responder «tú también», pero me contuve. Porque él sí que había cambiado mucho. Estaba tan flaco, le faltaban muchos dientes... Pero lo que más impactaba era su delgadez. Parecía más pequeño, pero yo había crecido, así que supongo que era normal. Un hombre vino y nos llevó por París en un cochecillo diminuto hasta Bois-Colombes, donde vivíamos antes. Mi padre dijo: «Ya verás, empezaremos una vida nueva.» Yo estaba contenta porque ya no tendría que vivir con mi tía. Me invadía la alegría,

> pero también el dolor: me sentía muy pequeña, como si aquellos acontecimientos fueran mucho más grandes que yo. No había noticias de mi madre, ¿comprendes? Faltaba la tercera persona. Así que mi alegría no era completa. Y tampoco hablamos de ello, ninguno de los dos. No queríamos sacar el tema. Creo que era demasiado doloroso para él, y para mí también. Así que nos quedamos en silencio. Yo no pregunté nada, y él no quería responder, y así pasaron los años. Él debía de saberlo. Yo seguí esperando durante mucho tiempo. Y cada vez que paso por el Hotel Lutetia me digo: ¡Dios mío! ¡Qué historia!

Setenta y ocho años después, en el sótano de su oficina del boulevard Saint-Germain, una mujer diminuta y de rostro dulce asiste a una reunión de la sección parisina de la AFMD (Les Amis de la Fondation pour le Mémoire de la Déportation, «los Amigos de la Fundación para la Memoria de la Deportación»), una organización dedicada al recuerdo de los deportados. Christiane Umido tiene ahora noventa y dos años y sigue acudiendo con regularidad a estas reuniones, sonriendo y bromeando con los presentes mientras concluyen los asuntos pendientes antes de las largas vacaciones de verano. Circulan papeles, se despacha rápidamente el orden del día. Hay un cumpleaños que celebrar: alguien ha traído champán y galletas; reparten vasos, se propone un brindis, todos beben un sorbo con educación, envueltos por el pegajoso calor estival. Después, cuando se dispersan deseándose buen verano, Christiane espera a que los demás suban para no hacer perder tiempo a nadie.

Está frágil. Uno de sus compañeros del comité la ayuda a subir las escaleras.

Cuando vuelve a contar su historia, los detalles siguen vivos, grabados a fuego en su memoria: una niña que esperó a sus padres, sólo uno de los cuales regresó.

Serge

Serge Klarsfeld tenía ocho años cuando detuvieron a su padre en 1943.[51] La familia se alojaba en un piso de Niza cuando se promulgó un edicto que declaraba que los judíos ya no podían salir de la zona.

> Mi padre construyó un tabique falso en un armario de nuestro piso. Nos dijo que, si los alemanes nos encontraban, él sobreviviría porque era fuerte; pero nosotros (mi madre, mi hermana y yo), no. Pasamos varios días practicando cómo escondernos en el armario para que pareciera que mi padre vivía solo en el piso.
>
> El 30 de septiembre, a medianoche, vimos la luz de los reflectores proyectarse en el techo. Había camiones alemanes en la calle. Comprendimos que era una redada.

El padre de Serge metió a toda prisa a su esposa y a sus dos hijos en el armario y luego fue a abrir la puerta. Serge oía las preguntas: «¿Dónde está tu mujer? ¿Dónde están tus hijos?» Su padre respondió que estaban desinfectando el piso y que su familia estaba

en el campo. Los soldados no insistieron, pero registraron la vivienda. Uno de ellos incluso abrió el armario.

> Nos pusimos a cuatro patas detrás del falso fondo. Apartó la ropa, pero no tocó el tabique, y eso nos salvó la vida. Nos quedamos allí, empapados en sudor. Mi hermana, que tosía un poco, se metió un pañuelo en la boca. Entendimos que teníamos que guardar silencio: que descubrirnos significaba la muerte.

La madre de Serge fue a ver partir el convoy: alrededor de un centenar de judíos. Más tarde le dijo a Serge que su padre le había hecho una señal con los ojos para que se marchara, temiendo que los alemanes detuvieran a quienes estaban mirando.

Durante otros cuatro meses, Serge, su hermana y su madre lograron evitar las redadas y regresaron a París en 1944. En la primavera de 1945 se alojan en un piso cerca de la Porte Saint-Cloud cuando hacen el breve trayecto al Hotel Lutetia, llevando una fotografía del padre de Serge para preguntar si alguien tiene noticias de él. Van muchas veces y, con cada visita, la angustia crece, porque él no aparece. Tras unas semanas, se hace dolorosamente obvio que no va a regresar.

> Recuerdo el hotel con todas las fotos, los avisos, las multitudes. De vez en cuando la gente se encontraba, lloraba, se contaba sus historias. No le tengo rencor al Hotel Lutetia porque mi padre no regresara. No tiene nada que ver con el lugar: es sólo un telón de fondo. Imagino

que, para un oficial de la Abwehr que regresara allí en 1970, el Lutetia sería un buen recuerdo. Como dijo Stendhal: «Todo paisaje es un estado de ánimo.»

Cifras

El jueves 26 de abril de 1945, los primeros deportados llegan al Lutetia.[52]

El 29 y 30 de abril, el hotel recibe a más de 800 supervivientes de los campos de Neckar, Buchenwald, Dora y Bergen-Belsen.

A partir del 10 de mayo, el hotel registra una media de entre 300 y 400 entradas diarias.

Entre el 20 de mayo y principios de junio, a veces pasan por las puertas del Lutetia más de 500 repatriados al día.

Después del 10 de junio, las cifras descienden de forma significativa.

A partir del 12 de julio, la caída de retornos es aún más marcada.

Los últimos repatriados llegan el 29 y el 30 de agosto.

El centro de repatriación del Lutetia cierra oficialmente el 1 de septiembre de 1945.

En el pico de llegadas hay casi 600 voluntarios, aunque en junio esa cifra ya se había reducido a la mitad.

El Hotel Lutetia no fue el único centro de repatriación que recibió deportados: se habilitaron unos cuarenta, situados sobre todo en el norte y el este de Francia, y en París. El Lutetia es el más conocido,

en parte por su esplendor, pero también porque recibió el mayor número de repatriados. Aunque es imposible dar cifras exactas, se ha estimado que, en total, pasaron por el Lutetia entre 18.000 y 20.000 deportados, es decir, más de un tercio del total de los que regresaron.

Después

«Y ahora aquí estaba yo, sola en mi habitación», escribe Charlotte Delbo tras ser liberada de Auschwitz. «La desesperación me arrolló. Durante toda la deportación había soñado con la libertad. ¿Era esto la libertad: esta soledad intolerable, esta habitación, este cansancio...?»[53]

Volver a casa era algo que todos los deportados anhelaban. Era ese sueño, por encima de cualquier otra cosa, lo que los sostuvo durante el cautiverio y el duro viaje a través de Europa. Y, sin embargo, el regreso, cuando llega, resulta mucho más complicado de lo que jamás habrían imaginado.

Micheline Maurel, miembro de la Resistencia y superviviente del subcampo de Ravensbrück Neubrandenburg: «Esa decisión, querer vivir, fue lo único que me sostuvo hasta la Liberación. Sobrevivir era luchar, era no aceptar lo que querían hacernos. La supervivencia: nuestro sabotaje definitivo. Con la liberación, ya fuera de peligro, quienes tenían quebradas sus fuerzas vitales ya no podían sostenerse. La existencia les parecía vacía como un desierto.»[54]

Para algunos miembros de la Resistencia, los lazos estrechos que forjaron con sus compañeros se han vuelto más importantes que la familia. La pérdida de esa camaradería es casi insoportable cuando regresan a un mundo que se les antoja frío, indiferente, incluso hostil.

Germaine Bonnafon, que tenía sólo veintidós años cuando fue deportada a Ravensbrück por sus actividades en la Resistencia, recuerda:

> Me alegró ver a mi madre, a quien no veía desde 1942, pero ¿adónde íbamos a ir? ¿Qué iba a ser de nuestra vida? Mi padre ya no estaba con nosotros. Yo me había ido de casa con dieciocho; cuando volví tenía veintitrés. Los miembros del grupo con el que estaba, al igual que yo, se reencontraron con sus familias: una se reunió con su marido, otra tuvo la suerte de encontrar a sus dos padres... Pero habíamos sido un grupo tan unido, nos habíamos sostenido unas a otras, habíamos creado tal sentido de solidaridad: a veces, cuando sentías que estabas a punto de derrumbarte, bastaba una mano en el hombro, sólo eso; te daba calor, te levantaba el ánimo. Nos convertimos en una pequeña familia muy unida. De modo que, a pesar del alivio de haber sido liberadas (de no tener que temer ya a las ss ni de tener que hacerlo todo a escondidas, con la policía francesa pisándonos los talones), nos costaba creerlo. Y por eso fue tan duro separarnos de aquel pequeño grupo. Todas prometimos escribirnos, pero cada

> una se fue a intentar retomar su vida normal... Y, de repente, de manera brutal, se terminó todo. Se acabó.[55]

Y luego está la reacción de los demás. En cuanto salen del Hotel Lutetia, los supervivientes de los campos se ven confrontados con un mundo en el que hay personas que han pasado la guerra llevando una vida relativamente normal y que muestran poca disposición a hacerse cargo de aquello que han tenido que sufrir los deportados.

Marcel Debrouwer, combatiente de la Resistencia:

> Nos compadecían. No nos hablaban y nosotros no queríamos hablarles de ello. [...] Recuerdo que una vez me tropecé con el escalón al bajar del metro y me caí. Cinco o seis personas me ayudaron enseguida a levantarme, pero sin decir una palabra, como si yo estuviera enfermo o fuera un viejo, o un extranjero, alguien que hubiera regresado de muy lejos. La gente no nos hablaba. Eso seguimos encontrándonoslo más tarde también.[56]

Edith Davidovici recuerda:

> Nos dieron cinco mil de los antiguos francos y un billete especial de metro. Nos subimos al metro con los bolsillos llenos de fruta (reconozco que cogimos toda la fruta que pudimos llevar). Yo tenía una manzana y me la estaba

> comiendo en el metro. Había un hombre revisando billetes y dijo: «¿Y esto qué es?» Le expliqué que éramos deportadas que regresábamos de Auschwitz. Él dijo: «Oh, se la ve muy bien. Debió de pasarlo bien allí.» Le dije a Miriam: «Me cuesta no tirarle este corazón de manzana a la cara.» Pero preferí dejarlo estar, porque no podías hablar con nadie de ello.[57]

Silencio

Después de la guerra llega el gran silencio.

Quienes no han vivido los campos de concentración no pueden imaginarlo. Quienes han sobrevivido aprenden pronto que los demás no están dispuestos a oír lo que tienen que contar. Lo que la gente quiere, más que nada, es olvidar. Olvidar la vergüenza de la colaboración, la falta de solidaridad, la traición a los extranjeros, la traición a los judíos, la pobreza, el hambre, el sufrimiento.

Edith Davidovici recuerda:

> Ni siquiera a mis padres podía contarles lo que había pasado. No me salían las palabras de la boca. Todo lo que habían oído no habían querido creerlo; y todo lo que creían no querían decírmelo, para ahorrarme dolor. ¿Cómo íbamos a hablar de todas las cosas horribles que vimos allí? ¿Quién lo habría creído? Era imposible. Durante años y años no dije nada. Y no sólo yo. Me superaba. Y la gente, en realidad,

> no preguntaba. No quería saber. Y como yo parecía estar bien y había engordado un poco, decían que no podía haber sido tan terrible.[58]

El trauma se expresa de formas distintas, persiguiendo a los supervivientes a lo largo de su vida en sueños, pesadillas, compulsiones, angustias, problemas de salud. Marcel Bercau siempre tiene la misma pesadilla: siempre está en un laberinto, perseguido, incapaz de escapar. Variaciones distintas de un mismo tema.
Jean-Claude Vogel escribe:

> Durante muchos meses después de nuestro regreso, soñé casi cada noche con nuestra llegada al campo. Veía a mi madre subiendo a un camión con mi hermano; el camión arrancaba y mi madre me abandonaba. Yo empezaba a llorar y corría detrás del camión; uno de los agentes de las ss me detenía golpeándome en la cabeza con una porra. Me despertaba en el campo y la pesadilla empezaba otra vez. [59]

Para algunos, el silencio es la única manera de continuar con una vida «normal». Raymond Huard fue deportado a Buchenwald por sus actividades en la Resistencia:

> En cuanto me liberaron me dije: quiero borrar toda esa miseria... Muchos de mis amigos estuvieron marcados por aquello durante años. Se despertaban en mitad de la noche

con pesadillas. Yo quería liberarme de eso. Volví a mi vida con bastante facilidad.[60]

Sobrevivir a la deportación es encontrarse en un tipo particular de exilio: separado del resto de la sociedad por experiencias que los demás no pueden siquiera empezar a comprender.

El descubrimiento del sistema de campos de concentración nazi y de la Solución Final proyecta una sombra cruel sobre el final de la guerra para quienes acaban de ser liberados tras años de ocupación. Pero ese conocimiento encaja mal con el relato de resistencia nacional que impulsa el general De Gaulle en nombre de la unidad. Los deportados son un recordatorio incómodo de que fueron los propios franceses quienes detuvieron y recluyeron a judíos y *résistants*. Son un reproche andante.

Tras la guerra, muchos de los que lucharon en la Resistencia se desilusionaron al ver a quienes ascendían al poder arrogarse una implicación en la lucha antinazi mucho mayor de la que en realidad tuvieron. Les costó reintegrarse en la vida civil. La renovación social y política que esperaban nunca llegó. Tras la claridad que implicaba la lucha contra el nazismo, el regreso a las medias verdades grises de la política de siempre resultaba difícil de aceptar.

Para los judíos, el regreso significó vacío y familias diezmadas. Preguntas sin respuesta. Sentimientos que no se aquietan. Aislamiento. Un legado de miedo, mala salud, depresión y más miedo. El miedo a no ser creídos por quienes no vivieron el horror

de los campos. El miedo a sumir en el horror a quienes habían perdido a sus seres queridos. Léopold Rabinovitch, miembro de la Resistencia que logró escapar de Dachau en abril de 1945: «Mi mujer siempre se ha negado a saber exactamente cuándo y cómo murió su madre, a tener que imaginársela desnudándose y luego corriendo desnuda, bajo una lluvia de golpes, hacia la cámara de gas.»[61]

Y, por encima de todo, la sensación de que nadie quiere saber qué les ocurrió. Simone Veil: «A menudo, se oye decir que los deportados querían olvidar o preferían callar. Sin duda ello es cierto en el caso de algunos, pero no para la mayoría. En mi caso, por ejemplo, me habría gustado hablar de ello, dar testimonio. Pero nadie quería escucharnos.»[62]

Pasarían décadas antes de que este terrible momento de la historia de Francia se abriera por completo y se examinara a fondo. La mayoría de los supervivientes empezó a hablar y a escribir sobre sus experiencias sólo en la vejez, tratando de comprender lo que habían vivido y de transmitirlo a otros. Maurice Cling sintió la necesidad de compartir sus experiencias como niño en Auschwitz antes de que fuera demasiado tarde: «La experiencia de la barbarie racional en pleno siglo XX es una advertencia crucial.»[63]

Amicales

Inmediatamente después de la guerra, el apoyo médico o social a los supervivientes de los campos de concentración era casi inexistente, lo que llevó a algunos de los más activos entre ellos a crear sus propias organizaciones, conocidas como *amicales* (asociaciones). Grupos de supervivientes de distintos campos organizaron reuniones y encuentros que ofrecían calidez y solidaridad a sus miembros, así como la oportunidad de salir del aislamiento que tantos padecían y de compartir pensamientos y sentimientos con personas que comprendían de verdad lo que habían vivido. Las *amicales* hicieron campaña en nombre de sus miembros para obtener el derecho a prestaciones y tratamiento médico, publicaron boletines y organizaron conmemoraciones. Grupos de supervivientes visitaban cada año el Hotel Lutetia para compartir una comida en recuerdo de su regreso a Francia y, en 1985, convencieron al hotel para que les permitiera colocar en su fachada una placa conmemorativa que aún puede verse hoy:

> De abril a agosto de 1945, en este hotel transformado en centro de acogida, fueron recibidos algunos de los supervivientes de los campos de concentración nazis, felices de recuperar la libertad y a los seres queridos de los que habían sido separados a la fuerza. Su alegría no podía borrar la angustia y el dolor de las familias de los miles de desaparecidos que esperaron en vano aquí a los suyos.
>
> 40.º aniversario de
> la liberación de los campos,
> 21 de mayo de 1985

Para los deportados, el Hotel Lutetia representó un breve momento de calidez inesperada en un mundo frío e inescrutable. Regresaron a Francia como exiliados que volvían de un planeta extraño, cuyo paisaje de crueldad y violencia resultaba inimaginable para quienes habían dejado atrás. Fue en el Lutetia donde su fe en la humanidad empezó a reafirmarse poco a poco. También fue allí donde recuperaron su identidad: tras tanto tiempo soportando que los trataran como algo menos que animales, recibieron documentos oficiales, les dieron de comer y se los asistió con delicadeza. Edith Davidovici: «Nos acogieron con tanta calidez, con tanto lujo, con tanta bondad, después de todas las humillaciones por las que habíamos pasado...»[64]

Un bolso

Del Lutetia a los grandes almacenes Le Bon Marché, cruzando la pequeña plaza, hay un paseo corto, pero a Margot Rauch se le hace eterno. Tiene algo de dinero, el primero que sostiene en la mano en... ¿cuánto tiempo? Es difícil saberlo. Parece una cantidad generosa, pero cuando ve los precios entiende, vagamente, que todo ha cambiado mucho desde la última vez que compró algo. Últimamente le han dado muchas cosas —ropa para ponerse, comida—, pero ese dinero es lo primero que recibe que es suyo para hacer con ello lo que quiera. Y lo que quiere ahora es volver a sentirse una mujer normal. La dependienta ya ha visto a unos cuantos de esos fantasmas en los últimos días: no son como las clientas habituales, que se demoran en el mostrador de perfumes

probándose fragancias, cotilleando y riendo. Todo el mundo está malnutrido; eso es inevitable después de seis años de guerra. Pero estas mujeres son distintas: algunas se tapan la boca al hablar, avergonzadas por los dientes que les faltan; otras se quedan mirando cuando les hablan, como si el sonido les llegara desde una distancia inmensa. Se mueven como sombras, y nadie quiere mirarlas de verdad, porque hay algo en ellas que despierta en los demás una sensación de repulsión, ¿o es vergüenza?

Margot compra tres cosas. Primero, un peine y un cepillo de dientes. Luego, un bolso, el más barato que encuentra, porque el dinero, resulta, vale poco y debe reservar una parte para otras necesidades. La dependienta observa cómo la señora morena, con la ropa mal ajustada, abre con cuidado el bolso. Del bolsillo del abrigo saca un documento —*carte de déporté*, lee la dependienta, al revés — y lo guarda con esmero en el pequeño bolsillo interior con cremallera. «Esto servirá», dice ella, con un fuerte acento al hablar francés. Extiende la mano con varios billetes y deja que la mujer tome la cantidad necesaria.

La dependienta la ve caminar hacia la salida: una mujer de mediana edad con un bolso colgado del brazo. No puede imaginar la importancia de ese momento para Margot Rauch. No puede saber que esos gestos pequeños son los primeros pasos de un regreso desde un exilio brutal hacia algo que los demás llaman normalidad. Ser una mujer, un ser humano y no un perro, es poder peinarse, cepillarse los dientes y llevar a salvo los documentos de identidad dentro de un bolso.

Regresa al Lutetia avanzando despacio entre la multitud reunida fuera, que pregunta: «¿Ha visto a...? ¿Conoce a...?» Sube por la

escalera enmoquetada hasta su habitación y se tumba, exhausta.

Margot Rauch, la pianista alemana que huyó de los nazis a Roma y luego a Francia con su hija, Ruth, y que fue internada en el campo de Gurs, donde entretenía a sus compañeras internas alemanas con conciertos de piano, sobrevivió a Auschwitz y regresó a Francia en 1945, sola.[65] Su hija había muerto; su madre y su ex marido también. Era una de las poquísimas refugiadas judías alemanas que regresaron a Francia tras el fin de la guerra y, cuando llegó al Lutetia, le dieron una pequeña suma de dinero, junto con la importantísima *carte de déporté*, su primer acto independiente fue ir a Le Bon Marché y comprar un bolso barato, un cepillo de dientes y un peine. Porque, como sabía la madre de Eva Tichauer cuando la hicieron bajar del tren en Auschwitz, un bolso es más que un simple bulto: es el continente seguro donde una mujer puede guardar documentos importantes. A los exiliados alemanes primero los despojaron de su nacionalidad alemana y luego se les negó el derecho a ser considerados franceses. Habían aprendido, mejor que nadie, que sin documentos de identidad no sólo no tienes derechos ni un país que te proteja: sencillamente no existes.

Eva Tichauer tenía quince años cuando sus padres huyeron de Berlín a París; veintiuno cuando estalló la guerra; veintiséis cuando emprendió la marcha de la muerte desde Auschwitz hasta Ravensbrück en 1944; y veintisiete cuando por fin fue liberada de Ravensbrück por soldados rusos.[66] Pese a todo lo que había

sufrido, su alegría al ser liberada fue juvenil y total. «La libertad nos dio alas», recordaría, cuando ella y sus amigas atravesaban Europa de regreso a Francia. «Recuerdo un árbol en flor al borde del camino.»

Los rusos les dieron bicicletas. «No entendí enseguida que había que pedalear hacia atrás para frenar, pero conseguí volver sin caerme.» Soldados estadounidenses las ayudaron a encontrar un tren que las llevó a un aeropuerto cerca de Halle. Allí, entre cientos de desplazados que esperaban, a ella y a sus amigas las hicieron pasar al frente de la cola (los deportados tenían prioridad sobre los prisioneros de guerra) y, de pronto, Eva se vio formando parte de un grupo de veinticinco deportados que viajaba en un pequeño avión de transporte hacia París. El piloto dio un rodeo especial al sobrevolar la Torre Eiffel antes de aterrizar en el aeropuerto de Le Bourget, a sólo unos tres kilómetros del campo de Drancy, desde donde a ella y a su madre las habían transportado a Auschwitz en 1942. En el aeropuerto, una banda tocó *La Marsellesa* mientras un médico rociaba a los recién llegados con DDT. Eva llegó al Lutetia el 18 de mayo de 1945, donde se alojó en lo que le pareció una «habitación de lujo» y fue sometida a «un interrogatorio exhaustivo en el hotel. Ese mismo día, recibí papeles de refugiada y la ropa y la ayuda económica que me habían prometido».

Como le sucede a Margot Rauch, el recuerdo más vivo de Eva Tichauer de su regreso a Francia es el restablecimiento de su identidad. «No estoy segura de cuál fue el primer documento; creo

que fue una *carte de déporté*, pero un poco después me devolvieron mi certificado de naturalización.»

Este documento les había sido concedido a Eva y a sus padres en 1937 en calidad de refugiados políticos, otorgándoles el derecho a trabajar y garantizando que en Francia estarían a salvo. En 1940, el mariscal Pétain había revocado ese derecho.

«Nos lo habían quitado y ahora tenían que devolvérnoslo. Estaba doblado en el fondo del cajón de algún funcionario... Allí estaba, bien doblado en cuatro.»

Eva sobrevivió gracias a la determinación de sus padres, en particular de su madre, Erna, quien hizo todo lo que estuvo en su mano para abrir posibilidades futuras a su única hija superviviente. Por encima de todo, fue la formación médica de Eva lo que le salvó la vida, junto con su dominio del francés, que le permitió intimar con un grupo de comunistas francesas, miembros de la Resistencia, en el campo. Tras ser separada de su madre en Auschwitz, Eva pudo trabajar en la enfermería de Birkenau. Luego la trasladaron a un subcampo de Auschwitz-Birkenau llamado Raisko, donde se usaba a los prisioneros como cobayas en investigaciones científicas para el Instituto Kaiser Wilhelm (donde Albert Einstein, antes de huir de Alemania, fue director de la sección de física). La tarea principal de Eva era cultivar, en condiciones europeas, una planta asiática llamada *kok-saghyz*. Sus raíces contienen látex y los nazis querían desarrollar una variedad que pudiera usarse para producir caucho. Un médico de las SS, Joachim Caesar, estaba al frente del proyecto; pero, como no tenía idea de cómo abordar la tarea, puso al mando a

una interna: una francesa llamada Claudette Bloch-Raphaël. El *Kommando* lo formaban mujeres de muchas nacionalidades distintas, y un buen número de ellas tenían títulos en biología, química o agronomía. Claudette Bloch hizo todo lo posible por hallar empleo a muchas de sus compañeras francesas. Una de ellas fue Eva Tichauer, cuyas raíces alemanas se habían desvanecido ya de tal modo que los demás —e incluso ella misma— la consideraban francesa. Fue la solidaridad de las francesas que conoció en el campo lo que la sostuvo y la sacó adelante; y lo que impulsó su compromiso de por vida con el comunismo.

Mientras trataba de recomponer su vida, hecha añicos, Eva retomó sus estudios de Medicina y se tituló como doctora cuatro años más tarde de lo que había planeado. Trabajó como médica en Francia durante toda su carrera y vivió hasta los cien años.

«Durante todo el tiempo que estuvimos en Francia, mi madre fue la persona más dinámica de la familia y aquella en quien todos podíamos apoyarnos, la figura más sólida de nuestras vidas allí.»

La última imagen que Eva conserva de esa mujer dinámica es verla alejarse al anochecer hacia un camión que la espera, sabiendo que la muerte la aguarda porque le han ordenado dejar su bolso en el tren.

Margot Rauch ofrece la imagen especular de ese recuerdo: una madre que sobrevive a su hija. Una mujer que compra un bolso para reafirmar su existencia.

El final del retorno

Llega julio y luego agosto. La riada de repatriados se reduce a un arroyo y luego a un hilo. La multitud que espera fuera del Lutetia decrece. Las fotografías amarillean y se desvanecen. La guerra, que terminó en Europa en mayo, concluye por fin del todo en agosto, con nubes en forma de hongo elevándose sobre Japón.

Se retiran los paneles, desaparecen las barreras. En septiembre, el hotel cierra durante un mes para poner todo en orden de nuevo. El arquitecto Louis-Hippolyte Boileau elabora una lista de desperfectos para enviarla al ministerio:

> Pintura: manchada, deteriorada y sucia. Losas: rotas. Cerraduras: no funcionan. Espejos: rotos. Puertas: faltan manillas y herrajes. Parquets: manchados, tablillas sueltas. Arañas y lámparas en buen estado. Molduras: mosaico de los peldaños levantado; bordes de latón de los peldaños destrozados. Paredes de los pasillos: arañadas en varios puntos. Habitaciones: moquetas manchadas; papel deteriorado y arrancado; la madera pintada necesita lavarse.[67]

La guerra ha terminado. El Lutetia debe prepararse para recibir a una nueva generación de huéspedes.

Coda

Finales – Irène Némirovsky

> Lo que llegaba no eran *los* alemanes, sino *un* alemán: el primero. Tras las puertas cerradas, por las rendijas de las persianas medio bajadas o los ventanucos de los graneros, todo el pueblo lo vio acercarse. Detuvo la motocicleta en la plaza desierta. Llevaba guantes, un uniforme verde y un casco, bajo cuya visera pudo verse, cuando alzó la cabeza, un rostro fino y sonrosado, casi infantil.
>
> —¡Qué joven es! —murmuraron las mujeres, que, sin ser plenamente conscientes, esperaban alguna visión del Apocalipsis, un extraño y horripilante monstruo.[1]

Irène Némirovsky murió de tifus en Auschwitz el 17 de agosto de 1942, apenas un mes después de que se la llevaran de Francia. Su marido, Michel Epstein, fue deportado a Auschwitz el 6 de noviembre de 1942 y gaseado a su llegada.

Tras la desaparición de ambos, sus dos hijas, que habían quedado al cuidado de su niñera, Julie Dumot, pasaron buena parte del tiempo en Burdeos, donde asistieron a la escuela con nombres falsos. Cuando la guerra llegó a su fin, las niñas hicieron varios viajes a París con Julie para esperar a sus padres, a quienes Julie trataba en vano de localizar. Mucho tiempo más tarde, la última novela de Irène Némirovsky, inacabada, en la que trabajaba cuando la arrestaron, se publicó como *Suite francesa*, sesenta y dos años

después de la muerte de la autora. El manuscrito incompleto se conservó en la maleta que sus hijas, a insistencia de Michel, habían mantenido a salvo. Los temas de la novela eran la caída de Francia, la huida de París, la Ocupación. Todo lo que Irène y su familia vivieron se había transformado en ficción. Escrita en dos partes, la intención de Irène era concluir el libro con una tercera, que presumiblemente habría llevado al lector hasta el final de la guerra. Nunca sabremos lo que habría contenido.

Paul Léon, Theodor Tichauer

Hasta el final de la guerra Lucie Léon no conoció a un superviviente que había viajado en el mismo transporte que su marido y que pudo decirle lo que le había sucedido a Paul. Lo mataron el 4 de abril de 1942, sólo diez días después de que Lucie y Alexis lo despidieran en el andén: «Estaban construyendo Birkenau, una ampliación de Auschwitz, y durante la marcha hacia aquel lugar se quedó rezagado y lo mataron a tiros porque no podía seguir el ritmo.»[2]

El padre de Eva Tichauer, Theodor, murió dos días después que Paul Léon, el 6 de abril de 1942.

De aquel primer convoy del 27 de marzo de 1942, sólo regresaron entre veinte y treinta hombres de un grupo de 1.112.

Un poeta en Mauthausen

—¡Thomas, tienes que salvar a Péron!

—Pero, comandante, le estoy pasando comida a escondidas. Usted sabe el riesgo que corro.

Durante meses, todos nosotros habíamos protegido, apoyado, defendido, sacudido, vigilado y profesado afecto al único corazón puro de nuestra miserable *troupe*, quien había llegado a Mauthausen como Orfeo descendió al inframundo: un cordero extraviado en una jaula de lobos. Apartamos a Dick Péron de las SS y de los *kapos*, recuperamos el pan que acababa de dejarse arrebatar, lo libramos de los turnos y recibimos golpes en su lugar. Habría muerto cien veces si no lo hubiéramos arrastrado fuera de los cien peligros catastróficos con los que tropezaba. [...] Tenía cuarenta años, aparentaba cincuenta, y era nuestro hijo. Un día, a causa de sus meteduras de pata, su descuido, su aire general de asombro, su bondad desconcertante y cómica en medio de tanta ferocidad, todo el campo acabó por descubrir lo evidente y comprender que era un poeta. La voz corrió por los barracones, las letrinas, las torres de vigilancia y la fábrica: había un poeta en el Kommando del carbón, un poeta ennegrecido por el polvo, amenazado por una conjuntivitis purulenta, que recogía coque con las manos desnudas y heladas porque no podía levantar una pala; un hombre enfermizo y suave, que había estudiado en la École Normale Supérieure, especialista en toda clase de cosas. Cuando encontraba fuerzas, recitaba sonetos de amor que había escrito él mismo y que siempre tenían un punto amargo, u odas clásicas que escuchábamos como una especie de venganza; incluso quienes no entendían nada de sus palabras lo escuchaban. A Péron lo perseguían los agentes de las SS, lo golpeaban los *kapos* por tardón, por impuntual y por soñar despierto, pero irradiaba bondad y se esforzaba por brindarnos ese

espectáculo increíble: exigía amistad a los polacos, quienes acudían en su ayuda tanto como nosotros, y vimos a Otto, el *superkapo* ante quien se inclinaban y temblaban todas las gorras negras, Otto, quien lo había apaleado y lo había acosado, amenazándolo con enviarlo al crematorio; sí, vimos a Otto, la noche del aniversario de su primer asesinato, venir a suplicarle que recitara poesía.

—*Wo ist der Dichter, der Franzose!*

«¿Dónde está el poeta, el francés?»

Nunca olvidaré las caras boquiabiertas de aquellos monstruos mientras escuchaban los versos de Verlaine.[3]

Alfred Péron, el de los elegantes *plus-fours* irlandeses, compañero de tenis del joven Samuel Beckett, traductor y profesor, valiente miembro de la Resistencia, traicionado por un sacerdote, acabó en Mauthausen. Su presencia en el campo la registra con un detalle vívido su compañero de cautiverio Georges Loustaunau-Lacau, un político de derechas que utilizó su puesto en el Gobierno de Vichy como tapadera para sus actividades en la Resistencia. Como Walter Benjamin aferrado a su maletín al cruzar los Pirineos con paso tambaleante, como Paul Léon garabateando instrucciones para la educación adecuada de su hijo, Alfred Péron era un hombre cuyo único hogar verdadero era una habitación llena de libros; un alma gentil, poco preparada para sobrevivir a la brutalidad de la guerra en el siglo XX.

Samuel Beckett estaba en Irlanda cuando supo de la muerte de su amigo. Alfred Péron sobrevivió a Mauthausen, sólo para morir en Suiza, de camino a casa, el 1 de mayo de 1945. Dos relatos de los

últimos meses de Péron, escritos por Georges Loustaunau-Lacau, se publicaron poco después de la guerra. Es muy probable que la viuda de Alfred, Mania, se los mostrara a Beckett.[4] Quien conozca *Esperando a Godot*, escrita en 1948-1949, encontrará en ella la huella de los años de guerra. Si Mania Péron no hubiera advertido a Beckett de la traición de Robert Alesch, él también habría acabado en un campo de concentración.

Salvada por una alemana

Germaine Tillion, la antropóloga del Musée de l'Homme cuyo arresto en agosto de 1942 se debió a la traición de Robert Alesch, fue deportada a Ravensbrück en octubre de 1943. Allí estuvo recluida en la sección *Nacht und Nebel* («noche y niebla») del campo, junto con Geneviève de Gaulle, sobrina de Charles de Gaulle. La madre de Germaine, Emilie, fue enviada al mismo campo, donde moriría más tarde, en marzo de 1945.

Fue una amiga alemana quien salvó la vida de Germaine Tillion: Margarete «Grete» Buber-Neumann, hermana de Babette Gross. Grete estaba casada con una de las estrellas del firmamento comunista alemán, Heinz Neumann, acusado después de «desviarse» de la línea del Partido y caído en desgracia. Cuando la policía suiza detuvo a Heinz a finales de 1934 y Moscú ofreció acoger a la pareja, Heinz y Grete ignoraron el consejo de Willi Münzenberg y Babette Gross de no ir allí. Zarparon en un carguero soviético y

llegaron a Moscú a comienzos del verano de 1935, donde se alojaron en el Hotel Lux y vieron cómo sus amigos iban cayendo, poco a poco, víctimas del Terror estalinista. Era cuestión de tiempo que ellos también oyeran los golpes en la puerta y recibieran la citación para la prisión de Lubianka. Tras el arresto y asesinato de Neumann en 1937, enviaron a Grete a un gulag siberiano, donde sobrevivió tres años, hasta que la entregaron a los nazis y la deportaron a Ravensbrück tras el pacto germano-soviético.

Grete estaba enferma en el *revier* de Ravensbrück cuando corrió el rumor de que todos los prisioneros de la sección «noche y niebla», los judíos y los gitanos iban a ser enviados a Mauthausen, donde serían gaseados.[5] Fue Grete quien ideó el plan para salvar a «Kouri», el nombre clandestino de Germaine Tillion. Sus amigas la introdujeron de tapadillo en la enfermería y la escondieron bajo las mantas de Grete, donde se encogió e intentó hacerse tan pequeña como pudo mientras esperaban, escuchando la sirena que sonaba fuera para reunir a los prisioneros, los bramidos de los vigilantes de las SS que voceaban órdenes y el ruido del motor de los camiones, arrancando antes de alejarse. Cuando entraron tres médicos de las SS, uno de ellos le preguntó a Grete cuántas enfermas había en la sala.

«"Dos, Herr SS Doctor", respondí con una voz débil.

»"¿Tú qué dolencia tienes?", preguntó.

»Se lo dije y echó una mirada a la moribunda que había debajo de mí, antes de salir con los otros dos. La puerta se cerró tras ellos. Estábamos salvadas.»

Robert Alesch

Juzgado en un tribunal francés en mayo de 1948, el sacerdote Robert Alesch fue acusado de traición y se enfrentaba a la pena de muerte. El escrito de acusación enumeraba treinta y cuatro deportaciones y veintiocho ejecuciones de las que se lo consideraba responsable. Durante el proceso, el sacerdote insistió en llevar su propia defensa. Habló durante más de una hora, alegando que siempre fue fiel a su religión y que «nunca dejó de predicar la bondad».[6] Invocó su nacionalidad alemana y afirmó que fue movilizado como enfermero y luego como camillero de hospital. Ese servicio, añadió, era un deber para con su país. Tras cuatro días de juicio, el veredicto fue la pena de muerte. Alesch declaró, con un fervor cristiano: «Soy inocente, ¡pero perdono vuestras faltas!»

Testificó a su favor su antiguo oficial de enlace, el mayor Karl Schäfer, ahora comerciante de vinos en Bingen, quien acudió al tribunal para afirmar que Alesch era «un buen agente» y que cumplía correctamente sus funciones.[7] Schäfer confirmó que le entregaba a Alesch tres mil francos mensuales para una informadora, Claude, quien, a su vez, afirmó que nunca recibió ni un céntimo. Parece que Alesch se quedaba con el dinero, quizá para dárselo a una de sus dos amantes, Renée André y Geneviève Guillemin, también procesadas. Oscar Reile envió al tribunal una declaración jurada desde su domicilio de Tréveris, sosteniendo que Alesch era un *Volksdeutscher* que adoptó la nacionalidad alemana en 1941, fue llamado a filas para integrarse el servicio médico, y que el propio Reile había propuesto a Alesch trabajar para la Abwehr como soldado alemán.

Alesch se mantuvo sereno durante todo el juicio, formulando contrapreguntas a los testigos, insinuando que eran ellos los culpables de intimar con los alemanes. Impecablemente vestido, flemático, con sus pequeños ojos grises alerta, Alesch parecía no darse cuenta de que, cuanto más negaba las pruebas presentadas en su contra, más crecía la hostilidad del público hacia él.

El 28 de mayo de 1948, Robert Alesch fue condenado a muerte por el Tribunal de Justicia del Sena.

El 25 de enero de 1949 fue fusilado en el fuerte de Montrouge.

Académicos

Cuando la guerra llegaba a su fin, Pierre Radványi, que ahora tenía diecinueve años, decidió dejar México y volver a Francia para estudiar. «Desde la distancia veía Francia como una utopía por construir, donde todo sería posible, donde soñaba con reencontrar a mis amigos.»[8] Su madre, Anna Seghers, le explicó que lo entendía, pero que ella debía regresar a Alemania porque, como escritora, no podía trabajar en una lengua que no fuera la suya. Pierre no podía imaginar volver al país donde había nacido: «¿Sentarme en la universidad al lado de chicos que habían llevado uniformes nazis? Era inconcebible.»

Éste es el legado de su exilio: el puñado de hombres y mujeres jóvenes que regresó a Francia tras la guerra lo hizo porque se veía no como alemán, sino como ciudadano francés: Gisèle Freund se consolidó como una destacada fotógrafa francesa; Pierre Radványi, como científico francés; Eva Tichauer, como médica francesa.

Cuando Pierre se convirtió oficialmente en beneficiario de una beca francesa y se matriculó en la Facultad de Ciencias de la Sorbona para convertirse en físico, como becario le asignaron un alojamiento pagado por el Estado francés.[9] Las habitaciones estaban en el Hotel Lutetia, donde las dos plantas superiores se reservaban para estudiantes. Después de la guerra, había pocos turistas en París y el hotel tenía que aceptar a los huéspedes que pudiera acoger. Los vecinos de Pierre eran yugoslavos, algunos de los cuales habían combatido como partisanos.

En 1954, un grupo de especialistas en James Joyce estadounidenses llegó a París para examinar los papeles de Sylvia Beach. Pasaron varios meses en el Hotel Lutetia mientras estudiaban el archivo. No fue una estancia cara.[10]

Un paseo por los recuerdos

Diez años después de la guerra, Friedrich Rudolph hace un viaje a París. Es una peregrinación: quiere volver a ver los lugares que le causaron tanta impresión cuando estuvo destinado en la ciudad. París guarda recuerdos felices para Rudolph, y la visita estaría incompleta sin regresar al edificio en el que pasó cuatro años de su vida.

Rudolph camina arriba y abajo por el boulevard Raspail, delante del hotel. Vacila. ¿Es apropiado que un antiguo oficial alemán quiera regresar a un período de la historia tan lleno de dolor para los

franceses? ¿Qué clase de acogida le cabe esperar? Pero no puede evitarlo. Entra por la familiar puerta giratoria. La primera persona con la que se topa en el vestíbulo es el gerente, Marcel Chappaz.

—¡Qué alegría volver a verlo y darle la bienvenida, coronel! —exclama Chappaz, imperturbable como siempre—. Por desgracia, su mesa favorita está ocupada en este momento... Pero, si no le importa esperar, en unos minutos quedará libre, y entonces me encantará invitarle.

Oscar Reile reflexiona: «Los alemanes sólo podemos intentar imitar ese encanto francés y su soltura cosmopolita.»[11]

El pasado alemán

Ya cumplidos los ochenta y pocos, la pianista Margot Rauch resulta una figura llamativa: el pelo teñido de castaño oscuro, peinado en un enorme *bouffant* rizado; las cejas, dibujadas finas y arqueadas, muy arriba.[12] Va impecable: pintalabios rojo, sombra de ojos, una elegante camisa blanca y una chaqueta de color oscuro. Es 1980 y a Rauch la está entrevistando un joven cineasta alemán que documenta el «capítulo alemán» del Hotel Lutetia. Ella le habla de su tiempo en Auschwitz, de la liberación y de su llegada al hotel. De cómo lloró durante un año entero después de la liberación y de cómo comió sin cesar, día y noche, durante ese año, hasta que por fin se le pasó el hambre insaciable.

El exiguo porcentaje de judíos alemanes y austríacos que sobrevivieron a la deportación y se instalaron en Francia tras la guerra lo hizo sobre todo porque no tenían adónde ir: volver a sus lugares de nacimiento era impensable, y Francia era al menos un país familiar, un país europeo que un día los había acogido, lo que ofrecía un frágil hilo de continuidad en la historia rota de su existencia. No todo el mundo era capaz de afrontar un nuevo comienzo en el nuevo mundo, ya fuera en la deslumbrante Nueva York o en Tel Aviv. Y París seguía siendo París.

«El Hotel Lutetia sigue siendo un recuerdo inolvidable», le dice Margot Rauch al cineasta. «Uno cálido y muy triste. La cantidad de gente desesperada que había y a la que no podíamos ofrecer ninguna respuesta nos dolía en lo más hondo. Pero era imposible darles información y tampoco queríamos hablar de la vida en Auschwitz. La gente que esperaba en la ventana con sus fotos nos gritaba: "¿Conoces a mi madre, conoces a mi hija, conoces a mi mujer?"»

La mayoría de los que huyeron de Alemania en 1933 nunca regresaron de su segundo exilio: Gustav Regler se quedó en México; Fred y Lilo Stein, en Nueva York; Lion Feuchtwanger y otros, en distintos lugares de Estados Unidos. Pero unos pocos —en particular los que habían mantenido la fe en el proyecto comunista— se sintieron tentados de volver, no a la vieja Alemania, sino a su gemela recién nacida, la República Democrática Alemana. En 1950, Heinrich Mann estaba a punto de poner fin a sus fracasados años de exilio en California, donde Nelly se había suicidado en 1944 y su carrera se había detenido dolorosamente. Le habían ofrecido un puesto prestigioso como director de la Deutsche Akademie der Künste, la

Academia Alemana de las Artes, en Berlín, pero falleció a los setenta y ocho años, justo antes de partir. Poco después, invitaron a su buen amigo Alfred Kantorowicz a convertirse en director del recién fundado Archivo Heinrich Mann, un cargo que se convertiría en el principal foco de la atención de Kantorowicz, en el marco de una intensa carrera al frente de diversas instituciones culturales de la Alemania Oriental. De entre todos los retornados, fue Kantorowicz quien, en apariencia, había hecho la transición más exitosa a la vida en la RDA, hasta que huyó al lado occidental en 1957, hecho que causó gran revuelo.

Anna Seghers se instaló en Berlín Este, donde permaneció, junto con László y Ruth (ya convertida en médica), hasta su muerte en 1983. Anna creía en el proyecto de la Alemania Oriental y se dedicó a construir una nueva sociedad en oposición a los valores del nazismo. En las primeras cartas que escribió tras el regreso, expresaba su sorpresa y su decepción ante la estrechez de miras de quienes conoció allí, aunque siguió integrada en la vida cultural de Berlín Este. Con los años, se la criticó en ocasiones por no alzar la voz en favor de los escritores caídos en desgracia ante las autoridades de la RDA. Continuó escribiendo y dedicó una gran cantidad de tiempo y energía a animar a jóvenes escritores. Visitaba a menudo Francia, donde su hijo Pierre se había convertido en un eminente físico patrio.

Durante las décadas de 1950 y 1960, los líderes del KPD Walter Ulbricht y Wilhelm Pieck se repartieron el timón de la República Democrática Alemana, gobernándola como un satélite soviético e imponiendo uno de los regímenes más entusiastamente duros de todo el llamado Bloque del Este.

Residuo

Después de la guerra, la margen izquierda de París empezó poco a poco a recuperar su *joie de vivre* con una nueva generación de filósofos vestidos con jersey de cuello alto y aficionados al jazz, cuyo lugar predilecto ya no era el Café le Dôme ni La Coupole, sino Les Deux Magots, en la esquina del boulevard Saint-Germain. Editores, actores, músicos y políticos siguieron reuniéndose y bebiendo en el bar del Lutetia. Siguió habiendo conciertos y bailes anuales. La famosa *chanteuse* Juliette Gréco, que había esperado entre la multitud fuera del Lutetia el regreso de su madre y su hermana (se reencontraron), actuaba allí con regularidad.

Pero al Lutetia todavía le faltaban huéspedes y el hotel parecía cada vez más fatigado. En 1955 pasó a manos de un nuevo propietario, Pierre Taittinger, fundador de la conocida marca de champán y presidente del Consejo Municipal de París entre mayo de 1943 y agosto de 1944. El mismo Taittinger que fue al Hotel Meurice a suplicar al general Von Choltitz que no redujera París a cenizas. Una figura ambigua: Taittinger colaboró con los nazis durante buena parte de la guerra e hizo fortuna vendiéndoles su champán, pero más tarde cambió de bando. Tras la liberación de París, estuvo temporalmente encarcelado en Drancy —reacondicionado como campo de internamiento de colaboracionistas—, pero luego fue puesto en libertad. Compró el Lutetia por una miseria. En las décadas siguientes, el hotel logró mantenerse a flote («batido por las olas, pero no hundido»), y su glamur fue apagándose poco a poco.

En 2014, tras un servicio ininterrumpido de más de cien años, el Hotel Lutetia cerró por reformas y sus nuevos dueños —un rico consorcio inmobiliario— subastaron su mobiliario viejo y desvencijado y su anticuada colección de arte. Cientos de parisinos acudieron a curiosear el interior de una de las instituciones más conocidas y queridas de su ciudad. Cuando el Lutetia reabrió en 2018, lo hizo como un moderno hotel de lujo, con habitaciones a precios pensados no para los locales, sino para la «élite» global. Aun así, el Lutetia conserva algo de su antiguo atractivo: su ubicación en la margen izquierda, con una entrada que da directamente a la calle, da la sensación de que uno tiene derecho a entrar sin pedir permiso, a cruzar las puertas y contemplar la cúpula del techo del vestíbulo, y a pensar qué queda de la historia de cuanto ocurrió en su interior y en sus aledaños. De todos los grandes hoteles de París, el Lutetia fue el único al que se le concedió la «redención» de recibir a los deportados que regresaban, después de los compromisos impuestos por la Ocupación. Se trata de un legado complejo para un hotel que se vende como una experiencia de lujo, porque ¿quién quiere que le recuerden horrores semejantes? La pequeña placa de la pared exterior está ahí para quienes quieran leerla, pero es fácil pasarla por alto.

El personal que trabaja en los grandes hoteles es invisible. Su deber, su función, es servir como testigos silenciosos de los dramas que se desarrollan a su alrededor. *Il n'y a pas de livre écrit par un concierge*. No hay ningún libro escrito por un conserje de hotel. La discreción del servicio es también un voto de silencio.

Como Jacques Desjeunes, Jean-Luc Jean empezó su carrera en el Lutetia cuando era todavía un muchacho, y fue ascendiendo hasta convertirse en conserje jefe en la década de 1990.[13] Los conserjes, explica, son expertos en evaluar a quienes entran en su hotel. Aprenden a reconocer a los habituales; detectan a los adúlteros y estafadores, a los actores famosos que viajan de incógnito y a los hombres de negocios que pasan por una mala racha. A veces, Jean-Luc reconocía a antiguos deportados que volvían al Lutetia. Podía distinguirlos porque entraban en el vestíbulo con la mirada fija en el suelo, como si sintieran que aquél no era su sitio. Experimentaba una poderosa compasión por esos visitantes cada vez más ancianos; lo conmovía su presencia tímida y siempre procuraba acercarse y preguntarles, con tacto, la razón de su visita. Luego les enseñaba el hotel, siguiendo el recorrido que habían hecho en aquellos días de primavera y verano de 1945. Un antiguo deportado de Burdeos se convirtió en amigo suyo: le envió a Jean-Luc Jean una copia del mapa del viaje que realizó para escapar de la marcha de la muerte y encontrar el camino de regreso a Francia.

Algunas personas creen que existe algo así como un «residuo emocional»: que el recuerdo de las acciones y los sentimientos humanos impregna los muros de un edificio o se adhiere de algún modo a ellos. La verdad, por supuesto, es que las paredes de un edificio no cuentan ninguna historia. Sólo las palabras y los recuerdos de quienes, por un breve instante, ocuparon esos espacios crean en nuestra imaginación un mundo lleno de significado. Y, sin embargo, ese breve instante contiene en sí mismo

una sombra, un reflejo, un eco de uno de los períodos más complejos y devastadores de la historia del siglo xx.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a las numerosas personas que me han ayudado en la investigación para la redacción de este libro. Del Hotel Lutetia: a Romuald Cotillon, Jacques Desjeunes, Jean-Luc Jean, Jean-Marc de Margerie, Patrick Scicard y Pierre Faucet. Por su ayuda respondiendo a mis preguntas y por su generosidad al compartir sus conocimientos, gracias también a Catherine Breton y a todos los miembros de la AFMD de París; a Guillaume Diamant-Berger, Hans-Rüdiger Minow, al profesor Luca Crispi, Barbara Lambauer, Peter Stein, Melanie Krob, Pierre Assouline, Julia Torre, Byron Schirbock, Talbot C. Imlay, Annette Antignac y Faye Carney. Por su ayuda con la investigación en alemán, a la doctora Carmel Anna Heeley, Joe Wald, Rose Campbell y Anna Seifert-Speck. Por su tiempo, por su traducción y por un almuerzo encantador, a Natasha Lehrer. Por su ayuda en los archivos: a Cyrille Le Quellec, Frantz Malassis, Patricia Gillet, Ariel Sion, Karen Taieb, Mark Nixon, Elizabeth White y a todo el personal de los distintos archivos de París. Por los contactos, a Hester Abrams, Derek Niemann, al doctor Daniel Lee y a Eloise Caléo. Por su hospitalidad, a Claire Dupuis y Olivier le Marois. Por la amistad y las bromas, a Esther Selsdon. Y por ser como son, a Alex y Hal.

Mi agradecimiento enorme a mi agente, Andrew Gordon, y a mi agente en Estados Unidos, Allison Devereux; a los editores de Allen Lane, Simon Winder y Chloe Currens; a John Glusman, de Norton; y a Martha Kanya-Forstner, de Knopf; y a todos los equipos de edición, producción, publicidad y marketing que han hecho posible este libro. Aprecio de verdad vuestro duro trabajo. Gracias a Cecilia Mackay por la búsqueda y documentación de las imágenes.

Mi prolongada estancia de investigación en París fue financiada con una beca para obra en curso de la Society of Authors, por la que me siento inmensamente agradecida. También quisiera dar las gracias de todo corazón a Anna Maria Léon por permitirme citar las cartas escritas por Paul Léon desde Drancy; y a Peter Stein, por dejarme utilizar las magníficas fotografías de Fred.

Fuentes

Archivos

The National Archives, Kew (TNA)
Centre de Documentation du Mémorial de la Shoah, París
Archives nationales, site Pierrefitte-sur-Seine (AN)
Service historique de la Défense, París
Archives de la Préfecture de Police, París
Fondation pour la Mémoire de la Déportation (FMD)
Fédération Nationale des Déportés et Internés Résistants et Patriotes (FNDIRP)
Deutsches Historisches Institut Paris (DHIP)
Das Bundesarchiv, Berlín
Brandenburgisches Landeshauptarchiv, Potsdam
Yad Vashem, Jerusalén
Leo Baeck Institute, Londres

Recursos online

Art in Exile – https://kuenste-im-exil.de/KIE/Web/EN/Home/home.html

United States Holocaust Memorial Museum – https://collections.ushmm.org

Bibliografía selecta

Alizon, Simone, *L'exercice de vivre*, París, 1996.

Amouroux, Henri, *La grande histoire des Français sous l'Occupation: les Beaux Jours des Collabos, juin 1941-juin 1942*, París, 1976-1993.

Arendt, Hannah, *The Jewish Writings*, Nueva York, 2007. [Hay trad. cast.: *Escritos judíos*, trads. Eduardo Cañas, R. S. Carbó, Vicente Gómez Ibáñez y Miguel Candel Sanmartín, Barcelona, Paidós, 2016.]

—, *Men in Dark Times*, Nueva York, 1958. [Hay trad. cast.: *Hombres en tiempos de oscuridad*, trad. Claudia Ferrari, Madrid, Gedisa, 2001.]

Assouline, Pierre, *Lutetia*, París, 2005. [Hay trad. cast.: *Hotel Lutetia*, trad. Susana Peralta, Barcelona, Navona, 2015.]

Badia, Gilbert, *et al.*, *Les bannis de Hitler: accueil et luttes des exilés allemands en France 1933-39*, París, 1984.

—, *Les barbelés de l'exil: études sur l'émigration allemande et autrichienne (1938-1940)*, Grenoble, 1979.

—, *Exilés en France: souvenirs d'antifascistes allemands émigrés (1933-1945)*, París, 1982.

Balk, Theodor, *Das Verlorene Manuskript*, México, 1943.

Balland, Pascaline, *Hôtel Lutetia Paris, 100 years*, París, 2009.

Bauer, Walter, *Tagebuchblätter aus Frankreich*, Dessau, 1941.

Beach, Sylvia, *Shakespeare and Company*, Nueva York, 1959. [Hay trad. cast.: *Shakespeare and Company*, trad. Roser Infiesta Valls, Madrid, Trama, 2023.]

—, Sylvia, *Your friend if ever you had one: Letters of Sylvia Beach to James Joyce*, Leiden/Boston, 2021.

Beckett, Samuel, *Lettres*, vol. I, 1929-1940, París, 2014.

Bedford, Sybille, *Aldous Huxley: A Biography*, Londres, 1993.

—, *Briefe*, Fráncfort, 1996.

—, *The Correspondence of Walter Benjamin 1910-1940*, Londres, 1994.

—, *Lettres françaises*, Caen, 2013.

Berr, Hélène*, Journal,* Londres, 2008. [Hay trad. cast.: *Diario*, trad. Jaime Zulaika, Barcelona, Anagrama, 2009.]

Bobkowski, Andrzej, *Wartime Notebooks, France 1940-44*, New Haven, 2018.

Bowker, Gordon, *James Joyce*, Londres, 2010.

Breker, Arno, *Paris, Hitler et Moi*, París, 1970.

Brissaud, André, *Canaris: The Biography of Admiral Canaris*, Londres, 1973.

Brodersen, Momme, *Walter Benjamin: A Biography*, Londres, 1996.

Bruttmann, Tal, Laurent Joly y Annette Wieviorka*, Qu' est-ce qu'un déporté? Histoire et mémoires des déportations de la Seconde Guerre mondiale*, París, 2009.

Buber-Neumann, Margarete, *Under Two Dictators: Prisoner of Stalin and Hitler*, Londres, 2008. [Hay trad. cast.: *Prisionera de Stalin y Hitler*, trads. Luis García Reyes y María José Viejo, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.]

Buchheim, Lothar-Gunther, *Mein Paris: Eine Stadt vor dreissig Jahren*, Múnich, 1977.

Canteloube, Marie-Laure, *Anna Seghers et la France*, París, 2012.

Carter Hett, Benjamin, *Burning the Reichstag: An Investigation into the Third Reich's Enduring Mystery*, Oxford, 2014.

Charpak, Georges, *La vie à fils tendu*, París, 1993.

Chauvy, Gerard, *L'Abwehr*, París, 2023.

Cheniaux, Martine (ed.), *Le camp de Gurs – 1939-1945: Un ensemble de témoignages, dont celui d'Hanna Schramm*, Navarrenx, 2009.

Cling, Maurice, *Un enfant à Auschwitz*, París, 1999.

Cobb, Richard, *French and Germans, Germans and French*, Londres, 1983.

Collins, Larry, y Dominique Lapierre*, Paris, brûle-t-il?*, París, 1964. [Hay trad. cast.: *¿Arde París?*, trad. Joaquín Rodríguez Castro, Barcelona, Planeta, 2011.]

Delbo, Charlotte, *Aucun de nous ne reviendra*, París, 1965. [Hay trad. cast.: *Ninguno de nosotros volverá*, trad. Regina López Muñoz, Barcelona, Asteroide, 2020.]

—, *Le convoi du 24 janvier*, París, 1978.

Dessarre, Eve, *Mon enfance d'avant le Déluge*, París, 1976.

Döblin, Alfred, *Berlin Alexanderplatz*, Londres, 2019. [Hay trad. cast.: *Berlín Alexanderplatz*, trad. Miguel Sáenz, Madrid, Cátedra, 2003.]

—, *Destiny's Journey: Flight from the Nazis*, Nueva York, 1992.

Drost, Wolfgang, *et al.*, *Paris sous l'Occupation*, Heidelberg, 1995.

Duras, Marguerite, *La Douleur*, París, 1985. [Hay trad. cast.: *El dolor*, trad. Clara Janés Nadal, Madrid, Alianza, 2019.]

Eisner, Lotte H., *Ich hatte einst ein schönes Vaterland: Memoiren*, Heidelberg, 1984.

Ellmann, Richard, *James Joyce*, Nueva York/Oxford, 1959. [Hay trad. cast.: *James Joyce*, trad. Beatriz Blanco, Barcelona, Anagrama, 2019.]

— (ed.), *Selected Letters of James Joyce*, Londres, 1975.

Fest, Joachim, *Hitler: A Biography*, Londres, 1974. [Hay trad. cast.: *Hitler: una biografía*, trad. Guillermo Raebel Gumá, Barcelona, Planeta, 2006.]

Feuchtwanger, Lion, *The Devil in France: My Encounter with him in the Summer of 1940*, Londres, 1942. [Hay trad. cast.: *El diablo en Francia*, Buenos Aires, Futuro, 1944.]

—, *Ein möglichst intensives Leben: Die Tagebücher*, Berlín, 2018.

—, *The Oppermanns*, Londres, 2020. [Hay trad. cast.: *Los hermanos Oppermann*, trad. Carlos Fortea, Madrid, Alianza, 2007.]

Fittko, Lisa, *Escape through the Pyrenees*, Evanston (Illinois), 2000. [Hay trad. cast.: *Mi camino a través de los Pirineos*, trad. Julia Cristina Gómez Sáez, L'Hospitalet de Llobregat, Contraescritura, 2022.]

Frenay, Henri, *La nuit finira*, París, 1973.

Freund, Gisèle, *James Joyce in Paris: His Final Years*, Londres, 1966.

—, *Mémoires de l'œil*, París, 1977.

—, *Le Monde et ma caméra*, París, 2006. [Hay trad. cast.: *El mundo y mi cámara*, trad. Palmira Feixas, Barcelona, Ariel, 2008.]

—, *Trois jours avec Joyce*, París, 1982.

Fry, Varian, *Surrender on Demand*, Nueva York, 1945.

Furet, François, *The Passing of an Illusion: The Idea of Communism in the 20th Century*, Chicago, 1999. [Hay trad. cast.: *El pasado de*

una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX, trad. Mónica Utrilla, Ciudad de México, FCE, 2006.]

Gaulle, Charles de, *Lettres, notes et carnets*, vol. 1: 1905-1941, París, 2010.

—, *Mémoires*, París, 2000.

Gaulle, Philippe de, *Mémoires accessoires*, París 1997.

Gide, André, *Retour de l'U.R.S.S.*, París, 1936. [Hay trad. cast.: *Regreso de la* URSS, trad. Carmen Claudín, Madrid, Alianza, 2017.]

Gmeyner, Anna (como Reiner, Anna), *Café du Dôme*, Londres, 1941.

—, *Manja*, Londres, 2003.

Green, John, *Willi Münzenberg: Fighter against Fascism and Stalinism*, Oxford, 2019.

Gross, Babette, *Willi Münzenberg: A Political Biography*, East Lansing (Míchigan), 1974.

Hartlaub, Felix, *Clouds Over Paris*, Londres, 2022.

Heller, Gerhard, *Un Allemand à Paris*, París, 1981. [Hay trad. cast.: *Recuerdos de un alemán en París*, trad. Juan Carlos Durán Moreno, Madrid, Fórcola, 2012.]

Höhne, Heinz, *Canaris*, Múnich, 1979.

Humbert, Agnès, *Résistance: Memoirs of Occupied France*, Londres, 2009. [Hay trad. cast.: *La resistencia: recuerdos de la Resistencia, París 1940-1941*, trad. Mario Merlino, Barcelona, Gredos, 2008.]

Jackson, Julian, *A Certain Idea of France: The Life of Charles de Gaulle*, Londres, 2018.

—, *France: The Dark Years 1940-44*, Oxford, 2001.

Jasper, Willi, *Der Bruder, Heinrich Mann: eine Biografie*, Múnich, 1992.

—, *Hotel Lutetia: Un exil allemand à Paris*, París, 1995.

Joly, Laurent, *La rafle du Vel d'Hiv – Paris 1942*, París, 2022.
Josephs, Jeremy, *Swastika over Paris*, Londres, 1990.
Juers, Evelyn, *House of Exile: The Life and Times of Heinrich Mann and Nelly Kroeger-Mann*, Nueva York, 2008. [Hay trad. cast.: *La casa del exilio*, trad. Verónica Fernández-Muro, Barcelona, Circe, 2012.]
Jünger, Ernst, *A German Officer in Occupied Paris*, Nueva York, 2019.
Kantorowicz, Alfred, *Deutsches Tagebuch*, Múnich, 1959.
—, *Exil in Frankreich: Merkwürdigkeiten und Denkwürdigkeiten*, Fráncfort, 2016.
—, *Nachtbücher*, Hamburgo, 1995.
Katz, Otto (ed.), *The Brown Book of the Hitler Terror and the Burning of the Reichstag*, Londres, 1933.
Kerr, Judith, *Trilogy: Out of the Hitler Time*, Londres, 2016.
Kersaudy, François, *Les secrets du IIIe Reich*, París, 2015.
Kesten, Hermann, *Dichter im Café*, Múnich, 1959.
—, *Deutsche Literatur im Exil: Briefe europaischer Autoren 1933-1949*, Viena, 1964.
—, *Meine Freunde die Poeten*, Múnich, 1959.
Kitson, Simon, *The Hunt for Nazi Spies*, Chicago, 2008.
Klarsfeld, Beate y Serge, *Mémoires*, París, 2015.
Klarsfeld, Serge, *Adieu les enfants*, París, 2005.
Knowlson, James, *Damned to Fame: The Life of Samuel Beckett*, Londres, 1996.
Kochanski, Halik, *Resistance: The Underground War in Europe, 1939-1945*, Londres, 2022.
Koestler, Arthur, *The Invisible Writing*, Londres, 2005. [Hay trad. cast.: *La escritura invisible*, trad. Alberto Luis Bixio, Madrid,

Alianza, 1973.]
—, *Scum of the Earth*, Londres, 2006. [Hay trad. cast.: *Escoria de la tierra*, trad. Román. A. Jiménez, Madrid, Ladera Norte, 2023.]
Lambauer, Barbara, *Otto Abetz et les Français, ou, L'envers de la Collaboration*, París, 2001.
Langkau-Alex, Ursula, *Deutsche Volksfront 1932-1939: Zwischen Berlin, Paris, Prag und Moskau*, Berlin, 2004-2005.
Large, David Clay, *Between Two Fires: Europe's Path in the 1930s*, Nueva York, 1991.
Laub, Thomas J., *After the Fall: German Policy in Occupied France, 1940-44*, Oxford, 2010.
Léon, Alexis, Anna Maria Léon y Luca Crispi (eds.), *James Joyce and Paul L. Léon: The Story of a Friendship Revisited*, Londres, 2022.
Léon, Yves, *Bergen-Belsen: Mouroir des camps de concentration nazis*, París, 1999.
Lorenz, Heinz, *Soldaten fotografieren Frankreich*, París, 1943.
Lottman, Herbert, *The Left Bank: Writers, Artists and Politics from the Popular Front to the Cold War*, Londres, 1982. [Hay trad. cast.: *La Rive Gauche: la élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*, trad. José Martínez Guerricabeitia Barcelona, Tusquets, 2006.]
Loustaunau-Lacau, Georges, *Chiens maudits: Souvenirs d'un rescapé des bagnes hitlériens*, París, 2020.
—, *Mémoires d'un Français rebelle: 1914-48*, París, 1948.
McMeekin, Sean, *The Red Millionaire: A Political Biography of Willi Münzenberg, Moscow's Secret Propaganda Tsar in the West*, New Haven/Londres, 2003.
Mahler, Alma, *And the Bridge is Love*, Nueva York, 1958.

—, *Mein Leben*, Fráncfort, 1960. [Hay trad. cast.: *Mi vida*, trad. Luis Romand Haces, Barcelona, Tusquets, 1997.]
Mann, Erika, *Escape to Life*, Boston, 1939.
Mann, Heinrich, Thomas Mann y Hans Wysling*, Letters of Heinrich and Thomas Mann 1900-1949*, Londres, 1998.
Mann, Thomas, *Letters 1889-1955*, Londres, 1970.
Marcuse, Ludwig, *Mein zwanzigstes Jahrhundert*, Berlín, 1960.
Mauthner, Martin, *German Writers in French Exile, 1933-1940*, Londres, 2007.
Medvedev, Roy A., *Nikolai Bukharin: The Last Years*, Nueva York, 1980.
Mehring, Walter, *The Lost Library*, Londres, 1951.
Mesnil-Amar, Jacqueline, *Maman, What Are We Called Now?*, Londres, 2015.
Michel, Henri, *Paris allemand*, París, 1981.
Modiano, Patrick, *Livret de famille*, París, 1977. [Hay trad. cast.: *Libro de familia*, trad. María Teresa Gallego Urrutia, Barcelona, Anagrama, 1997.]
Moorhead, Caroline, *A Train in Winter*, Londres, 2012. [Hay trad. cast.: *Un tren en invierno*, trad. Aurora Echeverría, Barcelona, Circe, 2013].
Müller, Michael, *Canaris: The Life and Death of Hitler's Spymaster*, Barnsley, 2007.
Navarro, Alain, *1945, Le retour des absents*, París, 2015.
Neau-Dufour, Frédérique, *Yvonne de Gaulle*, París, 2010.
Némirovsky, Irène, *Suite Française*, Londres, 2007. [Hay trad. cast.: *Suite francesa*, trad. José Antonio Soriano Marco, Barcelona, Salamandra, 2011.]

O'Keeffe, William J., *A Literary Occupation: Responses of German Writers in Service in Occupied Europe*, Nueva York, 2013.

Paine, Lauran, *The Abwehr: German Military Intelligence in* WWII, Londres, 1984.

Palant, Charles, *Je crois au matin*, París, 2010.

Palmier, Jean-Michel, *Weimar in Exile*, Londres, 2006.

Perrault, Gilles, *Paris Under the Occupation*, Londres, 1989.

Philipponnat, Olivier y Patrick Lienhardt*, The Life of Irène Némirovsky*, Londres, 2011.

Philipps, Roland, *Victoire: A Wartime Story of Resistance, Collaboration and Betrayal*, Londres, 2021.

Potts, Willard, *Portraits of the Artist in Exile: Recollections of James Joyce by Europeans*, Dublín, 1979.

Pryce-Jones, David, *Paris in the Third Reich: A History of the German Occupation, 1940-1944*, Londres, 1981.

Purnell, Sonia, *A Woman of No Importance*, Londres, 2019. [Hay trad. cast.: *Una mujer sin importancia*, trad. Alejandra Tapia Silva, Barcelona, Crítica, 2020.]

Quack, Sibylle, *Between Sorrow and Strength: Women Refugees of the Nazi Period*, Washington, D. C., 1995.

Radványi, Pierre, *Au-delà du fleuve, avec Anna Seghers*, París, 2014.

Regler, Gustav, *The Owl of Minerva*, Londres, 1959.

Reile, Oscar, *L'Abwehr, le contre-espionnage allemand en France, de 1935 à 1945*, París, 1970.

—, *Treff Lutetia Paris (1939-45)*, Múnich, 1973.

Remarque, Erich Maria, *Arch of Triumph*, Londres, 1946. [Hay trad. cast.: *Arco de triunfo*, trad. Selma Pereyra de Calimani, Buenos Aires, Edhasa, 2021.]

Rocard, Michel, *Si ça vous amuse: chronique de mes faits et méfaits*, París, 2010.

Roth, Joseph, *Briefe 1911-1939*, Berlín, 1970. [Hay trad. cast.: *Cartas (1911-1939)*, trad. Eduardo Gil Bera, Barcelona, Acantilado, 2009.]

—, *The Hotel Years*, Londres, 2016. [Hay trad. cast.: *Años de hotel. Postales de la Europa de entreguerras*, trad. Miguel Sáenz, Barcelona, Acantilado, 2020.]

—, *What I Saw: Reports from Berlin 1920-1933*, Londres, 2003. [Hay trad. cast.: *Crónicas berlinesas*, trad. Juan de Sola Llovet, Barcelona, Minúscula, 2006.]

Sahl, Hans, *Walter Benjamin im Lager, in Zur Aktualität Walter Benjamins: Aus Anlass des 80 Geburtstags von Walter Benjamin herausgegeben von Siegfried Unseld*, Fráncfort, 1972.

Scheer, Maximilian, *So war es in Paris*, Berlín, 1964.

Schramm, Hanna, y Barbara Vormeier*, Vivre à Gurs: un camp de concentration français, 1940-1941*, París, 1979.

Schwertfeger, Ruth, *In Transit: Narratives of German Jews in Exile, Flight, and Internment during the 'Dark Years' of France*, Berlín, 2012.

Seghers, Anna, *Ich erwarte Eure Briefe wie den Besuch des besten Freunde, Briefe 1924-1952*, Berlín, 2008.

—, *The Seventh Cross*, Londres, 2019. [Hay trad. cast.: *La séptima cruz*, trad. Manuel Olasagasti Mújica, Barcelona, RBA, 2007].

—, *Transit*, Londres, 2021. [Hay trad. cast.: *Tránsito*, trad. Carlos Fortea, Barcelona, RBA, 2005.]

Semelin, Jacques, *The Survival of the Jews in France 1940-44*, Londres, 2018.

Semprún, Jorge, *Le grand voyage*, París, 1965. [Hay trad. cast.: *El largo viaje*, Barcelona, Tusquets, 2004.]
Speer, Albert, *Inside the Third Reich: Memoirs*, Londres, 2015. [Hay trad. cast.: *Memorias*, trad. Ángel Sabrido, Barcelona, El Acantilado, 2001.]
Sperber, Manès, *Until my Eyes are Closed with Shards*, Nueva York, 1994.
Stein, Fred, *Portraits de l'exil, Paris-New York (1933-42)*, Dresde, 2018.
Suleiman, Susan, *The Némirovsky Question: The Life, Death, And Legacy of a Jewish Writer in Twentieth-Century France*, New Haven, 2016.
Sullivan, Rosemary, *Villa Air Bel: The Second World War, Escape and a House in France*, Londres, 2007. [Hay trad. cast., *Villa Air-Bel cómo los intelectuales europeos escaparon del nazismo*, Barcelona, Debate, 2008.]
Tank, Kurt Lothar, *Pariser Tagebuch 1938, 1939, 1940*, Berlín, 1941.
Tillion, Germaine, *Ravensbrück*, París, 1997.
—, *La traversée du mal*, París, 1997.
Torrie, Julia S., *German Soldiers and the Occupation of France 1940-1944*, Cambridge, 2018.
Vinen, Richard, *The Unfree French: Life under the Occupation*, Londres, 2006.
Vittori, Jean-Pierre (ed.), *Le grand livre des Témoins*, París, 2005.
Vormeier, Barbara, *La Deportation des juifs allemands et autrichiens de France 1942-44*, París, 1980.
Weber, Eugen, *The Hollow Years: France in the 1930s*, Nueva York, 1994.

Wegner, Bernd, *Das Deutsche Paris: Der Blick Der Besatzer 1940-1944*, Paderborn, 2019.
Werth, Alexander, *The Twilight of France, 1933-1940*, Londres, 1942.
Wieviorka, Annette, *Déportation et genocide, entre la mémoire et l'oubli*, París, 1992.
Wolf, Christa, *Anna Seghers: eine Biographie in Bildern*, Berlín, 1994.
Wormser-Migot, Olga, *Le retour des déportés: quand les alliés ouvrirent les portes*, París, 1985.
Zlatin, Sabine, *Mémoires de la 'Dame d'Izieu', avec sa déposition au procès Barbie et les témoignages de Gabrielle Perrier et de Samuel Pintel*, París, 1992.

ARTÍCULOS

Armorin, François-Jean, «Hotel Lutetia, ou les récits du brouillard et de la nuit», abril de 1945.
Badia, Gilbert, «Une tentative de Front Populaire Allemand à Paris (1935-1939): l'Opposition Antihitlerienne en France», *Marxisme et Histoire* n.º 7, 1981.
Breton, Catherine (ed.), «Lutetia 1945 – Le Retour des Deportés», AFMD, París, 2014.
Caron, Vicki, «The politics of frustration: French Jewry and the refugee crisis in the 1930s», *Journal of Modern History* 65, 2, junio de 1993.
—, «Prelude to Vichy: France and the Jewish refugees in the era of Appeasement», *Journal of Contemporary History* 20, 1, enero de 1985, pp.157-176.

Davison, N. R., y K. Ahearn, «With Joyce in Saint Gérand-le-Puy: Maria Jolas's "Joyce en 1939-1940" in translation», *James Joyce Quarterly* 52, 1, 2014, pp. 129-142.

Gross, Peter, «Memories of Willi Münzenberg», *Quadrant Magazine*, 1 de abril de 2010 (fundada como la revista de la Australian Association for Cultural Freedom).

Gruber, Helmut, «Willi Münzenberg: propagandist for and against the Comintern», *International Review of Social History* 10, 2, diciembre de 2008.

Joly, Laurent, «The Parisian police and the Holocaust: control, round-ups, hunt, 1940-44», *Journal of Contemporary History* 55, julio de 2020, pp. 557-578.

Krob, Melanie Gordon, «Paris through enemy eyes: the Wehrmacht in Paris 1940-44», *Journal of European Studies*, marzo de 2001.

«Le Lutetia: l'hotel des morts-vivants», *Le Sens de l'Histoire*, edición conmemorativa de los setenta años del Holocausto, 2015.

Palant, Charles, «Au Lutetia, le silence des survivants», *Libération*, 24 de enero de 2005.

Poirot-Delpech, Bertrand, «1945, Lutetia, entretien avec Francois Nourissier and Bertrand Poirot-Delpech par Pierre Assouline», *Magazine Littéraire*, 2005.

Riess, Curt, «Le Secret de l'Amiral Canaris», *Die Weltwoche*, Zúrich, 27 de julio de 1951.

Wieviorka, Annette, «Rendez-vous á l'Hotel Lutetia», *L'Histoire* 179, julio-agosto de 1994.

AUDIOVISUAL

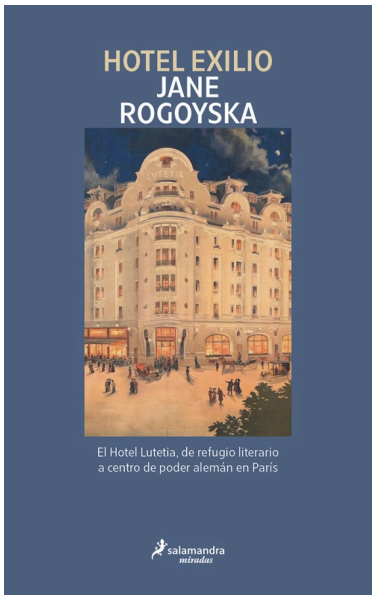
Diamant-Berger, Guillaume, *Souviens-toi, Lutetia*, documental, La Mansarde Cinéma, 2017.

Magontier, Pascal, *Auschwitz-Lutetia*, France 3 INA, 8 de mayo de 2000 (entrevista con Marcel Bercau).

Minow, Hans-Rüdiger, *Per adresse, Hotel Lutetia, Paris*, documental, WDR, 1980.

Stein, Fred, *Report from Exile: Fotografien von Fred Stein*, exposición, Deutsches Historisches Museum, Berlín, 2021.

Una crónica magistral sobre el mítico hotel que fue testigo de la Segunda Guerra Mundial y el renacer de Europa



París, 1938. En el corazón de la ciudad, el Hotel Lutetia, célebre refugio de artistas y exiliados, acoge a escritores, pintores y viajeros que huyen de una Europa al borde del abismo. Entre sus huéspedes se cruzan James Joyce, André Gide, Pablo Picasso y Henri Matisse, nombres que encarnan el esplendor intelectual de una época que está a punto de desaparecer. En sus salones se mezclan la elegancia, el miedo y el presentimiento de una catástrofe inminente.

Durante la ocupación, el Lutetia es requisado por la Abwehr, el servicio de inteligencia militar alemán, y convertido en centro de operaciones y vigilancia. En sus habitaciones se alojan oficiales, se trazan misiones y se interrogan sospechosos; los espejos *art déco*

reflejan uniformes, mapas y miedo. Tras la liberación, el hotel abre de nuevo sus puertas para acoger a los deportados que regresan de los campos. Entre ellos, las hijas de Irène Némirovsky, en busca de noticias de su madre perdida. En sus pasillos se confunden el júbilo y la culpa, la esperanza y la devastación: un lugar marcado por la memoria de la guerra y la reconstrucción de Europa.

Con un ritmo narrativo envolvente y una mirada profundamente humana, Jane Rogoyska convierte la historia del Lutetia en una crónica magistral del siglo XX europeo: un relato coral que une rigor histórico y sensibilidad literaria, y que muestra cómo un solo edificio puede contener la memoria de toda una época.

La crítica ha dicho:

«Una obra de no ficción excepcional: no podrías llamarla simplemente un libro de historia, es más que eso Rogoyska captura el momento histórico con una rara combinación de urgencia y empatía Este es un libro deslumbrantemente bueno. Creo que ganará premios, no solo porque es sutilmente experimental Se desliza dentro y fuera del tiempo presente como una novela contemporánea Se siente emocionantemente inmersivo. De hecho, pocas veces he sentido una presencia tan fuerte del momento histórico. O incluso del momento presente. Porque si alguna vez hubo un libro que tratara tanto del ahora como del entonces, es este. »

James McConnachie, *The Sunday Times*

«Rogoyska demuestra ser una escritora tan fresca, perspicaz y natural que no hay ni una sola página aburrida; así de vívidamente se transmite todo el drama Un relato inquietantemente vívido. »
Rupert Christiansen, *Literary Review*

«Impresionante y original vívido y exhaustivamente investigado una clase magistral.»
The Spectator

«Un relato devastador y memorable de vidas sacudidas por el nazismo. »
Irish Independent

«Bellamente escrito este es un libro cautivador lleno de lecciones que quizá no queramos escuchar. »
Country Life

«Conmovedor y lleno de matices. »
History of War Magazine

Jane Rogoyska es escritora e historiadora. Estudió Lenguas Modernas en Christ's College, Universidad de Cambridge, y cine en la Northern Film School de Leeds y en la Escuela Nacional de Cine de ? ód?, en Polonia. Tras trabajar durante años en el ámbito cinematográfico, decidió centrarse en la investigación histórica y la escritura. Su obra explora el conflicto, el exilio, la memoria y la política en la Europa del siglo xx. Es autora de *Gerda Taro: Inventing Robert Capa*, sobre la fotoperiodista Gerda Taro, y de *Surviving Katyn*, dedicado a la masacre de oficiales polacos perpetrada en 1940 y ganador del Mark Lynton History Prize en 2022. *Hotel Exilio*, su libro más reciente, recibido con el entusiasmo unánime de la crítica, ha sido finalista del Women's Prize for Non-Fiction 2026 y se halla en curso de traducción a varios idiomas.



Título original: *Hotel Exile*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Jane Rogoyska
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Álvaro Marcos, por la traducción

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de la cubierta: ACI

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-42-2

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Notas al pie

(1) La *Sturmabteilung*, organización paramilitar nazi cuyos miembros eran conocidos como los «camisas pardas» por el color de su uniforme.

(2) Partido Socialista Obrero de Alemania, una escisión del SPD.

(3) Abreviatura en ruso de la Internacional Comunista, asociación internacional de partidos comunistas nacionales, fundada por Lenin en 1919 para promover la revolución mundial.

(4) Antiguamente parte de Prusia y Baviera, la región del Sarre la ocuparon británicos y franceses tras la guerra de 1914-1918, bajo un mandato de la Sociedad de Naciones fijado en quince años.

(5) El cuartel general de la Abwehr estaba en el 76-78 de la calle Tirpitzufer en Berlín.

(6) ¡París martirizado! ¡Pero París liberado! Liberado por sí mismo, liberado por su pueblo con la ayuda de los ejércitos franceses, con el apoyo y el acuerdo de toda Francia, de la Francia combatiente, de la única Francia, de la verdadera Francia, de la Francia eterna. *(N. del t.)*

(7) El Service Central des Déportés Israélites, una organización asistencial fundada a finales de 1944 por Mesnil-Amar junto con su esposo, André Amar, y el también miembro de la Resistencia Arnold Mandel.

(8) Juego de palabras con *boy scout* y el vocablo yidis *goy*, que significa «no judío» o «gentil». *(N. del t.)*

Notas finales

PRIMERA PARTE: ANTES (1933-1939)

[1] Erich Maria Remarque, *Arch of Triumph*, Londres, 1998, p. 144. [Hay trad. cast.: *Arco de triunfo*, trad. Selma Pereyra de Calimani, Buenos Aires, Edhasa, 2021.]

[2] Gisèle Freund, *Le Monde et ma caméra*, París, 2006, pp. 11-14 [Hay trad. cast.: *El mundo y mi cámara*, trad. Palmira Feixas, Barcelona, Ariel, 2008.]

[3] Evelyn Juers, *House of Exile*, Nueva York, 2008. [Hay trad. cast.: *La casa del exilio*, trad. Verónica Fernández-Muro, Barcelona, Circe, 2012.]

[4] La historia de la huida de Alemania y del exilio en Francia de la familia Radványi se cuenta principalmente en Pierre Radványi, *Au-delà du fleuve, avec Anna Seghers*, París, 2014 y Christa Wolf, *Anna Seghers: eine Biographie in Bildern*, Berlín, 1994.

[5] Joachim Fest, *Hitler: A Biography*, Londres, 1974, p. 396. [Hay trad. cast.: *Hitler: una biografía*, trad. Guillermo Raebel Gumá, Barcelona, Planeta, 2015.]

[6] Gustav Regler, *The Owl of Minerva*, Londres, 1959, pp. 155-160.

[7] *Ibid.*, p. 161.

[8] Wolf, *op. cit.*, p. 73.

[9] Alfred Döblin, citado en Gilbert Badia *et al.*, *Les Barbelés de l'exil*, Grenoble, 1979, p. 66.

[10] Freund, *op. cit.*, p. 15.

[11] Puede encontrarse información detallada sobre los exiliados alemanes en Francia en los años treinta en Badia *et al.*, *op. cit.*, así como en Jean-Michel Palmier, *Weimar in Exile*, Londres, 2006.

[12] Badia *et al.*, *op. cit.*, y Vicki Caron, «The Politics of Frustration», *Journal of Modern History* 65, junio de 1993, pp. 311-356.

[13] Eva Tichauer, testimonio oral registrado para la Fondation pour la Mémoire de la Déportation (FMD), 1995.

[14] Manès Sperber, *Until my Eyes are Closed with Shards*, Nueva York, 1994, pp. 43-44.

[15] Ludwig Marcuse, *Mein zwanzigstes Jahrhundert*, Berlín, 1960, p. 206.

[16] Badia *et al.*, *op. cit.*, p. 70.

[17] Entrevista con Pierre Radványi, *Portraits: des histoires singulières*, Musée de l'Histoire de l'Immigration (online).

[18] Pascaline Balland, *Hôtel Lutetia Paris*, París, 2009.

[19] Joseph Roth, *The Hotel Years*, Londres, 2016. [Hay trad. cast.: *Años de hotel. Postales de la Europa de entreguerras*, trad. Miguel Sáenz, Barcelona, Acantilado, 2020.]

[20] Sperber, *op. cit.*, p. 66.

[21] Freund, *op. cit.*, p. 17.

[22] Fred Stein, cartas a amigos y familiares, 1946 (cortesía de Peter Stein).

[23] Tichauer, testimonio oral para la FMD, 1995.

[24] Hans Sahl, *Die Wenigen und die Vielin. Roman einer Zeit*, Fráncfort, 1959), pp. 167-169.

[25] Sperber, *op. cit.*, p. 134.

[26] Dossier Willi Münzenberg, Archives de la Préfecture de Police, París.

[27] Los relatos de las actividades de Willi Münzenberg en París aparecen en varias obras, entre ellas Arthur Koestler, *The Invisible Writing*, Londres, 2005 [Hay trad. cast.: *La escritura invisible*, trad. Alberto Luis Bixio, Madrid, Alianza, 1973]; Regler, *Owl of Minerva*; Sperber, *Until my Eyes are Closed*; Babette Gross, *Willi Münzenberg*, Míchigan, 1974; y Helmut Gruber, «Willi Münzenberg», *International Review of Social History* 10 (2008). Véase también el expediente de Willi Münzenberg en los Archives de la Préfecture de Police, París.

[28] Arthur Koestler, *The Invisible Writing*, Londres, 2005, pp. 250-251.

[29] Koestler, *op. cit.*, p. 249.

[30] Juers, *op. cit.*, p. 158.

[31] Badia *et al.*, *op. cit.*, pp. 35-36.

[32] *The Chicago Tribune* y *New York Daily News*, 25 de noviembre de 1934.

[33] Freund, *op. cit.*, pp. 61-63.

[34] Regler, *op. cit.*, pp. 230-233.

[35] Freund, *op. cit.*, p. 73.

[36] Alfred Kantorowicz, *Nachtbücher*, Hamburgo, 1995, pp. 84-87.

[37] Sybille Bedford, *Aldous Huxley*, Londres, 1993, p. 303.

[38] *L'Action française*, 12 de julio de 1935.

[39] Freund, *op. cit.*, pp. 77-78.

[40] Hellmut von Gerlach, *Pariser Tagebuch* n.º 213, citado en Badia *et al.*, *op. cit.*, 38.

[41] Maximilian Scheer, *So war es in Paris*, Berlín, 1964.

[42] Carta a Max Horkheimer, París, 16 de octubre de 1935, en *The Correspondence of Walter Benjamin 1910-1940*, Londres, 1994.

[43] Willi Jasper, *Hotel Lutetia*, París, 1995.

[44] Puede encontrarse información sobre las reuniones del Comité Lutetia en Jasper, *Hotel Lutetia*; Willi Jasper, *Der Bruder, Heinrich Mann*, Múnich, 1992; Gross, *Willi Münzenberg*; Gruber, «Willi Münzenberg»; Gilbert Badia, «Une tentative de Front Populaire Allemand à Paris (1935-1939)», *Marxisme et Histoire* 7 (1981); y Ursula Langkau-Alex, *Deutsche Volksfront 1932-1939*, Berlín, 2004-2005.

[45] Heinrich Mann, *Letters of Heinrich and Thomas Mann 1900-1949*, Londres, 1998, p. 189.

[46] Lion Feuchtwanger, *Ein Möglichst Intensives Leben – Die Tagebücher*, Berlín, 2018, pp. 381-382.

[47] Regler, *op. cit.*, p. 175.

[48] Regler, *op. cit.*, pp. 165-167.

[49] Tichauer, testimonio oral para la FMD, 1995.

[50] Badia, *op. cit.*, p. 57.

[51] Radványi, *Au-delà du fleuve*, p. 36.

[52] Freund, *op. cit.*, p. 124.

[53] Sylvia Beach, *Your friend if ever you had one*, Leiden/Boston, 2021.

[54] Véase más arriba la nota 27.

[55] André Gide, *Retour de l'U.R.S.S.*, París, 1936, p. 38. [Hay trad. cast.: *Regreso de la* URSS, trad. Carmen Claudín, Madrid, Alianza, 2017.]

[56] Dossier Willi Münzenberg, C-283, Archives de la Préfecture de Police, París.

[57] Véase más arriba la nota 44.

[58] Alfred Kantorowicz, *Exil in Frankreich*, Fráncfort, 2016, p.17.

[59] Gross, *op. cit.*, p. 297.

[60] *Tagebuchseiten*, junio de 1938, citado en Wolf, *Anna Seghers*, p. 88.

[61] Freund, *op. cit.*, pp. 126-131.

[62] Theodor Balk, *Das Verlorene Manuskript*, México, 1943, Préfecture, quinta planta.

[63] Dossier Willi Münzenberg, C-283, Archives de la Préfecture de Police, París.

[64] Momme Brodersen, *Walter Benjamin: A Biography*, Londres, 1996, p. 238.

[65] Carta 109, 4 de octubre de 1938, Theodor Adorno y Walter Benjamin, *The Complete Correspondence 1928-1940*, Cambridge, 1999, p. 277.

[66] Juers, *op. cit.*, pp. 228-232.

[67] Entrevista de Günter Gaus a Willy Brandt para ZDF, 25 de septiembre de 1964, citada en Jasper, *Hotel Lutetia*, pp. 174-175.

[68] Carta de Heinrich Mann a Klaus Pinkus, 3 de enero de 1939, citada en Jasper, *Hotel Lutetia*, p. 115.

[69] Alexander Werth, *The Twilight of France*, Londres, 1942, p. 240.

[70] Carta 110, 10 de noviembre de 1938, *Adorno and Benjamin Correspondence*, p. 280.

[71] Caron, «The Politics of Frustration».

[72] Gilbert Badia *et al*., *Exilés en France*, París, 1982, p. 19.

[73] Peter Gross, «Memories of Willi Münzenberg», *Quadrant Magazine*, 2010.

[74] Freund, *op. cit.*, pp. 127-131.

[75] Sperber, *op. cit.*, p. 150.

[76] Koestler, *Scum*, p. 26. [Hay trad. cast.: *Escoria de la tierra*, trad. Román. A. Jiménez, Madrid, Ladera norte, 2023.]

[77] Gross, «Memories».

[78] Koestler, *Scum*, p. 31.

[79] Koestler, *Scum*, p. 32.

Segunda Parte: Durante (1939-1944)

[1] Anna Seghers, *Transit*, Londres, 2021, p. 9. [Hay trad. cast.: *Tránsito*, trad. Carlos Fortea, Madrid, Nórdica, 2022.]

[2] Radványi, *op. cit.*, y Wolf, *op. cit*.

[3] Regler, *op. cit.*, p. 333.

[4] Hans Sahl, «Walter Benjamin im Lager», en *Zur Aktualität Walter Benjamins*, Fráncfort, 1972.

[5] Carta a Adrienne Monnier, 21 de septiembre de 1939, en Benjamin, *Correspondence*, p. 613.

[6] Carta a Max Horkheimer, 30 de noviembre de 1939, Benjamin, *ibid.*, p. 618.

[7] Fred Stein, carta a amigos y parientes, 1946.

[8] Kantorowicz, *Exil in Frankreich*.

[9] Richard Ellmann, *James Joyce*, Nueva York/Oxford, 1959, pp. 728-729 [hay trad. cast.: *James Joyce*, trads. Enrique Castro y

Beatriz Blanco, Barcelona, Anagrama,1991]; y Richard Ellmann (ed.), *Selected Letters of James Joyce*, Londres, 1975.

[10] Ellmann, *James Joyce*, p. 728.

[11] La fuente principal de la historia de Paul Léon es Alexis Léon, Anna Maria Léon y Luca Crispi (eds.), *James Joyce and Paul L. Léon: The Story of a Friendship Revisited*, Londres, 2022. Incluye las memorias (1948) de Lucie Noel sobre su marido, *James Joyce and Paul Léon: The Story of a Friendship*, reflexiones de Alexis Léon sobre su familia, textos de Paul Léon sobre Joyce y cartas de Paul Léon a Lucie desde Drancy.

[12] Maria Jolas, *Joyce in 1939-1940*, citada en N. R. Davison y K. Ahearn, «With Joyce in Saint Gérand-le-Puy: Maria Jolas's *Joyce en 1939-1940* in Translation», *James Joyce Quarterly* 52, 1, 2014, pp. 129-142.

[13] Koestler, *Scum*, p. 155.

[14] Radványi, *op. cit.*, p. 52.

[15] Lion Feuchtwanger, *The Devil in France*, Londres, 1942, p. 8. [Hay trad. cast.: *El diablo en Francia*, Buenos Aires, Futuro, 1944.]

[16] Lisa Fittko, *Escape Through the Pyrenees*, Evanston, Illinois, 2000, cap. 2. [Hay trad. cast.: *Mi camino a través de los Pirineos*, trad. Julia Cristina Gómez Sáenz, Barcelona, Contraescritura, 2022.]

[17] Hanna Schramm y Barbara Vormeier, *Vivre à Gurs*, París, 1979, p. 35.

[18] Lisa Fittko *op. cit.*

[19] Lion Feuchtwanger, *op. cit.*, p. 95.

[20] Alfred Kantorowicz, *Exil in Frankreich.*

[21] Maria Jolas, *Joyce in 1939-1940*, y Lucie Noel, *James Joyce and Paul Léon*.

[22] Philippe de Gaulle, *Mémoires accessoires*, París, 1997.

[23] Julian Jackson, *A Certain Idea of France*, Londres, 2018.

[24] Richard Cobb, *French and Germans, Germans and French*, Londres, 1983, pp. 153-154.

[25] David Pryce-Jones, *Paris in the Third Reich*, Londres, 1981, p. 5.

[26] Julian Jackson, *op. cit.*, Londres, 2018.

[27] Charles de Gaulle, *Mémoires*, París, 2000, p. 71.

[28] Pierre Assouline, *Lutetia*, París, 2005; y David Pryce-Jones, *op. cit*.

[29] Entrevista con Marcel Weber, *Per Adresse: Hotel Lutetia, Paris*, dir. Hans-Rüdiger Minow, WDR, 1980.

[30] Weber, en *Per Adresse*.

[31] The National Archives, TNA, KV-2-266_1, 2 and_3.

[32] La principal fuente de información sobre la Abwehr en el Hotel Lutetia son los dos libros del coronel Oscar Reile sobre sus cuatro años destinado en París: *Treff Lutetia Paris (1939-45)*, Múnich, 1973; y *L'Abwehr, le contre-espionnage allemand en France, de 1935-1945*, París, 1970.

[33] Dossier Oscar Reile, Archives du Service historique de la Défense, GR 28 P 9 5579.

[34] TNA, KV 2/3016.

[35] Reile, *Treff*, p. 45.

[36] Reile, *Treff*, p. 46; Reile, *L'Abwehr*, p. 76.

[37] TNA, KV-2-266_2.

[38] Reile, *Treff*, p. 47; Reile, *L'Abwehr*, p. 76.

[39] Reile, *Treff*, p. 49; Reile, *L'Abwehr*, p. 76.

[40] Weber, en *Per Adresse*.

[41] *Idem.*

[42] Juers, *op. cit.*, p. 280.

[43] Arno Breker, *Paris, Hitler et Moi*, París, 1970, pp. 97-110.

[44] Oscar Reile, *L'Abwehr*, p. 81.

[45] David Pryce-Jones, *op. cit.*, p. 38.

[46] Melanie Gordon Krob, «Paris Through Enemy Eyes», *Journal of European Studies*, 2001.

[47] David Pryce-Jones, *op. cit.*, p. 35.

[48] Melanie Gordon Krob, *op. cit.*

[49] Richard Cobb, *op. cit.,* p. 142.

[50] Melanie Gordon Krob, *op. cit*.

[51] Conversación con el miembro de la plantilla del Hotel Lutetia Romuald Cotillon, julio de 2023.

[52] Oscar Reile, *L'Abwehr*, p. 77.

[53] Dossier Käthe Winkler, Archives du Service historique de la Défense, GR 28 P 9 4884.

[54] Weber, en *Per Adresse: Hotel Lutetia, Paris*, dir. Hans-Rüdiger Minow, WDR, 1980.

[55] Curt Riess, «Le Secret de l'Amiral Canaris», *Die Weltwoche*, Zúrich, 27 de julio de 1951.

[56] Heinz Höhne, *Canaris*, Múnich, 1979, cap. 6.

[57] Oscar Reile, *Treff*, p. 69.

[58] Lucie Noel, *op. cit*.

[59] Eva Tichauer, testimonio oral para la FMD, 1995.

[60] Radványi, *op. cit.*; y Wolf, *op. cit.*

[61] Anna Seghers, *op. cit.*, p. 212.

[62] Alfred Kantorowicz, *Exil in Frankreich*, cap. 12.

[63] Arthur Koestler, *Scum*, p. 229.

[64] Rudolf Breitscheid murió más tarde en el campo de Buchenwald, en 1944; Rudolf Hilferding fue conducido a una prisión en París, donde fue torturado; murió a consecuencia de las lesiones hacia finales de 1941.

[65] Kantorowicz, *Exil in Frankreich,* cap. 13.

[66] Juers, *op. cit.*

[67] Heinrich y Nelly se trasladaron más tarde a California. Cerca de ellos vivían Lion y Marta Feuchtwanger, entre muchos otros exiliados alemanes que conformaban un pequeño rincón de la Alemania de Weimar en Estados Unidos.

[68] Lisa Fittko, *op. cit.*, cap. 7.

[69] Momme Brodersen, *op. cit.*, pp. 254-260.

[70] Walter Benjamin, carta a Henny Gurland (¿y a Adorno?), 25 de septiembre de 1940, *Lettres françaises*, Caen, 2013.

[71] Arthur Koestler, *Scum*, p. 244. Tomado de la edición original en inglés de *Scum of the Earth*. La edición alemana difiere ligeramente y refiere el episodio así: «Llevaba cincuenta pastillas de morfina, que pensaba tomar si lo capturaban. Me dijo que era suficiente para matar a un caballo y me dio la mitad de las pastillas "por si acaso".»

[72] Momme Brodersen, *op. cit.*, pp. 254-260.

[73] Arthur Koestler, *Scum*, p. 244.

[74] Kurt Kersten, *Das Ende Willi Münzenberg*, citado en Gross, *Willi Münzenberg*, y Gruber, «Willi Münzenberg».

[75] Conde Josef von Ledebur-Wicheln, en TNA, KV-2-266_2.

[76] Weber, en *Per Adresse*.

[77] Heinz Höhne, *op. cit.*, p. 493.

[78] Para más detalles sobre el Bureau Otto, véase TNA, KV-2-266_2, y el Dossier Friedrich Rudolph, Archives du Service historique de la Défense, GR 28 P 9 1214.

[79] James Knowlson, *Damned to Fame: The Life of Samuel Beckett*, Londres, 1996, p. 303.

[80] Lucie Noel*, op. cit.*

[81] *Idem*.

[82] Radványi, *op. cit.*; y Wolf, *op. cit*.

[83] Alfred Kantorowicz, *Exil in Frankreich*, cap. 17.

[84] Schramm and Vormeier*, op. cit.*

[85] James Knowlson, *op. cit.*, p. 304.

[86] Oscar Reile, *L'Abwehr*, p. 111.

[87] Laurent Joly, «The Parisian Police and the Holocaust», *Journal of Contemporary History* 55, julio de 2020, pp. 557-578.

[88] Oscar Reile, *Treff*, p. 112.

[89] Para más información sobre Porto, Interallié, etc., véase Reile, *L'Abwehr*; así como TNA, KV-2-166_01; TNA, KV-2-164; Archives du Service historique de la Défense, dossier Hugo Bleicher, GR 28 P 9 1782; dossier Andreas Folmer, GP 28 P 9 11796.

[90] Para más información sobre Robert Alesch, véase Reile, *L'Abwehr*; así como TNA, KV-2-166_02; AN, F/7/15306, *rapport sur* Robert Alesch, 1946; Archives de la Préfecture de Police, dossier Robert Alesch.

[91] Citado en Knowlson, *op. cit.*, p. 307.

[92] *Ibid.*, p. 153.

[93] Para más información sobre Gloria SMH, véase Knowlson, *Damned to Fame*, pp. 305-315; así como Germaine Tillion, *La Traversée du Mal*, París, 1997; TNA, KV-2-1313 (Jeannine Picabia).

[94] James Knowlson, *op. cit.*, p. 308, entrevista con Samuel Beckett.

[95] Paul Léon, «Letters from Hell: Drancy and Compiègne», transcritas, traducidas y editadas por Mary Gallagher, en Alexis Léon, Anna Maria Léon y Luca Crispi, eds., *James Joyce and Paul L. Léon: The Story of a Friendship Revisited*, Londres, 2022, cap. 5, pp. 119-216. Reproducido con la amable autorización de Anna Maria Léon.

[96] Eva Tichauer, testimonio oral para la FMD, 1995.

[97] Entrevista con Alexis Léon, *The Irish Times*, 29 de octubre de 1998; y Lucie Noel, *op. cit*.

[98] Oscar Reile, *L'Abwehr*, p. 173.

[99] Eva Tichauer, testimonio oral para la FMD, 1995.

[100] Véanse Olivier Philipponnat y Patrick Lienhardt, *The Life of Irène Némirovsky*, Londres, 2011; y Susan Suleiman, *The Némirovsky Question*, New Haven, 2016.

[101] Irène Némirovsky, *Suite francesa*, trad. José Antonio Soriano Marco, Barcelona, Salamandra, 2011, p. 434.

[102] *Ibid.*, pp. 446-447.

[103] *Ibid.*, p. 447.

[104] *Ibid.*, pp. 453-454.

[105] Oscar Reile, *L'Abwehr*; TNA, KV-2-166_02; AN, F/7/15306, *rapport sur* Robert Alesch, 1946; Archives de la Préfecture de Police, dossier Robert Alesch; Sonia Purnell, *A Woman of No Importance*, Londres, 2019, cap. 6.

[106] Oscar Reile, *L'Abwehr*; TNA, KV-2-166_01; TNA, KV-2-164; Archives du Service historique de la Défense, dossier Hugo Bleicher, GR 28 P 9 1782; dossier Andreas Folmer, GP 28 P 9 11796.

[107] Puede encontrarse breve información sobre Ruth Rauch en *Biographisches Lexikon der Theaterkünstler* y en Holocaust Survivors and Victims Database, United States Holocaust Memorial Museum, USHMM.

[108] Eva Tichauer, testimonio oral para la FMD, 1995.

[109] Olivier Philipponnat y Patrick Lienhardt, *The Life of Irène Némirovsky*, Londres, 2011; Susan Suleiman, *The Némirovsky Question*, New Haven, 2016.

[110] Barbara Vormeier, *La Déportation des juifs allemands et autrichiens de France 1942-44*, París, 1980.

[111] Richard Vinen, *The Unfree French*, Londres, 2006, p. 110.

[112] Oscar Reile, *L'Abwehr*, p. 262.

[113] Heinz Höhne, *op. cit.*, p. 469.

[114] Oscar Reile, *L'Abwehr*, p. 271.

[115] Oscar Reile, *Treff*, p. 318.

[116] Heinz Höhne, *op. cit.*, p. 488.

[117] Sabine Zlatin, *Mémoires de la "Dame d'Izieu"*, París, 1992.

[118] Documentación sobre Margot Rauch, Centre de Documentation du Mémorial de la Shoah, París.

[119] Oscar Reile, *L'Abwehr*, p. 298.

[120] Heinz Höhne, *op. cit.*, p. 565.

[121] TNA, KV-2-266_2.

[122] Oscar Reile, *Treff*, p. 383.

[123] Marcel Weber, en *Per Adresse*.

TERCERA PARTE: DESPUÉS (1945)

Gran parte de la información detallada sobre el regreso de los deportados al Hotel Lutetia en 1945 —incluidas numerosas declaraciones orales— fue recopilada por la sección parisina de Les Amis de la Fondation pour la Mémoire de la Déportation (AFMD [Amigos de la Fundación para la Memoria de la Deportación] para su exposición itinerante, *Lutetia, 1945: Le Retour des Déportés* («Lutetia, 1945: el retorno de los deportados»), inaugurada en 2014. He consignado los testimonios individuales, pero, salvo que se indique otra cosa, la información relativa a la organización del Lutetia puede encontrarse en el folleto que acompaña la exposición (editado por Catherine Breton) o en su sitio web: https://lutetia.info.

[1] Germaine Bonnafon, testimonio oral registrado para la Fondation pour la Mémoire de la Déportation (FMD), 2000.

[2] Conversación con Jacques Desjeunes, junio de 2023; y testimonio oral registrado para el Mémorial de la Shoah, París, 2014.

[3] El libro fruto del trabajo de Olga Jungelson se publicó con su apellido de casada, Olga Wormser-Migot, como *Nuit et Brouillard: Quand les alliés ouvrirent les portes*, París, 1965; ampliado y reeditado posteriormente con el título *Le Retour des déportés*, París, 1985.

[4] Información proporcionada para la exposición *Lutetia 1945* por Arnaud Boulligny, historiador de la FMD.

[5] Discurso pronunciado por Charles de Gaulle el 25 de agosto de 1945 en el Hôtel de Ville, París.

[6] Alain Navarro, *1945, Le Retour des Absents*, París, 2015, pp. 16-17.

[7] Entrevista a André Weil realizada por la Fédération Nationale des Déportés et Internés, Résistants et Patriotes (FNDIRP [Federación Nacional de Deportados, Internados, Resistentes y Patriotas]), Archives nationales de France, 72AJ/NC_FNDIRP/211.

[8] Sabine Zlatin, *op. cit.*, p. 63.

[9] Olga Wormser-Migot, *Le Retour des déportés*, París, 1985, p. 365.

[10] Yves Béon, *Retour à la Vie*, París, 2003, citado en *Lutetia 1945: Le Retour des Déportés – Témoignages*, París, 2014 (en adelante: *Lutetia 1945*).

[11] Simone Alizon, testimonio oral para la FMD, 2000.

[12] Roger Joly, testimonio citado en *Lutetia 1945*.

[13] Entrevista a François Nourissier y Bertrand Poirot-Delpech, por Pierre Assouline, *Magazine Littéraire*, 2005.

[14] Jacqueline Mesnil-Amar, *Bulletin du* SCDI, n.º 9, julio de 1945, citado en *Lutetia 1945*.

[15] Maurice Cling, testimonio oral para la sección parisina de la AFMD, 2014.

[16] Gisèle Guillemot, testimonio oral para la AFMD, citado en *Lutetia 1945*.

[17] Olga Wormser-Migot, *Le Retour des déportés*, París, 1985, p. 343.

[18] Entrevista a André Weil realizada por la FNDIRP, Archives nationales de France, 72AJ/NC_FNDIRP/211.

[19] Olga Wormser-Migot, *op. cit.*, p. 343.

[20] Liliane Lévy-Osbert, testimonio citado en *Lutetia 1945*.

[21] Alain Navarro, *1945, Le Retour des Absents*, París, 2015, pp. 56-57.

[22] Yves Léon, *Bergen-Belsen*, París, 1999, citado en *Lutetia 1945*.

[23] Olga Wormser-Migot, *op. cit.*, p. 311.

[24] Thérèse Vershueren, testimonio oral para la FMD, 1994.

[25] Olga Wormser-Migot, *op. cit.*, p. 343.

[26] *Ibid.*, p. 332.

[27] Entrevista a André Weil realizada por la FNDIRP, Archives nationales de France, 72AJ/NC_FNDIRP/211.

[28] Entrevista a Bertrand Poirot-Delpech realizada por Pierre Assouline, *Magazine Littéraire*, 2005.

[29] Jacques Desjeunes, testimonio oral, Mémorial de la Shoah, 2014.

[30] Michel Rocard, testimonio oral para la AFMD, 2014

[31] Olga Wormser-Migot, *op. cit.*, p. 69.

[32] Arnaud Boulligny, información para la exposición *Lutetia 1945*.

[33] Liliane Lévy-Osbert, *Le Grand Livre des Témoins*, París, 2005, p. 330.

[34] Maurice Cling, *Un enfant à Auschwitz*, París, 1999, p. 226.

[35] Charles Palant, *Je crois au matin*, París, 2010, pp. 219-220.

[36] Jacques Debord, testimonio oral para la FMD, 1999.

[37] Palant, *op. cit.*, p. 222.

[38] Jacques Debord, testimonio oral para la FMD, 1999.

[39] Yves Léon, *op. cit.*, citado en *Lutetia 1945*.

[40] Palant, *op. cit.*, p. 222.

[41] Entrevista con Marcel Bercau, *Auschwitz Lutetia*, 2000, dir. Pascal Magontier, France 3 INA.

[42] Jacques Stanlow, testimonio oral para la AFMD, 2014.

[43] Michel Rocard, testimonio oral para la AFMD, 2014; y *Si ça vous amuse*, París, 2010, p. 29.

[44] Entrevista a Bertrand Poirot-Delpech, por Pierre Assouline, *Magazine Littéraire*, 2005.

[45] Edith Davidovici, testimonio oral para la FMD, 1994.

[46] Alain Navarro, *op. cit.*, pp. 146-165.

[47] Jacques y Madeleine Goldsztein, testimonio oral para el Mémorial de la Shoah y la Mairie de París, 2004.

[48] Sabine Zlatin, *op. cit.*, p. 64.

[49] *Les Lettres françaises*, 19 de mayo de 1945.

[50] Christiane Umido, testimonio oral para la AFMD, 2014.

[51] Serge Klarsfeld, testimonio oral para la AFMD, 2014.

[52] Arnaud Boulligny, información para la exposición *Lutetia 1945*.

[53] Charlotte Delbo, *Mesure de nos jours*, París, 1971, citado en *Lutetia 1945*.

[54] Micheline Maurel, testimonio citado en *Lutetia 1945*.

[55] Germaine Bonnafon, testimonio oral para la FMD, 2000.

[56] M. Debrouwer, testimonio oral para la FMD, 2000.

[57] Edith Davidovici, testimonio oral para la FMD, 1994.

[58] *Idem.*

[59] Jean-Claude Vogel, *Le Grand Livre des Témoins*, París, 2005, p. 336.

[60] Raymond Huard, testimonio oral para la AFMD, 2014.

[61] Léopold Rabinovitch, testimonio citado en *Lutetia 1945*.

[62] Entrevista con Simone Veil, 1990, en Annette Wieviorka, *Déportation et génocide, entre la mémoire et l'oubli*, París, 1992.

[63] Maurice Cling, *op. cit.*, París, 1999, p. 229.

[64] Edith Davidovici, testimonio oral para la FMD, 1994.

[65] Entrevista con Margot Rauch, *Per Adresse: Hotel Lutetia, Paris*, dir. Hans-Rüdiger Minow, WDR, 1980.

[66] Eva Tichauer, testimonio oral para la FMD, 1995.

[67] Pascaline Balland, *Hôtel Lutetia Paris, 100 years*, París, 2009.

Coda

[1] Irène Némirovsky, *Suite francesa. Versión inédita,* trad. José Antonio Soriano Marco, Barcelona, Salamandra, p. 150.

[2] Entrevista con Alexis Léon, *The Irish Times*, 29 de octubre de 1998.

[3] Georges Loustaunau-Lacau, *Mémoires d'un français rebelle: 1914-48*, París, 1948.

[4] James Knowlson, *op. cit.*, p. 381.

[5] Margarete Buber-Neumann, *Under Two Dictators, Prisoner of Stalin and Hitler*, Londres, 2008, pp. 265-266. [Hay trad. cast.: *Prisionera de Stalin y Hitler*, trads. Luis García Reyes y María José Viejo, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.] Tras la liberación, en julio de 1945, Germaine Tillion aportó un testimonio decisivo en el juicio contra Robert Alesch y más tarde emprendió una década de investigación sobre los campos, lo que la llevó a publicar ampliamente sobre el tema. Animada por Arthur Koestler, Margarete Buber-Neumann escribió unas memorias, *Prisionera de*

Stalin y Hitler, sobre su experiencia única como prisionera de un gulag soviético y de un campo de concentración nazi.

[6] *Combatant*, 25 de mayo de 1945.

[7] Expediente de apelación de Robert Alesch, 1948, Archives de la Préfecture de Police, París.

[8] Entrevista con Pierre Radványi, *Portraits: des Histoires singulières*, Musée de l'Histoire de l'Immigration (online).

[9] Radványi, *Au-delà du fleuve*.

[10] Conversación con el profesor Luca Crispi, febrero de 2024.

[11] Oscar Reile, *Treff Lutetia Paris (1939-45)*, Múnich, 1973, p. 401.

[12] Entrevista con Margot Rauch, en *Per Adresse: Hotel Lutetia, Paris*, dir. Hans-Rüdiger Minow, WDR, 1980.

[13] Conversación con Jean-Luc Jean, julio de 2023.

Índice

Hotel exilio
Prólogo
Primera parte: Antes (1933-1939)
Segunda parte: Durante (1939-1944)
Tercera parte: Después (1945)
Coda
Agradecimientos
Fuentes
Sobre este libro
Sobre Jane Rogoyska
Créditos
Notas al pie
Notas finales